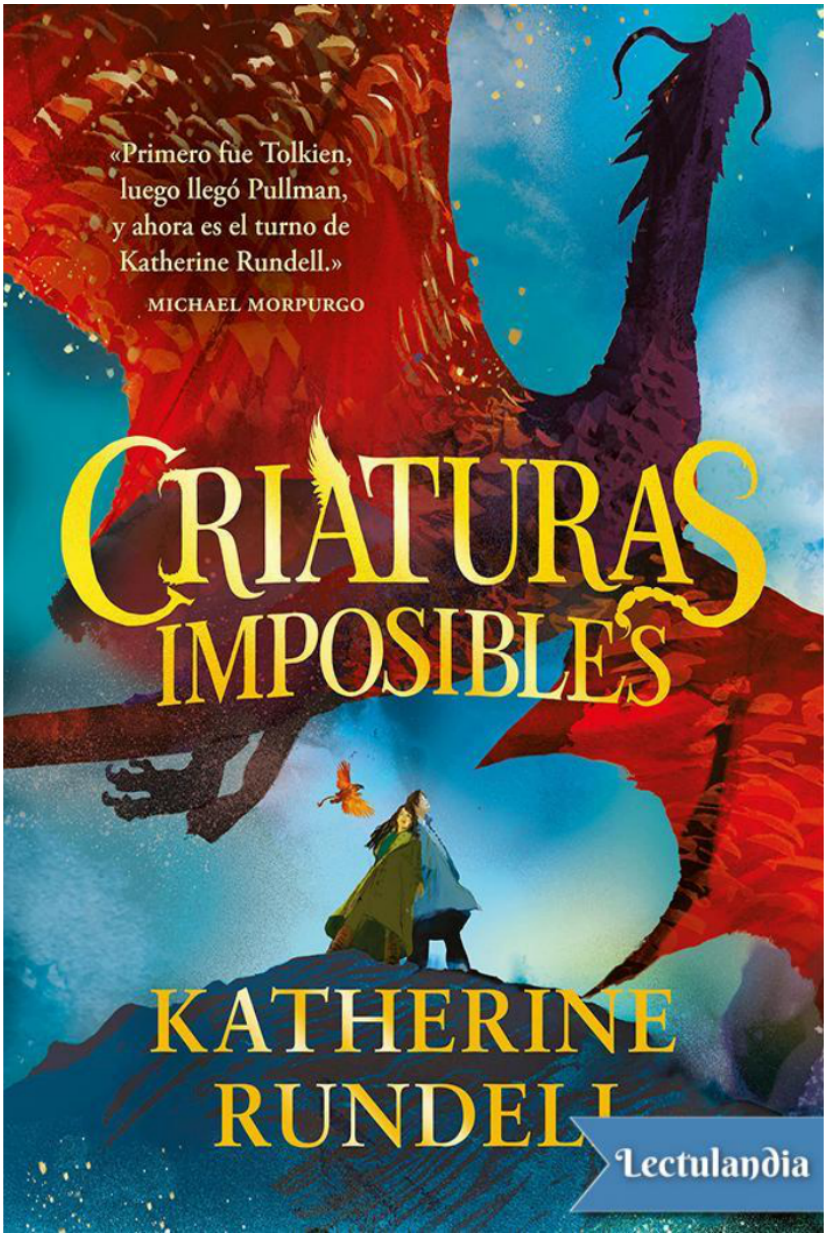

«Primero fue Tolkien,
luego llegó Pullman,
y ahora es el turno de
Katherine Rundell.»
MICHAEL MORPURGO
CRIATURAS
IMPOSIBLES
KATHERINE
RUNDELL
Lectulandia

Esta es una historia que transcurre entre dos mundos.

El mundo real, donde nada extraordinario parece suceder.

Y el Archipiélago, un territorio plagado de islas donde la magia pervive y los humanos que lo habitan conviven con criaturas mitológicas como dragones, centauros, sirenas, esfinges o unicornios.

Esta es la historia de lo que pasó cuando Christopher atravesó la senda entre los dos mundos.

Y de cómo conoció a Mal y emprendieron un épico viaje para salvar la magia del Archipiélago y a todas sus criaturas imposibles.

Katherine Rundell

Criaturas imposibles

ePub r1.0
Titivillus 12.01.2025

Título original: *Impossible Creatures*
Katherine Rundell, 2024
Traducción: Isabel Murillo
Ilustraciones: Tomislav Tomić

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

En memoria de Claire Hawkins, mi tía abuela
que iluminó mi infancia

«El grifo es un animal tanto alado como cuadrúpedo.
Es un león en el conjunto de su cuerpo, pero en las alas y en el rostro se asemeja a un águila».

Isidoro de Sevilla, *Etimologías* (circa 600 d. C.).

«¡Su boca es muerte y su aliento es fuego!».

La epopeya de Gilgamesh (Mesopotamia, *circa* 2000 a. C.), probablemente la referencia escrita a los dragones más antigua.

«Canto al progreso del alma infinita».

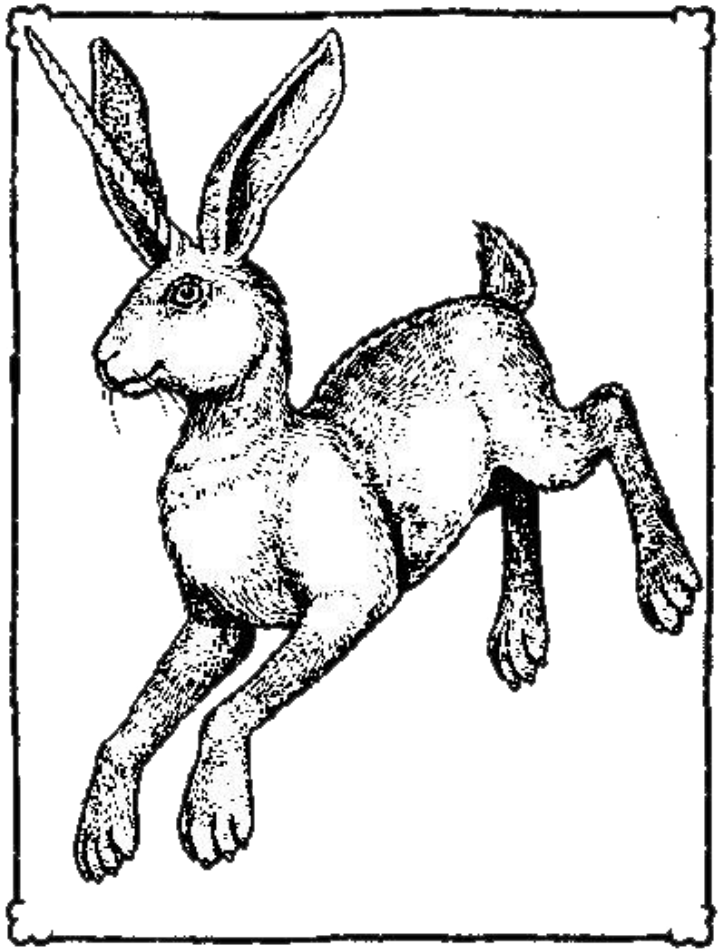
John Donne, *Metempsicosis* (1601).

EL ARCHIPIÉLAGO
NUEVA SCOCIA
GROENLANDIA
BRASIL
FRANCIA
VALKA
TAR
CANAL DEL KRAKEN
ISLA DE LAS ALAS
ISLA DE LAS MANTICORAS
LOS MÍNIMOS
POLITEMO
WAIT
ISLA DE LOS ASESINOS
LEONA
GRAN CARUTA
LITHIA
FRONDELL
AREAT
ANTIOK
CARUTA
ARCHOS
CERETOS
KARKARA
ISLA DEL AGUA CLARA
VISTAIA
ISLA DEL INMORTAL
ARVATANA
MONAN
CIREN
LEODWYN
EDEM
DOUSHA
BROGAN
CORRIENTES DEL FUEGO
ISLA DEL SOL

EL BESTIARIO DEL GUARDIÁN

En nuestro mundo existe un lugar secreto que permanece cuidadosamente escondido. Es un lugar de salvaje magnificencia, una tierra donde todas las criaturas míticas siguen hoy en día viviendo y desarrollándose. Se lo conoce como «El Archipiélago» y es un conjunto formado por treinta y cuatro islas, algunas tan grandes como Dinamarca, otras tan pequeñas como la plaza de un pueblo. En estas islas, miles de criaturas mágicas corren y vuelan, crían a sus pequeños, envejecen, mueren y vuelven a empezar. Las

tenemos medio olvidadas y hace muchísimo tiempo que quedaron ignoradas por los cuentos infantiles. Pero no las hemos destruido del todo; siguen con vida. Son copiosas, deslumbrantes y reales. Y habitan en este último lugar mágico que ha sobrevivido hasta nuestros tiempos.



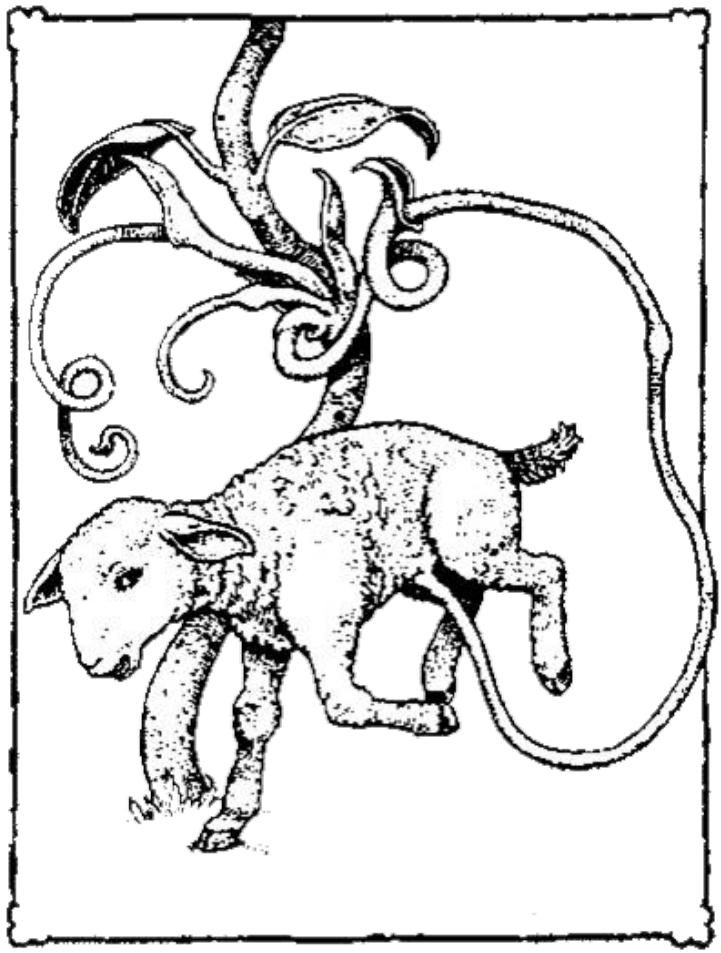
Al-miraj

Los al-mirajes son liebres de cegadora belleza provistas de un cuerno. Tienen las orejas largas y rosadas por la parte interior; su cuerno es de oro puro. Durante la época de apareamiento, allí donde pisa el al-miraj nacen brotes verdes; en solo una hora, pueden llegar a alfombrar de hierba un campo árido. Se dice que el al-miraj busca al valiente, al sabio y al bondadoso. La reina Ariana de Litia quiso regalarle uno a su prometido, pero la criatura rechazó por completo al pretendiente de la reina y, en cambio, saludó encantada a su criada. Después de aquello, la reina se casó con su criada y vivieron felices para siempre en un palacio con un jardín

lleno de liebres con cuernos dorados.

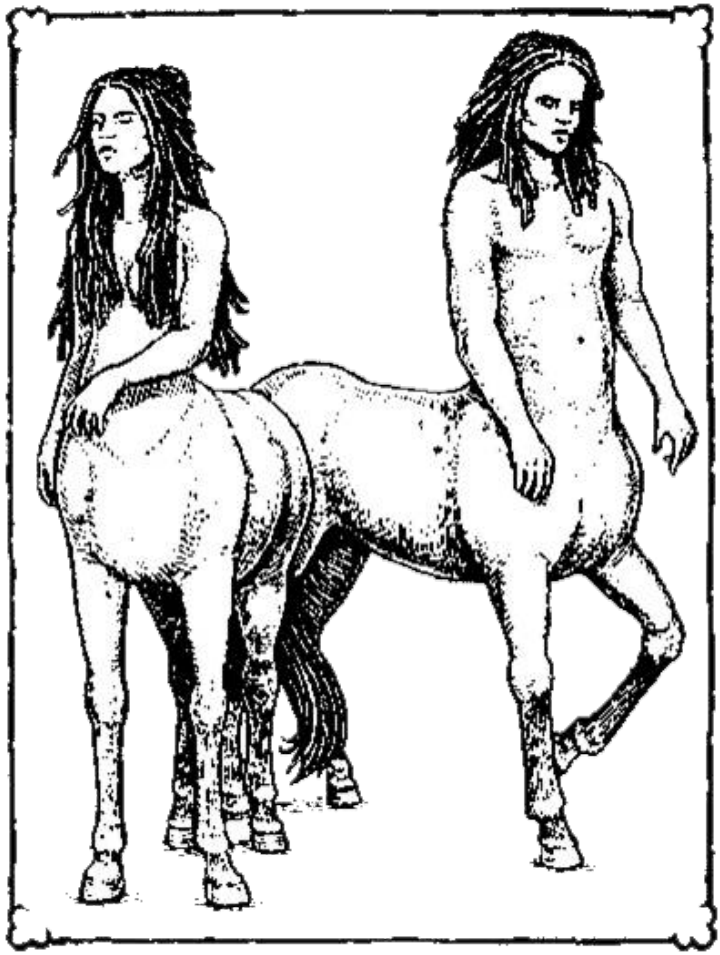
Avanc

El avanc es un carnívoro que habita en los pantanos y que se asemeja a un castor con colmillos. Sus dientes, de color blanco hueso y puntiagudos como agujas, crecen dos centímetros al día, y el avanc los mantienen recortados y afilados frotándolos contra piedras, árboles y, de vez en cuando, humanos. La suavidad y la refulgente belleza de su pelaje pueden invitar a los niños a tomarse ciertas libertades. Y los niños que se las toman solo se las toman una vez.



Borometz

Conocido también como «el cordero vegetal», el borometz brota de un tallo verde, al que está sujeto mediante un zarcillo. El cordero alcanza una altura de treinta centímetros, tiene la piel verde y la lana blanca. Si el cordero come toda la hierba al alcance del zarcillo, tanto el cordero como la planta mueren. Por esta razón, mucha gente del Archipiélago lleva siempre semillas encima y las planta alrededor del tallo del borometz cuando ve uno. Su lana, que entrega gratuitamente a aquellos en quienes confía, teje la tela más suave del mundo conocido, una tela que dura centenares de años y que huele muy débilmente a tierra.



Centauro

Los centauros tienen cuerpo de caballo y torso y cabeza de humano. Si bien son hábiles artesanos en una amplia variedad de oficios, la cultura de los centauros gira básicamente alrededor de la comida, puesto que tienen que alimentarse una docena de veces al día para satisfacer las necesidades tanto de su cuerpo como de su fantástico cerebro. Son grandes inventores culinarios, y siempre que hay luna llena celebran sus famosos banquetes en los que se regalan con frutos del bosque, dispuestos en tartas de un metro de altura, así como con potentes licores de manzana silvestre. Los festejos se prolongan durante toda la noche y parte del día siguiente.

Quimera

La quimera se parece a un león, pero posee una segunda cabeza, la de una cabra, y una cola que termina con la cara de una serpiente. Las tres cabezas tienen cerebro, sistema nervioso y fuertes opiniones a nivel individual. Esto dificulta que la quimera pueda causar tantos estragos como de otro modo causaría, ya que, en general, las tres cabezas no suelen ponerse de acuerdo entre ellas.

Dragón

En el Archipiélago viven treinta y siete especies de dragones. El más grande, el dragón de alas rojas, que es negro y tiene la parte inferior del ala de color rojo intenso, presenta el tamaño de una catedral. El más pequeño, el jáculo, podría incluso sentarse cómodamente en la punta de un dedo pulgar. El dragón amarillo, de alas finas y cola larga, es el más rápido en los cielos, mientras que el dragón acuático de cola de bronce puede respirar bajo el agua y pasa toda su vida adulta en el mar, emergiendo a la superficie solo de vez en cuando para cazar a algún marinero. El dragón plateado, que puede vivir hasta cuatro mil años, se considera la criatura más antigua del mundo. Tiene un carácter impredecible, tal y como

corresponde a un ser que ha visto pasar tantas cosas ante sus ojos.

Grifo

Los grifos tienen el cuerpo, la cola y las patas traseras de un león, y la cabeza, las alas y las garras delanteras de un águila. A pesar de que no hablan, aprenden con una rapidez sorprendente y pueden entender en pocos días la totalidad de cualquier idioma humano. Cuando alcanzan la edad adulta, la envergadura de sus alas es tan grande que incluso podrían dar cobijo a un niño. Cuando hace frío, su cuerpo irradia calor. El grifo depende del glimor que hay en la tierra y en el aire más que cualquier otra criatura; está considerada una de las criaturas más mágicas del mundo. [*Adenda de Frank Aureate: A lo largo de los últimos cinco años, los grifas*

se han vuelto cada vez más raros de ver. Los motivos no están claros, pero es posible que estén relacionados con un descenso del glimor. Se cree que en estos momentos están al borde de la extinción].

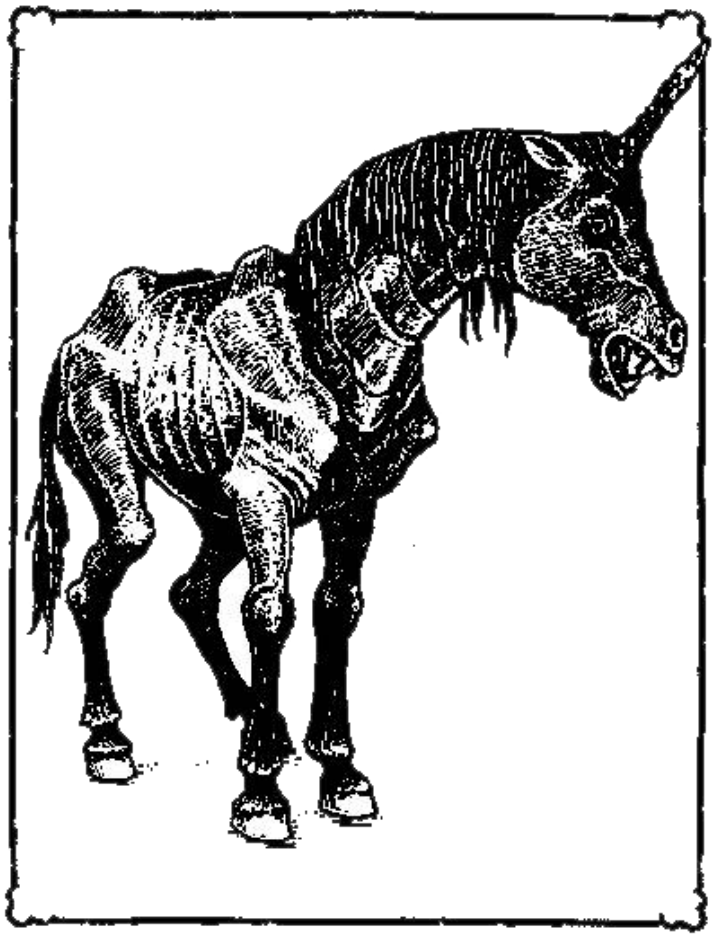
Hipocampo

Los hipocampos son los auténticos caballitos de mar de los océanos. Viven en rebaños de entre diez y veinte individuos; el macho tiene mayor tamaño que la hembra, pero esta es más veloz. Su color varía desde el verde esmeralda hasta el gris y, en el noroeste, el rosa brillante del coral. Algunos están domesticados y los cabalgan las nereidas. Todas las embarcaciones del Archipiélago deben, por ley, navegar únicamente gracias a la energía del viento o del sol, para que el agua siga impoluta y los hipocampos jóvenes (conocidos también como «hipolinos») puedan crecer hasta alcanzar su resplandeciente belleza.

Kanko

Criatura semejante al zorro pero del tamaño de un ratón, la cola del kanko está dividida en dos, lo que le permite realizar extraordinarias hazañas de equilibrio. Conocidos también como «zorros de luz», su saliva tiene propiedades luminiscentes y se ha utilizado en pintura, especialmente en Japón, de donde son originarios. A pesar de su pequeño tamaño, el kanko posee una inteligencia rica y prodigiosa y se asegura que traen suerte. El nido de un kanko, por lo tanto, no debe ser jamás perturbado, aunque se sabe que anidan en lugares de lo más inconveniente: zapatos, sombreros, bolsillos, y se conoce incluso el caso de un ejemplar que

decidió anidar en la barba de un caballero el día de su boda.



Karkadann

El karkadann es parecido al unicornio, siempre y cuando el unicornio tuviera un alma despiadada y dientes caninos. Una de las pocas criaturas del Archipiélago que mata tanto por diversión como por necesidad; se alimenta de carne, preferiblemente humana, que acompaña con hierba, para la digestión. El pelaje del karkadann oscila entre el negro puro y el morado, y la piel le cuelga de los huesos. Su cuerno es siempre negro y en su extremo lleva un veneno capaz de provocar una dolorosa gangrena, seguida por parálisis y, finalmente, la muerte. El karkadann puede mantenerse a raya con el cuerno de un unicornio, pero, ya que es

extremadamente improbable tener un unicornio a mano, las posibilidades de vencerlo son francamente muy limitadas.

Kludde

Como un perro del tamaño de un oso, el kludde es negro en su totalidad excepto en las llamas que tiene a modo de orejas. Utiliza la luz de sus orejas para atraer a sus presas —principalmente ciervos, ganado salvaje y al-mirajes—, a las que luego devora. Puede identificarse de lejos por el sonido de su respiración, que recuerda al chirrido que produce el metal contra el metal. La única manera de acabar con un kludde es apagando sus llamas con tierra húmeda o arena. Los kludes suelen vivir en islas no habitadas por humanos. Muy pocos habitantes del Archipiélago llegarán a ver alguno en su vida. Y los que los ven no los olvidan jamás. [*Adenda*

de Frank Aureate: A menos que hayan sido devorados, en cuyo caso presumiblemente lo hacen].

Kraken

El kraken, la criatura marina más antigua que existe, se remonta al periodo cretácico y coexistió con el tiranosaurio rex. El número de tentáculos puede ir desde ocho hasta cuarenta y seis, dependiendo de la subespecie. Resultan aterradores cuando tienen hambre; hay relatos que hablan de krákenes capaces de consumir hasta cuatrocientos marineros en un solo día, y los remolinos que generan sus tentáculos son capaces de arrastrar barcos de tamaño gigantesco hasta el fondo marino. En general, los krákenes no migran y permanecen en la zona de mar donde nacieron, razón por la cual los marineros que disponen de buenos mapas pueden

normalmente esquivarlos; sin embargo, los que navegan sin mapas ponen su vida en sus manos.

Lavellán

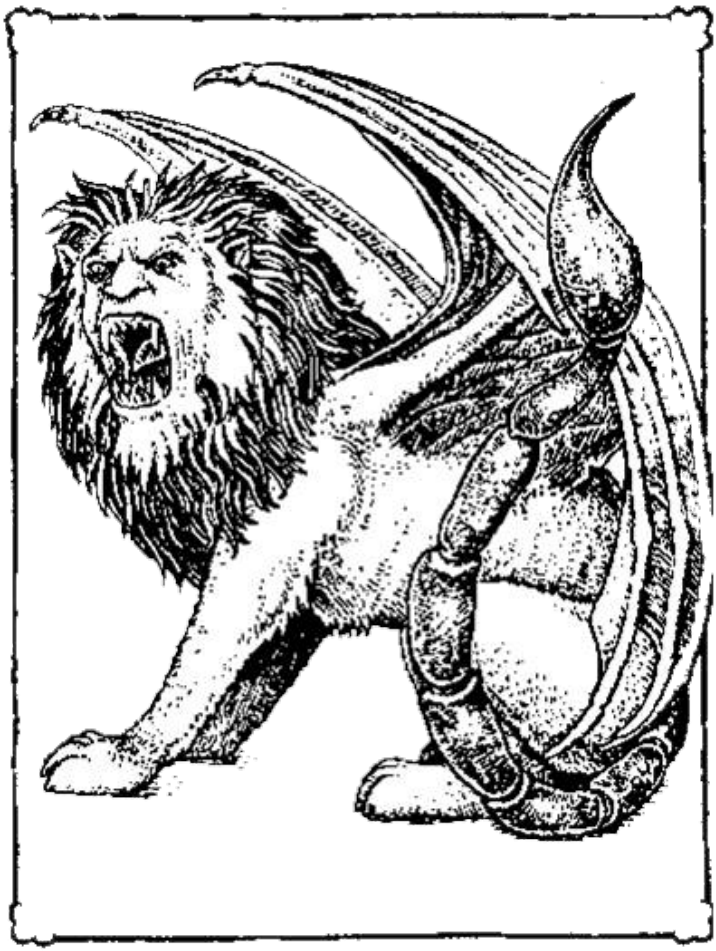
El lavellán parece una pequeña musaraña de agua y es la protagonista de una canción satírica: «No le dejes salir de la casa y pasear entre el musgo o el bosque, porque vendrá el lavellán y lo aniquilará». No es una buena canción, aunque sí una buena advertencia. El lavellán puede envenenar una fuente de agua con solo nadar en ella y puede, a pesar de su pequeño tamaño, matar con sus dientes a un humano adulto. El lavellán no tiene ningún interés en hacer daño a los humanos a menos que se le provoque, aunque su definición de «provocación» es bastante amplia y puede incluir olisquearlo, reírse de él, así como todo tipo de danza

contemporánea.

Longma

Caballo alado y cubierto de escamas, que suele ser verde o marrón y con el vientre negro, de imponente belleza y fuerza. Algunos pueden pasarse la vida entera sin tocar el suelo. Preparados para volar como ninguna otra criatura, se lavan buscando nubes cargadas de lluvia y atravesándolas lentamente con sus alas escamosas extendidas. Es la única criatura del mundo que da a luz en el aire: la madre levanta el vuelo todo lo que puede y de este modo, cuando la cría cae de su vientre, dispone del máximo tiempo posible para desplegar las alas antes de impactar contra el suelo. Deben ser tratados con precaución; solo un número muy pequeño

llega a desarrollar vínculos con los humanos. E, incluso entonces, los humanos se despiertan a veces y descubren que les han comido alguna pequeña parte, un dedo o media oreja, que no por ello resulta menos inconveniente. Es decir, el longma totalmente domesticado no existe.



Mantícora

La mantícora tiene la cola de un escorpión, la cara de un humano, la dentadura y el cuerpo de un león, y la personalidad de un político engreído. Algunas subespecies son aladas. Las mantícoras, igual que sucede con los karkadannes, son de las pocas criaturas capaces de atacar a un humano, incluso sin estar hambrientas. Mienten y matan por placer. Huelen a podrido.

Sirena

(Véase también, **sireno, sirénidos**; una cría de sirena es un **sirenito**).

La mayoría de las sirenas viven en las aguas norteñas del Archipiélago. Algunos clanes, como la tribu Mariana, presentan colas de hasta diez metros de longitud. Todas las colas de las sirenas, independientemente de su longitud, poseen cuarenta mil músculos (el ser humano, en comparación, tiene cerca de seiscientos cincuenta en todo el cuerpo). Muchos sirénidos son músicos, y por ello han inventado una amplia variedad de instrumentos subacuáticos de enorme dulzura y belleza. Algunas de

sus canciones, compartidas con los humanos, han entrado a formar parte de la tradición humana; se cree que Vivaldi adoptó muchas de sus composiciones de los sirénidos.

Nereida

Resulta desatinado confundir a una nereida con una sirena; las nereidas no están en absoluto de acuerdo con ello, y sus objeciones al respecto pueden ser peligrosas. Las nereidas, pese a vivir bajo el agua, no tienen cola. Su cabello y sus dedos son de plata y su piel tiene también un resplandor plateado. Su voz tiene fama de ser hipnótica; se dice que su idioma proviene directamente de la música del mar. Aunque pueden desplazarse sin problemas en tierra firme, solo lo hacen en caso de extrema necesidad. Localizadas principalmente en los mares del sur del Archipiélago, son individuos tremendamente lógicos, aunque la suya es la lógica del

océano y queda lejos del alcance de los humanos. La población humana del Archipiélago trata a las nereidas con temor reverencial y mantiene las distancias con ellas. La expresión «tan inescrutable como una nereida» es muy común en las islas.

Ratatoska

(Pronunciación: **rata-TOS-ka**. Nombre alternativo: rata-toskr).

Similar a una ardilla grande, con pelaje gris y un cuerno corto, la ratatoska se dedica a difundir noticias por todo el Archipiélago. Conoce más secretos del mundo —chismorreos, relatos fantásticos, verdades, verdades a medias y verdades a cuartos— que nadie. Las ratatoskas, pese a ser físicamente inofensivas, pueden, sobre todo cuando son jóvenes, ser atolondradas creadoras de caos que disfrutan con las travesuras. Si quieres difundir una noticia, y no te preocupa mucho que sea difundida con exactitud, cuéntasela a una ratatoska.

Esfinge

Las esfinges son matemáticas y eruditas de gran talento, aliadas despiadadamente leales y enemigas implacables. El diente de una esfinge, en el interior de la boca de un humano, permite a su portador entender cualquier idioma; el lametón de una esfinge cura la mayoría de las heridas. Originarias del norte de África y el sudeste de Asia, las esfinges migraron por todo el mundo hasta acabar instalándose en la península montañosa de la isla de Litia. El que desee visitar las montañas de las esfinges debe saber que, si no logra responder el acertijo que la esfinge le proponga, la criatura podrá ejercer su derecho legendario a devorarlo.

Twrch Tryth

(Pronunciación: **twuurk truitz**).

Jabalí de color negro azulado que dicen que en su día fue cabalgado por el rey Arturo. Su pelaje tiene un brillo iridiscente bajo la luz de la luna. Este jabalí puede llegar a alcanzar el tamaño de un rinoceronte y es capaz de aplastar a quienes lo asustan o lo enojan, aunque se muestra agradable y dulce con los niños. Cuando hay tormenta, protege a golondrinas entre el pelaje de su vientre y sus axilas. Conocido como «el jabalí guerrero», el twrch tryth lucha por aquellos que ama. Torpe en tierra firme, resulta exquisitamente elegante en el agua y es capaz de recorrer a nado la totalidad del

Archipiélago sin pararse ni un minuto a descansar.

Unicornio

Nacidos de color oro puro, los unicornios se vuelven plateados al cumplir su segundo año de vida y blancos al cumplir el cuarto. Prefieren las zonas boscosas y el césped blando bajo sus pies. Capaces de vivir más de trescientos años si no tienen problemas, se desarrollan sanos y fuertes comiendo hierba y arbustos, pero lo que más les gusta son las hierbas aromáticas como la citronela, el tomillo y, sobre todo, la menta. Su aliento infunde valentía a los humanos. Tejido en forma de vendaje, el pelo de su cola y su crin cura heridas mortalmente infectadas; se sabe que los unicornios han recorrido campos de batalla insuflando vida a los caídos. A lo largo

de la historia se conocen relatos sobre humanos que han cabalgado unicornios, un hecho cada vez más excepcional; muchos de los que lo han intentado han acabado cortésmente pisoteados en el suelo.

EL PRINCIPIO

Había sido un día magnífico, hasta que alguna cosa intentó devorarlo.

Era una criatura negra similar a un perro, aunque no se parecía en nada a cualquier perro que hubiera visto antes. Tenía los dientes tan largos como su brazo y unas garras a buen seguro capaces de hacer trizas un roble.

Por lo tanto, dice mucho a favor de Christopher Forrester que se negara —con velocidad, astucia y coraje— a ser devorado.

EL PRINCIPIO, EN OTRA PARTE

Había sido un día magnífico, hasta que alguien intentó matarla.

Mal acababa de volver a casa de su viaje, después de haber cruzado el bosque volando con los brazos extendidos y el abrigo inflado por el viento.

Mal Arvorian solo podía volar cuando soplaba el viento. El tiempo de aquel día había sido perfecto —una brisa del oeste que olía a mar—, y había disfrutado dando volteretas por el cielo y girando a merced del aire frío. Su abrigo volador era grueso y le iba grande; tanto, que tenía que arremangarse las mangas dándoles cuatro vueltas. Cuando soplaba el viento —que no tenía necesariamente que ser fuerte, bastaba con un poco—, agarraba el abrigo por las esquinas, lo abría como si fueran alas y, al instante, sentía que la brisa la levantaba del suelo.

Aquel día había volado justo por encima de las copas de los árboles, con los zapatos rozando las puntas de las ramas, y luego había hecho un picado con el que había espantado sin querer a un rebaño de unicornios.

En la cocina, su tía abuela Leonor había refunfuñado al notar que tenía las manos heladas y le había preparado una taza de licor de flor de saúco caliente. Y, justo entonces, habían llamado a la puerta.

Era el asesino.

LA LLEGADA

El día antes del ataque, Christopher estaba sentado en un banco delante de la terminal de transbordadores, esperando a su abuelo. Había viajado completamente solo hasta Escocia desde su casa, en el norte de Londres. Le dolían las piernas por los calambres después de permanecer tanto rato sentado y estaba muerto de hambre.

Una ardilla saltó de repente al banco y se quedó mirándolo. Se acercó despacio, temblorosa, y le rozó la rodilla con los bigotes. Se le sumó otra, y luego otra…, hasta que un total de siete ardillas se acabó congregando a sus pies.

Una mujer que esperaba en la parada de taxis se volvió para mirarlo.

—¿Cómo lo hará? —le preguntó al hombre que esperaba a su lado. Una de las ardillas corrió a instalarse en la punta del zapato de Christopher. Christopher se echó a reír y la ardilla ascendió correteando por su pantorrilla hasta alcanzar la rodilla.

—¿Todo bien? —le dijo a la ardilla—. Hace un día estupendo.

—Dándoles comida, seguro —respondió el hombre a la mujer, y a continuación le gritó a Christopher—: ¡No hay que darles de comer a los animales salvajes! ¡Es malo para su estómago!

—Lo sé —replicó Christopher, y esbozó una media sonrisa—. No les estoy dando nada.

Sus amigos siempre bromeaban diciendo que, dondequiera que fuera Christopher, los animales lo buscaban. Los gatos callejeros trazaban ochos alrededor de sus tobillos, los perros lo lamían en el parque… Habían tenido incluso que interrumpir más de un partido de fútbol porque aparecían pequeños coros de zorros aulladores que intentaban acercársele; un día, durante una excursión escolar, un grupo de palomas insistentes se abalanzó sobre él para llamar su atención.

Y nadar en los estanques de Hampstead era casi misión imposible: en una ocasión, el socorrista le ordenó salir del agua porque la repentina llegada de una bandada de cisnes estaba asustando a los más pequeños. Christopher sonrió, silbó a los cisnes y los guio para que salieran del estanque y se tranquilizaran entre los arbustos. Un cisne joven había levantado el vuelo para posársele en el hombro y le arañó la piel con sus patas palmeadas. Las marcas que le había dejado le habían durado meses. Pero a Christopher las cicatrices no le importaban; sabía que la atención y el amor de los animales no se mostraban siempre con gestos delicados, sino que a menudo implicaban un poco de sangre.

«Será algo relacionado con su olor», decía su padre con frialdad. Pero Christopher no tenía la sensación de oler muy distinto a los demás chicos de su edad. Se lavaba, aunque no es que lo hiciera en exceso.

De pequeño, aquello era lo que más le gustaba del mundo. Y a medida que fue haciéndose mayor, siguió produciéndole una alegría tremenda, aunque aprendió a disimularla, porque era algo que su padre odiaba. A su padre, los animales le producían una ansiedad inexplicable. «¡Largaos!», gritaba, y ahuyentaba a los gatos, los pájaros y a algún que otro ratoncillo que asomaba desde el subsuelo. Ahora, Christopher y su padre ya no paseaban nunca por la naturaleza, porque siempre existía la posibilidad de que las liebres empezaran a perseguirle por los campos y de que las golondrinas quisieran anidar en su cabello.

Pero no siempre había sido así. Christopher recordaba que su padre era de otra manera antes de la muerte de su madre. Porque los animales también se acercaban a su madre. Christopher guardaba una foto de los tres en Richmond Park, rodeados de ciervos, con su padre riendo y él, un bebé, subido a sus hombros.

Pero su madre había muerto hacía nueve años y su padre se había contraído, como si le hubiera caído un peso encima y lo hubiera aplastado como a un acordeón. Después de aquello, era como si todo en la casa se hubiera empequeñecido, como si todo se hubiera encogido y hubiera perdido la valentía.

Por las noches, Christopher abría en secreto las ventanas para que entraran los pájaros. Se cubría con un abrigo largo de lana azul marino y, a veces, dejaba que las golondrinas entrasen en los bolsillos para inspeccionarlos. Daba un rodeo para ir a saludar a los cuervos cuando los veía y los dejaba posarse con sus garras sobre su brazo y sus hombros. Sus amigos se mostraban cautelosos. «¡Te arrancarán los ojos!», decían, pero él se limitaba a sonreír y a negar con la cabeza.

«Qué va. No me harán nada», replicaba. Su tono de voz se volvía más suave y risueño cuando estaba en compañía de animales. Y, efectivamente, no le hacían nada. Cuando estaba con ellos, su cara adquiría el aspecto de un arco antes de ser disparado: listo, a la espera.

Los cuervos le traían botones plateados y clips, y también monedas en las que hacía un agujero para pasarles un cordón de zapatos y poder colgárselas al cuello. En el instituto, algunos alumnos de último curso se burlaban de él por el collar, pero no por eso dejó de llevarlo. Era una manera de proclamar su lealtad a la naturaleza y los seres vivos.

Y fue haciéndose mayor y más alto —la suya era una familia de altos, con piernas largas y flacas y manos finas— y, entretanto, siguió esperando.

Christopher era incapaz de explicar qué estaba esperando. Pero confiaba, con una sensación que le quemaba los pulmones y el estómago, en que hubiera alguna cosa más que hasta el momento no había visto. El comportamiento de los animales era como una promesa de que ese algo más existía.

(Y tenía razón. Fue algo asombroso que cambiaría su vida para siempre).

LA LLEGADA, EN OTRA PARTE

El asesino llegó en barca. Llegó sin hacer ruido, con paso tranquilo y manos maravillosamente limpias. Con el cuchillo escondido en el bolsillo, pasó por delante de un grupo de hombres y mujeres que cargaban con varias cajas de pez fuego que acababan de pescar. Lo miraron un instante, él se limitó a saludarlos con un leve gesto de cabeza, y lo olvidaron en cuanto se perdió de vista, que era justo lo que él pretendía. Era un profesional, llevaba años perfeccionando el premeditado arte de caer rápidamente en el olvido. Llevaba el pelo ni muy corto ni muy largo, y sus zapatos estaban lustrados hasta obtener justo el nivel de brillo que no atrae ningún comentario. Sus ojos, oscuros y fríos como el fondo del mar, llevaban mucho tiempo sin posarse en nada en concreto. Hasta que, aquel día magnífico, se posaron en Mal.

* * *

Pensándolo bien, había sido fácil que el asesino diera con ella. Localizar a tu presa es fácil si te han dicho que tienes que dar caza a una chica voladora, y entonces ves a una niña, a cinco metros del suelo, zigzagueando entre una bandada de gaviotas. El vuelo

humano era algo excepcional, incluso en el Archipiélago.

Habían pasado años desde que Mal aprendió a volar. Al poco de nacer, un adivino ambulante le había regalado su abrigo. Fue él quien le puso su nombre, y luego dejó el abrigo junto a sus minúsculos pies. El adivino había intentado decirle algo más, explicarle por qué le regalaba el abrigo precisamente a ella, pero la casa estaba de luto porque la madre de Mal no había sobrevivido al parto, y lo despacharon enseguida.

De manera que Mal se lanzó al cielo sin instrucciones. Los vecinos de al lado se habían reído de ella, de la niña enfundada en un abrigo que corría hacia el viento. Avergonzada, al día siguiente se había despertado más temprano para que nadie pudiera verla. Al principio, cuando el viento aminoraba, siempre acababa estampándose contra el suelo, dolorida y con algún hueso roto. Se había fracturado los tobillos en diversas ocasiones, se había partido la muñeca y se había doblado el dedo meñique completamente hacia atrás. Durante un tiempo, la uña del dedo gordo del pie había adoptado un interesante tono verde negruzco y se le había acabado cayendo. Pero, una y otra vez, había vuelto a intentarlo, se había lamido la sangre de sus rodillas peladas, se había encaramado a árboles y había saltado desde ellos.

Y, finalmente, había demostrado que sus vecinos se equivocaban.

«Lo conseguiré —había dicho cuando el hijo de los vecinos se había reído de ella—. Tú no tienes ni idea de nada». En aquella época andaba siempre con la cabeza muy alta. La gente le resultaba difícil —se ponía nerviosa en su presencia, siempre acababa diciendo lo que no tocaba y se sonrojaba hasta las cejas—, pero el cielo tenía para ella todo el sentido del mundo. Se sentía miserable y torpe en el suelo, pero cuando volaba, todo el mundo decía que Mal Arvorian era algo que merecía la pena ver.

Con nueve años aprendió a planear hasta posarse con delicadeza en el suelo. Con diez, ya era capaz de aterrizar de puntillas o sobre un solo pie. Con doce, presionaba la barbilla contra el pecho, se impulsaba hacia delante y daba saltos mortales en el aire. Aquella mañana de primavera, se había guardado las botas en los bolsillos y había volado sobre el mar descalza, había rozado el agua con los pies y la espuma le había salpicado los tobillos, y no había podido

parar de reír por la sensación de velocidad y el placer que le proporcionaba.

El asesino la había observado y había esbozado una sonrisa desagradable.

Mal tenía prohibido volar por cualquier sitio que no fuese por el jardín o por encima de los campos de cultivo. Su tía abuela Leonor se llevaría un disgusto si se enterase de lo lejos que había llegado Mal. Pero su tía abuela le tenía prohibida una lista infinita de cosas, larga como un libro, y era imposible obedecer en todo.

«No puedo quedarme todo el día encerrada en casa y sentada en una silla —le había dicho a Gelifen—. La gente que hace eso acaba convertida en piedra».

Y así pues, como tenía prohibido cortarse el pelo, se había recortado un flequillo con la ayuda de unas tijeras para las uñas. Le había quedado un poco errático y desigual, pero le gustaba, y había incorporado a su trenza un hilo dorado que había sacado de un mantel bordado para realzarla. Como tenía prohibido ir al bosque, volaba hasta allí con la tenue luz del amanecer, antes de que Leonor se despertara. Le apetecía mucho conocer a las ratatoskas, esas criaturas verdes parecidas a las ardillas, y poco a poco empezó a hablar con ellas y a escuchar sus chismorreos. Ella, a cambio, les contaba historias sobre cómo había encontrado a Gelifen (cuando era un huevo, arrastrado por la corriente hasta la orilla: «Vestida y todo, me metí corriendo en el agua para poder cogerlo y luego lo incubé en mi cama. Ahora duerme en mi almohada») y las oía repetidas, con voz aguda y estridente, de una joven ratatoska a otra («Nadó prácticamente hasta Litia, eso hizo, y con vestido de noche; y tuvo que luchar contra una nereida para hacerse con él, ¿te imaginas?»).

Pasaba horas corriendo entre los árboles con Gelifen, buscando unicornios y atiborrándose de bayas de agua. Había visto una familia de al-mirajes dando brincos entre los matorrales bañados por el sol y dejando a su paso un rastro de brotes de hierba nueva. En una ocasión, había sufrido la mordedura de un avanc —había sido culpa suya y Leonor la había regañado por haberse acercado tanto— y se le había infectado, y su tía abuela había tenido que permanecer a su lado cuidándola durante siete noches seguidas. Pero en cuanto obtuvo permiso para levantarse, volvió al bosque.

Tenía trabajo que hacer allí.

Por encima de todas las demás cosas, sin embargo, estaba el cielo. Si, como sucedía de vez en cuando, alguien de la ciudad la miraba con cara de preocupación y le decía que era una chica problemática, una carga para la anciana, Mal lo fulminaba con la mirada, se ponía colorada, echaba a correr y encontraba consuelo volando.

El cielo era la libertad de Mal. Se colocaba en el ángulo adecuado y alzaba el vuelo hacia las nubes, subía y subía hasta poder zambullirse en las manchas blancas. Abría la boca, sacaba la lengua y regresaba a tierra empapada, colorada y victoriosa. «Comer nubes», lo llamaba. Las nubes tenían gustos distintos, un frescor y un sabor diferente según las distintas tonalidades de blanco y de gris. Gelifen aún no podía volar como ella, de modo que se lo metía dentro del jersey y dejaba que su cara picuda asomase por la parte superior del abrigo de lana azul.

Con el paso de los años, más de uno había empezado a sospechar que la niña era rara en algún sentido. Había quien pensaba eso con una punzada de celos comparándola con sus propios hijos, mientras que otros lo pensaban con un escalofrío de placer. La gente, no obstante, estaba en general ocupada con sus cosas y la dejaban vivir, correr, comer y volar.

Excepto, aquel día, el asesino.

FRANK AUREATE

Sonó el claxon de un coche y las ardillas se dispersaron. Un desvencijado Ford se detuvo justo al lado del banco donde estaba sentado Christopher y un hombre de setenta y pico años asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Christopher? ¿Eres tú?

Sobre el techo del coche había cuatro gaviotas.

—Me siguen por todos lados siempre que vengo a la ciudad —dijo Frank Aureate, señalando las gaviotas mientras Christopher se acercaba. Tenía una voz grave, con marcado acento escocés—. Siempre es lo mismo con los animales. Y no es que me molesten las gaviotas en sí, la verdad, pero lo que sucede es que al final me resulta imposible comer fuera. El interés que les despiertan mis bocadillos las vuelve agresivas. —Abrió la puerta del lado del acompañante.

Christopher sonrió y entró en el coche. Una de las gaviotas intentó seguirlo. Cuando consiguió quitarse de encima a la gaviota y su abuelo se hubo limpiado las manos y también el salpicadero de los excrementos que había disparado el ave, Christopher dijo:

—Cuando tenía siete años, había un zorro que estaba empeñado en arrancar a mordiscos el pestillo de la ventana de mi cuarto para poder entrar. Y luego, cuando me lo encontraba en la calle, me

lamía las rodillas.

Se miraron, y fue como si entre los dos saltara una chispa cálida y refulgente. Frank fue el primero que apartó la vista.

—Bien —dijo—. Sí, eso está bien.

—¿Tú crees? Mi padre opina lo contrario.

Su abuelo emitió un sonido que quedaba a medio camino entre un bufido y una tos. Esbozó una media sonrisa, un tipo de sonrisa muy similar a la de Christopher, e inició el trayecto de cuatro horas hasta las montañas… y hasta la casa.

* * *

Nadie quería que Christopher viajara a Escocia, y Christopher menos que nadie. No le apetecía en absoluto tener que desplazarse a un lugar que estaba en medio de la nada y pasar las vacaciones en compañía de un hombre al que hacía nueve años que no veía. Su abuelo, al parecer, no se había mostrado especialmente dispuesto a aceptarlo en casa. Pero su padre tenía que viajar por trabajo y no tenía otro lugar adonde ir. Hubo un intercambio de llamadas urgentes. Christopher había argumentado con todas sus fuerzas que podía quedarse solo, pero su padre le había dicho que seguramente era ilegal. De modo que aquí estaba ahora, atravesando la ciudad, pasando por delante del pequeño cine, el supermercado y el banco, antes de adentrarse en las Tierras Altas de Escocia.

Los edificios empezaron a volverse más escasos y los árboles más abundantes. Frank sacó bocadillos, galletas caseras de avena y miel y un termo con café. El café sabía a zapato podrido y Christopher lo escupió por la ventanilla aprovechando un momento en que su abuelo no miraba. Pero los bocadillos estaban buenísimos, preparados con pan crujiente, y el paisaje del exterior era más verde a cada minuto que pasaba.

—No tenemos vecinos. La casa más próxima está a treinta y cinco kilómetros. Aún falta mucho —dijo Frank Aureate—. Duerme si quieres.

Pero Christopher no durmió, por supuesto que no. Sino que observó. Al cabo de un rato, la carretera desapareció por completo y empezaron a circular por caminos rurales, pasaron por lagos y

extensas zonas de brezo. El camino se volvió más cuesta arriba y la tierra más oscura, una turba negra salpicada con tojo. El aire empezó a oler distinto, más vivo, más intenso, más salvaje.

ANTES DEL ASESINO

Hace varios miles de años, antes de que las islas encantadas quedaran separadas y escondidas del resto del mundo, Icthus, el antiguo nombre del pueblo de Mal, había sido la ciudad comercial más grande del Archipiélago, tenía un rompeolas larguísimo y un bullicioso puerto. Pero, ahora, la isla de Atidina, excavada en la piedra y orgullosa de su accidentada costa, era un lugar en el camino hacia ninguna parte, situada en el extremo sudeste del Archipiélago. Y sus ciudadanos se alegraban de que fuera así. De vez en cuando, se acercaba una manada de hipocampos y nadaba alrededor de las embarcaciones, o alguna sirena se aproximaba a un pescador y tocaba una melodía con una flauta hecha con una navaja de mar. Por lo demás, era un lugar donde se vivía del mar y se disfrutaba de una vida tranquila y estable.

La mañana de aquel día, Mal había estado comprando. Había volado sobre una parte del bosque hasta un acantilado desde el que se dominaba una cala arenosa donde solían atracar las barcas. En la cala había un velero oxidado de gran tamaño y claramente castigado por las aguas del océano. En uno de los lados, con la pintura desconchada, se podía leer su nombre: *El Navegante*.

El viento agitó el pelo de Mal contra su cara, lo que la llevó a articular un ronroneo de felicidad. Aterrizó en la arena sin hacer

apenas ruido. La embarcación tenía una pasarela larga tendida hasta la orilla y Mal ascendió por ella.

En teoría, no estaba autorizada a subir a bordo. Los niños bien educados no visitaban el barco del Navegante. Aunque fuera una tienda, era imposible saber con seguridad si lo que vendía era en realidad lo que decía ser o si su origen era estrictamente legal. Mucha gente había sufrido engaños. Pulseras de oro puro que al ser abrillantadas solo una vez acababan resultando ser de hojalata; cremas de belleza que producían pústulas rojas en toda la cara.

Pero había objetos auténticos en cantidad suficiente como para que hubiera gente que pensara que valía la pena jugársela, y en aquel momento había una docena de personas a bordo. Mal bajó por la escalera hasta la sala que había bajo cubierta. Estaba llena a rebosar de trastos apilados en estanterías, sujetos a las paredes, colgando del techo en cestas y hamacas. Había cajas de madera tallada que solo se abrían las noches de luna llena y teteras que no se enfriaban nunca, elaboradas con arcilla refractaria de las islas orientales. Había una daga que, según la etiqueta escrita a mano que la acompañaba, era capaz de cortar cualquier tipo de material del Archipiélago. En la etiqueta, redactada en trabajadas mayúsculas, podía leerse: «DAGA GLAMRY». En cuanto la vio, Mal deseó recorrer con el pulgar la punta del arma, porque llegaba un momento en el que era tan fina que parecía volverse invisible. Extendió la mano con la intención de tocarla, pero un hombre, un tipo grande como una roca, de más de dos metros de altura, con aretes de oro en las orejas y la cicatriz de una quemadura en el cuello, se acercó justo en aquel momento para examinarla. Olía fuertemente a alcohol. Mal pasó deprisa por su lado y siguió curioseando por la tienda.

Había una pared llena de tarros azules de cristal que contenían dulces de todo el Archipiélago. Había bolas de chicle extraídas del mar por las sílfides, que te daban breves explosiones de gran fuerza física pero que, si las masticabas demasiado tiempo, acababan produciéndote una erupción de escamas en las manos. Había unos caramelos carísimos, conocidos como «gotas sabetodo», hechos por los centauros en las montañas de Antiok. Tenían el sabor de lo que más pudiera apetecerte en ese momento aunque, por otro lado, si comías más de uno, después te pasabas varios días vomitando un

líquido negro.

Mal se estremeció y siguió mirando; no había ido allí a por caramelos. Un chico vestido con mono de trabajo la miró con recelo y le preguntó si necesitaba ayuda.

—No —respondió Mal, y añadió, al ver que el joven arqueaba las cejas—. No, gracias. Sé perfectamente bien lo que estoy buscando.

Y mientras pronunciaba aquellas palabras, lo vio en las estanterías, entre otros objetos más pequeños, más baratos y cubiertos de polvo. Lo había visto por primera vez seis meses atrás y lo había deseado al instante, pero no tenía oro suficiente. Había estado ahorrando desde entonces. Por las noches se angustiaba pensando en la posibilidad de que alguien pudiera comprarlo antes de que ella hubiera ahorrado lo necesario.

Estaba más deslustrado que hacía medio año. Era lo bastante pequeño como para acomodarse a la perfección en la palma de su mano, y la tapa de plata labrada que cubría el cristal se abrió con un clic para dejar al descubierto una aguja temblorosa. Parecía una pequeña brújula de bolsillo… Aunque no se trataba de eso.

Mal lo sujetó con el mismo cuidado que sujetaría un ser vivo. La aguja empezó a girar en círculo hasta señalar en dirección al acantilado, justo por donde ella había llegado.

—¿Sabes qué es esto?

La voz del Navegante retumbó a sus espaldas, y Mal se sobresaltó. Las prendas del propietario del barco estaban manchadas con agua de mar y tenía la piel curtida, pero sus ojos, bajo unas cejas tupidas, no eran desagradables. La gente decía de él que se tomaba las leyes fiscales como algo completamente opcional, pero que cuando veía en sus clientes una necesidad real, solía hacer tratos justos.

—Sí. —No tenía etiqueta, pero lo sabía. Había leído cosas sobre aquellos objetos en cuatro libros distintos—. Es un casapasarán.

—¿Y sabes lo que hace? —Tenía una voz grave y granulosa, como si hubiera comido un puñado de la arena sobre la que su barco estaba atracado.

—Creo que…, estés donde estés, la aguja siempre señala hacia tu casa.

Mal tenía muchos proyectos para el casapasarán. Porque Mal

poseía lo que, muy generosamente, podría calificarse de un sentido de la orientación «singular». Ser una persona que podía indefectiblemente señalar hacia el oeste y decir «Ahí está el norte», y entonces viajar durante horas en una dirección totalmente equivocada hasta toparse justo delante de sus narices con la puesta de sol, suponía una dificultad. Era un obstáculo enorme para alguien con tantos deseos de volar como ella. Pero con aquel artilugio podría viajar hacia donde su abrigo quisiera llevarla, sabiendo que siempre le señalaría la dirección correcta para volver a casa.

—¿Puedes permitírtelo?

El Navegante cogió el casapasarán y le limpió el polvo con la camisa. Mal sabía que el Navegante se llamaba en realidad Lionel Holbyne, aunque no había noticias de que alguien lo hubiera llamado alguna vez Lionel. (Lo cual era comprensible, pensaba Mal, dadas las circunstancias: «Menudo nombre: ¡Lionel!»).

—Sí.

—No tenemos descuentos para caras jóvenes y encantadoras, y tampoco aplicamos bajadas de precio por compasión ante flequillos mal cortados.

—¡Tengo dinero suficiente! Llevo tiempo ahorrando.

Hundió la mano en el bolsillo del abrigo, sacó las monedas y las contó: dos de oro y nueve de plata.

El Navegante se quedó mirándola muy serio durante un buen rato, hasta que finalmente asintió.

—Correcto. No damos recibos y no aceptamos devoluciones.

—Lo sé. —Mal dudó unos instantes y entonces, porque necesitaba saberlo con urgencia, espetó—: Esa daga de allí, la que según la etiqueta puede cortar cualquier material del Archipiélago… si eso es verdad…

—Nada de «si eso es verdad» —dijo el Navegante, cortándola—. Puede cortarlo todo. Es la daga glamry, se llama así.

—Lo que me gustaría saber es qué pasaría si se encontrara con otra arma blanca del mismo estilo. ¿Cuál cortaría a cuál?

—No existe otra daga igual, y nunca existirá. Es una daga muy antigua, forjada por los centauros para el Inmortal.

—Pero ¿cómo sabes que es capaz de cortarlo todo? ¿La has probado de verdad con todo tipo de materiales?

La pregunta fue un error. Contrariado, el Navegante entrecerró los ojos, como si bajara las persianas.

—¿Me estás llamando mentiroso?

—No, por supuesto que no —dijo Mal—. Era simple curiosidad.

—Pues más te vale no ser tan curiosa —dijo el Navegante.

Le tendió entonces la mano con la palma vuelta hacia arriba. Apresuradamente y con torpeza, Mal depositó en ella las monedas. El Navegante esperó un segundo, que se hizo largo e insoportable, esbozó finalmente una sonrisa y le entregó el casapasarán.

—Anda, lárgate, y rápido, antes de que cambie de idea. No debería habértelo vendido por una cantidad tan absurdamente irrisoria. Pero has reconocido lo que era y eso tiene su importancia. Al menos, eso creo. Quién sabe. Vivimos tiempos extraños.

Mal sonrió. Y bajó corriendo del barco.

Cuando llegó a la arena, sintió que el viento soplaba con más fuerza. Iría al bosque. Había un lugar, en la parte más frondosa, que deseaba ver. Sin el casapasarán corría el riesgo de acabar perdida durante días, dando vueltas en círculo al mismo árbol.

Pero ahora, con el casapasarán, todo era distinto.

Voló hacia allí, elevándose a siete metros del suelo, con el viento impulsándola y los pies unidos y apuntando hacia atrás.

No vio que el asesino la observó partir.

LA CUMBRE PROHIBIDA

Era evidente que la casa de Frank Aureate había sido grandiosa en su día, mucho tiempo atrás. Era una de esas casas con desvanes y bodegas, con pinturas al óleo de mujeres que te miran con desaprobación y que sostienen en el regazo pequeños perros, que también te miran con desaprobación. Pero, ahora, de la grandiosidad de antaño ya no quedaba nada. La hiedra había invadido la casa de tal manera que los cristales de las ventanas se estaban resquebrajando y, de hecho, una de las ventanas estaba rota y había sido cuidadosamente reparada con papel y cinta aislante.

La casa estaba situada a los pies de una montaña muy escarpada, rodeada por un césped salpicado de margaritas y tréboles, con la hierba tan crecida que te cubría hasta las pantorrillas. La masa de árboles llegaba aproximadamente hasta la mitad de la montaña y, a partir de ahí, la montaña continuaba su ascenso desnuda de vegetación, transformada en una gran extensión de tierra oscura que contrastaba con las tonalidades rojizas de la puesta de sol.

Frank se sujetó al asiento del coche para impulsarse y salir. Caminaba con la ayuda de un bastón, y Christopher se lo pasó. Su abuelo echó a andar, con rigidez dolorosa, en dirección a la casa. El anciano iba sorprendentemente bien vestido, con un traje de pana verde con coderas. Era un hombre de peso: manos grandes, barriga,

ancho de hombros y de mandíbula, cuello con arrugas. Tenía las cejas tan pobladas que a Christopher se le ocurrió que debían de entrar en cualquier sitio varios segundos antes de que lo hiciera el resto de su cuerpo.

—No es necesario que te quedes ahí sosteniéndote sobre una pata, como un cormorán —dijo Frank—. Ven. —Christopher cargó con su bolsa y lo siguió. Olía a humo de chimenea y comida—. La casa está que se cae, pero está limpia y las paredes se mantienen en pie. —Miró a su alrededor, repentinamente inseguro—. No he tenido ningún chico por aquí desde que tu madre era una niña. ¿Necesitas alguna cosa?

—¿Hay cobertura telefónica? —preguntó Christopher.

—Me temo que no —respondió Frank, sin estar para nada pesaroso.

El corazón le dio un vuelco.

—En este caso… ¿me dejarías el coche para ir hasta donde haya señal?

El anciano lo miró fijamente.

—Calculo que te faltan unos cuatro o cinco años para poder conducir, ¿no?

—Pero es un coche automático…, y no puedo chocar contra nada por aquí, excepto contra los árboles. Y los árboles no se mueven, por favor.

El abuelo de Christopher levantó una ceja hasta tan arriba que rozó su flequillo blanco.

—Primero tienes que conocer la zona, y luego ya hablaremos. Pero conocer la zona es lo primero. Es imprescindible.

Christopher lo siguió y entraron en el salón. Se vio asaltado al instante por un cuadro pintado al óleo con la imagen a tamaño natural de un hombre en uniforme y con vello facial suficiente como para rellenar un cojín.

—Bonito bigote —dijo.

Su abuelo sonrió.

—Sí, y un auténtico horror. Un antepasado lejano nuestro, creo que mi padre me contó que era belga. Pero la casa y su contenido nunca fueron lo importante. Lo importante… —y sus ojos pasaron por encima de Christopher como un autobús— es todo el territorio que rodea la casa.

Frank le enseñó la cocina, el guardarropa, la despensa, abastecida con hierbas medicinales, tarros de conservas y de judías y de una cantidad sorprendente de latas de anchoas.

—Puedes recorrer la casa entera, puedes salir por fuera e ir hasta el camino. Pero hay una condición en la que tu padre ha insistido mucho: no te acerques a la cumbre de la montaña. ¿Me has entendido, muchacho?

Christopher observó por la ventana la montaña que se alzaba detrás de la casa. Al instante le entraron ganas de subir corriendo a la cima.

—Puedes subir hasta donde terminan los árboles, hasta la mitad de la ladera, pero no más.

—Pero ¿por qué? ¿Qué hay allí arriba?

—Es peligroso.

Frank lo guio por un pasillo hasta una escalera, y empezó a subir aporreando los peldaños con el bastón.

—¿Peligroso en qué sentido?

—No es necesario que le des vueltas al asunto. Tú limítate a hacer lo que te digo. Prométemelo.

—Sé nadar, sé trepar por las montañas. No soy un niño pequeño. No voy a perderme, ni a caerme en el pozo de una mina, ni a comer bayas venenosas, ni nada de todo eso.

Frank replicó sin volver la cabeza para mirarlo.

—No voy a hablar más del tema, ya te lo he dicho. Es lo que quiere tu padre y es el único lugar al que no puedes ir. Si me entero de que vas más allá de los árboles, habrá consecuencias. —Abrió una puerta que daba acceso a una habitación de techos altos y pintada de blanco, con una cama de matrimonio y una estantería con libros en idiomas que Christopher no reconocía ni de lejos. Encima de la cama había un jersey de color granate—. Esta será tu habitación. Hazla tuya como te apetezca: cambia los libros de lugar, dibuja en las paredes si quieres. Te he tejido un jersey. —Un leve rubor ascendió por el cuello del anciano—. Sí. Pero no es necesario que te lo pongas, te lo digo de verdad. —Carraspeó un poco—. La cena es a las ocho. Te doy la bienvenida a la casa, eres mi nieto y es lógico que estés aquí. Pero no olvides lo que te he dicho.

Se marchó. Sin caer en la cuenta —porque a veces incluso los ancianos más sabios olvidan por completo la sutileza y la astucia de

los jóvenes— de que Christopher no le había hecho ninguna promesa.

LA AGONÍA DE LA LUZ

Mal voló siete kilómetros, con los pies rozando las copas de los árboles, y se adentró en el bosque. Allí, donde la vegetación era más tupida y donde la luz estaba teñida con el verde más intenso, era donde tenía pensado llevar a cabo su experimento.

Pero cuando aterrizó, con todo el cuidado posible para no engancharse el abrigo con ninguna rama, se detuvo en seco. A los pies de un árbol había una ratatoska, del tamaño de un gato, tumbada de costado. Tenía el pelaje verde oscuro, no había alcanzado todavía el gris verdoso de la edad adulta, de modo que se trataba de un ejemplar joven.

De pronto, Mal sintió frío. Conocía a varias de las ratatoskas que habitaban en el bosque; se inclinó sobre ella, pero la cara no le sonaba. Tocó con la punta del dedo su pelaje áspero. No se movió. Se arrodilló y le acercó la mano al hocico para notar la respiración. Con gran delicadeza, la volvió hasta dejarla bocarriba. El cuerpo se movió con rigidez, como el de una muñeca. Estaba muerta.

Mal se incorporó tambaleándose y con la respiración rápida y entrecortada. Llevaba meses tropezándose con criaturas muertas en el bosque. Una gagana, un ave con pico de hierro y garras de cobre, muerta en el nido junto a sus crías. Un toro de mar arrastrado hasta la orilla, muy lejos de los lugares habituales donde debería haber

estado nadando. Dos semanas antes, un hallazgo espantosamente inolvidable, un potrillo de unicornio, oro puro, nacido muerto.

Rápidamente, apretando los dientes, excavó un hoyo en el suelo con las manos, depositó en él a la ratatoska y la cubrió con tierra con la misma celeridad para que los lavellanes no pudieran comérsela.

Acarició el suelo con las manos. La tierra de esta área era variopinta; había zonas donde tenía todavía su habitual tonalidad marrón intensa, pero en otras se había transformado en un cieno gris negruzco. El bosque de Atidina era uno de los más antiguos del Archipiélago y se suponía que su suelo debería conservar eternamente su precioso marrón. Cuando Mal tenía siete, ocho o nueve años, todo era marrón. Pero ahora estaba cambiando.

En el bolsillo del abrigo llevaba un amasijo de palitos y cordel. Los sacó. Empezó a marcar el perímetro de las zonas grises clavando palitos en el suelo y uniéndolos con cordel. Era su experimento, meticuloso, serio y tremendamente casero. Con su caligrafía puntiaguda, anotaba las fechas en los palitos, sacando la lengua de tan concentrada que estaba.

Llevaba ya medio año con aquel ejercicio, con el que pretendía demostrar que las zonas de tierra grisácea que cubrían el bosque estaban aumentando de tamaño. Había intentado convencer a su tía abuela de que la acompañara a ver que el gris se desplazaba más allá de los palitos que originalmente había plantado, que empezaba a extenderse por todo el bosque. Pero su tía abuela se había negado: «Mis piernas ya no me llevan, y tengo cosas mejores que hacer que perder el tiempo mirando el suelo».

Aunque peor que el color de la tierra, mucho peor, era lo de los grifos. En sus miles de años de existencia, los grifos siempre habían sido delicados, siempre habían sido escasos. Pero durante los últimos cinco años, estaban desapareciendo, lentamente al principio, y después muy rápido, de un modo espantosamente precipitado. Un viajero había encontrado muerta a la totalidad de la colonia de la isla de las Alas. Había quien decía que era una coincidencia; una tragedia, sí, pero que no estaba conectada con nada. Otros decían que era la señal de alguna cosa oscura, un mal augurio, el principio de lo peor.

El pasado verano, en la Ciudad de los Académicos habían

publicado un informe: hacía veinticuatro meses que no se veía ningún grifo. Y, en consecuencia, en el *Libro de las cosas vivas*, quedarían calificados como «Supuestamente extintos».

Mal había pensado en escribirles, en decirles lo que sabía, pero al final decidió no hacerlo. No soportaba la idea de que pudieran llevárselo.

Se estremeció. Se guardó el pelo en el interior de su jersey de pescador azul marino y se dispuso a volver volando a casa.

EL ÚNICO LUGAR AL QUE NO PUEDES IR

Al día siguiente, Christopher subió a la montaña. Lo siguió Goose, la hembra de labrador negra de Frank, cuya principal característica parecía ser su anhelo por pasar continuamente la lengua por la cara de Christopher. Era un día azul y frío. Se había puesto el jersey rojo que le había tejido su abuelo, que era grueso como una armadura y con cuello alto, y la chaqueta azul marino encima. El aire olía distinto allí arriba, un aroma intenso y desconocido. Olía como a una concentración de cosas en crecimiento, a verde y a terroso, a vida destilada.

Llegó al final de la zona de árboles y se paró. Se sentó junto a un pino y miró hacia arriba, hacia el pico, y notó una tensión en el pecho. Su padre no confiaba en absoluto en él, pensó Christopher con amargura; ni siquiera en que fuera capaz de velar por su propia seguridad. Todo lo ponía nervioso. Era como si estuviera evaluando constantemente el mundo, cualquier palito y cualquier piedra, cualquier coche y cualquier calle, cualquier artilugio de la cocina, por la posibilidad de que pudiera hacerle algún daño a su hijo. Lo alertaba para que fuera con cuidado con los peladores de patatas y los abrelatas; las velas de cumpleaños eran para él como armas

letales. Christopher quería a su padre, pero tenía la sensación de estar maniatado, como si, de hecho, los dos estuvieran inmovilizados.

Tenía mal sabor de boca. Sabía que subir corriendo a la cima le llevaría cinco minutos.

Dudó, y empezó a sentir un hormigueo en la piel. Goose, entretanto, se dedicó a investigar con la lengua la totalidad de su oreja. Estaría de vuelta antes de que su abuelo se enterase. ¿Qué podía ser tan peligroso? Le parecía ridículo e injusto que su abuelo no se lo hubiese querido decir, pensó, flexionando los dedos de los pies en el interior de los zapatos.

Se oyó de repente un bang y Christopher se sobresaltó. Abajo, una ráfaga de viento había hecho que una contraventana golpeara contra la pared de la casa. Su abuelo podía acercarse en cualquier momento a la ventana para averiguar qué había pasado y verlo allá arriba. Si quería subir a la cima, tenía que hacerlo ya.

—Vamos, Goose. —Miró hacia la cumbre, más allá de los árboles —. Las mejores vistas solo se obtienen desde lo alto de la cima.

Y Christopher, escoltado por la perra, superó la línea marcada por los árboles y aceleró el paso en dirección a la cumbre de la montaña.

No había avanzado mucho cuando el suelo empezó a temblar bajo sus pies, de un modo prácticamente imperceptible al principio, pero luego de manera inequívoca.

EL ASESINO

Fue el casapasarán lo que le salvó la vida.

Mal volvió a casa y aterrizó en el jardín. La casa era pequeña y sencilla, pero el jardín era grande y exuberante gracias a los atentos cuidados de su tía abuela Leonor, la única pariente viva de Mal. El límite del jardín estaba señalado por un muro alto. Al otro lado, el terreno caía en pendiente hacia un río. A Mal le habían repetido, a una media de una vez al día durante toda una década, que no se encaramara al muro. El río era profundo e impetuoso, estaba flanqueado en la orilla opuesta por zarzas, y en sus aguas podían encontrarse lavellanes, musarañas venenosas cuya mordedura era mortal.

La tía abuela de Mal levantó la cabeza al verla entrar en la cocina y suspiró. En sus tiempos, Leonor había sido alta y elegante, pero ahora, con setenta y seis años de edad, andaba encorvada.

—Tienes las manos heladas… ¡y sucias, Mal! ¿Dónde has estado?

—He estado en el bosque. He visto…

—Venga, lávatelas… con jabón, por favor. Y después ven a la mesa. He estado preparando cosas en el horno.

La mesa estaba abarrotada de comida. Había una tarta de nueces esponjosa y muy apetitosa, rosquillas de canela y un plato de

galletas aún calientes. Leonor tenía el pelo canoso, era de pocas palabras y pocas sonrisas, pero demostraba su cariño a través de la cocina. Era la mejor pastelera de todo Icthus y en ese quehacer depositaba toda su paciencia y todo su amor.

Le cortó a Mal una porción inmensa de tarta. Gelifen mordisqueó a Mal a modo de saludo y acto seguido se abalanzó sobre un cuenco de leche, mientras meneaba su larga cola y batía las alas de puro placer.

Leonor le pasó a Mal una taza de licor de flor de saúco caliente. Leonor preparaba personalmente aquel licor, y para ello pasaba horas delante de los fogones, removiéndolo hasta que quedaba acre y dulce a la vez, tal y como le gustaba a Mal. La anciana suspiró.

—¡Este pelo! Es un desastre. Deberías dejar que te lo arreglara —dijo, acariciando el flequillo irregular de Mal.

Llamaron a la puerta. Leonor fue a abrir.

En aquel mismo momento, de repente, el casapasarán se puso a temblar en el bolsillo de Mal. Lo sacó. Hasta el momento, el artilugio se había mantenido fijo, señalando hacia la izquierda, en dirección a su habitación. Pero ahora la aguja se sacudía, como si tartamudeara, se agitaba de un lado a otro, empezó a girar, primero despacio y luego más rápido, hasta que el casapasarán comenzó a vibrar en su mano.

—¡Se ha roto! —le dijo Mal a Gelifen—. ¡Pero si acabo de comprarlo!

Retrocedió unos pasos para poder verlo con mejor luz, y fue gracias a eso que cuando la puerta se abrió de golpe y el asesino irrumpió en la cocina, Mal estaba lo suficientemente alejada como para poder esquivar el descenso del cuchillo que se cernió sobre ella.

Leonor, que había sido apartada de un empujón, gritó. Entró corriendo en la cocina y se situó delante de su sobrina nieta.

—¡Fuera! —chilló—. ¡Aléjate de ella!

El hombre resopló, sorprendido. Se abalanzó para atacar de nuevo, esta vez a Leonor.

Se oyó un grito espantoso y la tía abuela de Mal bajó la vista. Una mancha roja se extendía por el pecho de su delantal. Se derrumbó en el suelo.

—¡Mal! ¡Huye de aquí!

—¡Leonor! —gritó Mal, corriendo hacia ella.

Gelifen gritó también, un chillido agudo y animal, y voló hacia el hombre con las garras extendidas. El hombre interceptó el vuelo de Gelifen, se volvió con celeridad y se abalanzó sobre Mal. La punta del cuchillo rasgó la parte posterior del abrigo y le arañó la piel de la espalda. Mal empujó con fuerza la mesa, la volcó, y cristales y platos se esparcieron por el suelo.

Mal cogió rápidamente a Gelifen y salió al jardín de la casa. El viento seguía soplando. Aceleró el paso, abrió el abrigo e intentó emprender el vuelo, pero el viento se filtraba a través del corte de la espalda. Jadeando, volvió a intentarlo. Imposible volar.

Por tierra, pues. Notaba en la boca el sabor amargo y metálico del miedo; sentía el miedo en la sangre, apoderándose de su pecho. No podía ni respirar. ¿Hacia dónde huir? Corrió primero en dirección al cobertizo, pero cambió de idea y se dirigió hacia el fondo del jardín.

El asesino dobló la esquina de la casa. Era alto; en la ciudad había hombres más altos que él, aunque ninguno con una expresión tan dura como la suya. Aquel hombre no dudaría ni un segundo en matarla, estaba segura.

Por un instante, se miraron. Al final, el hombre le gritó:

—¡Para! ¡Para!

Mal dio media vuelta y siguió corriendo hacia el muro. El hombre la seguía a escasos pasos de distancia, oía incluso su respiración. Cuando se volvió para mirar y vio que la estaba apuntando con el cuchillo, echó a correr hacia el otro lado.

De pronto se oyó un grito y el hombre se giró. Leonor, presionándose el pecho con una mano manchada de rojo y empuñando un hacha de cortar leña con la otra, apareció en aquel momento por la esquina de la casa.

Su voz sonó aguda, potente y abrasadora.

—¡Aléjate de mi niña!

Arrojó el hacha por encima de su cabeza, con toda la fuerza y todo lo recto de lo que fue capaz, es decir, con poca fuerza y poco recta, pero con una furia asombrosa.

El asesino rugió y esquivó el ataque, pero no pudo evitar recibir un golpe en el hombro con el borde romo. Echó a correr hacia la mujer, que huyó tambaleándose hacia la parte posterior de la casa.

Desde allí, se escuchó un grito agudo, luego silencio.

Mal, asfixiada por el miedo, tropezó con alguna cosa y cayó de bruces al suelo. Era como si su sangre se hubiera transformado en hormigón. Intentó gritar, pero de su boca emergió una especie de graznido. Los pulmones se le habían quedado sin aire.

Gelifen la picoteó e intentó zarandearla. Mal inspiró una bocanada de aire; tenía un sabor ácido. Se obligó a correr. Llegó al muro y, rascándose las manos con la piedra, empezó a trepar con Gelifen cargado a sus espaldas. Llegó arriba y miró hacia el río. En la distancia, a lo lejos, vio un unicornio paciendo en la orilla y un rebaño verde de ratatoskas. Y más allá incluso, un longma aterrizó para beber… aunque demasiado lejos para poder ayudarla. Más cerca, tres criaturas similares a musarañas nadaban contra corriente río arriba. Ojalá, pensó, pudiera volar y alejarse de aquella pesadilla.

—¡Al otro lado de este muro hay un río! —le gritó al hombre—. Si te acercas un paso más, saltaré. Para tu información, en el río hay lavellanes, y si me sigues, te matarán.

—También te matarán a ti. Baja de ahí.

—A mí no. Me conocen. —El pánico, el terror y la tristeza se habían apoderado de ella, pero sus labios entumecidos siguieron formando palabras con el objetivo de hacer hablar a aquel hombre —. Cuéntame qué haces aquí y entonces… y entonces bajaré. ¿Entendido?

El hombre soltó una risotada.

—No me pagan para hablar.

—Y entonces ¿para qué te pagan? ¿Y quién te paga? ¿Por qué haces esto?

La mirada del asesino la recorrió de arriba abajo y Mal percibió su desdén.

—¿Acaso no te has dado cuenta de que las criaturas se están muriendo? ¿De que la tierra se está muriendo? ¿De que el glimor se está agotando? Es una señal de su poder. —El asesino respiraba con dificultad y se estaba acercando—. Ha dicho que a los que se unan temprano a él les dará todo lo que pidan, a los que se sumen a su causa antes de que llegue al poder. Estoy harto de perder. Y por eso ahora he elegido ganar.

—¡Pero nada de todo eso que me estás contando tiene que ver

conmigo!

—Me pidió que te encontrara. Me envió un mensaje: «Encuentra a la chica voladora». Y ahora, baja de ahí.

—¿Quién? ¿Quién es ese hombre del que hablas?

El asesino negó con la cabeza. Por un instante, el miedo se apoderó de sus facciones. Acercó las manos a la pared y la palpó en busca de posibles asideros. Mal miró de nuevo el río. Sus aguas eran rápidas, lo suficiente como para arrojarla contra las piedras. Un lavellán levantó la vista hacia ella, mostrándole sus dientecillos venenosos.

Mal habló entonces con voz aguda y tono desesperado.

—¡Espera! ¿Qué tiene que ver conmigo que se estén muriendo tantas criaturas y que el glimor esté desapareciendo?

El hombre se quedó mirándola con ojos hambrientos.

—Lo tiene todo que ver contigo.

Llegó a lo más alto de la pared. Mal estrechó a Gelifen contra su pecho. El hombre dio un paso hacia ella, sin soltar el cuchillo.

Mal saltó.

Y en su caída recorrió los dos metros y medio que la separaban del río. La superficie se cerró sobre ella. Y bajo el agua empezó a vislumbrar veloces motas fosforescentes. El río estaba helado y revuelto; se armó entonces de valor, preparándose para golpearse contra las rocas o sentir en cualquier momento el mordisco de un lavellán. Pero, de pronto, algo tiró de Gelifen para arrancárselo de sus manos, y ya solo sintió el agua, su rugido envolvente, y una punzada intensa de terror. Y luego, nada.

LA ESTAMPIDA

Había salido el sol y hacía muy buen tiempo cuando Christopher empezó a subir la montaña, medio andando, medio corriendo. Buen tiempo… hasta que el suelo se puso a temblar.

Se acercaba a la cima, con Goose pisándole los talones, cuando la perra se paró en seco y gimoteó con ansiedad. Christopher se agachó para acariciarla.

—¿Qué pasa, chica? ¿Te has hecho daño?

Y entonces lo oyó: un rugido, en las profundidades de la tierra. Tocó el suelo y notó que temblaba bajo la palma de su mano. ¿Un terremoto? El pelaje del lomo de Goose se erizó y empezó a ladrar con unos aullidos agudos y aterrados.

Se oyó un relincho salvaje y, de pronto, un caballo gigante de color verde cubierto de escamas brillantes avanzó al galope hacia ellos. Christopher gritó. Intentó tirar de Goose, pero la perra parecía haberse quedado clavada al suelo, de modo que optó por cogerla en brazos y arrancó a correr.

Pesaba lo suyo, pero el terror le dio velocidad. Alcanzó a refugiarse detrás de un roble y, con la respiración entrecortada, se acuclilló y protegió con su cuerpo a Goose.

El caballo, con los ojos desorbitados y muy abiertos, seguía cabalgando montaña abajo. Desde donde estaba escondido,

Christopher observó el brillo musculoso de su flanco cubierto con escamas verdes. Entonces, la criatura extendió sus enormes alas y alzó el vuelo por encima del límite marcado por los árboles.

La estampida llegó de repente. Primero, una cascada de criaturas similares a musarañas empapadas, pero con colmillos caninos, una docena, aproximadamente, y a continuación, una horda de lo que parecían ardillas gigantes con cuernos verdes que gimoteaban y gritaban: «¡Corred! ¡Corred!». Goose se debatió con nerviosismo entre los brazos de Christopher, que la sujetó con más fuerza.

Aquello era imposible. La incredulidad se apoderó de él… ¿Lo habrían drogado? Se pellizcó varias veces para intentar espabilarse, pero lo único que consiguió fue hacerse sangre y que una punzada de dolor le recorriera el brazo. Un escalofrío de miedo rugió por su cuerpo.

Y antes de que le diera tiempo a moverse, se escuchó un potente relincho y apareció un caballo con un cuerno de plata pura corriendo al galope. Pasó a toda velocidad por su lado y su cola, blanca como la luz de la luna, estaba enredada con restos de maleza.

—Un unicornio —le dijo en voz baja a Goose.

Y, tan rápido como habían llegado, las criaturas desaparecieron, perdiéndose entre los árboles de más abajo. A pesar del sol, Christopher se había quedado con las manos y los pies helados. El desconcierto le había cortado la respiración.

Su primer instinto fue volver a toda prisa a casa de su abuelo. Pero, justo en aquel momento, le alcanzó un nuevo sonido procedente de la cumbre de la montaña, un grito agudo, semejante al piar de un ave. Un sonido terrible y desesperado, el sonido de algo que luchaba por vivir.

Dudó solamente un segundo, y entonces echó a correr, más rápido de lo que había corrido en toda su vida, hacia la cima de la montaña prohibida.

No podría decir qué esperaba encontrar allá arriba…, pero evidentemente no era lo que se encontró. En la cumbre, el terreno se volvía llano y había un pequeño lago. Tendría unos treinta metros de ancho y sus aguas eran de un azul tan oscuro que resultaba casi negro. En el centro del lago había algo que se estaba ahogando. El agua se arremolinaba y formaba una espuma blanca

alrededor de un ser con alas y una cola que se agitaba sin cesar. Y la criatura emitía chillidos agudos de terror.

Christopher no se paró a pensar; de haberlo hecho, la locura y la imposibilidad de la escena habrían podido con él. Se despojó del abrigo y el jersey, los arrojó sobre la hierba, se quitó los zapatos y se zambulló en el agua.

El impacto del frío fue tan intenso como lanzarse contra una pared de ladrillo; se quedó sin aire en los pulmones. Pero, entonces, la criatura emitió otro grito desesperado. Sus cortas patas delanteras no estaban hechas para el agua, y, a pesar de que aleteaba con fuerza, se estaba hundiendo.

El lago era profundo. Christopher intentó nadar con rapidez. El agua le salpicaba en los ojos, y cuando llegó al lugar donde creía que estaba la criatura, no la vio por ningún lado.

Escupió agua con sabor a fango y cieno y se sumergió en las profundidades. Y allí estaba por fin, con los ojos y el pico cerrados, hundiéndose a toda velocidad. A pesar del vuelco que le dio el estómago, de la fuerte presión que sentía en el pecho y los oídos, y del frío que le quemaba la piel, Christopher pataleó para seguir descendiendo hasta que consiguió agarrarla por una pata trasera.

Ascendió como un cohete hasta la superficie y cogió aire, pero la criatura no respiraba. Salió rápidamente del lago y la envolvió con el abrigo. Y entonces abrió los ojos y vomitó sobre el brazo de Christopher una gran cantidad de agua y restos a medio digerir de lo que quiera que hubiese comido.

Christopher soltó una carcajada que era también el resultado de su angustia.

—Estupendo —dijo—. Muchas gracias.

Le castañeteaban tanto los dientes que apenas podía hablar. Pero su cuerpo entero resplandecía de alivio, embargado por una vertiginosa sensación de asombro e incredulidad, porque por fin sabía qué era lo que tenía entre sus brazos.

La criatura tenía las patas posteriores de un cachorro de león y las alas y las patas anteriores de un águila, la mitad delantera del cuerpo cubierta con suaves plumas blancas.

Su cara era la de un ave joven, con ojos verdes, aunque tenía las orejas de un caballo, marrones, puntiagudas y exageradamente grandes.

—Eres un grifo —articuló Christopher.

No había la menor duda de que era de verdad, porque se retorció en el interior del abrigo y, presa del pánico, lo arañó con dos tipos distintos de garras. Las garras de león de las patas posteriores eran las más afiladas y se le clavaron con fuerza en la piel y, a pesar del dolor, el corazón de Christopher dio un vuelco.

—¡Tranquilo, tranquilo!

Brotaba sangre por algún lado, sangre caliente y reciente. Con cierta dificultad, Christopher consiguió sujetar las patas delanteras del grifo. Le levantó entonces la cola para examinarle las suaves patas traseras. Y lo encontró: un corte profundo en la pata trasera izquierda. Le envolvió la pata con un calcetín. La criatura, resbaladiza como una nutria, se retorció en señal de protesta, pero no lo mordió.

Christopher volvió a calzarse a pesar de tener los pies empapados. Tenía las puntas de los dedos azules del frío. Cogió de nuevo en brazos al grifo.

—Vamos a llevarte a algún lugar donde puedas entrar en calor, y rápido —habló.

El grifo se calmó con el sonido de la voz de Christopher y descansó el pico en la curva de su codo. Olía a plumas y pelo mojados y, por debajo de ese olor, desprendía también el aroma almizclado, suave e intenso de un animal joven. Era la cosa más bonita que Christopher había visto en su vida.

—Te protegeré —le dijo—. No tengas miedo. No permitiré que te pase nada.

La criatura le mordió débilmente el pulgar.

Teniendo en cuenta la caótica imprevisibilidad del mundo aquello era, dirían algunos, una promesa atrevida y peligrosa que hacer a cualquier ser vivo. Pero es que esa era precisamente una de las virtudes que tenían los grifos: que eran persuasivos.

EL SECRETO DEL GUARDIÁN

La mayoría de los hombres, si viesen a su nieto irrumpir en casa chorreando agua y con una criatura mítica aferrada contra su pecho, empezarían a formular preguntas. Pero Frank Aureate no era como la mayoría de los hombres.

El abuelo de Christopher estaba dormitando en un sillón junto a la chimenea cuando su nieto abrió la puerta de golpe. Enderezó la espalda, asimiló la escena —Christopher, con los labios azules y la mirada aterrada, el bulto que llevaba en brazos y Goose pisándole los talones— y se levantó de inmediato.

—Necesito un vendaje —dijo Christopher—. Para el grifo.

—Has ido al *lochan*, por lo que veo —dijo Frank—. Al lago. Te dije expresamente que no lo hicieras.

—He tenido que ir —respondió Christopher, mostrándole el bulto con el que cargaba—. Se estaba ahogando. —Y, lo más rápidamente posible, le contó a su abuelo todo lo que había visto.

Frank permaneció inmóvil, respirando trabajosamente, con una expresión que daba a entender que estaba haciendo cálculos ininteligibles. Y entonces fue a la cocina. Salió con un vaso de *whisky* y un rollo de vendas.

—Deja que me ocupe yo del grifo. Tú ve a ducharte con el agua

más caliente que soportes y lo más rápidamente posible, y vuelve a bajar enseguida.

Cuando Christopher volvió, Frank estaba acabando de cubrir con el vendaje el flanco trasero del grifo. Junto a la chimenea había una taza de chocolate caliente.

—Ven —dijo—. Siéntate. Le darás de comer. —Parecía muy envejecido cuando tomó asiento y su cuerpo crujió. Le pasó el grifo a Christopher y, a continuación, una lata de sardinas—. Toma. Veamos, creo que es necesario que te dé una explicación.

—Pero… había también un unicornio. ¿No habría que ir a…?

La mirada gélida que le dirigió Frank lo cortó en seco.

—Siéntate —dijo el anciano—. Y escucha. —Era una mirada que por un instante dejó muy claro lo fuerte que el abuelo de Christopher había sido en su día, y que seguía siendo aún, por debajo de aquella piel tan arrugada y aquellas manos agarrotadas —. No habrá ido muy lejos… Hay vallas. En estos momentos es más importante que escuches lo que tengo que decirte.

Christopher se sentó. Abrió la lata de sardinas y el grifo empezó a comer con ansia de su mano.

Frank suspiró.

—Habría acabado contándotelo, Christopher. Pero eres demasiado joven. Tu padre y yo llegamos a un acuerdo al respecto. —Bebió un buen trago de *whisky*—. Acordamos que esperaríamos como mínimo hasta que cumplieses los dieciocho; de hecho, tu padre pretendía esperar hasta los veintiuno, o los veinticinco, incluso. Y la verdad es que yo habría preferido que no lo supieras nunca.

—¿Contarme el qué? ¿Que nunca supiera qué?

Frank sacó una llave del bolsillo y abrió un armario grande de madera. Sacó de su interior otra llave. Y retiró de la pared el cuadro del hombre con uniforme.

—La verdad es que es un cuadro absolutamente espantoso. Lo elegí para esconder la caja fuerte imaginándome que a nadie se le ocurriría nunca robarlo.

Christopher le dio una sardina al grifo. La criatura la engulló entera, intentando llevarse de paso los dedos de Christopher.

—Tranquilo —le susurró Christopher—. Mis dedos no están en el menú, recuérdalo.

Detrás del cuadro había una caja fuerte metálica. Frank Aureate la abrió y extrajo de su interior un documento doblado infinidad de veces y un librito. Dejó ambos objetos sobre la mesa y desplegó el documento. Christopher se inclinó para verlo mejor. Era un mapa, pintado en pinceladas exquisitamente delicadas sobre una gruesa vitela.

—Esto es el Archipiélago.

Frank Aureate acarició el mapa con la punta de los dedos, lentamente, con cariño.

—Déjame recordar las palabras que utilizó mi madre. —Inspiró hondo—. Existe en nuestro mundo, Christopher, un lugar secreto, escondido de todos nosotros para su propia seguridad, donde todas las criaturas míticas siguen hoy en día viviendo y desarrollándose. La gente que vive allí lo llama «El Archipiélago», y está formado por treinta y cuatro islas, algunas tan grandes como Dinamarca, otras tan pequeñas como la plaza de un pueblo. En estas islas, miles de criaturas mágicas corren y vuelan, crían a sus pequeños, envejecen, mueren y vuelven a empezar. Es el último lugar mágico que ha sobrevivido hasta nuestros tiempos.

—¿Mágico? ¿No irás a decir que…? —replicó Christopher, con la incredulidad haciendo mella en su voz.

Frank levantó la mano.

—Silencio. En el mundo siempre ha habido magia, Christopher. ¿Acaso no tienes entre tus brazos un grifo? La magia creció junto con el primer árbol de la Tierra y, a partir de ese árbol, se extendió por el suelo, el aire y el agua. En el Archipiélago la conocen como «el glimor».

Christopher se concentró en el peso del grifo, en su calor animal. Le dio otra sardina y su pequeña lengua le lamió los dedos.

—¿Y la magia es eso que dices? ¿El glimor?

—El glimor, sí. O el glamor, como lo llaman algunos isleños. Glimorio, glamario, glimando, glimoncio. Es todo lo mismo, el nombre que le dan a la magia primigenia. Mucho tiempo atrás, lo tenías por todas partes. Durante miles de años, las criaturas mágicas vivían libremente por toda la Tierra. Pero, poco a poco, a medida que los humanos empezamos a desarrollar nuestras civilizaciones, nos dimos cuenta de que podíamos utilizar a esas criaturas, que podíamos criarlas en cautividad, matarlas y capturarlas para que

nos facilitaran la vida. Y así fue como, con el paso del tiempo, se fueron volviendo más y más escasas. No es una historia que invite a admirar a la humanidad, la verdad. Sin embargo, en un grupo de islas situado en el Atlántico Norte, seguía existiendo el lugar donde creció aquel primer árbol. Allí, el glimor que había en el suelo y en el aire se manifestaba con todo su potencial. Y entonces, un día, hará unos mil años, todas aquellas islas desaparecieron.

—¿Desaparecieron?

—Sí. Y en el resto del planeta, las criaturas mitológicas fueron aniquiladas, los humanos las cazaron hasta su extinción. Pasaron varios milenios y lentamente fuimos olvidando que existió un tiempo en el que el mundo estaba iluminado por el brillo de un unicornio o el fuego de un dragón, y acabamos creyendo que todos aquellos relatos auténticos no eran más que mitos. Cuentos de niños. Nada realmente importante. Somos olvidadizos, los humanos.

—¿Dónde están las islas? El Archi… ¿cómo lo has llamado?

El grifo intentó meter todo el pico en la lata; Christopher se lo impidió y le fue dando las sardinas que quedaban.

—Ar-chi-pié-la-go. Es una palabra de origen antiguo que significa «conjunto de islas».

—Y ¿dónde fueron a parar esas islas?

El rostro de Frank se iluminó, se encendió como el fuego de la chimenea.

—Ahí está la gracia, chico. Están exactamente en el mismo lugar donde siempre estuvieron.

Algo empezaba a removerse en el cuerpo de Christopher, una avalancha de sangre caliente que rugía desde la cara hasta la planta de los pies, una sensación ardiente de excitación. Pero aun así —incluso con el grifo, que en aquellos momentos, instalado en su regazo, se estaba rascando con la pata trasera la oreja cubierta de plumas— aquello le parecía imposible. Aunque un «imposible» que él siempre había anhelado que fuera verdad.

—Pero, si están allí, ¿por qué no tenemos constancia de ellas, hoy en día, que tenemos radares, drones y todo tipo de artilugios?

—Los barcos no pueden acercarse a las islas. El glimor los empuja lejos, con tanta delicadeza que ni siquiera se percatan. Lo mismo sucede con los aviones, que no pueden sobrevolarlas y ni se enteran. Es un territorio inexplorado e inexplorable.

El grifo se había quedado lleno y se le cerraban los ojos de puro agotamiento. Escondió el pico debajo del jersey rojo de Christopher, se acurrucó contra su pecho y Christopher acarició sus alas esponjosas para tranquilizarlo. Se inclinó entonces sobre él para mirar el mapa.

—¿Me lo enseñas?

Frank señaló un punto.

—Esta, Litia, es la más grande y la que tiene una población de humanos más densa. Esta otra, Arkhé, es la que está situada más al norte y es donde creció el primer árbol. Aquí abajo, en el sudeste, están las zonas más salvajes, donde la gente convive con los dragones. Cerca de una docena están habitadas tanto por humanos como por criaturas, y el resto, solo por criaturas.

—¿Unicornios?

—Unicornios, sí. En la isla de Ceretas hay manadas enormes, de miles de ejemplares, y también en Atidina y en Litia.

—¿Y centauros?

—Sí, los centauros están en Antiok. Y hay muchísimas criaturas más, menos conocidas, pero que aparecen en abundancia en los relatos de la Antigüedad: karkadannes y mantícoras, krákenes, kappas y toros de mar. Es un lugar desenfrenado y espectacular.

El corazón de Christopher palpitaba tan fuerte que el grifo, molesto ante aquel latido acelerado, salió de debajo del jersey y se quedó mirándolo.

—¿Hay alguna manera de llegar hasta allí?

—No, a menos que sepas cómo hacerlo.

Christopher se tambaleó levemente, mareado. Levantó la vista hacia el cuadro del belga bigotudo.

—Pero… ¿cómo sabes tú todo esto? ¿Y cómo es que tienes este mapa?

—¿No lo has adivinado? Porque soy un guardián de la Senda entre Mundos.

—¿Tú?

—No sé a qué viene tanta sorpresa, muchacho —respondió Frank secamente—. Antes de ser el viejo débil que soy ahora, fui un joven muy fuerte. —Sonrió—. Sí, yo. Y aunque no se puede llegar hasta allí en barco, hay rutas…; una como mínimo, y creo que en otros puntos del mundo hay alguna más. La entrada se abre una vez

al año, durante una sola semana, en la cuarta luna, cuando…

—¡El lago! ¿Es el lago la entrada?

—Exactamente. El *lochan*. —Lo pronunció como «locken»—. En el fondo del *lochan*… es muy profundo ese lago, treinta metros o más… Bueno, el caso es que en el fondo del *lochan* crece un árbol muy antiguo. Lleva allí tres mil años, sus ramas se extienden bajo el agua. Nació a partir de la semilla de una manzana del Árbol del Glimor. Mi trabajo consiste en protegerlo del robo, de la ruina, del tiempo. Mi Charlotte, tu madre, también habría sido una guardiana. Pero… —transcurrió un segundo hasta que pudo seguir hablando— no pudo serlo, naturalmente. De modo que el cargo pasará a ti.

—¿A mí?

—A ti. ¿Te habías preguntado alguna vez por qué los animales siempre se acercan ti?

—Pensaba que quizá era por… No sé, por algo de mi piel. Por mi olor.

—Lo cual no está muy lejos de la verdad. Los animales te perciben como un lugar donde sentirse seguros. El hecho de vivir tan cerca del pasaje ha hecho que una pequeña parte del glimor se haya filtrado en la sangre de esta familia. De pequeño, me despertaba todas las mañanas con una bandada de cuervos en el umbral de la puerta. Me traían regalos, clips y botones.

Christopher se llevó la mano a su collar y su abuelo esbozó una escueta sonrisa.

—Y tu madre, Christopher, tu encantadora madre fue expulsada temporalmente de la escuela por guardar un nido de musarañas en el bolsillo del abrigo. Le montaron un escándalo irrazonable por la posibilidad de que tuvieran pulgas. Es un tira y afloja, entre el guardián y los seres vivos.

—¡Pero nadie me ha contado nunca nada de todo esto! —El asombro empezó a transformarse en enfado—. ¿Por qué no me lo contó nadie? ¿Durante todo este tiempo?

—Fue idea de tu padre.

—Y ¿por qué tenía que tomar él la decisión? —Avergonzado, notó que los ojos se le llenaban de lágrimas de rabia. Se obligó a detenerlas—. ¡No me cuenta absolutamente nada de nada! ¡Y jamás me lo contará! ¡Tú mismo lo has dicho! Quería que no lo supiese nunca.

—Tranquilo, Christopher. Es tu padre. —Le pasó el libro—. Ten. Cógelo. Es el *Bestiario del guardián*. Lo empezó a escribir mi tatarabuelo, y cada generación va incorporándole más detalles. Es un relato sobre las criaturas salvajes del Archipiélago. Léelo.

Los pulmones y los ojos de Christopher se transformaron en signos de interrogación. El corazón le latía como si estuviera hablando, como si estuviera diciendo «¿Qué? ¿Qué, cómo, qué?». Era imposible que todo aquello fuera verdad.

—Pero… —Tenía mil cosas que preguntar, una bola de dudas que ascendía por su garganta. ¿Quién más lo sabía? ¿Cómo funcionaba todo? ¿Cuál era el papel de un guardián? Pero finalmente se decidió por la pregunta más práctica—: No es luna llena. Esta noche no había luna. Pero el grifo ha salido igualmente.

—¡Lo sé! —Frank dobló de nuevo el mapa. Se pellizcó el puente de la nariz y las arrugas de su cara se comprimieron, se volvieron más profundas y oscuras—. Ahí está el origen de mis temores. El pasaje no tendría que haberse abierto. Y hay algo todavía peor…, durante estos últimos años he oído ciertas historias. Algún tipo de oscuridad sobrevuela las islas. Se trata de algo corrosivo, desconocido, algo nunca visto hasta ahora. Las criaturas se están muriendo.

Christopher se encorvó sobre el grifo, como si quisiera protegerlo.

—¿Muriendo?

—Sí. Al parecer, y solo Dios sabe cómo, porque debería ser imposible, el glimor se está desvaneciendo. Y todas las criaturas mágicas dependen del glimor. El glimor está en todo: en el aire, en el agua, en el suelo. Pero las criaturas se están ahogando en el mar. He oído relatos que afirman que los longmas se están devorando entre ellos.

—¿Qué es un longma?

—Un caballo volador, cubierto de escamas.

—¡Vi uno!

Frank hizo un gesto de asentimiento.

—Lo dijiste. Iré a buscarlo. Y será complicado, lo será de verdad. Los longmas aparecen en nuestros relatos más antiguos, pero cayeron en el olvido. Están emparentados con los dragones. Pero lo peor de todo son los grifos. Cuando has llegado cargado con ese

bulto no podía creerlo, chico. Hace más de dos años que no se habían avistado grifos en las islas. Pensaba que los habíamos perdido para siempre.

Frank volteó el mapa en sus manos. Se lo acercó a los labios y se lo entregó a Christopher.

—Toma. Estúdialo. Hace dos años le escribí a tu padre para contarle lo que estaba pasando; imaginé que debía saberlo. Me respondió diciéndome que no volviera a escribirle nunca más. Le preocupaba que pudieras haber visto la carta. Pero hay algo, en algún lugar del Archipiélago, que ha sacudido la seguridad y la paz que reinaba allí hasta ahora. Algo terriblemente malo ha sucedido. No sé qué es, aunque llevo tiempo estrujándome la cabeza para averiguarlo. Pero lo que es evidente es que se trata de algo que debes temer, muchacho.

UN PERRO EN EL AGUA

Media hora más tarde, Christopher cargaba de nuevo con el grifo. Se había limpiado el vómito que había manchado la manga de la chaqueta y se había guardado el mapa en uno de los bolsillos.

Estaba ascendiendo otra vez la montaña, a toda la velocidad que el grifo le permitía, que no era mucha. El animal se revolvía y le arañaba los brazos. Pero si Christopher lo dejaba en el suelo, se encaramaba a su tobillo y le clavaba las garras en la rodilla hasta que se veía obligado a volver a cogerlo.

—¡Estoy intentando llevarte a tu casa! —le dijo al grifo—. Pero no puede decirse que estés ayudándome mucho, ¿no te parece?

* * *

—Necesito encontrar a las criaturas más pequeñas y al unicornio —le había dicho Frank—. Imagino que tardaré un buen rato. Localizar al unicornio será sencillo; les encanta la menta e imagino que engatusarlo me resultará fácil. Pero capturar a todas las demás me llevará tiempo, y luego tendré que subirlas hasta el *lochan* para devolverlas a casa. Tú espera aquí y vigila al grifo. —Había cogido

un tarro de menta seca de la despensa y elegido un bastón de entre los varios que tenía junto a la puerta—. No salgas de casa, ¿entendido? Solo Dios sabe qué más podría pasar. El grifo se pondrá bien, siempre y cuando duerma y descanse.

Pero el grifo se había despertado al poco rato de que Frank saliera renqueante por la puerta. El cuerpecillo huesudo de la criatura no paraba de temblar. Se negaba a parar quieto. Había rasgado el sofá con el pico y las garras, y cuando Christopher lo había cogido, le había arañado la ropa y los brazos.

Temiendo acabar hecho pedacitos como una zanahoria en una ensalada, Christopher se había acercado a la puerta y desde allí había gritado «¿Frank? ¿Abuelo?», pero el anciano no se veía por ninguna parte. Podía tardar horas en volver.

El grifo había soltado un grito y emprendido el vuelo. Había ido directo a un cuadro de un hombre de aspecto triste montado a lomos de un caballo de aspecto más triste aún, había clavado una garra en la nariz del hombre y luego había impactado contra el cristal de la ventana, para acabar piando de dolor y de miedo.

—¡Vale! —le había gritado Christopher—. ¡Para! ¡Te llevaré a casa!

Al parecer, el grifo lo había entendido. Se había posado entonces a los pies de Christopher y le había dado un mordisco en el zapato.

Y por eso Christopher estaba ahora ascendiendo de nuevo la montaña con el grifo en brazos. Cuando llegó a la cumbre, el agua del *lochan* estaba oscura y agitada por el viento. El terreno que rodeaba el lago era un auténtico caos de huellas de cascos y garras.

Christopher miró a su alrededor. La tierra estaba quieta, no había ningún tipo de temblor que la sacudiera.

—Si te dejo en el agua —le dijo al grifo—, ¿sabrás qué hacer?

Pero mientras Christopher le hablaba, el grifo se quedó inmóvil y sus orejas se quedaron en horizontal con respecto a su cráneo.

—¿Qué pasa? —preguntó Christopher.

Y, entonces, él también lo oyó. Un sonido estridente y espantoso, como de metal rascando contra metal. Venía de entre la hierba alta y los juncos que crecían a orillas del lago.

Christopher buscó frenéticamente con la mirada algún lugar donde poder esconder el grifo. Vio una zona cubierta de helechos. Lo arrojó hacia allí, y la criatura se enroscó hasta quedar convertida

en una bolita temblorosa.

Se oyó de nuevo el sonido. Muy despacio, sigilosamente, asomó de entre los juncos una criatura grande como un lobo. Era negra, con la apariencia de un perro de pelea, y enseñaba los dientes, pero allí donde debería haber tenido las orejas tenía dos llamas azules; su respiración, rápida y trabajosa, sonaba como un chirrido metálico.

Se agachó de nuevo entre la hierba. Christopher comprendió enseguida aquel movimiento del rabo, aquel avance tenso de las patas traseras. Estaba cazando. La simpatía que Christopher pudiera sentir por los seres vivos tenía un límite, era evidente, y ese límite estaba justo delante de él, y tenía dientes, además.

Una sensación incandescente de miedo se apoderó de él. Intentando no mover la cabeza, los ojos de Christopher miraron de reojo hacia todos lados. Vio un palo, pero con aquello le haría el mismo daño que con un mondadientes. Luego divisó una piedra junto al *lochan*, con cantos afilados y grande como sus dos puños juntos.

Fue directo hacia ella. El perro siguió aproximándose, pegado al suelo y con la cola levantada. Su respiración volvió a rechinar, era un sonido similar al de una esquirla de cristal cuando ralla una pizarra. Christopher se agachó para coger la piedra.

El perro se abalanzó sobre él y el sonido de su respiración se volvió más chirriante si cabe con el salto. Christopher lo esquivó, rodó por el suelo y, cuando el perro pasó por su lado, le lanzó la piedra, con fuerza, con rabia. El impacto levantó la piel del flanco negro de la criatura, que volvió de inmediato la cabeza hacia la herida. Y, entonces, se escuchó una voz justo detrás de Christopher, una voz aguda y aterrada.

—¡Las llamas! ¡Tienes que apagar las llamas!

De pie en la hierba había una chica, completamente empapada.

Christopher la oyó, la entendió, se inclinó sobre el agua del *lochan* y entonces la chica volvió a gritar:

—¡Con agua no, idiota! ¡Es un kludde! ¡Con tierra, con tierra mojada!

La chica corrió hacia él y hundió las manos en el fondo del *lochan*. Christopher siguió su ejemplo. El kludde se volvió hacia ellos, con el pelo del lomo erizado de rabia. Olisqueó el aire. Avanzó tres lentos pasos, enojado, con la cola a la altura del cuerpo.

El chirrido de su respiración subió de volumen, volviéndose lacerante, agonizante, reverberando en toda la montaña. La criatura saltó y, en aquel mismo momento, Christopher le lanzó la tierra.

El primer puñado le pasó de largo y fue a parar a la hierba, pero el otro le dio directo en el ojo, en pleno salto, y también en la llama que hacía las veces de oreja izquierda. La llama parpadeó hasta apagarse, y la criatura se derrumbó en el suelo con un alarido de rabia y de dolor.

La chica se metió en el *lochan* hasta que el agua le llegó a las rodillas y empezó a arrojarle puñados y puñados de tierra mojada. Algunos disparos erraron el blanco, pero uno de ellos dio de lleno en la llama derecha. Christopher, arrodillado en la orilla, siguió lanzando, uno tras otro, cañonazos de tierra mojada y lodo a la criatura.

El kludde, con los ojos inyectados en sangre, se tambaleó. Emitió entonces un chillido agudo. Y, con la sangre de la herida del costado perdiéndose entre los juncos, se derrumbó en el borde del lago con un golpe sordo.

El silencio se hizo completo. Incluso los pájaros se quedaron sumidos en un asombrado mutismo.

—¿Estás bien? —le preguntó Christopher a la chica.

La chica asintió, jadeante. Le faltaba el aire.

Christopher se acercó a la criatura. No se movía. Le dio un empujón con el pie, casi esperando que se volviese de pronto y se abalanzase a por su pierna.

—Está muerto —dijo. Y a continuación preguntó—: ¿Qué habría pasado si no hubiese habido tierra húmeda a mano?

La chica tragó saliva y respiró hondo.

—Nunca había visto uno de estos, pero nos habría devorado. Empezando por la cara.

—¿Por la cara? ¿Como si… la cara… fuera el primer plato?

—Eso es lo que tengo entendido. Supongo que las piernas son su segundo plato. Y los dedos de los pies, el postre. —Recorrió con la mirada la ladera de la montaña, luego el bosque, fijando finalmente la vista en la casa—. Y, ahora, escúchame bien, por favor, estoy buscando un grifo. Es muy joven y debe de estar muy asustado.

La cabeza de Christopher no paraba de dar vueltas. Miró a la chica a los ojos para tratar de entender si podía fiarse de ella y

contarle lo del grifo, el ser vivo más bello que había visto en su vida. Sí, presa del pánico y del dolor, llegó a la conclusión de que podía fiarse de ella. Así que respondió con un gesto afirmativo.

—Está aquí —dijo—. Y está en buen estado. —Separó un poco los helechos y allí, en medio de la vegetación, estaba el grifo, acurrucado y temblando. Lo acarició entre ambas orejas—. Estás bien —le susurró—, estás a salvo.

Lo sacó de allí.

—¡Gelifen! —exclamó la chica.

Era menuda pero fuerte, y estrujó al grifo contra su pecho con tantas ganas que la criatura emitió un grito de dolor y le clavó las garras en la cara, haciéndole sangre y dejándole tres marcas rojas en el pómulo.

—Lo siento —le dijo al grifo, hundiendo la cara entre las plumas de su cabeza—. No era mi intención hacerte daño. No sabía qué hacer. Si hubieras muerto, no lo habría soportado.

La chica aflojó la presión para que el grifo pudiera moverse. Y el grifo, feliz, empezó a picotearla por todos lados, en las orejas, en los hombros, en las manos, en los dedos.

—Gracias por encontrarlo —dijo.

La ansiedad de la criatura había desaparecido por completo. Emitió un burr gutural, una turbina de placer. Christopher vio entonces que la piel olivácea de sus manos y sus muñecas, de su cuello y sus mejillas, estaba cubierta por cicatrices de mordiscos diminutos y pequeños arañazos.

La chica sería más o menos de su edad, quizá algo menos, y Christopher le sacaba una cabeza. Su larga melena de cabello negro y mojado estaba trenzada con hilo de oro. Se cubría con un abrigo empapado, un pantalón azul marino y un jersey también azul, lleno de manchas de hierba, de fango y de algo que parecía sangre. Sus ojos oscuros mostraban una determinación feroz. Se quedó mirándolo, con la cabeza muy alta.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la chica. Christopher le dijo su nombre. Sin dejar de abrazar al grifo, descansó la barbilla sobre su cabeza—. ¿Eres el guardián? —preguntó esperanzada—. Lo eres, ¿verdad? Me han contado que la Senda tiene un guardián.

A Christopher le habría gustado poder responder que sí, pero no tenía ni idea de qué significaba ser un guardián. De modo que

decidió responder con total sinceridad.

—El guardián es mi abuelo.

La chica hizo un gesto de asentimiento. Tiró del cuello del jersey, metió el grifo dentro y echó los hombros hacia atrás. Y, a continuación, pronunció la frase más potente y extenuante, más valiente, exasperante y galvánica que existe en el idioma humano.

Hay frases que tienen el poder de cambiarlo todo. Por un lado, están aquellas en las que uno piensa más habitualmente: «Te quiero», «Te odio», «Estoy embarazada», «Me estoy muriendo», «Siento mucho decirte que este país está en guerra». Pero, en realidad, las palabras con más poder tanto para sembrar el caos como para crear prodigios son estas:

—Necesito tu ayuda.

FOSFORESCENCIA

Ambos seguían jadeando. Christopher miró a la chica, luego al grifo. La chica no paraba de temblar, tanto porque estaba mojada como porque parecía encontrarse en estado de *shock*, y no solo por lo del kludde, sino por algo más. La chica tenía una energía extraña, algo muy potente, como si estuviera a punto de entrar en erupción.

—¿Qué tipo de ayuda?

La chica lo miró: un chico alto, con el pelo oscuro empapado por el agua del lago, la piel blanca con salpicones de barro y de sangre del kludde. La adrenalina le sacudía los dedos. Un chico que en aquel momento parecía dispuesto a hacer cualquier cosa, a enfrentarse o a luchar contra lo que le pusieran por delante.

—Necesito que vengas conmigo. Al Archipiélago. —Y añadió, a continuación—. Me llamo Mal. Mal Arvorian.

—¿Eres del Archipiélago? —replicó Christopher, que se había imaginado que la gente de las islas debía de tener un aspecto muy distinto a un ser humano normal y corriente, o que llevarían sombreros de mago, quizá, o varitas, como mínimo.

La chica asintió.

—Y tengo que volver allí, ahora mismo… —Tragó saliva. Christopher conocía esa mirada, la había visto en su propia cara:

estaba decidiendo si contarle o no la verdad—. Si vuelvo sola, moriré.

Christopher se quedó perplejo. Estaba exagerando, seguro. Aunque su expresión no contenía ni una pizca de humor.

—¿Lo dices en serio?

—Hay un asesino. Y me está buscando. Ha matado a mi tía abuela e intentó acabar conmigo también. No puedo volver sola. Si no vienes conmigo, Gelifen morirá, y yo quizá no consiga volver jamás a casa. —Su tono se volvió imperativo—. De modo que tienes que venir, ¿entendido? —A pesar de que tenía el mentón levantado en un gesto arrogante, sus ojos se llenaron de lágrimas y le empezaron a temblar los labios—. Tienes que venir. —Su voz se quebró—. ¡Tienes que venir, tienes que venir!

—¿Ir contigo para enfrentarme a un asesino? «Te invito a tomar el té, y de paso, luego, luchas hasta la muerte con un asesino». ¿Cómo pretendes que te diga que sí a eso?

—¡En ningún momento he dicho que tengas que luchar hasta la muerte! Podríamos huir. Podríamos urdir un plan. Juntos.

Christopher cerró los ojos e intentó darle sentido a todo aquello.

—¿Por qué alguien querría matarte?

—No lo sé. —Y al ver la cara que ponía Christopher añadió, subiendo la voz—: ¡De verdad que no lo sé! He hecho cosas que quizá hayan molestado a la gente, pero no hasta el punto de querer asesinarme. Es alto, tirando a rubio. Tiene un aspecto normal; precisamente por eso da tanto miedo. Podría ser perfectamente un maestro o un médico.

—¿Y no hay nadie más que pueda ayudarte?

Mal negó con la cabeza, sin decir nada.

—Se supone que el pasaje no puede estar abierto —dijo Christopher—. ¿Y si voy contigo y se cierra después de que yo entre? ¿Y si me quedo encerrado para siempre en el Archipiélago?

La chica no se movió ni respondió. Se quedó simplemente allí, a la espera, con el grifo cobijado bajo su jersey.

Christopher se volvió hacia las aguas oscuras del *lochan*. El corazón le latía con fuerza. En el centro del lago, en las profundidades, vislumbró un destello de luz verde.

Pensó en lo que diría su abuelo cuando volviera a casa y descubriera que su nieto y el grifo habían desaparecido. Pensó en su

confusión, en su enfado. No le había dejado ninguna nota. Pensó en el enojo y el miedo que sentiría su padre.

—¡Rápido! Tengo que irme ya —dijo Mal—. No puedo quedarme aquí. Gelifen morirá. Las criaturas necesitan el glimor. ¿Vienes conmigo?

Gelifen le picoteó la piel, con urgencia, con pánico.

Christopher acarició con el pulgar el mapa que había guardado en el bolsillo. Islas encantadas, unicornios, krákenes y liebres con cuernos de oro. Y la parte del corazón de Christopher que permanecía escondida de la vista de todo el mundo, la parte que a menudo se preguntaba «¿qué pasaría si…?», la parte que albergaba todas sus esperanzas, le ascendió por el pecho y empezó a latirle aceleradamente bajo la piel.

—Sí —respondió—. De acuerdo. Iré.

Mal exhaló precipitadamente, como si hubiera estado conteniendo la respiración.

—Pues por aquí, ven conmigo. Y rápido.

La chica se metió en el agua, salpicando por todos lados. Christopher lanzó una última mirada a su alrededor, una última mirada hacia la casa de su abuelo, y siguió a Mal. Era una locura, aquello era extraordinario, imposible, pensó. Se había levantado por la mañana, se había enfundado sus vaqueros y se había colgado al cuello su collar con regalos de los cuervos sin tener ni la más remota idea de que aquel día emprendería un viaje hacia una isla encantada.

Nadaron juntos hacia el centro del lago.

—Y ahora hay que coger aire —dijo Mal—. Mucho aire, ¿entendido? Llena por completo tus pulmones. ¡Vamos!

Inspiraron hondo los dos. Y juntos se sumergieron bajo la superficie y empezaron a nadar hacia el fondo, hacia lo más profundo; el lago parecía no tener fin. Los pulmones de Christopher suplicaban aire a gritos cuando lo vio. Allí, entre el cieno y los juncos, un destello repentino de verde, un fragmento de fosforescencia.

Mal se volvió hacia Christopher. Tenía los ojos abiertos, las mejillas distendidas por el esfuerzo de contener la respiración. Le tendió la mano izquierda. Christopher la cogió. Mal extendió a continuación la mano derecha y tocó la chispa de luz fosforescente.

EL ARCHIPIÉLAGO

Christopher oyó un crujido en el pecho, como si estuviera siendo aplastado bajo el peso de un edificio tan grande como el teatro de la ópera, y entonces, de repente, se encontró sumido en un remolino de aguas turbulentas. Era lo último que se esperaba, después de la tranquilidad del lago, pero sin darse ni cuenta se vio arrastrado por una corriente tan fuerte que incluso recibió el impacto de una piedra contra el pecho. Pataleó para emerger a la superficie y poder respirar. Mal salió del agua a su lado y nadaron los dos hacia la orilla. Ella le sonrió —un breve destello de dientes, algo forzado pero amable— y, en cuanto salieron, intentó escurrirse el agua de la ropa. Miró entonces en dirección al muro que se elevaba junto a la orilla y le empezaron a temblar las manos.

Por encima de sus cabezas volaban tres aves del tamaño de un águila, de color rojo fuego y con colas de más de dos palmos de largo. Christopher las reconoció al instante.

—Son fénix —dijo.

La visión le produjo un hormigueo. Era la prueba de que su abuelo ni estaba loco ni le había mentido, sino que le había contado la pura y asombrosa verdad. Aquello era el Archipiélago.

—¡Sí! Leonor dice que… —Pero se interrumpió y tragó saliva.

Volvió a empezar—. Mi casa está aquí mismo, al otro lado del muro. No sé si… si el asesino seguirá ahí. Pero solo hay una forma de salir de aquí: saltando el muro y cruzando el jardín. Al otro lado de la casa hay campos y, al final, un bosque.

—¿Y por qué no nadamos río abajo y encontramos otra forma de salir?

—El río está lleno de lavellanes. No duraríamos ni cinco minutos en el agua. Es el único camino. Y, además, tengo que ver si… si Leonor está viva.

Christopher, chorreando, se acercó al muro y trepó por él para poder ver qué había al otro lado. Había césped, flores, un rastrillo, un sauce. Ni rastro del asesino. Pero justo en el momento en que exhalaba un suspiro de alivio, se produjo un movimiento en la casa. Vio entonces la figura de un hombre, con la cara contorsionada por la rabia, que pasaba rápidamente por detrás de una de las ventanas del primer piso.

Saltó de nuevo al suelo.

—¡Está en la casa! ¡Arriba!

Salió de la chica un gemido, breve y agudo, que acalló de inmediato. Se llevó el puño a la boca. Christopher comprendió que estaba intentando luchar contra el terror que se había apoderado de ella e intentó pensar.

—El asesino no sabe que estoy aquí —dijo—. Cree que estás sola, ¿verdad?

—Sí. Que solo estamos Gelifen y yo. También ha intentado matarlo.

—De modo que si no podemos huir, tendremos que hacer otra cosa.

—Continúa.

—Pillarlo por sorpresa. Pero para eso… necesitaremos un cebo.

Mal miró al grifo, luego hacia el muro y finalmente a Christopher. Tragó saliva y cerró los puños con fuerza. Christopher no sabía aún que aquel gesto era muy típico de ella. Estaba reuniendo todo su coraje.

Mal intentó poner cara de confianza y despreocupación, y dijo entonces:

—El cebo seré yo.

* * *

Mal cruzó lentamente el césped del jardín, con paso firme y sin levantar la vista. Estaba empapada y el pelo le ocultaba la cara. Su cuerpo tenía un aspecto frágil y derrotado.

Llegó hasta las dos sillas de madera que estaban colocadas en medio del jardín. En un lugar rodeado de flores. Se dejó caer en una de ellas. Se acurrucó, recogiendo las rodillas contra su cuerpo; se la veía muy menuda.

En el interior de la casa, la figura se volvió hacia el jardín y se quedó rígida, como un perro de caza. Desapareció de la ventana.

Desde la casa era imposible ver la cara de Mal, que seguía oculta detrás de la cortina de pelo. Lo cual ya le iba bien a ella, porque su rostro mostraba con claridad el miedo que sentía, pero también su rabia; un cuchillo afilado que estaba dispuesta a arrojar en cualquier momento. Miró una sola vez en dirección al sauce, hizo lo que intentó ser un gesto tranquilizador de asentimiento y apartó de nuevo la vista.

Christopher, con la respiración acelerada, se acuclilló al lado del sauce. Gelifen, protegido entre las hojas del árbol por encima de él, emitió un débil pío.

El hombre dobló la esquina de la casa. Mal no levantó la cabeza. Fingió que no lo había visto. El hombre desenvainó un cuchillo que era tan largo como el brazo de la chica. Ladeó la boca, un gesto que era mitad sonrisa, mitad rabia. Y entonces, silencioso como un gato, empezó a cruzar el jardín.

Christopher salió de detrás del árbol veloz como un cohete. Corrió directo hacia el rastrillo, lo recogió del suelo y sin detenerse ni un instante, lo lanzó contra el hombre. El rastrillo golpeó el hombro del asesino justo en el momento en que llegaba al lado de Mal. El hombre se volvió, resoplando, y atacó a Christopher con el cuchillo.

Solo le rozó el brazo. Christopher Se apartó de un salto y embistió de nuevo. El rastrillo no consiguió alcanzar la cabeza del asesino, pero chocó con el cuchillo y lo mandó volando por los aires. El asesino consiguió arrancarle el rastrillo a Christopher y, con el mismo movimiento, lo volteó de tal modo que la madera acabó crujiendo contra la sien de Christopher, que se tambaleó

hacia un lado, con la visión borrosa y un rugido en los oídos.

El hombre agarró a Mal con fuerza por el torso y la arrastró por el jardín. La chica gritó, pataleó, y él se limitó a gruñir. Mal le clavó entonces los dientes en la mandíbula y no lo soltó. El asesino chilló y la empujó por el cuello para que se soltase.

Christopher echó a correr hacia donde había quedado la silla. Inspiró hondo y concentró todas sus fuerzas en la única oportunidad que le quedaba. Lanzó la silla por los aires, trazando un gran arco en dirección al asesino. Y cuando la silla entró en contacto con alguna cosa, se oyó un terrible ruido sordo.

El hombre cayó al suelo, y Mal también. Mal gateó a toda velocidad por la hierba, y cuando vio que había conseguido escabullirse del asesino, escupió y se limpió la boca con la manga. Christopher la ayudó a levantarse. Gelifen pasó medio volando medio corriendo por encima del parterre, destrozando las flores a su paso.

El hombre se había quedado inerte sobre la hierba.

—¿Está…? —empezó a decir Mal.

—¿Muerto? No creo. No, mira, está respirando.

—¿Crees que deberíamos… matarlo?

—No. —El horror de lo que estaban haciendo empezó a hacer mella en Christopher—. ¿Tienes alguna cuerda por aquí?

Mal entró en la casa y reapareció con medio metro de cuerda fina y deshilachada. Tenía un aspecto enfermizo, su rostro había cobrado un color pajizo, tenía los ojos enrojecidos y los labios azulados.

—Es lo único que he encontrado. He cogido también todo el dinero que guardábamos en casa. Leonor lo escondía debajo del lavabo, dentro de una jabonera. —Mal tragó saliva—. Estaba allí. La he tapado con su manta favorita.

La cuerda no era lo bastante larga y a Christopher le temblaban las manos, pero hizo todo lo que pudo y finalmente consiguió atarle al hombre las manos en la espalda. Cuando él se apartó, Mal, con expresión seria y apretando los dientes, se agachó para asegurar mejor el nudo.

—Vamos —dijo Christopher—. Tenemos que irnos corriendo de aquí.

LA LLEGADA DE LOS UNICORNIOS

Sin parar de correr, y con el grifo en brazos de Mal, cruzaron primero un campo de cultivo y después uno de trigo donde pacían varias ovejas diminutas con la cara de color verde, todas ellas unidas mediante zarcillos a un tallo también verde; Christopher tuvo que mirar dos veces para asegurarse de que la vista no lo engañaba. Empezaba a oscurecer. Mal tropezó y Christopher la sujetó por el codo para que no acabara cayendo al suelo.

—Es Gelifen —dijo Mal—. Pesa mucho.

—¿Cargo yo con él?

—¡No! Tú no puedes. Tengo que llevarlo yo. Necesita estar cerca de mí.

Christopher vio el dolor marcado en la cara de la chica y lo entendió enseguida. Era ella la que necesitaba estar cerca del pequeño grifo, cuyo calor irradiaba a través de su suave pelaje y sus plumas, y cuyos ojos la observaban con una mirada de total confianza.

—De acuerdo. Pero vamos muy lentos. Esa cuerda no lo mantendrá inmovilizado por mucho rato…, sigamos.

Extendió la mano hacia la mano de Mal que no estaba sujetando el cuerpo del grifo y ella la aceptó. Christopher tiró con fuerza, y al menos eso sirvió de algo. Aceleraron el ritmo y siguieron cruzando

un campo de cultivo tras otro y corriendo entre hierba crecida bajo una luz cada vez más tenue.

—No lo veo —dijo Mal, mirando hacia atrás y forzando la vista en la penumbra.

Pero Christopher ni la oyó. Tenía los ojos abiertos de par en par. Porque, durante un instante de asombro, hasta la última gota de miedo que sentía se esfumó de repente de su cuerpo.

Delante de él, emergiendo del bosque oscuro como una constelación de estrellas fugaces, apareció de repente una manada de unicornios.

Algunos eran totalmente blancos, otros blancos con la crin plateada y otros plateados con manchas blancas en el cuello y en los flancos. Los cuernos de los ejemplares más grandes eran largos como un bastón de caminar e iridiscentes. Y los cuernos de los unicornios más pequeños parecían de plata maciza.

Avanzaron al trote hacia ellos. Christopher los contó con rapidez: treinta y dos. Jamás en la vida había visto nada tan resplandeciente.

—Tienen un sentido del olfato muy agudo —explicó Mal, sobrecogida—. Deben de haber olido alguna cosa.

La cosa que habían olido era Christopher. Igual que le sucedía en Londres con las ardillas, los gatos, los cisnes y los zorros, los unicornios se acercaron al galope hasta él, se agruparon a su alrededor y empezaron a presionarlo con sus deslumbrantes cuerpos blancos.

Uno de los unicornios, de color blanco puro y con un resplandor plateado en la cara, aproximó su suave hocico blanco al costado de Christopher. Intentó introducir la cabeza en el interior del abrigo, por el cuello del jersey, pegarse a su piel. Christopher tuvo que apartarse un poco para esquivar la trayectoria del cuerno y poder acariciar su brillante cuerpo.

—Jamás había visto nada igual —soltó, estupefacto.

—Por supuesto que no —replicó Mal. Lo dijo en voz baja, mientras acariciaba el cuello de otro unicornio—. No existe en el mundo nada como ellos.

Christopher quería darle alguna cosa a aquel unicornio, algún tipo de regalo a cambio de la confianza que le estaba demostrando. Buscó rápidamente en sus bolsillos. En el bolsillo interior del abrigo

llevaba el mapa, empapado, y medio paquete de caramelos de menta. Su abuelo le había dicho que a los unicornios les encantaba la menta. Abrió el paquete y cogió unos caramelos. El unicornio abrió la boca, los relamió y le dejó la mano untada de saliva.

Acto seguido, el unicornio le acercó el hocico a la cara y lo olisqueó. Christopher sintió el calor de la respiración en la piel, el olor a menta, a animal y a algo más, a algo magníficamente salvaje, el olor a glimor, imaginó. Fue como recibir una dosis de coraje y energía. Le entraron ansias de gritar, de morder, de todo.

De pronto, Mal lanzó un grito de horror. Christopher se volvió enseguida: el hombre del cuchillo estaba en el otro extremo del campo.

—¡Corred!

Pero los unicornios, en vez de marcharse corriendo, se acercaron más a ellos y se cerraron hasta formar un estrecho círculo. Empezaron entonces a golpear suavemente el pecho de Christopher con el hocico. Christopher intentó abrirse paso entre ellos.

—¡Dejadnos pasar! —exclamó.

—¡Christopher! —dijo Mal—. Nos dan permiso para que los montemos.

—¿Estás segura? —Fijó la mirada en la punta de los cuernos; eran afilados como cuchillos. Pero los unicornios seguían presionando su cuerpo contra él, con insistencia—. Creo que es posible que esto no sea más que una alucinación que parece real. Pero…, vale, de acuerdo.

Mal, con Gelifen en brazos, intentó montar uno de los unicornios, pero resbaló. Christopher se agachó y entrelazó los dedos. Ella asentó la bota sucia sobre las manos de él, Christopher la impulsó hacia arriba y Mal se acomodó sin problemas sobre el lomo de un joven unicornio plateado.

Christopher enlazó el cuello del unicornio que le quedaba más próximo y de un salto se encaramó sobre él. El unicornio se levantó sobre sus patas traseras. Cristopher se sujetó a la crin blanca de la criatura y, acompañados por un coro de relinchos, la manada partió al galope hacia el bosque.

Las ramas de los árboles los azotaban a su paso. Entre la manada, Christopher distinguió tres potrillos, cuyos flancos sudaban por el esfuerzo de la velocidad. Su pelaje era oro puro.

Se oyó un grito a sus espaldas. Invisible, entre los árboles oscuros, el hombre del cuchillo acababa de gritar, y su alarido de furia resonó en todo el bosque.

Los árboles empezaron a escasear y el bosque se abrió en una esponjosa extensión de pasto. Había salido la luna y, por delante de ellos, Christopher distinguió un acantilado y el mar. El viento soplaba con fuerza y el oleaje era alto y violento. Había dos barcos, pequeños puntos en el horizonte, y, mucho más cerca, una embarcación de pequeño tamaño, con las lámparas de a bordo encendidas, surcaba las aguas manteniéndose todo lo cerca de la orilla que la profundidad le permitía. Su nombre, que oscilaba al ritmo de las olas, era *Intrépido*.

Con un relincho colectivo, la manada se detuvo de repente, los unicornios se levantaron sobre sus patas traseras y resoplaron. Ninguno de ellos dio un paso más hacia el borde del acantilado. Christopher desmontó de su unicornio y ayudó a Mal y Gelifen a bajar del suyo. Mal inclinó la cabeza hacia los unicornios a modo de saludo y Christopher, que en su vida había inclinado la cabeza ante nadie, siguió su ejemplo. Y, en un instante, los unicornios desaparecieron en la oscuridad del bosque.

—¡El hombre viene a por nosotros! —dijo Mal, con el miedo reflejado en su cara.

En el acantilado, por delante de ellos, había un saliente. Sobresalía por encima del agua, formando una lengua irregular. Y el espacio que había debajo estaba repleto de rocas.

—Tenemos que salir de la isla. No nos queda más remedio que saltar —dijo Christopher.

—¿Al mar? ¡Nos ahogaremos!

—Podríamos intentar bajar con cuidado por el borde del acantilado —sugirió Christopher.

Se volvió hacia el bosque y se le ocurrió que con la hiedra que había visto podría fabricar una cuerda. Pero entonces, en algún lugar del bosque oscuro, se oyó un crujido. El asesino y su cuchillo, corriendo entre la maleza. Lo oyeron tropezar, jadear, y después escupir y maldecir. Era evidente que estaba malherido, pero avanzaba increíblemente rápido.

—¡No hay tiempo para eso! —dijo Mal.

—Pues tendremos que intentar saltar sobre ese barco.

—Nos partiremos todos los huesos.

—Es posible. Pero fíjate en la curvatura de la vela en el mástil —dijo Christopher, señalando hacia ese punto—. Hay una inmensidad de tela para amortiguar nuestra caída. Si conseguimos dar un salto largo, caeremos encima del cañamazo y la lona.

—¿Y si el salto no es tan largo y nos falla la puntería? —preguntó Mal. Tanto terror en una sola jornada le había robado la confianza. Se mordió el labio.

—¡Tú asegúrate de que no te falle la puntería! No queda tan lejos. —Pura mentira—. Hay que elegir entre partimos algún hueso o acabar en manos del asesino. —Utilizó un tono duro expresamente para quitarle el miedo—. No hablo en broma.

Mal cerró los puños.

—Primero tendrá que saltar Gelifen. Si salto con él, podría acabar aplastándolo sin querer.

—De acuerdo. ¡Date prisa, vamos! —gritó Christopher; los sonidos del bosque le taladraban los oídos.

—¡Ya voy!

Le dijo alguna cosa al oído al grifo y este respondió con un gritito. Mal tragó saliva y lanzó a Gelifen hacia el agua.

—¡Vuela, Gelifen! ¡Tienes que volar!

La criatura estaba desconcertada y medio voló, medio cayó en picado hacia abajo, alejándose de la vela, para acabar aterrizando con un golpe sordo sobre la madera del barco.

Con la tierra desmigándose a sus pies, Mal se inclinó por el borde del acantilado e intentó vislumbrar el grifo en la penumbra.

—¡No se mueve!

—Pues tenemos que bajar rápidamente. ¡Ya! —gritó Christopher.

Retrocedieron juntos unos pasos para coger carrerilla.

—Uno… —dijo Christopher—. Dos… Miró a sus espaldas, hacia los matorrales, y vio la sombra de un hombre emergiendo del bosque.

Gritaron los dos, un alarido tanto de sorpresa como de pavor. Y de la mano corrieron juntos hacia el borde del acantilado. Los pies de Christopher despegaron del suelo y el estómago le dio un vuelco. Su instinto le ordenaba a gritos echar el cuerpo hacia atrás e intentar agarrarse a la roca, pero la inercia lo impulsó hacia delante

y de pronto se encontró volando por los aires y con el viento cegándolo.

Christopher recibió un codazo de Mal en la frente y, justo en aquel momento, se estrellaron los dos contra la vela. Se agarraron con uñas y dientes a la lona, intentando desesperadamente aferrarse a cualquier cosa, engancharse a la jarcia, sujetarse a las drizas, asirse a algún cabo, a cualquier cosa que pudiera detener la caída. Y con un crujido agónico, aterrizaron en cubierta.

EL INTRÉPIDO

Nadie puede esperar caer literalmente del cielo en la vida de alguien —y más concretamente, en su barca— y que ese alguien no se entere. El propietario del barco se enteró, por supuesto. Y su reacción fue diametralmente opuesta a la de sentirse satisfecho.

—Pero, por el Inmortal, ¿qué diantres es esto?

El hombre que se cernía sobre ellos era de esos hombretones tan inmensos que hacen que los hombres grandes parezcan frágiles bailarinas a su lado. Lucía una barba oscura de varios días, un pendiente de oro en cada oreja y la cicatriz de una quemadura en el lado izquierdo del cuello. Tenía la cara arrugada y curtida por el mar.

—¿Qué ha sido este chaparrón de niños? ¿Acaso salgo a navegar para que caigan tempestades de mequetrefes sobre mis velas?

Christopher logró incorporarse, y Gelifen, ligeramente aturdido, se puso en movimiento para esconderse enseguida en el interior del abrigo de Mal. Miraron a su alrededor. El velero era grande, construido en madera de caoba ennegrecida por el paso del tiempo, con una cabina que daba acceso a la zona de bajo cubierta. Las partes que eran de latón estaban manchadas con óxido verde, pero la embarcación surcaba a buen ritmo las aguas oscuras. Un segundo marinero, un hombre corpulento con barba canosa que superaba los

sesenta años de edad, se quedó mirándolos, boquiabierto y con un destornillador en la mano.

—Lo siento —dijo Mal—. Hemos tenido que…

—¿Lo sientes? —El grandullón la interrumpió, enojado y lanzándole un aliento impregnado con olor a *whisky*—. ¡Se dice «lo siento» cuando te echas un pedo al lado del frutero, niña! ¡Pero decir «lo siento» no sirve para nada cuando irrumpís de pronto en el horizonte como un par de pollos sin alas! ¡Podríais haberme destrozado la carga, podríais haberme desgarrado las velas…, podríais haberme causado pérdidas por un importe de miles de monedas de oro!

Mal se había puesto colorada como un tomate, un rojo que le llegaba incluso hasta el nacimiento del pelo.

—¡No sé qué más decir! Y…

—No es que… hayamos elegido hacer lo que hemos hecho —habló Christopher. Estaba todavía falto de aire y las palabras le salían entrecortadas—. De haber… de haber podido elegir… no habríamos… saltado por ese acantilado. —El hombre lo miró con los ojos inyectados en sangre y Christopher notó que se ruborizaba ante aquella mirada de ardiente escepticismo—. Pero hemos tenido que hacerlo… porque…

—¡Porque un hombre estaba intentando matarnos! —expuso Mal, rematando la frase por él—. Allá arriba.

Christopher miró hacia el acantilado, pero el asesino se había esfumado.

—Pues yo no veo a nadie. —El hombre señaló hacia arriba. Christopher se fijó entonces en que llevaba una de sus manazas envuelta en un vendaje manchado de sangre. Lo cual no lo hacía en absoluto más hospitalario, sino más bien al contrario—. ¿Por qué tendría que creeros?

Mal miró fijamente al hombre y, de pronto, lo reconoció.

—¡Te tengo visto! —exclamó—. Sí, te vi en el barco del Navegante. ¡Yo también estuve allí!

—Lo cual no es ninguna recomendación —replicó el hombre—. Lionel Holbyne es medio criminal, medio sinvergüenza. Y no me fío de él ni un pelo, y eso que tengo pocos. Adelante, explicaros.

Intercambiaron miradas. Mal hizo un leve movimiento que se supuso que era un gesto de asentimiento. Y entre los dos relataron

la historia, interrumpiéndose, de forma acelerada, toda la verdad y nada más que la verdad, sin ninguna alteración.

El hombre los escuchó. Y mientras los escuchaba fue bebiendo de una petaca, tres tragos largos que acabaron vaciándola. Eructó.

—Y ese hombre, ese supuesto asesino, ¿qué aspecto tenía?

—Era alto, blanco, con el pelo rubio oscuro —dijo Mal—. Y llevaba zapatos marrones.

—Lo de los zapatos marrones sirve de poca cosa. ¿Algún detalle más?

—No… Espera un momento, ¡sí! Tenía un lunar muy grande en el cuello, en un lado —informó Mal—. Lo vi de cerca. Y ahora debe de tener un corte en la mejilla porque lo mordí justo allí.

Christopher vio entonces que Mal también tenía un corte por haber abrazado a Gelifen con tantísima fuerza: tres líneas de forma curva que empezaban justo debajo del ojo y le recorrían la mejilla. La herida tenía una belleza casi elegante.

El hombre sorbió entre dientes.

—¿Un lunar? Podría tratarse de Adam Kavil. Podría tratarse de Ricardo Mill. Ambos serían capaces de hacer cualquier trabajo sucio a cambio de dinero; ambos están tan cansados de la vida que una muerte más les traería sin cuidado. Mill sería mejor que Kavil; es más lento. —Ladeó su potente cabeza y cambió la dirección de su mirada, perdiéndola más allá de ellos, como si estuviera decidiendo entre sumarse a la situación peligrosa en la que se encontraban los chicos o echarlos por la borda.

—¿Podemos dormir en el barco? No necesitamos ni cama. Podemos tumbarnos aquí mismo, a la izquierda —dijo Christopher. Había visto que había un espacio despejado en cubierta, al lado de una montaña de cabos enrollados. Y era evidente que Mal sería capaz de dormir incluso de pie en la ladera de una montaña—. Y mañana nos dejas en tierra en cualquier sitio.

Christopher estaba cansado de andar. Había hecho un recorrido enorme en lo que llevaba de día: había cruzado medio mundo conocido y se había adentrado en uno desconocido.

—No —repuso el hombre—. Llamaríais la atención de las autoridades, sobre todo con ese grifo. No siento ningún cariño especial por esos tipos que andan por ahí armados con una libreta y con la boca llena a rebosar de normativas. —Meneó la cabeza—. Os

dejaré en la primera roca que encuentre y ya pararéis cualquier barco que pase.

—Por favor —dijo Mal. Su expresión estaba a medio camino entre una súplica y una mirada asesina—. ¡Por favor! ¡Por el amor del Inmortal, deja que nos quedemos!

Las últimas palabras de Mal provocaron un estremecimiento en el hombretón, una reacción que se propagó desde su frente hasta su prominente mandíbula, pasando por las mejillas.

—Tendría que arrojaros a las nereidas, pero… está bien, podéis dormir en cubierta…, aunque solo por esta noche.

Los dejó allí plantados y entró en la cabina.

Christopher y Mal hablaron en voz baja.

—Creo que estamos a salvo —dijo Christopher—. Al menos por esta noche.

—Yo no estoy tan segura —confesó Mal—. Tal vez acabe comiéndonos.

Lo dijo más fuerte de lo que pretendía, y el hombre, que reapareció justo en aquel momento cargado con unas mantas, resopló.

—No me dedico a comer niños. No saben a nada. Tomad esto. —Les lanzó unas mantas. Y a continuación entregó a cada uno de ellos una galleta dura de jengibre y canela—. Son las últimas que quedaban en el barril, así que no me pidáis más. Y no me despertéis a media noche, ¿entendido?

Christopher sabía que a los marineros les cuesta compartir la comida que llevan a bordo y que si lo hacen, significa mucho.

Mal se atrevió a mirar al hombre a los ojos.

—Gracias —dijo.

El hombre suspiró.

—Me llamo Fidens Nighthand. Podéis llamarme Nighthand. No respondo al nombre de Fidens. ¿Y vosotros? —Le dieron sus respectivos nombres y el hombre asintió—. Y mis marineros son Warren y Ratwin. Tratadlos a ambos con educación; de lo contrario, Ratwin os pegará un mordisco mientras dormís.

Warren, el hombre del destornillador, que había devuelto su mandíbula a su lugar habitual y había reemprendido su trabajo, levantó una mano, pero no vieron ni rastro de nadie más.

Ni siquiera pensaron en asearse. Se tumbaron enseguida en

cubierta y se taparon con las mantas. Gelifen se acomodó debajo de la barbilla de Mal. Mal le susurró al grifo alguna cosa al oído, unas palabras que Christopher no consiguió captar. Gelifen emitió un sonido suave y empezó a emanar calor, potente y constante como el de un radiador.

Al cabo de un momento, Mal dijo en voz baja:

—¿Te arrepientes de haber venido? ¿Estás enfadado?

Christopher levantó la vista hacia el cielo. En alta mar, las estrellas brillaban con tanta intensidad que habría podido incluso leer un libro bajo su luz. Tenía hambre, seguía empapado y le dolía el cuerpo entero de lo agotado que estaba. Pero había visto unicornios y había sentido en la mano la sensación fría de sus cuernos.

—No, no me arrepiento.

Estaba todo lo contrario de arrepentido.

—Me alegro.

Mal estaba tan extenuada que su respiración se volvió lenta y rítmica casi de inmediato, pero Christopher continuó un buen rato despierto, contemplando el cielo nocturno. De pronto, muy lejos, alguna cosa —una cosa enorme, con alas gigantescas— pasó volando por delante de la luna.

Mal gritó en sueños; Christopher se volvió hacia ella, pero la chica no se despertó.

El último pensamiento de Christopher fue que una criatura, una forma grande de color verde con un cuerno romo también verde, lo estaba observando con ojos curiosos. Pero entonces cayó finalmente dormido, vencido por el agotamiento más grande que había sentido en su vida. El barco siguió navegando por un mar desconocido. Y cuando Christopher soñó, soñó con su padre, que, angustiado y rabioso, lo estaba buscando.

UN AZUL PURO Y DESLUMBRANTE

Cuando Christopher se despertó, el cielo era azul. De un azul tan azul que hacía que todos los demás azules parecieran simplemente el ensayo para conseguir aquel cielo tan deslumbrante.

Al inclinarse por encima de la barandilla de la embarcación, vio que el mar tenía un azul más oscuro, más intenso. No había tierra a la vista. Y mientras observaba, surgió del agua una manada de caballos; caballos con colas largas y aletas, de color plata y verde mar, que saltaban en el agua como delfines.

Le recorrió el cuerpo un escalofrío de emoción, de miedo y de pasmoso asombro. Decidió pronunciarlo entonces, en un murmullo, para poner a prueba las palabras:

—El glimor. El Archipiélago.

La espuma salada del oleaje le mojó la cara. Cogió un poco de agua y se la frotó en la piel, en las manos, las muñecas y la frente. Aquello podía contar de sobra como el aseo de la jornada. Le encantaba el sabor a mar.

Cuando regresó, Mal ya estaba despierta. El sueño había aliviado un poco su aspecto enfermizo. Mal le sonrió —sus ojos se elevaban por las comisuras cuando sonreía— y se puso a acicalar las plumas del grifo, que se rebeló con sus garras.

—¡Ay! ¡Gelifen! ¡Eso duele de verdad, por el Inmortal! Ten,

cógelo tú.

Le pasó el grifo a Christopher y se lamió la sangre de las manos. El grifo se encaramó al hombro de Christopher y empezó a mordisquearle el pelo. Tenía el pico afilado y le arrancó un buen bocado.

—Si piensas comerme el flequillo —le dijo Christopher al grifo —, hazlo al menos de manera uniforme.

—Parece que te hayas peleado con un barbero —bromeó Mal.

—Pues mi flequillo no está ni la mitad de mal que el tuyo —replicó Christopher—. Vamos, Gelifen, cómele las cejas, adelante.

Mal lo esquivó, resopló de la risa y le salió un moco de la nariz que acabó aterrizando en su manga. Gelifen se lo comió.

Nighthand apareció justo en aquel momento.

—El desayuno —anunció. Se restregó los ojos enrojecidos—. Tengo un dolor de cabeza del tamaño de una de las islas orientales. Pero no quiero que se diga que no alimento correctamente a mis polizones.

Warren, el compañero de Nighthand, salió de la cabina y examinó la cubierta.

—¿Dónde está Ratwin? —preguntó.

—Está pescando —respondió Nighthand.

Christopher miró a su alrededor en busca de cualquier indicio de una mujer con una caña de pescar, pero lo que vio entonces, paseando por la barandilla del barco, fue una ardilla del tamaño de un gato y con un cuerno romo. Llevaba un pez de gran tamaño en la boca, que depositó a los pies de Nighthand.

—Os presento a Ratwin. Es nuestra navegante piloto. Ratwin, te presento a Christopher y a Mal. Son nuestros polizones.

Los brillantes ojos castaños de la ratatoska los repasaron de arriba abajo.

—Si él os da la bienvenida, yo os doy la bienvenida —dijo. Hablaba en un tono muy agudo y a toda velocidad—. Si no os la da, os morderé. —Miró a Nighthand—. ¿Cuál es el caso?

—Ninguno de los dos.

—No se me ocurren otras opciones —dijo la ratatoska—. ¿Les doy solo mordisquitos?

La boca de Warren esbozó un mohín debajo de su barba canosa.

—Ven conmigo, Ratwin —dijo—. Freiremos la pesca.

—Es una lectora de mapas —les explicó Nighthand cuando estuvieron bajo cubierta—. La mayoría de las ratatoskas se dedican a coleccionar chismorreos. Pero la afición de Ratwin es coleccionar direcciones, puntos cardinales, rutas marítimas. Conoce los entresijos de las islas mejor que cualquier marinero que haya conocido en mi vida, desde dónde emergen los krákenes hasta dónde nadan las nereidas. Vamos. A desayunar.

Era evidente que Nighthand le daba valor a la comida. En el camarote bajo cubierta había una pequeña mesa adosada a la pared repleta de platos. Estaba el pez que acababa de pescar Ratwin y tostadas con mantequilla casi fundida. Había una tarta de color amarillo, cortada en cubitos y untada con mermelada que se tenía que comer con cuchara; estaba increíblemente deliciosa. Mal rebañó por completo el tarro de la mermelada, robó lo que quedaba en el plato de Christopher y luego declaró que no había tocado nada.

Nighthand comía con las dos manos y masticaba con la boca abierta. Gelifen se sentó también a la mesa y devoró el pescado que le sirvieron en su propio plato. Comió con delicadeza, cuidando sus modales en la mesa. Cuando lo vio, Ratwin lo fulminó con la mirada.

—¿Y ese león-pájaro tiene que sentarse en mi sitio, Nighthand? ¿Y ese par de miniaturas tienen que comerse mi pescado, además?

—No será por mucho tiempo, Ratwin. Desembarcarán en cuanto avistemos tierra, y no volveremos a verlos nunca más.

—Una cosa es lo que dices y otra la que sientes, porque tu cara dice que te sientes implicado. Céntrate: vamos a ir a Árchos, allí venderemos las perlas ormolu, levaremos anclas y pondremos rumbo a Paraspara. ¡He trazado perfectamente la ruta!

Mal esbozó su expresión más arrogante.

—No necesitamos tu ayuda.

Christopher le lanzó una espina de pez.

—Pues yo creo que sí.

—A la última persona que pidió ayuda —dijo Ratwin— acabamos arrojándola a las kappas, y las kappas se la comieron, y, luego, el kraken se comió a las kappas. De modo que esa persona fue devorada dos veces. Deberíais andaros con cuidado.

—¿En serio? ¿Es verdad eso que dices? —preguntó Christopher.

—No —respondió la ratatoska. Lo miró fijamente, impasible—.

Pero podría serlo.

Nighthand acabó por fin de comer y empujó con fuerza su taza hacia un lado de la mesa. Acabó cayendo al suelo, pero le dio igual. Entonces los miró, muy serio.

—Veamos, pequeños idiotas —dijo—. Contadme vuestro plan.

—Ya te conté anoche —dijo Mal— que alguien intenta matarme. —Tenía la barbilla manchada de mermelada, pero no se entretuvo limpiándosela.

—Y tiene algo que ver —añadió Christopher— con el hecho de que las criaturas se estén muriendo.

—Las criaturas… Sí, yo también lo he notado —dijo Nighthand —. He notado que se está produciendo un incremento súbito de fallecimientos. Que el mar huele distinto…; que tiene un olor más sutil, más débil.

—El mes pasado, navegando por la península de Litia, nos encontramos un hipocampo flotando muerto en el agua —comentó Warren.

—¿Y de qué manera puede estar todo esto relacionado contigo? —preguntó Nighthand, con cierta tensión.

—No lo sé. No lo sé. ¡No lo sé! ¡Este es el caso! Lo único que sé es que ese hombre dijo que estaba relacionado conmigo, pero no dijo cómo.

—¿Y por qué no se lo preguntaste?

La expresión de Mal se estaba volviendo más tensa y cansada a cada segundo que pasaba, y Christopher, enfurecido, decidió replicar.

—Ese hombre estaba intentando matarla, por lo que deduzco que las probabilidades de entablar una conversación debieron de ser más bien limitadas —dijo.

—Y ahora ya no tengo nada, ni a nadie. —Por mucho que intentara mantener las apariencias, la voz de Mal sonó temblorosa —. Por eso tengo que averiguar la causa de la muerte de las criaturas, solo entonces sabré por qué un asesino quiere matarme.

—Pero ¿cuál es el plan de estos humanos? —preguntó Ratwin—. Nada de lo que explican tiene el formato de un plan.

—Iremos al Senado Azuriano —anunció Mal.

—¿Por qué? —preguntó Nighthand.

—Porque los senadores sabrán qué hacer.

—¿Te crees que esos lo saben todo?

—Todo no —respondió Mal—. Pero si alguien conoce la respuesta a todo esto, son ellos.

—¿Qué es ese Senado? —preguntó Christopher—. ¿Queda lejos?

Mal se quedó sorprendida de que Christopher no lo supiera.

—Es itinerante, por supuesto.

Warren se limpió la boca con su pañuelo y, gruñendo, comenzó su explicación.

—Cada isla está gobernada a su propia manera por los seres que habitan en ella, que pueden ser criaturas, humanos o de ambos tipos. El Senado Azuriano viaja de isla en isla. Es como un tribunal de justicia, reconocido por todos los humanos del Archipiélago. Gestiona causas legales, alcanza acuerdos, aprueba leyes. Lleva cientos de años funcionando así.

—Y cuando dice que el Senado «viaja» —añadió Nighthand—, se refiere a que el edificio en sí se desplaza de un lado a otro. Vuela por el cielo, transportado por longmas. Y se instala en las distintas ciudades. En toda ciudad hay una plaza ideada con este fin.

—¿Y no sería más fácil que viajase la gente, no el edificio?

—Siempre ha sido así —dijo Warren—. Es una tradición: la verdad siempre está viajando de un lado a otro, siempre está listo para ser convocado.

—Los ladrillos de ese edificio fueron forjados en su día por las esfinges con material de sus montañas. Albergan en su interior el calor de la sabiduría —añadió Nighthand.

—Es por eso por lo que quiero exponer mi caso ante el Senado, si podéis llevarme allí —explicó Mal—. Ellos sabrán qué debemos hacer.

—No pienso acercarme al Senado —comentó Nighthand.

—Es posible que, en el pasado, las empresas comerciales de Nighthand hayan tenido alguna que otra irregularidad —explicó Warren.

—¿Contrabando? —cuestionó Christopher.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Nighthand—. ¡No seas desagradable! Simplemente comprar y vender sin tomarme la molestia de notificárselo debidamente a las autoridades.

—«Contrabando» —dijo Ratwin— es una palabra que no nos gusta utilizar en este barco, recordadlo bien, por favor.

—Pues en este caso, iremos solamente Christopher y yo —dijo Mal.

—Tú irás, claro. Pero ¿qué tienes que ver tú, chico de las Tierras Comunes, con todo esto?

—Es mi amigo, ¿no? —Mal no miró a Christopher, pero él se dio cuenta de que las puntas de las orejas de Mal se ponían coloradas—. Y es un guardián, además. Protege la Senda entre Mundos.

De pronto, Gelifen distrajo a todo el mundo haciéndose un pipí interminable en el suelo. Mal intervino enseguida.

—¡Que nadie se enfade con él, por favor, aún es muy pequeño!

Y se lo llevó corriendo a cubierta. Ratwin, poniendo cara de asco, se marchó también.

Siguieron unos momentos de silencio, que interrumpió Nighthand al dirigirse a Warren.

—Esa niña tiene alguna cosa…, no sé qué es. No se trata solo de que haya conseguido sobrevivir a un asesino… sino que hay algo más. Una sensación extraña que lleva consigo. Es como si… —Christopher no logró identificar la expresión de su cara—. ¿Lo percibes tú también?

Warren dio la impresión de no entender nada.

—Yo me limito a ocuparme del barco, Nighthand. No sé qué me estás contando.

Nighthand se volvió hacia Christopher.

—¿Y es también una desconocida para ti? ¿Has mencionado que no la conociste hasta ayer?

Christopher respondió con un gesto afirmativo.

—Pero, aun así, dice que eres su amigo.

—Le salvé la vida. Más o menos fue eso.

—Yo he salvado la vida a muchas personas y no por eso son mis amigas. De hecho, muchas de ellas han tratado de evitarme posteriormente.

Christopher bebió un poco de café para no tener que mirar a Nighthand a la cara. El café estaba tan asqueroso como el que preparaba su abuelo.

—Mal me trajo aquí, al Archipiélago. Y…

Pero Christopher no tenía palabras para explicar lo que sabía: que a veces, si te encuentras entre los muy afortunados, se produce una chispa de entendimiento que atraviesa como un rayo el espacio

entre dos personas. «Es como un desfibrilador para el corazón. Y te endurece. Te nutre. Y la palabra que hemos elegido para ello (una palabra insuficiente para definir el cambio que de un modo tan abrupto te da acceso a un lugar nuevo y mejor) es “amistad”».

(Sabía que nunca volvería a encontrar ese tipo de amistad. Pero sabía también que con una sola vez era suficiente. Que bastaba con experimentarlo solo una vez, para de este modo saber de lo que puede llegar a ser capaz un corazón humano).

Así que respondió:

—Sí. Es mi amiga.

Adoptó una expresión de terquedad y una postura muy erguida, a pesar del fango y la sangre del kludde que manchaban todavía su ropa, y Nighthand esbozó una media sonrisa y, pareciendo de repente más viejo que nunca, vació prácticamente toda una botella de coñac en su café.

—¿Qué plan tienes entonces, Christopher?

—Acompañaré a Mal. Iremos a ese Senado.

—¿Y cómo tenéis pensado entrar —dijo Nighthand, bebiéndose de un solo trago el café con coñac—, teniendo en cuenta que la chica no levanta ni un palmo del suelo y que tú en tu vida has pisado las islas?

—Tendremos que apañárnoslas, supongo. A menos que puedas ayudarnos.

Nighthand suspiró.

—Os dejaré en la ciudad portuaria de Litia, en Bryn Tor, que es donde el Senado realizará su próxima parada. No me va de paso, pero tampoco me supondrá un gran rodeo. Y mi ayuda terminará ahí, ¿entendido? Tengo negocios que hacer y gente que visitar, y ya me habéis entretenido bastante.

Pero aunque lo dijo refunfuñando, sus ojos enrojecidos brillaron con una luz especial.

EL SENADO VOLADOR

Atracaron en Bryn Tor al día siguiente, a media tarde. Christopher subió a cubierta para observar la llegada a puerto con Gelifen posado en el hombro. Warren se quedó a bordo, con una lata de brea, una brocha enorme y Ratwin haciéndole compañía; Nighthand bajó con ellos a tierra. Recorrieron calles adoquinadas abarrotadas de gente y flanqueadas a ambos lados por edificios erosionados por el mar que resplandecían bajo una luz cada vez más escasa. La ciudad era un hervidero de voces.

—Es un lugar muy concurrido —les explicó Nighthand—. Cada día pasan por aquí miles de mercaderes. Y puedes encontrar desde seda natural de Ceretas hasta gotas sabetodo de Antiok. —Pasaron por delante de tenderetes de vendedores ambulantes, de pequeñas tiendas, de grupitos de niños que jugaban en la calle. Un pequeño se entretenía jugando a la pelota con un gato de pelaje luminiscente. El gato, pese a tener las patas llenas de polvo, resplandecía como una farola—. Los pescadores de Atidina se desplazan hasta aquí para vender sus cangrejos; los traen congelados —siguió diciendo Nighthand—. Y los mercaderes de Dousha venden sus velas de Pegaso.

Christopher se quedó mirando un fénix que había hecho su nido en lo alto de una farola; nadie le prestaba atención.

Mal estaba nerviosa y miraba por encima del hombro a cada paso que daba. Confundirse con el gentío resultaba complicado. Christopher era consciente de que iba en vaqueros, pero lo que más atraía las miradas de hombres y mujeres era el tamaño y la musculatura de Nighthand, además de su estrategia para abrirse paso entre la muchedumbre. La palabra «perdón» parecía no formar parte de su vocabulario. Era una especie de ariete humano: agachaba la cabeza y embestía.

—¡Apartaos! —gritaba constantemente, abriéndose paso como un rinoceronte entre el gentío—. Cortaremos por la antigua plaza de la fuente para llegar al mercado.

La plaza era sombreada, rodeada de árboles y de pequeñas cafeterías con las fachadas pintadas de vivos colores. Pero Nighthand no se paró ni un momento para dejar que Gelifen se comiera los restos que pudieran quedar en las mesas. Y mientras Mal y Christopher aceleraban el paso para poder seguirlo, una manada de liebres con brillantes cuernos dorados se acercó correteando hasta ellos. Las liebres se congregaron alrededor de Mal y Christopher, que se agachó para admirarlas.

—¿Qué son?

El entusiasmo de las criaturas resultaba peligroso. Sus cuernos dorados amenazaban sus piernas, pinchaban sus manos.

—Al-mirajes —respondió Mal—. Pero jamás los había visto comportarse así. Normalmente son muy tímidos.

—Déjalos en paz, Christopher —dijo Nighthand. Se le acercó un al-miraj y lo ahuyentó de un puntapié—. El Senado debe de estar a punto de aterrizar.

Dejó de hacerles caso a regañadientes. Los al-mirajes los siguieron en compacta fila india, con la punta del cuerno de un al-miraj tocando la cola blanca del que llevaba delante. Dondequiera que pisaban crecían brotes verdes; un sendero que marcaba el lugar por donde iban pasando. Una ratatoska joven posada en el alféizar de la ventana de una cafetería vio la escena y tomó debida nota.

Esquivaron a un grupo de marineros y accedieron a un mercado. Los al-mirajes seguían detrás de Christopher, que miró maravillado a su alrededor: había docenas de puestos de fruta, con carretones llenos hasta arriba de ciruelas gigantes del tamaño de una sandía y naranjas tan minúsculas que ni siquiera eran más grandes que una

uña.

—Seguid por esta calle hasta el Senado. Yo me largo antes de que me vea cualquiera de esos guardias que andan por ahí poniendo multas —dijo Nighthand—. Os desearía suerte para cuando contéis al Senado vuestra historia, pero sería una pérdida de tiempo. Tú, Mal, parece que te hayas cortado el flequillo con un cuchillo de pescador oxidado, y el grifo, Christopher, se ha comido un buen trozo de tu jersey. Además, vais acompañados por un tren de conejitos dorados. No inspiráis la más mínima confianza. —Hizo un gesto de asentimiento, un brusco movimiento hacia arriba y hacia abajo de su enorme cabeza—. Adiós, pues.

Se marchó sin que les diera tiempo a replicar y, al dar media vuelta, tropezó con un puesto de naranjas. Christopher, con expresión de dolor, lo vio marchar.

—¿Qué piensas contarles a los miembros del Senado? —le preguntó Christopher a Mal.

—Les contaré la verdad. Que llevo meses yendo al bosque, y que tanto el suelo como las criaturas se están muriendo. Que no se trata solo del asesino, sino de algo más grande y mucho peor que él. Hace poco encontré el cadáver de un toro de mar en la playa. Era un bebé. Y esas criaturas no mueren hasta cumplir al menos cien años. Estaba inflado de agua, como si se hubiera ahogado, pero ¿cómo es posible que un toro de mar se ahogue si nace en el agua? Se lo conté a mi tía abuela y me dijo que dejara esos temas en manos de los adultos.

Y, mientras hablaba, un reloj empezó a dar las campanadas.

—¡Vamos! —dijo Mal—. Ya debe de estar llegando.

Echaron a correr. Los al-mirajes los siguieron. La plaza estaba rodeada de elegantes farolas, con la parte superior en forma de manzana, y salpicada por unos cuantos árboles muy ancianos. Funcionarios uniformados contenían a la multitud para que no accediera al espacio donde iba a aterrizar el edificio. Christopher levantó la vista y se protegió con la mano los ojos del sol de última hora de la tarde.

—¡Ahí está! —gritó una voz entre el gentío.

El edificio no era más que un punto en el cielo. Tenía forma circular, estaba construido con piedra amarilla extraída de las minas de las esfinges, rematado con una gran cúpula, y tenía

contraventanas de colores vivos para proteger las ventanas.

Por encima del edificio, veinte caballos alados, con arnés y el cuerpo cubierto de escamas, sobrevolaban el cielo. Al verlos, los almirajes se asustaron y desaparecieron entre la muchedumbre. El edificio se balanceó en el aire, pero los longmas consiguieron estabilizarlo hasta dejarlo casi inmóvil y flotando a unos diez metros por encima de la plaza. Y entonces, con el mismo cuidado con el que pondrían un bebé a dormir en su cuna, hicieron descender el colosal edificio de piedra hasta dejarlo en el suelo. Aterrizó con una precisión tan perfecta que las ramas de uno de los árboles se quedaron a apenas un centímetro de una ventana, como si quisieran acariciar el cristal.

Se escuchó de inmediato un grito, y algunos de los presentes se aproximaron al edificio con paso rápido y profesional. Un hombre y una mujer joven se encaramaron al tejado con la ayuda de la escalera que apoyaron en la pared y, una vez arriba, desataron a los longmas de sus arneses. A continuación, arrojaron pedazos de carne al aire y los longmas se lanzaron en picado para pillarlos al vuelo, dieron una vuelta en círculo por encima del edificio y desaparecieron.

—Los longmas regresarán cuando llegue el momento de ponerse de nuevo en marcha —explicó Mal.

Se abrieron entonces las contraventanas del edificio del Senado y un grupo de hombres y mujeres en mono de trabajo se acercaron para verificar cualquier desperfecto que la estructura pudiera haber sufrido durante el viaje.

Christopher observó el interior a través de una de las ventanas más grandes. Vio una sala enorme y de techos altos decorada con cuadros protagonizados por humanos, por criaturas y algunos por individuos de ambos tipos. Y al fondo vislumbró seis hombres y seis mujeres, unos con capa, otros con la cabeza descubierta, una con un vistoso tatuaje en la barbilla, sentados en doce sillas señoriales. La silla de mayor tamaño estaba ocupada por un hombre de unos cincuenta años de edad, de piel oscura, vestido con toga académica y aspecto de persona con poder. La mayoría de ellos eran canosos, con los rostros arrugados por el tiempo y la sabiduría, majestuosos, implacables.

Una campana empezó a sonar en uno de los lados del edificio y

la muchedumbre se puso en movimiento para acceder al Senado.

Mal y Christopher se confundieron entre la multitud, con la cabeza baja y Gelifen escondido en el abrigo de Mal, tratando de pasar lo más desapercibidos posible, pero un guardia senatorial, con chaqueta oscura adornada con galones dorados, les cortó el paso.

—Prohibido niños.

—¡Tenemos que entrar! —protestó Mal.

—¿Acaso no habéis visto el cartel?

Pintado encima de la puerta, y escrito en cinco idiomas distintos, podía leerse: «Debido a la naturaleza del trabajo que se realiza en el Senado, queda prohibida la entrada a menores de todas las especies».

Mal empujó el mentón en dirección al hombre con tanta fuerza, que Christopher pensó que se lo había dislocado.

—No somos menores, ninguno de los dos. Simplemente somos más bajitos que un adulto medio. Y nos hidratamos la cara a cada hora en punto, por eso no tenemos arrugas.

El guardia no se mostró convencido y tampoco le hizo gracia la explicación. De modo que se limitó a señalar hacia otro guardia, más alto y de más edad, que dijo:

—Haceos a un lado, por favor, o me veré obligado a arrestaros. No es lugar para frivolizar.

Se alejaron y rodearon el edificio circular, para acabar deteniéndose delante de una de las ventanas. Mal tuvo que ponerse de puntillas y sujetarse al alféizar para ver qué pasaba en el interior. Vio entonces que las filas de asientos se habían llenado y que ya había dado comienzo la primera sesión del tribunal.

Una mujer joven se adelantó hasta donde estaban sentados los senadores. Vestía prendas austeras y cuidadosamente elegidas, zapatos con cordones y una falda de lana de color gris marengo que hacía bolitas. Tenía la piel oscura, con un lustre intenso. Llevaba el pelo negro muy corto, brillante también bajo la luz. Con gran seriedad, subió al estrado de madera y tomó la palabra.

Forzando el oído, pudieron captar su voz, que resonaba en toda la sala.

—Senadores, me llamo Irian Guinne. —Tenía una voz grave y musical—. Soy científica marina, especialista en océanos, y trabajo en la Universidad de Alquon, en el oeste de Antiok.

Christopher cambió de lugar para apostarse en la ventana que había al lado del árbol. Era más pequeña y más alta; estaba justo en la parte posterior de la sala y quedaba parcialmente oscurecida por una cortina de terciopelo verde. Se llevó una sorpresa cuando vio que al empujarla, se abría unos centímetros.

La mujer seguía hablando.

—Las aguas están sufriendo. Todos los que estudiamos el océano lo hemos visto, pero muy pocos nos han creído. El último año ha sido el peor. La vida en el mar se está muriendo: las nereidas, las náyades, las sirenas. Se están ahogando en el agua. En las regiones norteñas, cerca de Tar, hemos descubierto familias enteras de sirenas muertas. Creemos que el origen de todo ello es un debilitamiento del glimor. Criaturas del norte que jamás migran se están desplazando hacia el sur, el este y el oeste: krákenes y toros de mar. Todo el ecosistema está alterado.

—¡Mal! —susurró Christopher—. Ven a escuchar lo que dice.

Mal se acercó corriendo. En la sala, Irian Guinne continuó con su exposición:

—Necesitamos personal para evaluar las pérdidas que hasta el momento ha sufrido el Archipiélago. Necesitamos que el Senado nos dé fondos para poder enviar una expedición a la colonia de los grifos y averiguar qué ha sido lo que ha acabado con ellos.

Tomó entonces la palabra el Senador General.

—Gracias por su testimonio —dijo con voz clara y enérgica—. Dedicaremos seis meses a consultar con las autoridades pertinentes, tal y como dicta el proceso, y le comunicaremos entonces nuestra decisión.

Mal y Christopher empujaron la ventana para abrirla un poco más. Se abrió sin hacer ruido. Un hombre con capa, sentado en uno de los bancos del interior, miró hacia la ventana y los dos se apresuraron a agacharse para no ser descubiertos.

En la sala, las voces subieron de volumen.

—¡De aquí a seis meses será demasiado tarde! —exclamó Irian Guinne.

Christopher le dijo a Mal al oído:

—Podríamos trepar y entrar.

—¡Contrólese, señora! No podemos sembrar el terror entre la población del Archipiélago teniendo como única base esta audiencia

preliminar. Sería un caos.

Mal asintió.

—Tú primero.

—¡El caos ya está aquí! Por mucho que de momento sea un caos que los humanos son capaces de ignorar. ¡Sin embargo, las criaturas cuya vida depende del glimor no pueden permitirse ese lujo!

Christopher confiaba en que el árbol lo protegiera de ser visto. Se encaramó al alféizar y, centímetro a centímetro, fue abriendo la ventana. Desde donde estaba situado podía ver perfectamente las caras de los senadores. Y vio reflejadas en ellas muchísima sabiduría y una enorme cantidad de comprensión. Pero vislumbró asimismo el amor a los procesos y cierta resistencia al cambio. Algunas de las bocas tenían incluso grabado con claridad un gesto de arrogancia.

—¡Por favor! —Irian Guinne bajó del estrado, pasó por delante del ujier y se dirigió hacia los bancos—. ¡Permítanme que se lo muestre! ¡Permítanme que les enseñe lo que les he traído! ¡Aquí está! —Extrajo un objeto de su mochila—. Una estrella de mar muerta, una estrella de mar karkarán, que como todos ustedes saben brillan durante cien años con la misma intensidad que las estrellas celestiales. ¡Muerta, sin ni siquiera alcanzar su pleno desarrollo! ¡Y aquí tienen los huesos de un hipocampo recién nacido!

—¡Señora! ¡No se acerque a los senadores!

Irian cayó de rodillas.

—¿Y si me arrodillo ante ustedes? ¿Y si les suplico?

Christopher se movió con cautela, procurando mantenerse en todo momento oculto por la cortina, y se preparó para saltar a la sala.

—Llévense a esta mujer, por favor —dijo uno de los senadores, un hombre fornido y ancho de hombros, con una bruma de sudor cubriéndole su piel clara.

—¡No puedo irme! —gritó Irian—. Por favor, ustedes son el último recurso.

—Será acusada de desacato a la justicia.

Un guardia se aproximó a Irian, pero antes de que Christopher pudiera ver qué más pasaba, una mano lo agarró por el tobillo y una voz dijo a sus espaldas:

—Irrumpir furtivamente en un tribunal de justicia, chico, es una idea malísima.

* * *

Cinco minutos más tarde, Mal y Christopher estaban delante del edificio del Senado, custodiados por una pareja de guardias senatoriales. La mano de uno de los guardias retenía a Christopher agarrándolo por el hombro. Un tercer hombre, vestido con una chaqueta que le iba claramente estrecha, se había presentado sin calidez alguna como Gardan Carr, jefe del servicio de protección del Senado.

—Lleváoslos a las celdas del Pabellón —dijo— hasta que localicéis a los padres.

—Pues tardarán en encontrarlos —murmuró Mal.

Carr, frunciendo los labios y poniendo cara de pocos amigos, la fulminó con la mirada, pero antes de que a Mal le diera tiempo a replicar, se oyó un alboroto a la izquierda. Las gigantescas puertas del Senado se abrieron de golpe y apareció Irian Guinne, arrastrada a la fuerza fuera del edificio por un cuarto guardia.

—¡Por el Inmortal! Lleváosla también a ella —dijo Carr—. Está acusada de perturbar el quehacer del tribunal, y poned una alerta para los niños. Alguien tiene que haber que se responsabilice de ellos.

Y entonces, justo cuando el día empezaba a pintar muy mal y el mundo parecía ya un desierto de arenas movedizas, se oyó de repente una voz.

—¡Caballeros! —gritó una voz desde el otro lado de la plaza, con tanta potencia que los pájaros posados en los árboles emprendieron asustados el vuelo—. Les pido un momento de su tiempo.

Nighthand estaba trazando un rápido círculo alrededor de la plaza, haciendo una pausa en cada farola. El corazón de Christopher se aceleró; Mal contuvo un grito al percatarse de lo que estaba haciendo aquel hombre y su rostro estalló en una repentina sonrisa.

Nighthand se paró al llegar a la farola más próxima a los guardias. Llevaba en la mano una daga pequeña, con una hoja de

apenas unos quince centímetros. Con un simple movimiento, hizo un corte en la farola a aproximadamente nueve décimas partes de su altura.

Inmediatamente después, extendió un dedo índice del tamaño del cañón de una pistola y le dio un golpecito. La farola se derrumbó con un chirrido metálico y golpeó la farola siguiente, que a su vez se abatió sobre la siguiente. Como fichas de dominó, una a una, el círculo de farolas que rodeaba la plaza fue cayendo. El ruido fue impresionante, como si todos los instrumentos de viento de una orquesta hubieran sido partidos por la mitad.

Los guardias se quedaron tan boquiabiertos que dejaron sus amígdalas a la vista de todo el mundo.

Nighthand se volvió hacia los guardias.

—Creo haber descubierto un fallo de diseño en las farolas —dijo.

Carr fue el primero en recuperarse de la sorpresa.

—¡Jerim! ¡Hazlo prisionero!

Nighthand se volvió entonces hacia Christopher y hacia Mal.

—¡Sugiero que este es el mejor momento para largarse! —Y a continuación, viendo que los chicos no hacían otra cosa que mirar sorprendidos el caos reinante a su alrededor, añadió—: ¡He dicho que os larguéis!

LA TABERNA PREFERIDA DE FIDENS NIGHTHAND

Y se largaron corriendo. Dejando atrás a Nighthand y los cuatro guardias, Christopher, Mal e Irian Guinne salieron zumbando de la plaza y se adentraron por una de las calles laterales. La manada de al-mirajes salió de detrás de un kiosco de prensa y los siguió, dejando su habitual rastro de brotes verdes.

Nighthand, jadeando, se sumó a ellos en menos de un minuto.

—No os entretengáis —dijo—. Los he ralentizado, pero no he querido hacerles mucho daño. Vendrán más. Rápido. Por aquí. —Los guio hacia una callejuela llena de recovecos. Se volvió entonces hacia Irian—. ¿Y esta con zapatos de bibliotecaria quién demonios es?

—Soy científica marina —respondió Irian.

Habló en voz baja, pero tenía ese tipo de voz que obliga a callar a la gente para prestarle atención. Nighthand parpadeó un poco al oírla.

—¿Y por qué querían arrestarte?

Irian se lo explicó por encima y Nighthand refunfuñó.

—Ya les dije a los niños que lo del Senado no les serviría de nada. Acelerad el paso. Y mantened los ojos bien abiertos. Si el asesino os vio subir a bordo de mi barco, no me cabe la menor duda

de que a estas alturas ya sabrá dónde está atracado.

Un destello de miedo cruzó fugazmente el rostro de Mal.

—¿Y cómo puede saberlo?

—Por los informes de los guardacostas. En cuanto llegas a puerto, es obligatorio registrar la embarcación. Intenté evitarlo, pero era imposible no hacerlo sin causar demasiado alboroto.

—¿En serio? —dijo Irian—. La última vez que estuve aquí no había obligación de registrar la llegada de embarcaciones privadas.

—Es una nueva ley. Ha habido últimamente tantos ataques en alta mar que han decidido mejorar los controles. —Miró a sus espaldas y los condujo hacia una calle secundaria, oscura, adoquinada y flanqueada por muros altos—. Criaturas marinas que atacan barcos. Gárgolas, en algunos lugares, y un bridgi. —Y entonces, al ver la cara de perplejidad de Christopher, añadió—: Es como una especie de tiburón, succiona las embarcaciones hacia las profundidades. Antes no había tantos, un par al año, como mucho. Pero cada vez son más numerosos. Por aquí.

Irian se situó al lado de Christopher. Llevaba una mochila al hombro, pero caminaba erguida, y rápido. Tenía los ojos muy oscuros, con motitas plateadas salpicando sus iris de color marrón.

—¿Y ahora qué piensas hacer? —le preguntó Christopher.

—Buena pregunta —respondió ella—. Tenía pensado volver hoy mismo a mi puesto de investigación, con el *ferry* de la noche. Siempre y cuando mi súplica ante el Senado hubiera sido un éxito. Pero ahora… ya no lo sé, la verdad. ¿Para qué investigar si luego nadie quiere escucharte?

Nighthand se volvió para mirarla.

—Esos zapatos… —dijo, sin ninguna malicia—. Explícamelo para que lo entienda. ¿Perdiste algún tipo de apuesta?

Irian se echó a reír. Era imposible saber si estaba herida por el comentario pero, en caso de estarlo, pensó Christopher, lo disimulaba muy bien.

—En casa siempre andaba descalza —explicó—. Por eso elegí en su día estos zapatos, porque son bastante cómodos y baratos, además. E impiden que la gente me mire, lo cual ya me está bien.

—¿Por qué?

—Porque si no me miran, me resulta más fácil pensar. Y lo que más me gusta del mundo es pensar.

Las calles eran cada vez más estrechas y menos iluminadas. Finalmente, Nighthand se detuvo y empujó una puerta que se abría en la pared.

—Entrad. Tú también —le dijo a Irian—. La Cola de la Náyade. Mi antro favorito.

Un antro, al parecer, era el equivalente a lo que sería un *pub* en su tierra, pensó Christopher. Era un local reducido, con las paredes forradas con paneles de madera e iluminación tenue. Había grupos de clientes bebiendo, en su mayoría pescadores y mujeres, y un piano, detrás del cual un hombre menudo interpretaba una melodía lenta sin ni siquiera mirar las teclas. En vez de partitura, tenía una novela. Y, de vez en cuando, el hombre se lamía un dedo y pasaba página.

Nighthand saludó a la camarera, que le respondió con un gesto de asentimiento.

—Lo de siempre, Felia, por favor.

Encontraron una mesa vacía al fondo de la sala. Cuando se dirigieron hacia allí, la gente se volvió para mirarlos y Christopher oyó que alguien murmuraba «¿Es eso un grifo?», pero durante todo el rato, Mal mantuvo una mano protectora sobre las garras de Gelifen, y el grifo, la cabeza escondida bajo la axila de Mal.

En cuanto tomaron asiento, salió de detrás de la barra una criatura pequeña, de pelaje lustroso de color marrón rojizo —con un aspecto que recordaba el de un zorro del tamaño de un ratoncillo, con una cola larga dividida en dos—, que empezó a olisquear los tobillos de Christopher.

—¡Es un kanko! —exclamó Mal. Su cara, que había permanecido tensa desde el encuentro con el Senado, se iluminó con una sonrisa —. ¡Zorros de luz! Traen suerte… no recuerdo exactamente cómo va la cosa, pero es así.

—Ve con cuidado, Christopher —dijo Nighthand—. Les encanta hacer su nido en seres vivos: en la cabeza de los jabalíes guerreros o en el pelo de la gente.

Irian sonrió.

—Un día, mi prima se despertó con un par de kankos que intentaban hacerse un nido en su oreja. De modo que vigila también tus oídos.

El kanko se levantó sobre sus patas traseras, clavó las garras en

el pantalón vaquero de Christopher y se encaramó a la mesa. Le lamió la muñeca a Christopher y el rastro de saliva brilló como una luciérnaga sobre su piel. La presencia de aquella criatura minúscula fue como una descarga eléctrica para Christopher.

—Me gusta —fue todo lo que pudo decir.

Nighthand recorrió el local con la mirada. Sacó la daga, que seguía enfundada, y la dejó sobre la mesa, por si acaso.

—¿Puedo verla? —dijo Irian.

El suave tono musical de su voz resultaba incluso más notable en el entorno relativamente tranquilo del bar. Un grupo de clientes se volvió a observarlos, hasta que Nighthand los fulminó con la mirada; el sonido hizo que incluso el viento que entraba por la chimenea se calmara un poco.

Nighthand hizo un gesto de asentimiento, e Irian cogió la daga.

—¿Cómo hiciste eso, en la plaza? —preguntó—. ¿Cómo conseguiste que las farolas cayeran como fichas de dominó?

—Es la daga glamry —le explicó Nighthand—. Me la vendió el Navegante. Supuestamente es capaz de cortar cualquier material del Archipiélago. ¡Ve con cuidado! —dijo, al ver que Irian retiraba la funda. Le mostró el vendaje que llevaba en la mano—. La acerqué a mi dedo pulgar para probarla y me hizo un corte hasta el hueso.

Christopher observó el cuchillo que la científica sostenía en sus manos. Era tan afilado que le resultaba imposible fijar la vista en su extremo, era como si desapareciera en la nada.

—¿Necesitaste puntos? —preguntó.

—Yo mismo me cosí la herida —respondió Nighthand—. Siempre llevo encima aguja e hilo.

Llegó Felia, la camarera, con una botella de vino.

—¿Y te dolió? —preguntó Mal, con interés.

Nighthand se encogió de hombros.

—Soy un berserker. —Lo dijo como si eso fuera una respuesta.

Mal se quedó boquiabierta.

—¿Un berserker de verdad? ¿Lo dices en serio?

Irian se inclinó hacia delante. Tenía la calma de las personas acostumbradas a escuchar, a escuchar concienzudamente.

—Nunca había conocido a un berserker. Tenía la impresión de que ya no quedaba ninguno con vida.

Nighthand frunció el ceño y sirvió dos copas de vino hasta

arriba, derramando incluso un poco por el borde.

—Pues ya ves que no. —Se volvió hacia Christopher—. Los berserkers son guerreros, los mejores guerreros que ha conocido el mundo.

—No sienten el dolor —le explicó Mal.

—No. No es eso. Sentimos el dolor. Lo que no sentimos es miedo. De modo que el dolor no representa ningún problema, a menos que sea tan terrible que el cuerpo se niegue a cooperar.

—Cuando dices que no sientes miedo —dijo Christopher—, ¿te refieres a que no lo sientes físicamente?

—No lo sé. Nunca lo he sentido hasta el momento.

—¿Y por eso tu barco se llama el *Intrépido*? —preguntó Mal.

Nighthand se encogió nuevamente de hombros y bebió un buen trago.

—Supongo. Pero el nombre no se lo puse yo, sino Ratwin. Yo lo habría llamado simplemente «Barco», pero ella no quiso.

Irian le devolvió la daga.

—Es un arma excelente. Se nota el glimor. ¿Y es verdad eso de que es capaz de cortar cualquier cosa?

Nighthand volvió a llenar su copa y se la bebió de un trago. Dirigió a Irian un gesto afirmativo, y alguna cosa en la expresión de ella desencadenó la temeridad que llevaba dentro.

—¿Quieres verla en acción?

Hizo girar la daga entre sus dedos y con un solo movimiento seccionó la copa por la mitad. El vino se derramó sobre la mesa. No hubo ningún ruido, ningún chirrido del metal al entrar en contacto con el cristal; el corte era perfecto.

—¡Más te vale que me pagues esa copa, Nighthand! —gritó la camarera— o te echaré de aquí arreándote un buen puntapié en tu culo gordo.

Nighthand le sonrió.

—Yo de ti me mostraría más educada con el propietario de la daga glamry.

—Glamry o no glamry —dijo la camarera, acercándose a la mesa con un trapo—, no permito que nadie se dedique a destrozar mi cristalería sin pagar por ello.

—¿Sabes que estás hablando con un berserker?

—Por supuesto que lo sé —respondió la camarera, hablando en

tono seco pero también con cierto afecto—. Y está muy bien eso de ser valiente y todas esas cosas, pero mostrar un poco de temor a no insultar a todas las personas con las que hablas te haría parecer menos matón.

—Los berserkers no tenemos ninguna necesidad de exhibir buenos modales.

—No es necesario que me cuentes cómo sois los berserkers, gracias. —Secó el líquido derramado y depositó con brusquedad otra copa en la mesa, junto con un plato de queso y un tarro con encurtidos—. Pero, si no me equivoco, hace como un centenar de años que no hay ningún Inmortal que proteger; así que, caballero, ahora mismo eres un simple borracho en el paro cuya única característica especial es ser excepcionalmente grande. Un borracho en el paro que, por cierto, espero que tenga dinero suficiente con el que pagarme esa copa.

El kanko olisqueó el plato. Christopher partió en dos el trozo más grande de queso, le dio una mitad a la criatura y se comió la otra mitad. Era firme, salado y delicioso.

—¡Oye! No se lo des todo al kanko —protestó Mal—. Yo también quiero un poco, y Gelifen.

—¡Hay de sobra! —replicó Christopher—. Y, de todos modos, ¿crees que un grifo debería comer queso?

—Si le apetece, que lo coma —dijo Mal.

Y a Gelifen le apetecía. Subió a la mesa, felizmente hambriento, y devoró la mitad del plato antes de que Mal decidiera apartar de allí su reacio y agitado cuerpecillo. Hubo un breve interludio, durante el cual Gelifen exhibió su desacuerdo, sosegó su plumaje, y Mal se comió más queso del que le correspondía mientras miraba a Christopher levantando las cejas y desafiándolo a ponerle alguna objeción.

—¿Y ahora qué? —dijo Nighthand—. Ahora que os he salvado de la cárcel, ¿qué pensáis hacer?

—No vamos a darnos por vencidos —dijo Mal—. Iremos a otra parte. Hasta que encontremos a alguien que sepa qué está pasando.

—Están las esfinges —sugirió Irian.

Mal puso mala cara.

—Dice mi tía abuela… decía… —Y murmuró—: Decía, decía, decía. —Hasta que tragó saliva—. Decía que es imposible acceder a

ellas.

—No es imposible —rebatió Irian—. Pero son aguas peligrosas, y para llegar hasta ellas hay que escalar un acantilado. Las esfinges están bien protegidas.

—Y —añadió Nighthand, apurando de nuevo la copa y estudiando el interior del cuello de la botella vacía— se comen a sus visitantes.

—Eso lo hacen solo muy de vez en cuando —dijo Irian—. No exageremos, Nighthand.

—¿Cuánto es «solo muy de vez en cuando»? —preguntó Mal.

—Una de cada cien veces —respondió Irian.

—Si una de cada cien veces que consultaras un libro, el libro te comiera —dijo Nighthand—, estoy seguro de que leerías menos libros. Es por eso que la gente prefiere mantenerse alejada de ellas.

—No atacan por el simple hecho de verte aparecer por allí —dijo Irian—. No son así. Jamás actúan por impulso. Son seres muy antiguos. Se rigen por rituales, leyes y consideraciones que quedan lejos de nuestro alcance. Lo primero que hacen siempre es pedirte que resuelvas un acertijo. Creo que si alguien sabe de qué va esta enfermedad que se está apoderando del glimor, son ellas. Ellas, o los dragones, pero los dragones no tienen ese perfil intelectual que caracteriza a las esfinges.

—¿Podríamos ir hasta allí? —preguntó Christopher—. ¿Ir a ver a las esfinges?

Nighthand eructó.

—Tengo un centenar de cajas de vino de fuego que transportar hasta la costa oriental y perlas ormolu que llevar a Archos.

—Eso puede esperar, ¿no? —dijo Christopher—. El vino y las perlas no pueden desaparecer.

—No pueden, no. Pero tampoco puedo tener esa mercancía a bordo por mucho tiempo. No quiero que nadie venga a husmear por aquí y me pida documentación.

—Si eres comerciante —dijo Mal—, ¿por qué ha dicho la camarera que estás en el paro?

Pero antes de que le diera tiempo a responder, Gelifen vomitó el queso encima de los zapatos de Nighthand.

—¡Qué asco, por el Inmortal! Por esto no me gustan los niños. ¡Solo traen vómitos y preguntas estúpidas!

—¿A qué se refería cuando…? —Volvió a probar Mal, pero Nighthand la miró con toda la potencia de sus violentamente potentes cejas, y Mal cerró la boca.

—Se refería, imagino —dijo Irian con dulzura, y bebió un poco de vino antes de proseguir—, a que, históricamente, el trabajo de un berserker ha consistido siempre en proteger al Inmortal. Y a que cualquier otra cosa (trabajar a bordo de un barco, dedicarse a la construcción naval o ejercer como soldado) no es trabajo de verdad para un berserker.

Nighthand refunfuñó y pidió otra botella de vino.

—¿Otra? —dijo Irian—. ¿No deberíamos mantenernos en perfecto estado de lucidez?

—No veo por qué. Yo prefiero el mundo que veo cuando estoy borracho. Me resulta menos decepcionante.

Mal volvió a sacar el tema.

—Christopher no sabe nada sobre el Inmortal —dijo Mal—. Tú eres científica, Irian, ¿no? Explícaselo.

Irian asintió.

—El Inmortal —dijo— es un alma nacida de la primera manzana del mundo, brotada del primer árbol del mundo: el Árbol del Glimor, el árbol que es el origen de toda la magia. Y a partir de la manzana, el alma pasó a un pez. Cuando el pez murió, el alma renació en forma de halcón, de gorrión, de lobo y de mil criaturas más, hasta hacerlo en forma de ser humano. Una mujer.

—Y así —dijo Mal—, tras cada muerte, el Inmortal vuelve a nacer. Puede nacer en el seno de cualquier familia: en la de un campesino, un político, un príncipe, un pastor, un guerrero. Es el alma del Inmortal dentro de un cuerpo humano.

—Exactamente. Y ha sido así —dijo Irian— desde el inicio de la vida humana, y seguirá siéndolo hasta el fin de la existencia humana. Incluso más allá. Y el Inmortal no olvida.

—Y los berserkers siempre han protegido al Inmortal —añadió Nighthand—. Soy uno de los últimos berserkers vivos.

La camarera llegó y dejó una nueva botella en la mesa.

—Lo siento, pero… ¿una manzana? —cuestionó Christopher.

—Mira, no me lo he inventado yo —dijo Nighthand—. Si lo dudas, tendrás que discutirlo con el infinito.

—Pero ¿es real? —preguntó Christopher—. ¿O es tan solo una

metáfora?

—Es real —respondió Mal.

—El Inmortal recuerda todo lo que ha visto a lo largo de todas sus vidas. Es la memoria viva y el conocimiento vivo —dijo Irian—. Ha visto todas nuestras posibilidades. Lo cual implica que puede predecir un desastre antes de que dé comienzo y puede impedir un error antes de que se cometa. Recuerda todo lo que se ha hecho para salvar una vida y también todo lo que se ha hecho para destruirla. Asesora a regentes, ministros y académicos.

—Y… —Nighthand bebió un trago de vino directamente de la botella y lo retuvo en la boca, pensativo— nos conoce. Nos posee. Sabe cosas tan profundas y tan antiguas que incluso hemos olvidado que hemos olvidado que las hemos olvidado. Hay gente de las Tierras Comunes, de tu mundo, que también lo ha conocido. Uno de vuestros viejos poetas, John… Dun, o John «algo», escribió sobre el tema, y aparece asimismo en algunas de vuestras canciones antiguas. Es verdad, chico.

A Christopher le parecía altamente improbable. Una manzana, un lobo, un pájaro, un alma inmortal.

—Y si eres una especie de guardaespaldas del Inmortal, ¿cómo es que no estás con él? —preguntó, pensando que Nighthand no es que tuviera precisamente el aspecto relajado de un tipo que está de vacaciones.

—Porque el Inmortal ha desaparecido —respondió Nighthand con rotundidad—. Llevamos cien años sin Inmortal. Cuando mi tatarabuelo…

Y entonces, de repente, hasta el último centímetro de su impresionante cuerpo se quedó rígido. Sus ojos habían seguido a los del kanko. La minúscula criatura se había levantado y miraba hacia la puerta. El pelaje de su pequeño lomo de color zorro estaba erizado. Esta era la suerte que la criatura ofrecía: la suerte de la atención.

El balbuceo provocado por el alcohol abandonó por completo la voz de Nighthand.

—Mal. Christopher. Irian. En la parte de atrás hay una salida que da a un callejón. Venid conmigo. Ya.

—¿Por qué?

—Pelo rubio, dijiste, ¿verdad? ¿Y un corte en la mejilla? La

sangre del cuerpo de Christopher bajó hasta sus pies de golpe.

Vieron una sombra al otro lado de la ventana y la puerta empezó a abrirse.

—Adam Kavil. Tu asesino. Está en la puerta.

FUEGO EN EL CIELO

Nighthand dejó apresuradamente unas monedas sobre la mesa y, envueltos en una algarabía de plumas de grifo y vino derramado, salieron corriendo a la calle por la puerta trasera. Miró entonces a sus espaldas.

—Al barco. Rápido.

—Pero ¿por qué huimos? —dijo Mal—. ¡Con la daga glamry podrías matarlo!

—Podría matarlo incluso sin esa daga. —Los guio hacia un callejón, pasaron por delante de un cobertizo con tejado de chapa, y siguieron corriendo en dirección al puerto—. Pero ¿en medio de la ciudad, sin provocación previa y con una docena de testigos? Yo acabaría en la cárcel y vosotros dos, en un orfanato. Y si es verdad que ese hombre ha recibido órdenes de matarte, ¿quién va a impedir a quienquiera que le haya dado esas órdenes buscar a otra persona para conseguir su objetivo? No. Matarlo no es la respuesta.

—¿Cómo… cómo nos ha encontrado? —preguntó Mal, jadeando.

Christopher se imaginó la respuesta y puso mala cara.

—Creo que los al-mirajes han debido de dejar un rastro —respondió—. Verde, entre los adoquines de la calle. Como miguitas de pan.

Llegaron a una calle llena de gente elegantemente vestida de

noche y tuvieron que dejar de correr para no llamar la atención. Los cuatro siguieron andando, a paso ligero, por las calles oscuras.

El *Intrépido* los esperaba bajo el resplandor de unas farolas que ardían con fuego de verdad, se dio cuenta entonces Christopher, con una llama que quemaba de forma fija, sin titilar. Las embarcaciones estaban atracadas para pasar la noche y, en consecuencia, el muelle estaba prácticamente desierto, con la excepción de un grupo de hombres que bebía café de un termo.

Warren estaba sentado sobre una caja, entretenido con su navaja y una piedra de afilar. Levantó la vista, sorprendido, al verlos llegar.

—¿Qué sucede? —preguntó—. Tenía entendido que zarpábamos mañana. ¿Y qué hacen estos otra vez aquí?

—Cambio de planes —dijo Nighthand. Se volvió entonces hacia los chicos—. Subid a bordo.

Mal subió corriendo la pasarela, seguida de Christopher. Nighthand le dijo entonces a Irian:

—¿Vienes con nosotros?

—¿A visitar las esfinges? ¿Los llevarás hasta allí? No creo que…

—Creo que la compañía de una intelectual nos iría muy bien —dijo Nighthand—. Para responder los acertijos. No soy filósofo y preferiría, en un mundo ideal, que no me comiera nadie. Y además me lo debes, por lo de las farolas.

—Pero… ¡no estoy ni preparada! No tengo equipaje, no llevo nada.

—Ninguno de nosotros lleva equipaje. Ninguno de nosotros se esperaba esto. Porque las aventuras, en general, son así. Los aventureros suelen oler un poco mal. Imagino que los grandes relatos épicos apestaban mucho más de lo que los historiadores nos han hecho creer.

Irian dudó solo un momento; un momento durante el cual el riesgo y el razonamiento, el miedo y una especie de curiosidad eufórica y entusiasta entraron en conflicto en su cara. Finalmente, asintió.

—Me parece bien —dijo y, con pie firme, subió velozmente a bordo.

La siguió Nighthand; cualquiera que hubiese observado con detalle la escena se habría percatado del rubor rosado que ascendió,

como el sol al amanecer, por la piel de su cuello y sus mejillas. Le preguntó entonces a Warren:

—¿Dónde está Ratwin?

—En cualquier momento estará de vuelta —respondió.

—No podemos zarpar sin ella —dijo Nighthand—. Prepáralo todo y nos iremos en cuanto llegue.

De repente, a Christopher se le revolvió el estómago. Agarró a Mal por la muñeca y tiró de ella hacia el suelo de la cubierta.

—¡Ay! Pero ¿qué haces?

—Está aquí —contestó en voz baja—. Ese hombre. Kavil.

Christopher observó por encima de la barandilla. Kavil estaba justo donde terminaba una de las calles que desembocaban en el puerto, mirando a derecha e izquierda. Bajo la luz de las farolas, su piel parecía de color gris y sus ojos estaban subrayados por ojeras moradas.

—¡Nighthand! —exclamó entre dientes—. Tenemos que irnos.

—No sin Ratwin —replicó Nighthand—. Es la mejor navegante que he tenido.

—¡Allí está! —grifó Warren—. ¡Ratwin! ¡Corre! ¡No, no te pares a limpiarte los bigotes!

La ratatoska correteó con un mapa en la boca por la pasarela, que Nighthand retiró en cuanto todo el mundo estuvo a bordo.

—¡Zarpamos! —gritó Nighthand.

El barco abandonó el muelle para adentrarse en la oscuridad de la bahía.

Ratwin escupió el mapa, que cayó en cubierta. Miró a Christopher de arriba abajo y aspiró por la nariz.

—¿Sigues todavía aquí?

—Sí —dijo Christopher—. Es evidente que sigo aquí. ¿De qué es este mapa?

—De todo el Archipiélago. Pero la originalidad de este es que tiene los corales marcados, corales que crecen bajo el agua hasta ser tan altos como árboles y que pueden hacer pedazos cualquier barco que intente navegar por encima de ellos.

—¿Es eso cierto? —preguntó Christopher—. ¿Eso de que existen bosques de corales?

—Por lo que a la navegación se refiere —contestó Ratwin—, nunca hago uso de las historias fantásticas de las ratatoskas.

* * *

Cuando a la mañana siguiente Christopher abrió los ojos, se encontró con la negrura más absoluta. Tosió y se incorporó de forma brusca y envuelto en un caos de plumas: Gelifen había dormido sobre su cara. Mal estaba acostada a su lado y, con el amanecer, empezaba a desperezarse.

Gelifen mordisqueó los dedos de Christopher a modo de saludo, se arrancó una pluma de las alas y se la ofreció.

—Te la regala para que la utilices como palillo —le explicó Mal. Se apartó el flequillo de la cara y se sentó. Con una sonrisa, empezó a peinarse el pelo, trenzándolo con el largo hilo dorado—. Ya que no tenemos cepillos de dientes.

A pocos metros de distancia, Ratwin estaba posada en la barandilla de la embarcación, hablando con Nighthand.

—Warren y yo no tuvimos tiempo en Bryn Tor para subir suministros a bordo —dijo Nighthand—. De modo que tendremos que parar en el primer puerto que encontremos para abastecernos de agua y comida. ¿Cuál es el que queda más cerca?

Ratwin oteó el horizonte y consultó el mapa. Su cara de ardilla se quedó pensativa.

—¿Con estos vientos y este tiempo? La mejor opción es la isla de Vistaia.

—Me parece bien —dijo Nighthand, asintiendo—. Hace años que no paso por allí, pero tengo un buen amigo en la ciudad, un comerciante de fuego salamándrico. —Al ver que Christopher estaba escuchando, añadió—: El fuego contenido en el último suspiro de una salamandra. Si lo capturas con un poco de leña, un trozo de papel o un poco de paja, no se apaga nunca. Es el que utilizan las farolas del puerto.

Mal instaló a Gelifen en su hombro.

—¿Hay desayuno? —preguntó.

Lo había. Y lo comieron —los cinco humanos, el grifo y la ratatoska— sentados en cubierta y contemplando la salida del sol. Había pan negro untado con aceite de oliva. Y también una porción de un pescado deshidratado de color crema que estaba tan delicioso y tan salado que era como comerse el mar. A Gelifen le dieron la ración de un león, «la ración de un grifo», según Mal. Y Gelifen les

dio educadamente las gracias a todos repartiendo un golpecito con la punta del pico a cada uno de los presentes.

—¿Son imaginaciones mías o está… haciéndose más grande? —preguntó Christopher. El grifo acababa de saltar a su regazo y daba la impresión de que pesaba más.

—No son imaginaciones tuyas —respondió Mal—. Los grifos crecen muy rápido, y dan estirones bruscos. Tiene solo seis meses, pero cuando sea adulto será más grande que yo.

Christopher le dio a Gelifen lo que le quedaba de pescado, solo para ver el placer con el que se lo comía. Justo en aquel momento, una mariposa de gran tamaño aterrizó en cubierta, y Gelifen se lanzó a por ella.

—Los grifos son las aves de la alegría —dijo Irian—. Amantes de la vida y de su abundancia.

Ratwin estaba sentada sobre una montaña de cuerdas enrolladas, limpiándose sus orejitas verdes.

—Y tienen alas potentes, los grifos. Conocí uno —comentó— que un día voló hasta la luna, se comió un bocado para desayunar y luego volvió a casa para cenar.

—¿De verdad? —preguntó Christopher.

La ratatoska se quitó un fragmento de cera de la oreja con la ayuda de la garra.

—No.

Mal miró a Gelifen con preocupación.

—Creo que es el último —dijo, y sus palabras sonaron duras, como si le doliera la garganta al pronunciarlas.

Christopher la miró y cayó en la cuenta de que hasta aquel momento, Mal nunca lo había expresado en voz alta. Se quedaron todos callados, viendo cómo el grifo se abalanzaba sobre la mariposa y no conseguía pillarla.

Ratwin fue la encargada de romper el silencio.

—Hay que virar un poco hacia el oeste —dijo.

Irian se puso al timón. Y siguiendo la orden de su mano ágil, la embarcación surcó el océano azul hacia el rumbo indicado. Nighthand se quedó sorprendido.

—Es un barco terco —observó—. Normalmente no obedece otra mano que no sea la mía.

—He pasado mucho tiempo en el mar, estudiando el glimor para

mi trabajo —explicó Irian tranquilamente—. A bordo de veleros, barcos de pesca, botes neumáticos. Me siento feliz tanto en un barco como en una biblioteca… Siento que son mi lugar.

Warren se quedó mirándola y sus ojos legañosos dejaron patente su admiración.

—¿Y cuáles dirías que no son tus lugares?

Dio la impresión de que Irian iba a responder algo serio, pero acabó diciendo:

—Las fiestas. —Sonrió—. Hablo cuatro idiomas bastante bien, pero si me ponen en una sala llena de desconocidos, no se me ocurre nunca qué decir. —Hizo girar el timón—. Una vez, caí presa del pánico y acabé preguntándole a un hombre si tenía algún tipo de tejón preferido.

A Nighthand le hizo gracia.

—Yo jamás en la vida me he quedado sin palabras.

—Eso lo sabemos de sobra —dijo Ratwin—. Su valentía lo convierte en un gran conversador —le explicó a Irian—. Y cuando combate, lo hace como una tormenta de rayos dentro de un sombrero, aunque, por otro lado, con su labia ha conseguido también que nos despidan de ocho puestos de trabajo distintos, cualquiera de los cuales nos habría ido la mar de bien.

—El pasado mes de febrero, y en pleno temporal, cruzó el estrecho de Semper a lomos de un toro de mar para rescatar un potrillo de unicornio que se había visto arrastrado mar adentro —dijo Warren—. Lo cual, de entrada, parece un acto grandioso y noble, hasta que tienes en cuenta el detalle de que estaba borracho y abandonó sin previo aviso el barco que estaba capitaneando, que acabó encallando y, en consecuencia, perdiendo una carga valorada en mil monedas de oro.

Nighthand lo fulminó con la mirada y con un gesto imperioso de la mano golpeó una montaña de cajas, que se derrumbó estrepitosamente sobre cubierta.

—¿Habrías dejado, acaso, que el unicornio se ahogara?

Ratwin resopló y volvió a su puesto de vigía, a media altura del mástil.

—¡Vira un poco más hacia el este! —gritó— y llegaremos directos a la bahía de Fishhook.

Tenía una agudeza visual mucho mayor que la de los humanos;

Christopher solo alcanzaba a ver una mancha verdosa en medio del resplandeciente mar azul.

—Es una de las islas más bellas —comentó Irian a Mal y Christopher—. Habitan allí varias especies raras de erizos de mar que no se encuentran en ningún otro lugar del Archipiélago. Sus púas miden treinta centímetros de longitud y se vuelven rojas en presencia de depredadores. —Su mirada fue volviéndose apasionada —. Pero lo más fascinante de todo son los excrementos que producen. Huelen a orina de gato, y algunos centauros los utilizan para preparar sus pociones más antiguas y extravagantes, aunque su composición química sugiere… —Se interrumpió cuando vio que la cara de Mal adoptaba la expresión de una alumna en el aula del colegio, y se echó a reír—. Perdonadme. A veces se me olvida por completo que las curiosidades de los erizos no fascinan a todo el mundo.

Nighthand la observaba desde el otro extremo de la embarcación. Y no se quejó por su detallado discurso sobre los erizos.

El barco surcó a toda velocidad las olas, y Christopher pudo ver por fin la isla. Warren se acercó a la borda con un rollo de cuerda colgado del brazo.

—La gente de por aquí es muy amable —dijo—. Ya sabéis lo que dicen: «aguas tranquilas, almas tranquilas».

Christopher se volvió hacia él, con ganas de conocer más sabiduría popular del Archipiélago.

—Y ¿qué más dicen?

Warren se quedó sorprendido ante su muestra de interés.

—Oh… Por ejemplo, se sabe que la gente de las islas dragón es muy particular. Algunos crecen envueltos de fuego y de caos. Los niños no van a la escuela y los hay que viven en compañía de los dragones, en las montañas, hasta que alcanzan la edad adulta. En las islas del norte son más duros, menos locuaces. Y en los mares centrales occidentales, las aguas son más tranquilas y la gente habla más despacio. Bueno, ya llegamos, en un par de minutos tocaremos tierra.

Estaban lo bastante cerca como para vislumbrar los perfiles. Justo al lado del agua había un grupo de edificaciones de piedra de forma cuadrada. Pero ninguna tenía las paredes o el tejado enteros.

Estaban negras, chamuscadas. Unas pocas cabras se esforzaban por pastar en la hierba quemada. Su largo pelaje marrón estaba cubierto por el polvo gris de la carbonilla. No había más indicios de vida: ni música, ni niños llorando, ni gritos, ni movimiento alguno de humanidad. Solo las cabras.

Durante un momento nadie captó la importancia de lo que estaban viendo, hasta que Mal lo entendió.

—¡Rápido! —gritó—. ¡Da media vuelta! ¡Volverá enseguida!

—¿Qué? ¿Qué es lo que volverá? —preguntó Warren.

Se oyó un estruendo. Christopher se quedó boquiabierto.

—¡Abajo! ¡Vosotros dos! ¡Tumbaos en el suelo! —gritó Nighthand, y corrió a izar las velas mientras Irian manejaba el timón con manos rápidas y urgentes.

Christopher se agachó enseguida, pero no por ello dejó de mirar. Una figura gigantesca surcaba el cielo, agitando perezosamente sus alas. Era totalmente negra, y las alas tenían la parte inferior de color rojo sangre. Era, tal y como el *Bestiario* decía, grande como una catedral.

—¡No lo mires a los ojos, Christopher! —exclamó Mal, tirando de él para que se agachara.

—¡Tengo que verlo! —replicó él.

Arrastrándose sobre los codos, Christopher recorrió la cubierta en toda su longitud hasta alcanzar el lateral más cercano a la isla y asomar la parte superior de la cabeza hasta la altura de los ojos. Mal dudó un instante, hasta que gateó detrás de él.

El dragón se lanzó en picado sobre el rebaño de cabras. Extendió las patas traseras. Las cabras se dispersaron, balando desesperadamente, y el dragón siguió descendiendo hasta casi rozar el suelo y capturar a una de ellas entre sus garras.

Con un solo gesto, volteó a la cabra por los aires, escupió una llamarada impresionante y la engulló entera mientras estaba todavía envuelta en fuego.

Siguieron navegando en silencio. Y pasó un buen rato antes de que alguien decidiera hablar.

Irian tragó saliva.

—¿Qué hacía en esta isla? Por lo que sé, los dragones no suelen alejarse tanto de sus montañas.

—No —respondió Nighthand—. Pero esta nueva realidad desafía

todo lo que creíamos saber.

REMIENDOS

Más tarde, Christopher se acercó a hablar con Mal. Estaba sentada en la proa de la barca, agachada para que los laterales de la embarcación la protegieran del viento. Tenía algo sobre la falda, y cuando estuvo más cerca de ella, vio que era su abrigo.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Coser, claro. ¿Qué te parece que estoy haciendo si no?

El dragón la había dejado temblando de miedo, e incluso ahora, la adrenalina seguía recorriendo su cuerpo, aunque con una simple mirada desafió a Christopher a hacer cualquier comentario al respecto.

Sus pequeñas manos no tenían la fuerza necesaria para empujar la aguja a través de una tela tan gruesa, y era evidente que la aguja se le había resbalado más de una vez, puesto que tenía los dedos manchados de sangre.

—Ni idea. Aunque, a decir verdad, parece —y entonces Christopher sonrió— como si estuvieses intentando donar sangre, muy muy lentamente.

—¿Sabes coser?

—No lo he probado nunca. Pero creo que consiste simplemente en clavar la aguja en el tejido, con cierta precisión.

—Pues si te parece tan fácil, ¿por qué no lo intentas?

Y, levantando el mentón, le pasó el abrigo.

Christopher enhebró la aguja —una tarea complicada, con el balanceo del barco— y empezó a dar puntadas tensas y sobrepuestas. Mal respiró hondo y se inclinó para mirar.

—Los dos bordes deben superponerse —explicó—. Así no, un poco más. Para que no pueda pasar el viento. —Arrugó la frente—. No sé si este abrigo volverá a funcionar.

—Por supuesto que funcionará —dijo Christopher—. A menos que vayas a algún sitio con frío extremo.

—Este abrigo no tiene nada que ver con el frío. Es un abrigo volador.

—¿Volador? —Sintió un escalofrío—. ¿Y cómo vuela?

—Te lo enseñaré en cuanto acabemos. El hombre que me lo regaló dijo que no había que descoser nunca el material adicional del dobladillo… mira, ¿lo ves? Aquí. Porque si lo hiciera, el abrigo me llevaría volando demasiado alto y me moriría. Ojalá me hubiese contado más cosas sobre el abrigo, pero a mi tía abuela Leonor no le gustó su cara, ni su olor, ni nada de aquel hombre, así que lo echó de casa.

—¿Quién era el hombre que te lo dio?

—Un viajero, de esos que se pasan el día de isla en isla, cuando nací. Mi piensanombres. Ya sabes, la persona que me puso el nombre. —Al ver que Christopher se quedaba mirándola sin entender nada, dijo—: ¿Cómo elegís los nombres vosotros?

—Normalmente, los padres eligen el nombre que más les gusta. Aunque, a veces, es una especie de tradición familiar y te ponen el nombre de tu abuelo o de tu tía abuela, por ejemplo. De alguien que ya está muerto, normalmente.

Christopher llevaba el nombre de su tatarabuelo escocés, un viejo excéntrico del que decían que se pasaba el día entero fuera de casa, en lo alto de una colina. Un hombre que, comprendió sorprendido Christopher en aquel momento, debió de ser un guardián de la Senda entre Mundos.

Mal levantó las cejas, dando a entender con ello su opinión desfavorable en cuanto a aquel método de elección de nombres.

—Pues en el Archipiélago llevamos al bebé a un piensanombres, que entra en trance y le otorga su nombre al niño. Es una tradición muy antigua, pero se está extinguiendo. La mayoría de

piensanombres son viejos encantadores, pero unos farsantes, y a cambio de un par de monedas de plata pronuncian el nombre que los padres quieren. Aunque en mi caso no fue así. Mi piensanombres era un adivino, me aseguró mi tía abuela Leonor, porque se veía perfectamente que era pobre.

—¿Y Mal es tu nombre completo? ¿O es un diminutivo, no sé…, de Mallory? ¿Malinda?

Mal se echó a reír.

—¡No! ¿De verdad que eso de Mallory es un nombre?

Mal es el diminutivo de Malum. Mi tía abuela decía que era un nombre profético. Porque significa «traviesa». —Sonrió—. Viene del latín. Casi todos los nombres tienen un significado en alguno de los idiomas de la Antigüedad: latín, nórdico antiguo, centauriano antiguo, árabe antiguo… Incluso manticoriano antiguo si tus padres te llevan a un piensanombres un poco pretencioso.

Aunque de mala gana, Christopher había aprendido algo de latín en la escuela y tenía la sensación de que *malum* significaba algo completamente distinto. Pero no recordaba qué.

—¿Qué tal va mi abrigo?

—Ya casi estoy.

—¡Pues venga! —Mal sonrió—. Has dicho que coserías más rápido que yo.

Coser exigía cierto esfuerzo —la tela era gruesa y con el paso del tiempo se había vuelto rígida, y en diversas ocasiones se había clavado la aguja bajo las uñas—, pero resultaba una tarea inesperadamente satisfactoria. Ratwin los observaba desde cierta distancia, con expresión de aprobación.

Cuando Christopher terminó, Mal cogió el abrigo con una sonrisa y le dio las gracias. Antes, mientras cosía, se había mordido el labio con tanta fuerza que incluso le sangraba.

—Si acabo en el mar, te encargarás de rescatarme, ¿entendido?

—Sí, por supuesto.

—¿Lo juras? ¡Jura por el Inmortal que no dejarás que me ahogue!

Christopher se echó a reír.

—Te lo juro por lo que tú quieras. Adelante. ¡Estoy esperando!

Mal se puso el abrigo, le pasó Gelifen a Christopher y se encaramó a la proa de la barca. Se colocó justo encima del

mascarón de proa, que tenía forma de manzana. El viento le azotaba el flequillo. Cogió el abrigo por ambos extremos, extendió los brazos y saltó al vacío.

Christopher chilló, y cuando Nighthand se giró, asustado, vio que Mal, con los brazos extendidos, se elevaba veloz en el cielo hasta alcanzar la altura del mástil, con el tejido de lana de su abrigo agitándose en el viento.

Christopher oyó una carcajada de felicidad. Mal viró hacia el oeste para volar por encima del oleaje y luego hacer un picado hasta quedarse a apenas metro y medio del agua, con la espuma salada empapándole la ropa, para alzar de nuevo el vuelo, casi en vertical, hacia el cielo con nubes blancas.

—¡Esta chica está loca! —gritó Warren, y luego dijo alguna cosa que Christopher no entendió, seguramente alguna palabrota.

Christopher no había visto nada igual en su vida y en parte deseaba pedirle a gritos que volviera enseguida, pero comprendió que Mal controlaba a la perfección sus movimientos. Y, por lo tanto, le lanzó un grito de ánimo, tan potente que silenció incluso lo que estaba diciendo Warren.

—¡Sí, Mal! ¡Más alto!

Mal trazó un rápido círculo sobre la embarcación, planeó unos instantes por encima del mástil y luego empezó a volar en espiral alrededor del palo mayor, como si fuese una bailarina, con tanta facilidad que incluso Warren soltó un alarido de satisfacción.

Con un ruido sordo, producido por el impacto de las botas contra la madera de la cubierta, Mal aterrizó justo delante de Christopher y se sujetó a su codo para mantener el equilibrio. Warren sacudió la cabeza con perplejidad.

—Llevo cuarenta y ocho años surcando los mares —dijo— y creía que había visto ya todo lo que había que ver, y la mayoría de cosas repetidas incluso más de cien veces. Mis sorpresas están más que agotadas, no sé si me explico. Pero jamás en la vida había visto a nadie volar de esta manera.

Mal estaba hecha para volar por los cielos, comprendió en aquel momento Christopher: su osamenta ligera y sus codos afilados eran como los de los pájaros. En el aire, parecía libre de una manera que no lo parecía en tierra.

—Ya te dije que el abrigo no tenía nada que ver con el frío —

dijo entonces Mal—. Y todo que ver con el cielo.

Christopher no le había visto nunca un brillo tan intenso en los ojos, ni le había parecido jamás tan preparada para enfrentarse al mundo entero.

EL KRAKEN

—¡Al noroeste, justo delante de nosotros! —La voz de Nighthand sonó potente y brusca, e Irian levantó la vista de sus papeles para mirar—. ¡Hay algo en el agua! ¿Un arrecife de coral?

Era última hora de la tarde. Warren observó el mar.

—No digas locuras —dijo—. No hay nada en muchos kilómetros a la redonda.

Mal y Christopher corrieron hasta la proa. Nighthand corrió detrás de ellos y se protegió los ojos de la luz con una de sus enormes manos. Fue Ratwin quien volvió a verlo.

—¡Allí! ¡Sí, al noroeste, a unos quince metros! Es una criatura. Cuando se levanta el oleaje… Allí.

—¿Qué es?

Lo único que se veía era una mancha borrosa, una sombra que avanzaba bajo las olas.

—¿Un behemoth? —sugirió Ratwin.

—Por el Inmortal, espero que no sea eso —dijo Warren.

—No puede ser. Estamos demasiado alejados de la costa —dijo Irian—. ¿Un hipocampo?

—¿Podría ser una makara? —apuntó Mal.

—Es diez veces más grande que una makara —dijo Nighthand.

—¿Un monstruo ceto? —dijo Irian.

Justo en aquel momento, la criatura emergió del agua, como si quisiera ganar altura para otear el horizonte, y todos vieron qué era.

—Un kraken —susurró Mal.

Era tan grande como el barco, de color gris, similar a un pulpo e increíblemente rápido. Christopher había visto uno en un dibujo de la época medieval y le había parecido simpático y cómico: dos ojos enormes y unos tentáculos negros que se agitaban sobre una extensión de color azul que representaba el mar. Pero ahora no resultaba para nada gracioso.

Warren se tambaleó hacia atrás y la piel arrugada de sus mejillas empezó a temblar.

—¡En estas aguas no hay krákenes!

Nighthand fijó la vista en la criatura.

—Pues ahora parece que los hay —dijo—. No es lo que tenía planeado —añadió, como si estuviera hablando de un chaparrón que le había fastidiado un pícnic.

Mal se agarró a la barandilla de la proa del barco con tanta fuerza que se le quedaron los nudillos blancos.

—¿Podemos superarlo en velocidad? —preguntó Mal.

—Lo dudo —respondió Nighthand—. A las velas, Warren. Irian, al timón. Ratwin, encarámate al palo mayor y mira si hay más. Y vosotros dos, Mal y Christopher, al camarote. —Desenfundó la daga glamry.

—¡Luchar contra un kraken con un cuchillo es imposible! —exclamó Mal.

—Tal vez. No lo he intentado nunca. Pero estoy a punto de hacerlo.

La forma grisácea del kraken se aproximaba bajo las olas. Mal miró hacia atrás, aterrada.

—¿Dónde está Gelifen? —preguntó—. ¡Christopher! ¿Lo tienes tú?

—¡No! —Christopher recorrió el barco entero, llamando al grifo —. ¡Gelifen!

—¡Niños! —gritó Irian—. ¡Meteos en el camarote! ¡Ya!

Irian y Warren tiraron de los cabos de las velas. El barco dio un acelerón y surcó a toda velocidad las aguas, pero no fue suficiente.

Con un chillido similar al de una gaviota, el kraken emergió de

entre el oleaje a apenas seis metros de distancia de la embarcación. Diez tentáculos negros, chorreando agua, se agitaron en el aire en dirección a ellos. Los tentáculos se aferraron al lateral de la embarcación, que se inclinó hasta que el lado de babor quedó casi sumergido en el agua. Christopher se agarró al mástil y el terror se apoderó de su cuerpo.

Un tentáculo, grueso como el tronco de un árbol, ocupó por completo la zona de popa. Nighthand pasó por debajo de él y lo apuñaló con la daga glamry. El kraken chilló y sus tentáculos se retiraron. El barco se enderezó de nuevo, aunque balanceándose furiosamente.

Gelifen subió con paso inestable la escalerilla del camarote, piando aterrorizado. Y, entonces, el kraken se abalanzó otra vez sobre el buque y recorrió la cubierta con uno de sus tentáculos. Capturó a Gelifen por la espalda y lo lanzó contra el mástil. Christopher corrió hacia allí.

—¡Déjalo! —gritó Warren.

—¡No pienso hacerlo! —gritó a su vez Mal—. ¡No puedo!

Corrió también hacia el mástil. Tres gruesos tentáculos grises serpentearon por la cubierta, buscándolos a tientas. Christopher se lanzó contra el suelo, arrastrando a Mal con él.

—¡Gelifen! —volvió a gritar Mal.

Se incorporó, siguió corriendo y consiguió atrapar al grifo. Lo cobijó de inmediato en el interior de su jersey.

El oleaje se levantó y la cabeza del kraken asomó delante de ellos. Pudieron verle entonces la cara, con un pico córneo similar al de un pulpo. La criatura recorrió la embarcación con la mirada, con unos ojos hambrientos, esféricos y saltones que acabaron posándose en Mal. Abrió entonces la boca, de par en par, como una puerta abierta… y Warren fue barrido de cubierta y arrojado a su interior.

Nighthand rugió, un alarido de furia que alcanzó el horizonte en todas direcciones. Arrancó un trozo de madera de la pared del camarote y se lo lanzó al kraken. Su extremo afilado le atravesó el ojo.

El kraken chilló rabioso, como un gato chamuscado. Y acto seguido cogió el barco y arrojó la estructura entera por los aires. El impacto, al amerizar de nuevo, la resquebrajó y la dejó muy maltrecha. Ratwin salió proyectada hacia el agua. Mal y

Christopher se vieron zarandeados a derecha e izquierda; Christopher se dio contra la pared del camarote y Mal se golpeó la cabeza contra la cubierta y quedó inconsciente.

El kraken volvió su gigantesca cabeza hacia ellos. Por un instante se quedó inmóvil, con solo sus enormes ojos grises parpadeando. Pero, entonces, el kraken extendió un tentáculo y capturó a Mal. Nighthand corrió hacia ella, cuchillo en mano.

—¡No! —rugió.

—¡Mal! —chilló Christopher.

El kraken la depositó sobre un fragmento de madera de deriva con la delicadeza con la que una niña acostaría a una muñeca en la cuna. Y, entonces, antes de que a Christopher le diera tiempo a asimilar lo que había pasado, los diez tentáculos se lanzaron contra ellos y el barco entero quedó aplastado y se vio propulsado hacia las profundidades del mar. La succión arrastró a Christopher hacia el caos negro de un remolino.

Durante lo que le parecieron muchos minutos, Christopher estuvo girando sobre sí mismo en un mar revuelto. Luchó, con los pulmones protestándole a gritos, hasta conseguir emerger a la superficie. Un fragmento de madera, parte de una mesa, se balanceaba entre las olas; se encaramó a ella. Había espuma por todas partes, no se veía nada. Pero, entonces, de repente, apareció Mal. Y, delante de sus ojos, la madera de deriva sobre la que estaba tendida se dobló y Mal empezó a deslizarse hacia el agua. Tenía los ojos cerrados e iba a ahogarse.

El corazón de Christopher dio un vuelco. No fue valentía, sino algo más salvaje y urgente lo que lo empujó a saltar de aquella tabla. Se zambulló en el agua, y estaba empezando a escudriñar las turbulentas aguas azul oscuro, cuando de pronto lo agarró una mano y lo alejó de los restos del naufragio que se arremolinaban a su alrededor. No era una mano humana.

Chilló, incluso bajo el agua. Volvió a emerger a la superficie y, luchando por coger aire, gritó el nombre de Mal.

—No es necesario que grites —dijo la criatura.

Tenía el pelo muy largo, más largo que su cuerpo, y era de plata pura, del color del mar a la luz de la luna. Su rostro era lo más bello que Christopher había visto en su vida, y tenía a Mal entre sus brazos. Gelifen seguía en el interior del jersey de Mal y escupía

agua por el pico.

Su primer pensamiento fue: una sirena. Pero tenía piernas, no cola. Estaban envueltos en espuma, y mientras él se mantenía a duras penas en la superficie y jadeaba por el esfuerzo, ella flotaba tranquilamente entre las olas, sin apenas mover los pies. Pensó en el catálogo de criaturas de su abuelo. Una nereida.

La criatura habló:

—Lóclóca! Su ārstafasa? Su andgietu glimt?

Y agarró a Christopher por la muñeca y lo arrastró por el agua.

—¡Es mi amiga! —Se debatió para soltarse, hasta que se dio cuenta de que la nereida lo estaba alejando de la espuma que había levantado el kraken. El fragmento de mesa pasó flotando por su lado y Christopher se agarró a él—. Entrégame a mi amiga.

La criatura habló de nuevo, esta vez en el idioma de Christopher.

—No le haré ningún daño. —La voz de la criatura era muy suave y muy bella, sonaba como el oleaje del mar. A Christopher le resultaba familiar, pero no podía identificar por qué—. Me llamo Galatia. Estas aguas son mías y de mi clan. He olido el glimor en ella. *U gehygd*. La he reconocido por lo que es. *Sáwoll*. Y por eso he venido.

La nereida no daba indicios de querer entregarle a Mal, que seguía con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el hombro de la criatura. Respiraba tranquila.

—¿Qué hacéis en mi océano? —preguntó Galatia—. Es peligroso, con los nuevos tiempos que corren. Mis aguas tienen un olor diferente.

—¿Diferente? ¿En qué sentido?

Christopher se acercó nadando a la criatura, apoyándose en el trozo de madera. Buscó algún indicio de la embarcación, de Nighthand o de Irian, pero solo se veían olas. Se preguntó si podría intentar arrancar a Mal de brazos de la nereida.

—Huele a vacío. Se ha perdido el glimor. O… no, esa no es la palabra correcta. Robado. *Blómaan*. Lo han robado si acaso una cosa así puede robarse. ¿Tú crees que se puede robar, humano?

—Pues por lo que parece, sí.

Siguió nadando para acercarse más a la criatura, sin despegar la mano de la tabla de madera.

—Somos muchas las criaturas marinas que respiramos el glimor del agua para sobrevivir. Los toros de mar, las kappas, las makaras…

—¿Qué es una makara?

Ya estaba más cerca, casi lo suficiente para hacerse con Mal.

—Una makara. Tiene mandíbula de cocodrilo. Tronco de elefante. Escamas de pez. Es más generosa de lo que su cara sugiere. Las kappas, las makaras, los hipocampos… se mueren todos de hambre, viven con pánico constante. ¿Y lo de los krákenes? No debería haber krákenes en estas aguas.

—¿Ah, no? ¿Y por qué están por aquí? —preguntó, mientras se preparaba para abalanzarse sobre ella.

—El glimor de los mares del norte en los que habitan ha desaparecido, y por eso se han desplazado hasta aquí. Si los krákenes tienen miedo, todos deberíamos tenerlo. Y ahora: ella. La que andan buscando. En mi océano.

Y entonces, sin previo aviso, la nereida depositó a Mal en brazos de Christopher y desapareció bajo el agua. Se oyó una llamada, un grito grave y prolongado bajo las olas. Y cuando Galatia volvió a la superficie, lo hizo rodeada de ocho cabezas más, todas ellas con cabello plateado. De las profundidades emergió también una manada integrada por ocho caballos de agua, de color oro y verde. La nereida recuperó a Mal y la montó a lomos de un hipocampo.

—Vete. Síguela —dijo Galatia.

—¡No! No puedo abandonar a mis amigos.

La nereida sonrió, exhibiendo una dentadura afilada, y silbó. Y entre las olas aparecieron Nighthand e Irian, cada uno de ellos montado en un hipocampo. Nighthand llevaba en brazos a Ratwin, empapada y furiosa.

—Tenemos que irnos. El kraken podría volver en cualquier momento. ¿Listos? —dijo la nereida—. Vamos a sumergirnos. *Brimum*, ¿sí?

—¡No puedo respirar bajo el agua!

—Respirarás siempre y cuando sigas montado en el hipocampo. Su piel es tu piel. Y con eso será suficiente.

Se sumergieron bajo el agua y se pusieron en marcha.

LA CIUDAD DE LOS ACADÉMICOS

El agua azotaba con ferocidad la cara de Christopher. Por mucho que intentara mantener los ojos abiertos, el escozor de la sal y la velocidad le impedían ver cualquier otra cosa que no fuera el grupo de nereidas, que corrían como búfalos en estampida.

Las nereidas guiaron a la tripulación del barco naufragado hasta una ciudad con edificios de piedra amarilla situada a orillas de una laguna. Cuando los hipocampos empezaron a serpentear entre barcas y barquitas, Christopher pensó que acabaría en el agua en cualquier momento. Pero fueron transportados sin problemas por un canal, atrayendo la curiosidad de los transeúntes que volvían las cabezas para verlos. Finalmente, con un gran revuelo de agua, los humanos fueron depositados en una gran plaza delimitada en dos de sus lados por las alas de un antiguo edificio de piedra que parecía albergar una biblioteca.

—Ya hemos llegado —anunció la nereida—. Estamos en la segunda capital de Litia: la Ciudad de los Académicos. Os hemos dejado en la entrada. No podemos llevaros más allá porque las nereidas no andamos, salvo en caso de absoluta emergencia.

—¿Y por qué nos habéis traído aquí? —preguntó Christopher.

—El saber no hace daño a nadie, chico. *Andgietu*, ¿no? Hay muchas cosas que descubrir.

Christopher miró a su alrededor. Nighthand estaba acuclillado junto a Mal, que escupía agua y empezaba a incorporarse. Irian, sin embargo, se había alejado ya de las nereidas y del canal y se estaba adentrando en la plaza. Una nereida le gritó alguna cosa en nereidano, con un tono estridente y curiosamente suplicante, pero Irian no se volvió. Bajó entonces la vista hacia sus manos y las escondió en los bolsillos.

—A partir de este momento, mantened los ojos bien abiertos —le dijo Galatia a Christopher—. Son tiempos peligrosos y no hay que tomarse nada a la ligera.

—¡Espera! Antes de que te marches…, necesito hacerte una pregunta. ¡El kraken! ¿Por qué el kraken no se comió a Mal? La tenía allí mismo, sin embargo…

Pero la nereida ya se había sumergido en las aguas del canal.

En la plaza escurrieron como pudieron la ropa que llevaban y se examinaron mutuamente en busca de cualquier herida y, por un momento, la euforia de saber que no habían muerto superó con creces todo lo demás.

Pero, entonces, Mal dijo:

—¿Y Warren? ¿Existe alguna posibilidad de que haya sobrevivido? ¿Está definitivamente…?

—Ha muerto —dijo Nighthand. Su voz sonó seca y áspera como la arena.

Mal miró a Nighthand a los ojos.

—¿Por qué no estás más triste? ¡Era tu segundo de a bordo!

Pero Nighthand había dado media vuelta para que nadie pudiera verle la cara.

—Los berserkers no lloran —dijo—. Y tampoco aman. ¿Cómo iban a hacerlo si no conocen el miedo? El amor está repleto de miedo. —Señaló la calle que tenían por delante, con unos ojos tan rojos y una mirada tan fija que parecía ciego—. Vamos. Iremos al puerto a ver si encontramos un barco nuevo.

Irian se inclinó hacia Ratwin.

—Deberíamos comunicárselo a la familia de Warren. ¿Podrías hacerles llegar un mensaje?

La ratatoska, con el rostro marcado por la tristeza, asintió y se fue corriendo.

Nighthand caminaba al doble de su velocidad habitual. Los guio

a paso ligero por la preciosa ciudad, a orillas del agua, por encima de puentes, atravesando plazas, abriéndose paso entre las muchedumbres que se volvían para mirar su ropa empapada y el rostro furioso de Nighthand.

—Irian —dijo Christopher, cuando ya llevaban media hora andando—. ¿Qué estaba intentando decirte esa nereida?

Irian se quedó dudando.

—Nada importante.

—Pero me ha dado la impresión de que te conocía. Y ha dicho algo sobre Mal: «La he reconocido por lo que es».

Y entonces le explicó a Irian lo que había pasado.

—Las nereidas siguen sus propias leyes, Christopher. Son tremendamente racionales, pero en el mismo sentido en que el mar es racional. Gran parte de su idioma, el nereidano, no tiene traducción a ningún idioma humano. —Movió la cabeza de un lado a otro—. Son muy orgullosas. Y prefieren no relacionarse con nadie. No sé por qué han salvado a Mal.

Pero había algo más, pensó Christopher. Porque con el kraken también había sucedido algo extraño: incluso en medio de tanto terror, estaba seguro de haber visto al kraken coger a Mal para depositarla en un lugar seguro.

Estaban cruzando una plaza especialmente bella, con una fuente en forma de sirena en el centro, cuando oyeron un ruido por encima de sus cabezas, un aleteo, y el cielo vociferó el nombre de Nighthand.

—¡Nighthand! ¡Fidens Nighthand! ¿Cómo te atreves a venir a mi ciudad sin informarme? ¡Habría organizado un banquete!

Por encima de los tejados agitaba las alas una criatura similar a un caballo; una imagen que a aquellas alturas ya le resultaba familiar a Christopher. Su cuerpo brillante estaba cubierto por escamas iridiscentes de color verde y gris. Las alas también tenían escamas, tan finas que por su parte inferior se transparentaban las delicadas membranas rosas del interior. Su crin, sin embargo, era parecida a la de un caballo y tenía un aspecto salvaje.

Nighthand emitió un rugido de placer tan potente que el longma se asustó y corcoveó en el aire.

—¡Anja!

El longma bajó en picado. La mujer que desmontó de lomos de

la criatura, sujetándose a su cuello para no perder el equilibrio, era asombrosa, pensó Christopher.

Debía de tener más de ochenta años y se movía con una rigidez que insinuaba que sufría artrosis. Su pelo gris colgaba en una gruesa trenza desde la altura de su nuca. Su atuendo de equitación era azul, salpicado con seda de color rubí, a juego con los rubíes de las pulseras que le cubrían prácticamente la totalidad de los brazos y de los pendientes que adornaban sus orejas. Su mirada era intimidante: irónica, dura y sabia a la vez. Una mujer indescifrable, una cara en absoluto fácil para tener como compañía.

—¡Nighthand! —Tenía el acento de la ciudad—. Ven aquí y deja que te mire. —Lo estudió de arriba abajo—. No has envejecido ni un día.

Nighthand besó la mano que la mujer le ofreció.

—Tú sí.

—Encantador, como siempre. ¿Qué te ha pasado? Tienes un aspecto horrible.

—El *Intrépido* sufrió un naufragio —le explicó Nighthand—. Un kraken.

—¿En estas aguas?

La mujer sacó del bolsillo una figurita en forma de pájaro, fundida en oro y cubierta de esmeraldas, con una cresta de plumas tachonadas con rubíes. Desenroscó la cabeza con plumas y vertió un poco de líquido en la palma de su mano. Tenía un perfume intenso, amaderado y ligeramente sofocante: olía a dinero destilado. Se lo aplicó en las muñecas y justo encima del labio superior.

—Me perdonarás, pero es que desprendéis todos un desagradable olor a hipocampo. ¿Quién es esta gente? ¿Y ese grifo?

Nighthand hizo las presentaciones.

—Y esta es Anja Trevasse —dijo finalmente—. Es la propietaria de ese palacio que podéis ver allí, el que domina el Gran Canal y gran parte de la ciudad.

—Y al palacio precisamente es adonde pienso llevaros —habló la anciana. Llamó al longma, le dijo alguna cosa y le ofreció un poco de carne de la bolsa que llevaba en la cadera—. Yo iré volando —explicó—. Mis piernas ya no me sostienen bien. Podéis seguirme por abajo.

Despegó de nuevo. Irian y Nighthand intercambiaron una

mirada.

—¿Crees que deberíamos ir? —preguntó Irian en voz baja.

Nighthand se encogió de hombros.

—Habrá buena comida, y solo por eso valdrá la pena. Y Anja, además, conoce a todos los comerciantes de la ciudad. He perdido mi carga, así que no me queda otra que conseguir más mercancía.

—¡Oh, Nighthand! ¿Vas a deber mucho dinero por culpa de la mercancía perdida?

Nighthand frunció los labios y, por un momento, puso la misma cara que Ratwin.

—Lo deberé solo si consiguen dar conmigo. Sigámosla —dijo, señalando a la mujer que volaba por encima de sus cabezas—. Pero ve con cuidado con lo que dices.

Echó a andar, mientras conversaba a gritos con Anja, que volaba en círculos por encima de ellos. Ratwin reapareció justo en aquel momento y, jadeante, se instaló sobre el hombro de Irian, y entre los dos les contaron a Christopher y Mal lo que sabían sobre la mujer de pelo canoso.

—Anja Trevasse es una de las mujeres más ricas del Archipiélago —informó Irian. Hablaba tan bajito que los chicos se vieron obligados a estirar el cuello para oírla—. Hace años estuve estudiando aquí, en la Ciudad de los Académicos, y esa mujer era muy famosa. Cada día se desplazaba volando hasta el Palacio de las Gemas, la joyería más importante de la ciudad.

—Sí, visita ese establecimiento a diario y se pasa horas sentada allí entre joyas, como un dragón —dijo Ratwin—. Y casi cada día compra alguna cosa, para ella o para las personas que quiere que estén en deuda con ella. Conoce a toda la gente rica, importante y de la alta sociedad de la ciudad.

Y le gusta que absolutamente todo el mundo le deba algo.

Cruzaron un puente con arcos sobre el Gran Canal y Christopher y Mal se pararon un momento para mirar. Por debajo de ellos pasaban barcas llenas de académicos, comerciantes y niños. Christopher vio un bote con una mujer con un kanko en cada hombro y otro anidado entre su pelo.

—¿Cómo es que esa mujer conoce a Nighthand? —le preguntó Christopher a Ratwin, puesto que no le parecía un dúo evidente.

—Los Trevasse conocen a todo el mundo… a todo el mundo que

pueda resultarles de utilidad. El bisabuelo de Anja fue gobernador de la ciudad; era tan rico que se hizo poner monedas en vez de dientes —le explicó Ratwin.

—Tenía un socio muy adinerado, creo, que murió de repente y se lo dejó todo. De hecho, me parece que heredó todo el comercio mayorista de la ciudad. Además, Anja tiene una red de informantes enorme —dijo Irian—. Gente que le informa sobre noticias de la ciudad, noticias del Archipiélago.

—Además de dos docenas de ratatoskas —añadió Ratwin—. Que también le informan de todo.

—Acumula secretos. Según ella, son su tesoro más importante —dijo Irian.

Mal se estremeció. Estaba aún mojada y tenía los labios azules. Gelifen agitó las alas y su cuerpo empezó a irradiar calor. Mal lo estrechó contra ella, y sus prendas húmedas desprendieron vapor. Sonrió, por primera vez desde el encuentro con el kraken, con la cara pegada a sus plumas.

—Se conocieron en un barco en el que Nighthand trabajaba como marinero y ella viajaba como pasajera —continuó Ratwin—. Al final lo echaron, como siempre, por culpa de alguna pelea, lo inevitable. Pero, antes de eso, se ve que hubo algún tipo de accidente grave y él le salvó la vida. Derrotó a un centenar de makaras con los dientes largos como espadas.

—¿De verdad?

Ratwin suspiró.

—Qué pesado eres siempre con tus «¿De verdad?». No. Pero le salvó la vida. Cayó al agua por lo que fuera y él la pescó.

Christopher aguzó el oído para oír lo que decían Nighthand y Anja. Ahora hablaban en voz baja. La anciana estaba casi ronroneando.

—Veo que llevas aún encima el dinero para tu entierro —dijo entonces la mujer, señalando los pendientes de Nighthand.

—Por supuesto.

—Eso de llevar colgada la muerte de las orejas resulta macabro.

—Práctico, diría yo —replicó Nighthand—. Es una tradición berserker —explicó, dirigiéndose a Christopher, en respuesta a su mirada—. Los pendientes valen lo suficiente como para poder comprarme un ataúd y un buen entierro dondequiera que acabe

muriendo.

—Siempre me han gustado los berserkers —dijo Anja—. Me gustan los nacidos nobles y los nacidos fuertes. Ya sé que no está de moda decirlo, pero el cómo y dónde naces es importante.

Christopher miró a Mal, que estaba enarcando las cejas a espaldas de la mujer, e intercambiaron muecas de desagrado.

El longma se inclinó para trazar una curva y Anja anunció:

—¡Ahí está! ¡Mi palazzo! Lo construyó mi bisabuelo. Que no era hombre que hiciera las cosas a medias.

Saltó por encima del muro y la siguieron por abajo, cruzando un gigantesco portón de madera. En el interior había un patio de armas y un edificio inmenso iluminado por el sol, con dieciocho ventanas de largo y cinco de alto. Los cristales de las ventanas estaban decorados con pan de oro y dos dragones esculpidos custodiaban la puerta de acceso.

El longma aterrizó justo delante de la entrada y Anja desmontó con la ayuda de Nighthand.

—Nighthand me ha contado lo que estáis haciendo y por qué. —Recorrió con mirada felina las caras de Christopher, Irian y Mal, y allí se quedó—. Me pregunto si podría prestaros mi barco.

—¿El *Bailarina de las Sombras*? —dijo Nighthand—. ¿Aún lo tienes? Jamás en la vida he visto una embarcación tan rápida y silenciosa como esa.

—La tengo, sí. Y podría estar preparada en menos de lo que tardemos en encontraros algo de ropa que poneros. Pero impongo una condición. Quiero hablar antes con la chica. Que se quede aquí conmigo. El resto podéis entrar. Mi costurera os está esperando.

Intercambiaron miradas. Mal se encogió finalmente de hombros y puso su cara más arrogante e impávida.

—De acuerdo —dijo—. Me quedaré. —Al ver que Christopher dudaba, lo miró frunciendo el ceño, un signo evidente de que tenía miedo—. Adelante, ve. Y llévate contigo a Gelifen.

* * *

Cuatro horas más tarde, lavados, acicalados y comidos, Mal, Christopher, Ratwin, Irian y Nighthand cruzaron la ciudad en

dirección al muelle donde estaba atracado el barco de Anja. Christopher se sentía raro con sus nuevas prendas: pantalón negro, jersey de color vino y unas botas nuevas y relucientes que le cubrían hasta bastante por encima del tobillo y que eran el mejor calzado que había tenido nunca. Había guardado el mapa en el bolsillo; estaba húmedo y sucio, pero seguía siendo legible.

Nighthand estaba resplandeciente con una chaqueta de paño de color azul marino. Vestirlo había sido complicado; era tan ancho de hombros y de bíceps que, solo con doblar los brazos, había roto las costuras de tres abrigos que se había probado.

—¡Explota como un kraken dentro de cualquier cosa que le ponga! ¡Bah! ¿Qué se supone que debo hacer con un hombre como este? —había dicho la costurera.

Al final, había mandado llamar a todas las chicas del taller, y le habían confeccionado una chaqueta a medida allí mismo. Christopher se había fijado en cómo observaba la escena Irian, con una sonrisa dibujada en su rostro, mientras seis costureras armadas con alfileres rodeaban al berserker.

Irian calzaba unas botas de cuero de confección exquisita y pantalón de cintura alta. Había rechazado una extravagante blusa plateada con volantes que habían intentado encasquetarle y había elegido en su lugar un jersey fino de color verde esmeralda que llevaba por dentro del pantalón.

Su nuevo atuendo suavizaba un poco su aspecto precavido, de quien lo observa todo desde un rincón, y el verde le daba luminosidad a la piel.

—Bien —dijo la costurera jefe, y las otras cinco mujeres respondieron con un grave gesto de asentimiento, como un equipo de natación sincronizada—. Olvídate para siempre de esa falda. Aprender a vestirse acorde con uno mismo es un talento. Y la belleza está sobrevalorada, es evidente, pero no es pecado. —Volvió a colocar el alfiletero en un ganchito que llevaba en el cinturón—. Es una posibilidad entre mil, y tú has sido agraciada con ella.

Irian rio y bajó la vista, y no vio ni que Nighthand se volvía para mirarla ni tampoco su expresión.

Mal fue la única que se negó a cambiarse.

—Me lo hizo Leonor —dijo, hablando de su jersey. Lo habían puesto a secar, junto con su abrigo, delante de un fuego

salamándrico, pero seguía oliendo a sus muchas y diversas aventuras—. No pienso quitármelo hasta que se caiga a pedazos.

Y nadie, al ver la cara que ponía, había intentado llevarle la contraria.

Le había contado a Christopher, mientras caminaban, lo que Anja quería. Mal estaba desconcertada.

—Me ha formulado muchas preguntas sobre el abrigo. Sobre el adivino que me lo regaló, y también algunas preguntas sobre cuando yo era pequeña. Y luego me ha dicho que nos deseaba suerte con las esfinges.

Pasaban más desapercibidos que antes, pero, aun así, Christopher vio que una ratatoska joven y flacucha los observaba desde el puente con mirada atenta y precavida. Justo cuando se disponía a señalarla para comentárselo a Mal, una mujer se acercó sigilosamente al grupo.

Se dirigió a ellos, primero con aquel idioma acelerado y rítmico que habían oído por toda la ciudad y luego, al ver que ponían cara de no entender nada, cambió de idioma:

—¿Os digo la buenaventura?

Su larga melena rubia le llegaba hasta la cintura y llevaba un vestido y un abrigo de terciopelo rojo. En su momento debieron de ser prendas exquisitas, pero, ahora, el tejido estaba desgastado en los codos y las caderas. Era, pensó Christopher, una mujer que a buen seguro había conocido tiempos mejores. La seguían dos chicos, dos adolescentes altos y robustos vestidos con trajes andrajosos, taciturnos y con cara de aburrimiento. Estaban de brazos cruzados. Uno tenía un tatuaje de un cuchillo en el dorso de la muñeca. Parecía como si se lo hubiese hecho él mismo, posiblemente a oscuras, posiblemente con una aguja despuntada.

—Una moneda de bronce. No os arrepentiréis. Las adivinas lo tenemos complicado para ganarnos la vida con los tiempos que corren, con todo el mundo espantado y sin saber por qué.

—De acuerdo —dijo Christopher, mirando el tatuaje—. Mal, ¿puedes prestarme una moneda?

—Es un engaño, lo sabes de sobra —replicó Mal, pero le entregó igualmente una moneda de bronce.

La mujer le cogió la mano, escupió en la palma —Christopher se estremeció, pero la mujer no lo soltó—, frotó la saliva con el pulgar

y empezó a canturrear.

—¡Tienes una mano noble, muchacho! Veo peligro, amor y cosas maravillosas. Lugares oscuros y grandes glorias.

Hizo una pausa.

—¿Es eso todo? —preguntó Christopher.

—Sí —respondió la mujer, molesta—. ¿Qué más querías saber? He dicho amor y cosas maravillosas, ¿no?

Mal resopló.

—Eso que has dicho parece sacado del horóscopo de un periodicucho barato. No vale una moneda de bronce —soltó—. Larguémonos, Christopher.

Pero la mujer se interpuso en su camino. Y antes de que Mal pudiera apartar la mano, la adivina se la cogió.

—Y tú. Veo un extranjero alto y rubio, grandes aventuras.

—¿Eso lo adivinas con solo mirarme la mano? —Mal se pasó la mano por su desigual flequillo y esbozó su mejor sonrisa escéptica —. Asombroso. Nos vamos.

—Esperad —dijo la mujer, con expresión contrariada. Sus ojos, por primera vez, dieron la impresión de estar mirándolos de verdad —. Nos esperan tiempos muy extraños. El talento más peligroso de los humanos es la capacidad de olvidar.

Y, entonces, volvió a mirar la mano de Mal.

—Tu línea de la vida es…

Sujetándole todavía la mano, rebuscó en su bolsillo, sacó la moneda de bronce y se la devolvió. Le soltó finalmente la mano y se marchó rápidamente en dirección contraria a ellos.

Mal se quedó mirándola, sin entender nada.

—¿De qué ha ido todo esto?

Seguida por sus hijos, la mujer llegó a la esquina de la calle. Miró una sola vez por encima del hombro. Su rostro reflejaba miedo y hambre. Christopher se estremeció. Aquella mirada le hizo pensar en el asesino y en su cuchillo.

LA PENÍNSULA DE LAS ESFINGES

El barco que Anja les había prestado era, según palabras de los hombres del puerto, «el velero más bello que hemos visto en lo que va de década». Se llamaba *Bailarina de las Sombras* —Ratwin había arrugado la nariz al oír el nombre, tildándolo de pretencioso— y estaba en perfectas condiciones. Era blanco, con unas velas hinchadas que resplandecían contra el cielo del atardecer, una cubierta preciosa y despejada y seis ojos de buey. Era lo suficientemente espacioso como para albergar a doce pasajeros, dos por camarote. Disponía incluso de una pequeña cocina, dos tanques de agua potable y desprendía una sensación general de limpieza, robustez y funcionalidad.

Las velas estaban confeccionadas con un material distinto a la lona del *Intrépido* de Nighthand. Ratwin correteó por el barco, olisqueando todos los rincones y sacando una lengüecilla de color verde claro para notar el sabor de la pintura. Christopher tocó la tela de las velas.

—¿Lo notas? —le preguntó Mal.

—Son muy ligeras —respondió Christopher.

—Son velas pegasianas.

Irian apareció detrás de ellos.

—Velas que capturan hasta los vientos más leves, hechas a partir

de alas de pegaso.

—¿El caballo alado?

—Sí, con alas blancas y veloz como el viento. Los veranos migran hacia el sur. Una vez los vi volando y eran tantos que ni siquiera se veía el cielo.

—¿Y cómo fabrican las velas?

—Hace años, en un viaje de investigación que hice al este, vi cómo lo hacían. Arrancan el material plumoso (las barbas, lo llaman) del raquis de la pluma y hacen una pelota. Una mujer puso en una báscula una pelota grande como mi cuerpo y solo pesaba treinta gramos, imagínate. Después las hilan y con el hilo confeccionan las velas.

—¡Es increíble!

Irian sonrió con ironía.

—Y extraordinariamente caro, porque solo se pueden utilizar las plumas que los pegasos sueltan de forma natural. De no ser así, se habrían extinguido hace tiempo. Calcula más o menos que para tejer una sola vela es necesario recoger plumas durante dos años.

Irian se puso al timón, Ratwin le dio el rumbo y empezaron a surcar el mar a toda velocidad. Christopher se inclinó sobre el lateral del barco y, en pocos minutos, la Ciudad de los Académicos se perdió de vista. Adelantaron a barcos con doscientos marineros a bordo y a pequeñas embarcaciones de un solo pasajero. En cuestión de una hora, las ciudades dieron paso a pequeños pueblos y aldeas, y empezaron a verse menos criaturas y menos humanos. Mal y Christopher bajaron a los camarotes, eligieron litera —la de él con una colcha de color rojo con un dragón bordado y la de ella con un grifo en relieve— y se pusieron a dormir.

Cuando se despertaron, el sol brillaba en el cielo y el aire tenía una dulzura salobre. Mientras desayunaban leche caliente con miel en tazones blancos esmaltados, pasaron cerca de un pueblecito minúsculo junto a la costa, con casas bajas de madera pintadas con colores deslucidos. Un grupo de niños vio el barco y corrió hasta la orilla para saludarlos. Christopher les devolvió el saludo y gritó:

—¡Mal! ¡Ven a ver esto! ¡Rápido!

Entre los niños del grupo había uno con pelo negro rizado montado a lomos de un jabalí del tamaño de un caballo de tiro. Mal lanzó un grito de alegría.

—¡Un twrch tryth! —Lo pronunció «twuurk truitz».

Los colmillos del jabalí eran largos como bates de béisbol y su pelaje tenía una brillante tonalidad negra azulada.

—Son muy difíciles de domesticar —dijo Mal, con un matiz de envidia en su voz—. Pero si te adoptan, luchan hasta la muerte por ti.

Mientras miraban, se acercaron a la orilla dos jabalíes más, montados por un niño y una niña de unos diez años de edad. La niña se puso de pie sobre el dorso de su jabalí e hizo una pirueta; el cabello se le arremolinó en la cabeza. Mal y Christopher aplaudieron, y la niña rio y los saludó con una reverencia.

Mal corrió hacia la proa del barco.

—Nunca los había visto. En Atidina no los hay. ¡Hay tantísimas cosas que no he visto!

—Sí, claro. Pues muchas menos he visto yo.

Mal estaba locuaz, entusiasmada.

—¡Las veremos juntos!

El tryth se sumergió en las aguas intensamente azules, con la niña montada todavía a su espalda, y empezó a nadar hacia el barco. La niña se puso entonces de rodillas sobre la criatura, sin importarle que el agua mojara su pantalón de algodón. Mal cogió un pescado deshidratado de una caja y se lo lanzó al tryth. Se quedó corta, de modo que sacó otro y se lo dio a Christopher, que cogió impulso echando el brazo hacia atrás y lo lanzó al mar con todas sus fuerzas. El tryth lo capturó entre sus mandíbulas y emitió un gruñido de placer. La niña sonrió, radiante, se llevó dos dedos al corazón y luego los dirigió a Mal y después a Christopher. Mal le devolvió el gesto.

—Es lo más bonito que podría haberme imaginado en la vida —dijo Christopher.

Lo notó filtrándose bajo su piel, en los pulmones: una sensación maravillosa. Era como si se sintiese más alto, más fuerte, y se vio obligado a sujetarse al lateral del barco. Su abuelo era el guardián de todo aquello, pensó; y él estaba destinado a serlo también.

* * *

Las cabañas de madera se perdieron en la distancia y los humanos desaparecieron por completo. El paisaje empezó a cambiar. Por la mañana habían visto prados salpicados con flores moradas y rojas; Christopher había visto un grupo de criaturas de tamaño humano, con la piel moteada como la corteza de un árbol, que bailaban al ritmo de una música demasiado alejada para poder oírla. Pero a medida que se dirigían hacia el norte, el paisaje se volvía más árido. A medida que avanzaba el día, el terreno se volvía más rocoso.

Ratwin se lanzó por la borda para pescar y acabó llenando un cubo entero de peces con la marca de sus dientecillos. Christopher y Mal buscaron cuchillos y se concentraron en la tarea de destriparlos. Christopher paró un momento para frotarse los dedos mojados con agua de mar.

—Está cambiando, me parece —dijo—. El agua está más fría.

—Las esfinges son criaturas resistentes —explicó Irian. Estaba quitando las escamas de un pez con dedos largos y elegantes—. Y el frío mantiene alejados a los depredadores. Los dragones prefieren vientos más cálidos.

Christopher se quedó mirándola.

—¿No dirás en serio eso de que a los dragones no les gusta el frío?

—Son criaturas de sangre fría, y el frío lo sufren. En tu mundo contáis historias de dragones que viven en cuevas húmedas, pero no son más que tonterías. Son criaturas que adoran la luz del sol. En términos generales, más frío equivale a menos dragones, y cuánto más al norte vas, más frío hace.

—Excepto en el extremo norte —dijo Mal. Le ofreció las tripas a Gelifen, que las cogió con delicadeza de su mano—. En Arkhé. Allí hace calor, por el Somnulum, claro.

—¿El Som qué?

—El sol bajo. —Mal se había quedado pasmada—. Ya sabes. El lugar hacia donde voló Ícaro.

—Ícaro voló hacia el sol.

Mal resopló, pero acabó sonriendo.

—No hacia el sol de verdad.

—¡Sí! El sol de verdad; el sol en el sentido más literal. Su padre le fabricó unas alas con plumas y cera, voló hacia el sol y entonces las alas se derritieron e Ícaro murió. —El cuchillo de Christopher no

estaba nada afilado. Le mostró el pez a Gelifen—. Geli…, ¿podrías cortarlo por aquí, de arriba abajo? —Cogió la pata del grifo y guio la garra para que abriera por la mitad el vientre del pez—. De todas maneras, Ícaro no es más que es un mito griego, razón por la cual en realidad no hizo nada.

—Christopher. —La voz de Mal sonó con un tono burlón de falsa compasión—. ¿Sabes, verdad, que el sol está muy pero que muy lejos?

—¡Lo sé, gracias! No soy idiota.

Extrajo por fin las tripas del pez y las dejó en el suelo para que se las comiera el grifo.

Mal pegó el mentón al cuello y miró a Christopher levantando las cejas.

—¡Ícaro no voló a ninguna parte porque Ícaro es una metáfora! —declaró Christopher.

—¡Ícaro no fue una metáfora! Fue una persona. Vivió en la isla de Arkhé y voló demasiado cerca del Somnulum.

Christopher le mostró otro pez a Gelifen y el grifo lo abrió por la mitad con la garra.

—Mal tiene razón —dijo Irian—. Existen fuentes históricas bien documentadas que nos hablan sobre la vida de Ícaro. Y el Somnulum en realidad no es un sol, sino que es la forma más pura de calor, que brilló en el cielo sobre el primer árbol, por encima del laberinto.

—Lo que arde en él es glimor puro. Lo enseñan en la escuela —añadió Mal. Se cortó sin querer con el cuchillo, se lamió el pulgar e hizo una mueca de asco por el sabor—. ¡Puaj! Tripas de pescado.

—El Somnulum se formó cuando el Inmortal creó el anillo de protección que rodea el Archipiélago —explicó Irian. Trabajaba al doble de velocidad que ellos. Christopher se fijó entonces en que tenía los dedos más largos y finos que los de cualquier mujer que hubiera conocido, y también más rápidos—. La fuerza gravitatoria del Somnulum mantiene estable la protección —continuó diciendo —, del mismo modo que la luna mueve las mareas. Vuestras aguas, claro está, también contienen cierto glimor; los océanos conservan todavía un pequeño rastro. —Dejó el último pez en el plato de loza —. Ya está. Listos para que los cocine Nighthand. Coged un poco de agua y lavaos bien las manos.

Christopher se inclinó por encima del lateral del barco para cargar agua en el cubo. Contempló el mar. En la escuela, en clase de ciencias, les habían enseñado todo lo relativo a la luna. Y, pensándolo bien —siguiendo un pensamiento profundo, abierto y transversal—, eso de que la Luna fuera capaz de mover las aguas de la Tierra resultaba casi tan sorprendente como el glimor. Si el glimor protegía el Archipiélago, ¿qué era lo que protegía el resto de la Tierra?

Una ola rompió contra el flanco de la barca y Christopher se estremeció. Hacía mucho rato que no se veían embarcaciones, ni gente, solo montañas. El paisaje tenía una magnificencia lúgubre: acantilados rocosos salpicados con árboles resistentes que crecían, azotados por el viento, entre las piedras. Había rocas negras, otras tenían el gris de la pizarra, pero en su mayoría eran plateadas, como si fueran de mica. Brillaban. Era una belleza salvaje e intrépida, pero para nada acogedora.

Apareció Ratwin, Nighthand iba con ella. Nighthand había estado bebiendo la noche anterior, encorvado sobre una botella de *whisky* y dos vasos. Uno de los vasos, colocado delante de él, allí donde debería de haber estado sentado Warren, había permanecido vacío todo el rato. Su cara tenía ahora el mismo verde que el pelaje de una ratatoska.

—Estamos muy cerca —dijo Ratwin, estudiando las montañas de la costa—. Es totalmente imposible atracar a los pies de su montaña, de modo que habrá que echar anclas un poco más lejos. Tendréis que acercaros en barca de remos. Yo me quedaré vigilando la nave. Si llegan asaltantes, me los comeré.

Christopher miró las aguas llenas de escollos rocosos.

—Esa bahía de ahí… parece bastante protegida, ¿no?

Nighthand sonrió.

—Lo está, sí. Pero si Ratwin dice que no es posible, significa que esas aguas no nos permitirán atracar. En el Archipiélago, el mar tiene opinión propia. A los pies de la montaña de las esfinges solo pueden atracar las embarcaciones más pequeñas.

—Hay islas en las que resulta imposible desembarcar —dijo Irian, sumándose al grupo—. Navegas y navegas y nunca llegas a tocar tierra.

—En la isla de los Asesinos —explicó Ratwin— sucede justo al

contrario. Cualquier embarcación puede llegar hasta ella y atracar, pero nadie —ninguna nave, ningún ser humano, ninguna ratatoska y ninguna criatura voladora o nadadora— puede volver a salir jamás de allí. El acantilado te succiona hacia el fondo del mar y te mantiene allí para toda la eternidad. Y todo lo que estoy diciendo —añadió, dirigiéndose a Christopher—, antes de que empieces a poner esa cara de «pero ¿qué pasa si…?» y esa mirada de «¿de verdad?», son hechos consumados.

—Con la excepción de la madera de dríade —dijo Irian—. Una vez leí un texto antiguo que afirmaba que un barco construido con madera de dríade sí que puede entrar y salir de esa isla, porque es una madera con corazón propio.

—Eso son cuentos de niños. —Nighthand resopló—. Y yo que te tenía por una intelectual. Lo que dices no es cierto. Vamos, antes de que mi resaca vaya a peor. Me siento como si tuviera un lavellán comiéndome los ojos por dentro.

Nighthand se puso al mando de la barca y los remos, que en sus manos enormes parecían cucharillas. Gelifen se instaló en proa. Cuanto más se aproximaban, más salvaje e intimidante parecía la montaña. Una pequeña playa de arena blanca se extendía hasta los pies del acantilado, una pared gigantesca de roca multicolor, de unos quince metros de altura. Había arbustos aferrados a su superficie y aves posadas en sus escasos salientes: cuervos, un nido de avioncillos zapadores y una bandada de cuatro aves con plumaje gris plateado similares a halcones que Christopher no había visto nunca.

Nighthand saltó al agua, que le llegaba a la altura de los muslos, y arrastró la barca hasta la orilla. Irian se encaminó hacia la pared rocosa y acercó con cuidado la mano.

—Tendremos que escalar. —La roca estaba cubierta con una hierba trepadora de color parduzco y arrancó un trocito—. Es espada verde. No debería estar marrón. Está planta se mantiene verde durante todo el año.

—¿Y qué significa esto?

Irian negó con la cabeza. Se guardó en el bolsillo el trocito que había arrancado.

—Nunca la había visto morir de esta manera. Me preocupa.

Christopher se acercó a la pared rocosa. Tenía buenos asideros,

aunque muy separados entre sí. Él era casi tan alto como Irian, pero aun así tendría que estirarse mucho. Para Mal sería imposible. Y la caída, si caían, sería mortal.

—Cargaré con Mal a mi espalda —dijo Nighthand. Se volvió hacia la pared con una expresión tan impasible como el granito—. A menos que quieras subir volando.

Mal se lamió el dedo y, con cara de concentración, lo expuso al aire: una experta en vientos.

—No creo que pueda —negó—. Creo que solo podría sostenerme unos segundos. El viento es demasiado errático.

—Pues escalaremos. ¡Las esfinges nos esperan!

Nighthand se inclinó para subirse a Mal a la espalda. Era tan alto y tan ancho que para ella fue como escalar.

Mal se agarró con cuidado a sus hombros y Gelifen se sujetó a ella. Nighthand se movió con impaciencia.

—Agárrate bien de mi cuello, no me harás ningún daño.

—Tenemos que darnos prisa —dijo Irian—. A estas alturas, las esfinges ya deben de saber que hemos llegado. Será mejor no hacerlas esperar. Una esfinge impaciente puede ser peligrosa.

Nighthand empezó a escalar. Lo hizo con la confianza y la velocidad de lo que era: una persona que jamás en la vida se había planteado la posibilidad de caer. Era como si ni siquiera notase el peso de Mal a su espalda.

Irian fue la siguiente, y después Christopher. Era una tarea dolorosa y complicada. Muchos asideros tenían cantos afilados y se hizo cortes en los dedos. Pero fue avanzando, despacio, respirando con dificultad. Tres metros, cinco, diez, quince.

Pero, cuando estaba casi en la cima, el saliente al que estaba agarrado con la mano izquierda empezó a desmenuzarse entre sus dedos. Se volvió hacia la izquierda para mirar; una ramita de espada verde se había abierto camino en la grieta y la roca se estaba desintegrando. Apenas tuvo tiempo de asimilar que la roca se estaba haciendo pedazos en su mano cuando el pie le resbaló.

Y cayó.

LO CONTRARIO A CAER

Los pensamientos le pasaron por la cabeza, más rápido que si los pronunciara en voz alta: «Esto no puede estar pasando». Y: «Voy a morir». Y: «Papá nunca lo sabrá. Me esperará eternamente, sin saber que jamás voy a volver».

Y entonces, de repente, sufrió un doloroso impacto contra alguna cosa y la caída se detuvo.

Había aterrizado sobre un arbusto que sobresalía de la roca. Se agarró a él con una mano, se sujetó con la otra y se mantuvo allí. Tenía los pulmones en la garganta, el estómago en las rodillas. El arbusto —que visto de cerca era un arbolito atrofiado, más pequeño incluso que él— crecía en un saliente de aproximadamente un metro de largo por veinticinco centímetros de ancho. Buscó un lugar donde apoyar el pie y se incorporó, a la espera de recuperar el aliento, abrazado al árbol con ambos brazos.

Se obligó a tranquilizarse. Se concentró en su cuerpo, desde las puntas de los pies a las rodillas y los codos, y ordenó a músculos y articulaciones que dejaran de temblar.

—Estoy vivo —musitó.

Bajó la vista, lo cual fue un error. Había una caída de unos doce metros. Pero antes de que el terror volviera a apoderarse de él, oyó gritos desde arriba, donde los demás habían terminado la escalada.

—¡Christopher! ¿Estás herido? —gritó Irian.

La voz de Nighthand sonó a continuación, muy tranquila.

—Parece un lugar un poco excéntrico para tomarse un respiro.

Apareció entonces la cara de Mal; estaba agachada al borde del acantilado, sujetándose a la roca.

—¡No vuelvas a hacer eso! Creí que iba a vomitar: cuando me he girado, he visto que estabas cayendo —dijo.

Por debajo de aquel tono de regañina, Christopher percibió un temblor. Y vio también lágrimas de miedo en los ojos de Mal.

—No estoy herido —explicó. No era cierto, tenía sangre en las rodillas y la espinilla no tardaría mucho en ponerse morada del golpe, pero estaba vivo.

El viento transportó la voz de Nighthand.

—¿Ves algún asidero? ¿Podrás subir?

Christopher miró a su alrededor. Todos los asideros que pudiera haber por arriba y por abajo se habían caído junto con la roca, y los únicos posibles salientes que veía se desmoronarían también en cuanto los tocara.

—La roca es inestable —dijo Christopher—. No aguantará.

Extendió un brazo y se agarró a la pared rocosa. Tiró, con fuerza, y se deshizo entre sus dedos.

—Pues no me quedará otro remedio que bajar —dijo Nighthand.

—¡No! —exclamó Irian. Su calma habitual se había hecho añicos —. La roca no os aguantará a los dos…, ¡caeréis!

Entonces se oyó un siseo, y un «¡Oh!» —el sonido de una idea tomando forma— y, a continuación, Mal gritó:

—¡Christopher! Voy a lanzarte el abrigo. ¿Estás preparado?

Se había tumbado bocabajo en el suelo y sus hombros sobresalían del precipicio. Rápidamente, enrolló el abrigo hasta convertirlo en una pelota.

—¡Espera! —gritó Christopher.

El viento soplaba con fuerza y el polvo de la roca desmenuzada le entró en los ojos y en la boca…, pero ya era demasiado tarde. Mal le arrojó el abrigo. El viento levantó el abrigo y lo empujó hacia un lado. Christopher separó una mano del arbusto, se lanzó a por él y lo agarró al vuelo por la manga.

Oyó que Mal contenía la respiración por miedo a perder el abrigo, pero que rápidamente emitía un suspiro de aprobación.

—Ahora póntelo, pero no te lo abroches.

Sin dejar de sujetar el arbusto, turnándose las manos y sin mirar hacia abajo, hizo lo que Mal le decía.

—Y ahora, cógelo por los extremos, por allí donde lo abotonarías, y extiende los brazos. El viento te llevará. No es que haya mucho, pero siempre es mejor que caer.

—¿Estás segura de que esto funciona para todo el mundo? ¿Para alguien que no seas tú?

—¡Pues claro que estoy segura!

Una afirmación que, aunque Christopher no lo supo hasta más tarde, no era cierta. Mal nunca había compartido su abrigo con nadie. Porque hasta aquel momento no había encontrado a nadie merecedor de compartirlo, a nadie que le importara lo suficiente como para hacerlo.

El peor momento fue cuando tuvo que soltarse del arbolito para coger el abrigo por los bordes de la tela, tal y como Mal le había explicado.

Extendió los brazos y el viento entró en el abrigo. Sintió un tirón, una sacudida repentina en todo su cuerpo, y de pronto notó que sus pies se separaban del saliente. Salió disparado hacia arriba, dando tumbos hacia un lado primero, alejándose de la pared rocosa después y, luego, a una velocidad vertiginosa, acercándose de nuevo a ella. Bajó el brazo izquierdo y empezó a girar sobre sí mismo alejándose de nuevo, volando de lado, descendió lentamente y luego volvió a remontar.

De pronto entendió cómo funcionaba, cómo colocarse en el ángulo adecuado para que el aire incidiera en la forma del abrigo. Ascendió en tirabuzón hacia arriba y Mal soltó un alarido triunfante cuando Christopher pasó volando por su lado, por delante de la sonrisa de Irian y de la ceja levantada de Nighthand.

—¡Baja! —gritó Irian—. ¡Antes de que amaine el viento!

Pero no había nada en el mundo que desease menos que dejar de volar. Siguió ascendiendo, con el viento alborotándole el pelo y metiéndosele en los ojos. Aquello era gloria, la sensación de tener las piernas extendidas a sus espaldas, de que su cuerpo era ligero como el aire. Siguió subiendo, hacia las aves que volaban con una cacofonía de graznidos para saludarlo.

—¡Christopher! —chilló Irian.

Fingió que no la oía. Una alegría inmensa se había apoderado de él. Se lanzó en picado.

—¡Christopher, el viento está amainando!

—¡Baja! —gritó Mal—. ¡Irian tiene razón!

A regañadientes, se colocó en el ángulo adecuado y aterrizó de pie. Se torció un tobillo, pero no cayó al suelo. Se quitó el abrigo y se lo devolvió a Mal.

—Ha sido increíble —dijo Mal—. No creía que fueras a ser capaz de hacerlo.

Nighthand hizo un gesto de asentimiento. Había admiración en su rostro, una expresión a la que era evidente que no estaba acostumbrado.

—Te felicito por no morir —dijo.

LA MONTAÑA ESCRITA

Lo que Christopher pudo decir a modo de réplica no se sabrá nunca, porque, justo entre los arbolitos doblegados por los vientos que poblaban la cima de la pared rocosa, se oyó de repente un ruido y apareció una criatura que lo silenció por completo.

Era inmensa. Tenía el cuerpo leonino, de un color amarillo intenso, y patas tan grandes como el torso de Christopher. Parecía como si, sobre la cara de león de la criatura, hubieran colocado una conciencia y unos ojos humanos. De su espalda sobresalían unas alas con plumas de color arena, que en aquel momento tenía plegadas. Su larga cola descansaba sobre el suelo. Christopher la identificó enseguida.

Mal, que estaba a su lado, se pasó las manos por su flequillo oscuro e irguió la espalda como si estuviera en presencia de un miembro de la realeza. Alisó las plumas de Gelifen y se pegó a Christopher.

La criatura se acercó. Christopher experimentó una descarga de adrenalina. Nighthand descansó la mano sobre la daga glamry que llevaba en el cinturón y se colocó delante de Mal. Olisqueó el aire.

—Huele como un gato —soltó.

—Extranjeros —dijo la esfinge, con voz grave y áspera—. ¿A qué habéis venido?

—A buscar información —respondió Mal. Y añadió, al ver la enorme cantidad de dientes de la criatura—. Por favor.

—Entonces ¿habéis venido para resolver un acertijo? No damos información si no es después de superar una prueba.

—¿Por qué no? —preguntó Irian. Christopher se quedó sorprendido al ver que la esfinge no le daba aparentemente ningún miedo—. ¿Acaso la gracia del conocimiento no está precisamente en transmitirlo?

—Los acertijos tienen dos importantes razones de ser. —La voz de la esfinge era rara; pronunciaba las palabras de forma seca y entrecortada, como si no estuviera acostumbrada a utilizar el lenguaje humano, por mucho que su vocabulario fuese perfecto—. En primer lugar, pensad que, de no plantearlos, los visitantes nos invadirían por todos lados, viviríamos atosigadas por buscadores de conocimientos insignificantes que todo el mundo debería adquirir por sí solo. El riesgo de muerte —y al decir esto, su larga lengua salió al exterior y se tocó con ella la punta de la nariz— reduce drásticamente la presencia de desconocidos.

—Sí —replicó Irian, con un tono sequísimo—. Me imagino que debe de tener ese efecto.

—Y, en segundo lugar, ¿por qué contar la verdad a quienes no están todavía preparados para asimilarla? Los acertijos garantizan que contemos nuestros secretos a quienes ya han aprendido a pensar. —Sus ojos amarillos repasaron a Christopher de arriba abajo, después a Mal—. Y en tercer lugar…

—Has dicho que había dos razones —observó Nighthand.

—Y en tercer lugar —repitió la esfinge, alzando la voz y abriendo las alas, en un despliegue de plumas y amenaza— porque es una forma de atraer alimento.

—Responderemos el acertijo —dijo Christopher—. Para eso hemos venido.

La esfinge inclinó la cabeza.

—Pero si respondéis mal, tal vez os comamos.

—¿Tal vez? —dijo Mal.

—No lo decido yo. Si de mí dependiera, no habría un «tal vez». Pero quien decide es Naravirala, mi madre, la líder de nuestro clan. Me llamo Belhib y soy su cuarto hijo.

—¿Nos comeríais a todos? —preguntó Nighthand, que parecía

muy interesado en el tema—. ¿O solo al que se equivoque al dar la respuesta? Considero que es importante ser muy preciso en estos detalles.

—A todos —respondió Belhib—. Venid, seguidme. Mi madre estará interesada en ver a este grifo. —Y echó a andar a grandes zancadas por el terreno pedregoso.

El acantilado, comprendió entonces Christopher, formaba parte de una gran cadena montañosa. Por delante de ellos se alzaba una cima imponente. Al principio, la subida fue gradual —un terreno cubierto de piedras, hierba y líquenes—, pero poco a poco el ascenso se volvió más pronunciado y más pedregoso.

—Más rápido —dijo Belhib.

Christopher y Mal caminaban el uno al lado del otro, respirando ambos con dificultad y hablando —cuando lo hacían— en un susurro y con las cabezas muy juntas, para que la esfinge no pudiera oírlos. Gelifen se había acurrucado contra el cuello de Christopher, que notaba las vibraciones de su pico en el oído. En absoluto atemorizado por la esfinge, el grifo, siempre un gran visionario, temblaba de esperanza solo de pensar en lo que iba a pasar.

Irian iba detrás de ellos, trepando rápidamente por el pedregal, aunque ella se sentía torpe a causa de sus botas nuevas. En un momento dado resbaló y Mal y Christopher se volvieron a la vez para ayudarla, pero Nighthand, casi sin girar la cabeza, extendió al instante la mano izquierda y la sujetó por el antebrazo.

La soltó enseguida, en cuanto ella pudo tenerse de nuevo en pie.

—¿Te has hecho daño?

Se había hecho varios cortes en las manos con las piedras, pero negó con la cabeza.

—Solo algunos arañazos.

—Mantén un ritmo constante —dijo Nighthand con voz ronca—. Estos zapatos necesitan andar. Tus pies están acostumbrados a las bibliotecas.

Irian se echó a reír y, decidida, siguió caminando mirando al frente. Solo Christopher se dio cuenta de que Nighthand bajaba la vista hacia su mano izquierda y se tocaba la palma con el pulgar de la mano derecha, antes de proseguir la ascensión.

Llevaban subiendo al menos una hora, quizá dos, cuando Christopher se percató de la presencia de unas marcas en las rocas,

allí donde eran más lisas: trazos rectos, curvos, quebrados, de todo tipo. Parecían estar excavados en la piedra gris por una garra fuerte y segura. Y no cabía la menor duda de lo que eran.

—Escritura —le dijo a Mal.

Recorrió uno de los trazos con el dedo.

—Ojalá en la escuela, en vez de tanta álgebra, me hubieran enseñado cosas útiles, como el lenguaje de las esfinges.

Justo en aquel instante, el viento transportó un primer sonido. Muy suave, apenas audible, pero estaba allí: un rumor de voces.

—¿Has oído eso? —preguntó Christopher.

Mal volvió la cabeza hacia la dirección que le indicaba Christopher, con la boca ligeramente abierta para oír mejor y asintió.

—Viene de detrás de la montaña —dijo.

—¡Seguidme! —exclamó Belhib—. ¡Más rápido!

Rodearon un saliente, gateando por el suelo… hasta que se pararon en seco.

La montaña estaba llena a rebosar de criaturas. Sobre la superficie de la pared rocosa, descendiendo entre las crestas, deambulando arriba y abajo de la ladera con la facilidad natural de gigantescas bailarinas, tumbadas de cara al sol y al viento parecían, a lo lejos, gatos alados con pelaje amarillo dorado; gatos, eso sí, de tres metros de altura.

Siguieron aproximándose, y Belhib empezó a dirigirse a sus congéneres en su idioma.

—¿Estás diciéndoles que no tienen por qué temernos? —preguntó Nighthand.

—Estoy diciéndoles que no os coman. Un humano no puede hacerle ningún daño a una esfinge.

Dio la impresión de que Nighthand se disponía a llevarle la contraria, pero Irian lo miró, levantando las cejas, y él se quedó callado.

La fuerza de las esfinges, vio enseguida Christopher, era tremenda: brincaban por las rocas como si tuvieran muelles, cubriendo distancias de más de cinco metros de un solo salto. Al resguardo de una roca, un grupo de esfinges colocadas en círculo comían algo que parecía carne pero que resultaba difícil de identificar; lo rasgaban con unos dientes largos como los dedos de

Christopher y el doble de gruesos. Hablaban entre ellas en un idioma conciso y gutural. Sus caras no tenían ninguna dulzura. El chico sintió crecer el miedo en su interior, pero lo rechazó.

La cima se dibujó de repente delante de ellos, una cumbre redondeada, gigantesca, azotada por el viento. Y en lo alto estaban posadas dos de las esfinges más grandes y ancianas, rascando la pared de piedra con sus voluminosas garras. Estaban escribiendo.

Christopher le dio un codazo a Mal.

—Mira —dijo—. ¡Fíjate en toda la ladera!

Prácticamente toda la superficie de piedra brillante que se alzaba por encima de sus cabezas, hasta donde les alcanzaba la vista, estaba cubierta de escritos. Había partes escritas en el alfabeto que Christopher conocía, otras en alfabetos que no había visto nunca, con dibujos y formas geométricas.

Irian lo había visto también.

—Había oído hablar de esto —dijo, con un tono de voz rebosante de admiración—. Van de montaña en montaña, grabando su conocimiento en la roca: historia, filosofía, canciones, matemáticas. —Pasó la mano por un diagrama excavado en la piedra: un planeta bifurcado—. Son grabados de mucha profundidad, lo hacen así para que duren mil años. Cuando, después de años de trabajo, tienen toda la montaña escrita, se trasladan a otra.

Mientras se aproximaban, Christopher observó el trabajo de las dos esfinges; la roca cedía bajo la presión de sus garras emitiendo un sonido agudo y chirriante. Ambas tenían una cola que terminaba en una bola de púas y estaban muy concentradas. Belhib, tan grande como un coche, era todavía pequeño con respecto al tamaño medio de una esfinge.

Con un esfuerzo final, llegaron a la cumbre. Había aves volando en círculo por encima de sus cabezas. El sol de última hora de la tarde brillaba oblicuamente y deslumbraba a Christopher. Era una escena tan bella y tan extraña que provocaba escalofríos.

—Os presento a Naravirala —dijo Belhib—. Ella os planteará vuestros acertijos.

Recorriendo la cresta de la montaña, con el pelaje ondulado por el viento, se acercó hacia ellos la esfinge más grande que habían visto hasta el momento.

Era anciana; el pelaje que rodeaba su boca y cubría sus orejas era blanco. Tenía la espalda musculosa, las garras largas y afiladas, y emanaba una sensación de poder abrumador. Su cara no era ni agradable ni desagradable; pero si existía una cara capaz de destilar conocimiento, era aquella. Los observó. Y bajo aquel escrutinio, Christopher se sintió como si la criatura lo estuviera mordiendo, como si le hubiera traspasado la piel.

—Os doy la bienvenida como invitados —saludó. Su tono, igual que el de Belhib, era seco, como si tuviese en tan alta estima las palabras que no deseara desperdiciar ninguna—. Tened en cuenta, sin embargo, que hasta que no conozcamos vuestro objetivo, sois también intrusos.

Irian dio un paso al frente. Saludó con una reverencia y se llevó dos dedos al corazón. Los presentó a todos por su nombre.

—Nuestro objetivo, señora mía, es el que tú crees que es.

Naravirala asintió y respondió:

—Bien. Conoces las viejas costumbres. —Nighthand miró de reojo a Irian, sorprendido—. Siempre es mejor suponer que la esfinge lo sabe todo. Y, en este caso, creo que lo sé. Pero, ante todo, los acertijos.

CUATRO ACERTIJOS

Naravirala rugió. El sonido resonó por la ladera de la montaña, y al instante se escuchó un susurro, un siseo y un murmullo de conversaciones. Dos docenas de esfinges subieron a grandes saltos hasta la cima. Se congregaron alrededor del grupo de visitantes, aunque sin prestar mucha atención a los humanos adultos: sus ojos estaban fijos en Christopher y Mal. Con expresión inescrutable, la esfinge se preparó para presentar los acertijos.

Naravirala se volvió hacia Nighthand.

—Primero, el berserker, poseedor de la fuerza de diez hombres y la valentía de diez mil. «Soy ligera como una pluma, pero la persona más fuerte es incapaz de retenerme más de cinco minutos. ¿Qué soy?».

—No se me ocurre nada que no pueda retener más de cinco minutos. ¿Un dragón, quizá?

—Responde a la pregunta.

Nighthand miró a Irian, que no despegaba los ojos de él, y después a Mal.

Frunció el ceño. Un leve rubor coloreó sus mejillas.

—¡No lo sé! Ya te he dicho que no se me ocurre nada. Pero dime una cosa: si pierdo, ¿intentareis comerme todas vosotras o solo una?

Mal lo miró fijamente. Frunció los labios e infló las mejillas;

empezaba a ponerse colorada, tenía las manos entrelazadas, los ojos muy abiertos.

—¡Oh! —exclamó Nighthand, y emitió un rabioso suspiro de alivio—. Sí, ya lo entiendo. La respiración.

La esfinge parpadeó, pero se limitó a hacer un gesto de asentimiento.

—Siguiente, la intelectual. «¿Qué es lo que tiene palabras pero nunca habla?».

Irian miró a los ojos a Naravirala. Y, casi con un susurro, respondió:

—Un libro.

Belhib murmuró alguna cosa que no era precisamente un cumplido.

Naravirala se volvió de nuevo.

—Ahora, la chica. A ti te preguntaré el acertijo más antiguo: «¿Qué es lo que camina sobre cuatro piernas por la mañana, sobre dos por la tarde y sobre tres por la noche?».

El pánico se apoderó de Mal por un instante, pero rápidamente se dibujó en su cara una expresión de alivio.

—¡Esto lo sé! Una persona. Cuatro piernas significa que gatea, dos que camina y tres se refiere a una anciana que se apoya sobre un bastón.

La mandíbula de Belhib crujió de rabia.

—Y finalmente, el chico de las Tierras Comunes. Has sido valiente en un lugar desconocido, pero deberás serlo aún más, antes de que llegue el final. Aquí tienes tu acertijo: «Son dos hermanos. El primero engendra al segundo, que a su vez engendra al primero. ¿Qué son?».

Durante un instante de locura, Christopher se preguntó si podrían ser la nariz y la boca.

—Piensa —musitó.

Belhib sonrió.

—¿Podrían ser… el mar y la arena? No, eso no funciona así. ¡Espera un momento! ¡Mi respuesta no es esta!

La sonrisa se volvió más exagerada. Belhib era todo dientes. Su dentadura resplandecía como cuchillos bajo la luz oblicua del sol.

La luz del sol… Un pensamiento dio lugar a otro.

—Creo que podrían ser… ¿el día y la noche?

—Así es. —Naravirala inclinó la cabeza a modo de saludo y las demás esfinges la imitaron enseguida—. Habéis superado nuestra prueba. Responderemos a vuestra pregunta.

Naravirala se enderezó. Su boca y su nariz dejaban entrever un amago de satisfacción.

—Os confesaré una cosa: odio los acertijos.

—¡Madre! —exclamó Belhib.

Un murmullo de incomodidad reverberó por la montaña.

—Es la verdad. Me aburren. Odio las preguntas con una sola respuesta.

—Opino lo mismo —dijo Irian—. No esperaba encontrar tantas cosas en común con una esfinge.

—Por ejemplo, pensad en el acertijo más grande de todos: ¿qué hacer con esa vida tan breve que tenéis? La respuesta es distinta para cada persona. No existe una respuesta exacta, aunque muchos hayan intentado encontrarla. El hecho de estar vivo no tiene respuestas. Solo podemos dar importantes consejos.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Irian—. Creo que merece la pena escuchar la sabiduría de una esfinge.

La esfinge repasó al grupo con la mirada.

—Por ejemplo —y fijó la vista en Christopher y en Mal—, dejad de esperar que la vida sea más fácil. Porque nunca es así; no es eso lo que hace que la vida valga la pena. O —y entonces miró a Irian y a Nighthand—: no esperéis a que los demás se muestren perfectos antes de permitiros amarlos. Amadlos de todos modos. Los consejos son mucho más útiles que los acertijos. —Hubo un murmullo de desacuerdo entre el resto de las esfinges, pero cuando Naravirala agitó la cola con frustración, se callaron al instante—. Sin embargo, está pactado y es nuestro deber como esfinges formular acertijos, razón por la cual mantengo la tradición.

—Pero los acertijos se resuelven tan a menudo que hace ya varios años que no comemos humanos —dijo Belhib.

—¡Basta! —Naravirala fulminó a su hijo con la mirada. Extendió las alas a modo de advertencia y las agitó; parecían enormes velas emplumadas por encima de su cabeza—. Venid, humanos. Es hora de cenar.

—¡Pero antes tenemos que formular nuestra pregunta! —exclamó Mal—. ¡Es un asunto urgente! Cenar nos llevará mucho

tiempo.

—¿No tenéis hambre?

Gelifen mordisqueó la mano de Mal, que dijo:

—Sí, estamos muertos de hambre, pero…

—Sé perfectamente qué habéis venido a preguntar. Es la misma pregunta que llevamos tiempo formulándonos. Una hora más o menos no cambiará nada.

Cenaron en compañía de las esfinges de más edad, en la cima de la montaña, al cobijo de un saliente rocoso: unas manzanas pequeñas y duras y carne de ave. Eran un total de nueve esfinges, cuyo tamaño oscilaba entre el de un rinoceronte y el de un elefante. Las esfinges desconocían por completo los modales en la mesa. Christopher y Mal intercambiaron miradas y siguieron su ejemplo, partiendo la carne con las manos y los dientes. En algunas partes, la carne estaba tan chamuscada que se había quedado negra y tenía, además, un débil sabor a cuero. Pero Christopher estaba hambriento después de una jornada larguísima, y el poco jugo de aquella carne tan chamuscada le resbalaba por la barbilla.

Llegó entonces otra esfinge sujetando en la boca un cuenco enorme de piedra que contenía unas calabazas grandes de color morado en forma de pera. Gelifen se lanzó a por ellas.

—¡Fruta pantera! —exclamó Mal. Le lanzó una a Christopher—. Me encanta —dijo—. Pero se pudre casi enseguida después de cogerla y por eso la gente hace vino o mermelada con ella. Nunca la había comido fresca.

La piel exterior era dura —Mal la escupió—, pero la sensación de morder la pulpa fue maravillosa. Era casi trasparente y tenía un sabor parecido a las uvas negras, aunque más dulce y más intenso. Christopher comió dos frutas tan deprisa que el jugo le resbaló por las muñecas hasta los codos. Mal se manchó también.

—¿Por qué la llaman fruta pantera? —preguntó Christopher.

—Porque parece la cabeza de una pantera. ¿Las conoces? Son criaturas míticas, negras, con garras, y corren a la velocidad del viento. Seguro que has oído hablar de ellas.

—Las panteras no son criaturas míticas.

Mal se quedó mirándolo.

—¡Sí que lo son! Son gatos enormes, capaces de correr más que los caballos.

—Son animales reales. Un día vi una pantera en un zoo. Y no es que se pareciera mucho a esta fruta.

Naravirala habló.

—Es cierto, Malum, esa pantera existe en las Tierras Comunes.

Mal se quedó mirándola, y al recordar su dentadura decidió no llevarle la contraria.

—Los humanos siempre han viajado entre el Archipiélago y los Continentes —dijo Naravirala—, pero, aun así, sigue habiendo ignorancia en ambas partes. La gente no se ha fiado nunca de los viajeros, muy en especial cuando vuelven a casa azotados por el viento, con los ojos abiertos de par en par por el asombro y sin el control completo de su propia lengua.

Miró entonces a Christopher.

—Aquí en el Archipiélago hay mucha gente que cree que vuestra historia de Enrique VIII es una metáfora, o una parábola: una advertencia para las niñas, para que se mantengan alejadas de los reyes. Y vuestras panteras, vuestros puercoespines, vuestras jirafas, vuestros vencejos, parecen tan improbables y míticos para los habitantes del Archipiélago como los unicornios lo son para vosotros. —Retractó las encías y enseñó los dientes—. Los humanos debéis tener cuidado para que no lleguen a serlo de verdad.

EL HOMBRE QUE DIJO «NO»

Finalmente, cuando el sol empezó a desaparecer detrás de la cordillera montañosa que quedaba a su izquierda, Naravirala se volvió hacia los humanos.

—Ahora sí. Decidme lo que habéis venido a preguntarnos.

Nighthand miró a Irian, pero la que habló fue Mal. Lo hizo con cautela, y con sinceridad. Le explicó la historia completa a la esfinge y dijo, para terminar:

—De modo que lo que queremos saber es ¿qué le ha pasado al glimor? ¿Por qué los dragones están atacando y los krákenes abandonan sus aguas?

Los grandes ojos de la esfinge repasaron a todos los presentes.

—Es una historia dura. Que empieza mucho tiempo atrás.

Mal y Christopher, que estaban sentados el uno al lado del otro, se quedaron a la espera de que continuara. Gelifen se desperezó en el regazo de Mal.

—¿Sabéis cómo se creó la protección que rodea el Archipiélago?

Mal hizo un gesto de asentimiento, pero Christopher negó con la cabeza.

—Fue hace tres mil años. El Inmortal, por aquel entonces una mujer valiente conocida como Heletha de Antiok, tomó la decisión de protegernos de la implacable destrucción provocada por la

especie humana. Y decidió separar el Archipiélago del resto del mundo. Para ello, utilizó el Árbol del Glimor, del que nació la primera magia (el mayor poder que existe, mayor que el que pueda poseer cualquier ser humano o criatura mágica; un poder que va mucho más allá de cualquier poder), para erigir una barrera entre las islas y el resto del mundo. De este modo, la magia pudo quedarse concentrada aquí. La barrera tiene la solidez necesaria tanto en el aire como en la tierra para que las criaturas puedan desarrollarse y vivir una vida larga y noble. Nosotras, las esfinges, también dependemos de todo esto.

»Pero, con el paso de los milenios, quedó claro que existía un riesgo. Cada pocos siglos aparece un charlatán, un alma repugnante y malvada que intenta acercarse al Árbol del Glimor para robarlo, para llevárselo. Para conjurar la magia más grande que existe, para hacerse con un poder que va mucho más allá del poder humano.

»Mantener el Árbol sano y salvo ha sido una lucha constante.

»Y fue por eso por lo que, muchos cientos de años después, el Inmortal (que para aquel entonces era un hombre llamado Ahmed Telos, un hombre bondadoso, de hablar tranquilo, gran tenacidad y muy responsable) decidió construir un laberinto alrededor del Árbol. Con ese fin, se desplazó hasta el mundo no mágico (el Inmortal ha viajado con frecuencia, para aprender sobre el mundo en su totalidad, y ha pasado vidas enteras en los Continentes) y encontró allí un hombre único, un genio. Era un hombre con innumerables facetas: intelectual, artista, ingeniero, arquitecto, un hombre de paz y un hombre de guerra. Se llamaba Leonardo da Vinci. Leonardo, junto con su primo, Enzo da Vinci, el mejor mampostero del mundo, estaban considerados como los arquitectos más destacados de su época y eran expertos en la construcción de fortificaciones y murallas altamente sofisticadas. Leonardo elaboró un proyecto. Construiría, dijo, un laberinto imposible, un laberinto tan complejo que solo quien conociese el camino sería capaz de salir de él. El Árbol del Glimor crece en el interior de una cueva, al calor de las profundidades de la tierra. Leonardo excavó el laberinto en la roca, dispuso trampas, engaños y peligros ocultos. Y así, a salvo en el Corazón de su profundo misterio, el Árbol florecería y estaría seguro toda la eternidad.

»Era primordial, por lo tanto, que solo el Inmortal conociera la

forma de salir del laberinto. De modo que una vez construido, los dos creadores del laberinto accedieron a beber una poción que les haría olvidar. La poción la elaboró un centauro (solo los centauros saben elaborar pociones tan poderosas como aquella), y los dos hombres la bebieron y olvidaron. Leonardo y Enzo volvieron a casa, infinitamente más ricos y sin recordar absolutamente nada de lo que habían hecho.

»Desde entonces, el Inmortal tiene el deber de entrar en el laberinto una vez en su vida. Visita el Árbol. Cuida sus raíces. Se asegura de que sigue creciendo. Y coge un trocito de corteza infinitamente minúsculo y lo come. Por eso su piel huele, muy débilmente, a glimor.

—Todo esto está muy bien —interrumpió Nighthand a la esfinge —, pero no nos dice nada nuevo. Ahora no hay Inmortal. Hace cerca de cien años que no lo hay. Y nadie sabe por qué.

Naravirala inclinó su gran cabeza cubierta de motas blancas.

—Tal vez muy pocos humanos sepan por qué. Pero algunas criaturas sí lo sabemos. Nosotras, las esfinges, recopilamos noticias de todo tipo de fuentes: ratatoskas, estrellas, náyades, dríades y nereidas. Incluso de las mantícoras.

Mal esbozo una mueca de miedo y de asco.

—Las mantícoras saben muchas cosas —continuó Naravirala—, aunque rara vez deciden utilizar sus conocimientos para ayudar a los demás. Pero nosotras, a partir de nuestras diversas fuentes, hemos reconstruido lo que sucedió hace un centenar de años. Y lo hemos escrito en la piedra.

»Lo que ocurrió fue lo siguiente. Todos sabéis que cuando el Inmortal muere, renace en cuestión de segundos. El bebé siempre resulta agotador para sus padres. Todos los bebés mortales son agotadores, eso está claro, pero el Inmortal, de bebé, es excepcionalmente agotador. Dicen que durante sus primeros tres años de vida no hace otra cosa que reír y llorar sin cesar.

»Hace cien años, el Inmortal nació varón. Fue en el norte de Litia y le pusieron como nombre Marik.

Empezaba a levantarse el viento. El sol había desaparecido por detrás de las montañas y de pronto hacía un frío feroz. Mal se quitó el abrigo y lo extendió para que les cubriese las piernas tanto a ella como a Christopher, que le dio las gracias.

Naravirala continuó, despacio y con voz clara y profunda.

—A medida que Marik se acercaba a la edad adulta, más aumentaba su rabia por el destino que le había tocado en suerte, por lo que era. Detestaba los conocimientos del Inmortal que le habían sido confiados. Detestaba el hecho de no poder olvidar nada.

»Llegó un punto en el que no pudo soportarlo más. Observaba el mundo y veía la crueldad, el dolor, el derramamiento de sangre. Y entonces se preguntó: ¿son merecedores, el Archipiélago y el mundo más allá de sus fronteras, de tanto dolor? ¿Se merece la humanidad el dolor que se está infligiendo a sí misma? Su cuerpo entero se rebeló y su corazón le dijo: "No". Y él dijo: "No". No a sus recuerdos, no al conocimiento, no a la terrible responsabilidad que acompaña al conocimiento.

»De modo que ese fue su gran grito: "No al mundo".

»Le dijo a su familia que renunciaba a su don.

»Y todo el mundo le dijo que aquello no solo era una locura, sino que además era imposible. No se puede dejar de ser el Inmortal.

»Pero Marik había tomado una decisión. Recordaba la poción para olvidar que habían tomado Leonardo y Enzo da Vinci. Fue a visitar a los centauros. En la isla de Antiok hay un rebaño que pasa el secreto de la poción de padres a hijos.

»Y les pagó una cantidad inimaginable de oro para que le prepararan la poción más potente que habían elaborado jamás. Lo dejó todo preparado. Hay un palacio que el Inmortal hizo construir hace seiscientos años, el mejor edificio de todo el Archipiélago. Marik lo clausuró, cerró con llave todas sus puertas y despidió a todo el personal. Había un barco, una embarcación construida con madera de dríade; lo sacó del agua y lo escondió.

Intervino entonces otra esfinge, un macho muy anciano.

—Sí, eso hizo. Lo escondió en el comedor, para que el paso del tiempo lo devorara, y luego abandonó el palacio para siempre.

—Y, entonces, bebió la poción. Y olvidó. —Naravirala parpadeó, un parpadeo forzado por la tristeza—. Fue un olvido inmenso y determinado. Porque cuando bebió aquella poción, Marik sabía perfectamente que no solo él, sino todos los Inmortales que llegaran después de él desconocerían que eran el Inmortal.

»¿Entendéis lo que os digo? Desde entonces ha habido otros dos

o tres Inmortales, como mínimo, quizá incluso más, y todos ellos han nacido y han muerto sin saber nada. Sin saber ni quién eran ni lo que eran. Inmortales que han vivido como bebés normales, como niños normales, como adultos normales.

—¿Y se puede deshacer lo hecho? —preguntó Christopher.

—Es posible. Existe un antídoto para la poción, como sucede con todas las pociones. Nadie lo ha tomado nunca, pero podría prepararse. Ahora, sin la protección, los conocimientos y los cuidados atentos y férreos del Inmortal, el Archipiélago es vulnerable. Nadie puede entrar en el laberinto para comprobar si el Árbol del Glimor sigue en buen estado. No existe nadie cuyo único trabajo consista en proteger lo que tanto queremos.

—Y hemos llegado a la conclusión de que lo peor ya ha sucedido. Hemos llegado a la conclusión, con la ayuda de las estrellas, las aguas y los mensajes que nos han ido llegando, de que algo ha conseguido entrar en el laberinto. El Árbol se está muriendo o se está consumiendo.

—¡Pero eso es imposible! —dijo Nighthand.

—Debería serlo. Nadie conoce el laberinto excepto el Inmortal. Pero es así.

—¿Y qué pasará? —preguntó Mal, al mismo tiempo que Christopher decía:

—¿Qué ocurrirá si el Árbol del Glimor queda destruido?

—Que la protección de las islas desaparecerá. Las criaturas no podrán seguir mucho tiempo con vida sin el glimor. Todo lo que conocéis y amáis acabará muriendo. Ya sabéis que los grifos están prácticamente extinguidos. —Movió la cabeza en dirección a Gelifen—. Los unicornios, los dragones, las ratatoskas. —Hizo una pausa, y añadió—: Las esfinges. Nosotras también. Y las Tierras Comunes quedarán a merced de ese poder.

Belhib, detrás de ella, emitió un sonido gutural y lastimero. Se acercó un poco más a su madre.

—¿Y qué le pasó al hombre Inmortal, a ese tal Marik? —preguntó Christopher.

—¿Al hombre que dijo «No»? Se despertó al día siguiente con la cabeza vacía y con todo olvidado. Le llevó cierto tiempo recuperarse de los efectos de la poción. Estuvo un mes sin poder caminar. Y luego rehízo su vida, más o menos. Siguió siendo una

persona recelosa. Carente por completo de curiosidad. Murió joven, en un accidente en el mar. Y después de aquello… No sabemos quién es hoy en día el Inmortal. No sabemos en qué cuerpo reside el alma de toda la eternidad.

—Así que si queréis averiguar qué hay en el corazón del laberinto, si queréis saber qué ha pasado para que haya fallado el glimor, lo primero que tenéis que hacer es encontrar al Inmortal. Encontrar el alma que nació de la primera manzana del primer árbol, la que conoce a la humanidad desde el principio.

UN ESTALLIDO DE VIOLENCIA

Se echaron de nuevo a la mar y pusieron rumbo, prácticamente en silencio, hacia la Ciudad de los Académicos. Llegaron a puerto a la mañana siguiente. Irian, con expresión de máxima concentración, decidió visitar la biblioteca nada más desembarcar.

—Tiene que haber alguna cosa, en algún lado, que hable sobre el Inmortal y que nos resulte de utilidad.

—¿Y nosotros? —preguntó Mal—. ¿Dónde podríamos ir?

Se metió el dedo en la nariz, inspeccionó el moco que se le había quedado enganchado en el dedo y se lo comió.

—Mal, eso que acabas de hacer es asqueroso —dijo Christopher.

—Ayer te vi también metiéndote el dedo en la nariz.

—¡Pero yo no me comí los mocos!

—Pues eres igual de asqueroso que yo, pero además eres un despilfarrador. Yo solo soy asquerosa.

Nighthand los estaba observando, sorprendido.

—No os mováis del barco —ordenó—. Tengo por aquí algunos contactos que suelen enterarse de cosas que los demás no saben. Voy a ir a buscarlos y les preguntaré si han oído algún chisme sobre el Inmortal. Ratwin hará lo mismo.

—Iremos contigo —dijo Mal.

—¡Ni hablar! Mis contactos son gente con los que no os

recomendaría ni tomar el té.

Esperaron a que el berserker se perdiera de vista e intercambiaron una mirada.

—¿Crees que…?

—Si somos rápidos…

—De hecho, no hemos confirmado que íbamos a quedarnos…

Christopher sonrió y saltó al muelle.

—Vayamos a ver si encontramos algo de comer —dijo—. No podemos vivir solo de mocos.

Se compraron tres porciones enormes de un pastel blanco y esponjoso —una para Gelifen— y comieron mientras paseaban por las calles, miraban tiendas donde vendían pan, fruta y pescado, hasta finalmente enfilar una tranquila calle secundaria que bordeaba un canal. El pastel era suave como terciopelo, pero Christopher no le prestó mucha atención.

—Mal —dijo—. Si las esfinges no saben decirnos adonde tenemos que ir, ¿qué otras criaturas ancianas podrían recordar alguna cosa? Dijiste que los dragones llegan a vivir miles de años. ¿Existe alguna forma de poder hablar con un dragón?

—No creo que los dragones estén dispuestos a relacionarse mucho con los humanos —respondió Mal. Gelifen dio un mordisco al trozo de pastel de Mal—. Son tan viejos, y tan salvajes, que apenas piensan en los humanos. Imagino que para ellos somos como hormigas.

—Pero el glimor también les afecta —replicó Christopher. Se quedó dudando un momento—. La nereida… dijo algo sobre ti. Sobre ti y el glimor.

Mal se puso en estado de alerta.

—¿Qué dijo?

—Fue complicado entender algo… Estábamos en el mar, y solo dijo alguna parte en idioma humano.

—¡Vamos! ¡Cuéntamelo, Christopher!

—Dijo…

Pero Christopher se vio interrumpido por un grito espantoso. Cuando se volvió, vio que un chico estaba agarrando a Mal por el brazo y tiraba de ella. Era uno de los dos chicos que acompañaban a la adivina que les había leído la mano.

Mal consiguió soltarse, pero el chico se abalanzó contra ella y le

dio un puñetazo en la boca. Gelifen se lanzó a su vez contra la cara del chico, mientras Mal le arreaba un palmetazo en la nariz. Cuando el chico se tambaleó, Christopher le hizo un placaje desde atrás y el muchacho cayó al suelo con un aullido.

Apenas tuvieron tiempo para recuperar el aliento, puesto que el segundo chico apareció de repente, como salido de la nada. Agarró a Christopher por el pelo y, sin soltarlo, le asestó un puñetazo en la cabeza. El golpe pilló tan por sorpresa a Christopher que le cortó la respiración y se dobló por el dolor, pero el chico tiró de nuevo de él y le dio otro golpe, esta vez en el cuello.

Mal se había quedado a un lado, con la espalda apoyada contra la pared, intentando recuperar el aliento y mirando al primer chico, que seguía tumbado en el suelo. Había una mancha roja en el pavimento, una mancha de sangre que debía de ser del labio de Mal. Cuando Christopher vio aquello, su cuerpo entró súbitamente en calor.

Se lanzó contra el segundo chico, abrazándolo estrechamente para poder bloquear sus golpes. Y entonces le mordió la nariz con todas sus fuerzas. El chico emitió un alarido de dolor e intentó apartarse y, cuando lo hizo, Christopher aprovechó para arrearle un puntapié tan fuerte en el tobillo, que el chico se deslizó hacia el suelo. Mal se apartó, con Gelifen en brazos, estremeciéndose, con arcadas y a punto de vomitar.

—La próxima vez saltaré sobre tus costillas hasta partírtelas y clavártelas en los pulmones —amenazó Christopher. Se palpó la cara. Se le pondría el ojo morado—. ¿Qué queréis de ella?

El chico escupió, pero no dijo nada.

La oleada de calor que se había apoderado del cuerpo de Christopher había pasado y el deseo de hacer daño se había esfumado. Le zumbaba la cabeza y tenía sangre en la boca. Pero levantó igualmente el pie, como si se dispusiera a clavarle otra patada a su oponente.

—¡No!

Entonces, el chico murmuró algo que sonó como «'rtal».

—¿Qué?

El primer chico intentó incorporarse.

—¡No se lo digas!

Christopher respiraba fuerte por la nariz. La bilis le subió por la

garganta.

—Dímelo, o esto será mucho peor.

El chico gimoteó.

—Esta chica es la olvidada. Nuestra madre… lo vio escrito en la palma de su mano.

Christopher recordó el encuentro con la adivina y miró a Mal que, con expresión dolorida, estaba vomitando en la acera a unos metros de distancia de él.

—¿La olvidada? —Y una idea, una idea afilada como una aguja, una idea alojada en su subconsciente que había estado incordiándolo desde que el kraken había depositado a Mal sobre aquel fragmento de madera de deriva, le llevó a decir—: ¿El Inmortal? ¿El Inmortal perdido?

—Hay un hombre…, Kavil, se llama, un hombretón rubio con una marca en la cara. Ese hombre anda buscándola y ofrece dinero a cambio. Dinero de verdad, dinero que puede cambiarte por completo la vida. Dice que la chica es el Inmortal. Y nuestra madre también lo dice.

—¿Y cómo lo sabe ese tal Kavil?

—Eso ya no es asunto nuestro. Dice que trabaja para alguien.

Y antes de que Christopher pudiera seguir formulando preguntas, el otro chico tiró de su hermano para levantarlo. Echaron a correr, y Christopher no se vio con fuerzas para salir en su persecución.

Llegó junto a Mal justo cuando había terminado por fin de vomitar.

—Le he dado en la nariz —dijo Mal a modo de saludo—. Creo que se la he roto.

—¿Dónde aprendiste a hacer eso?

—No lo sé. Me salió, y ya está. Y el chico…, no sé…, me ha dado la impresión de que le daba miedo tocarme. Que han tenido que obligarse a hacerlo.

Christopher abrió la boca con la intención de explicarle lo que había dicho el muchacho, pero volvió a cerrarla. No era el lugar, no era el momento.

—¿Crees que podrás andar?

—Sí.

Mal se incorporó con una mueca de dolor, se sacudió la suciedad

del pelo e intentó sonreír.

—¿Y tú? ¿Puedes?

Christopher se pasó la lengua por los dientes. No encontró ninguno roto.

—Sí. Vamos, volvamos al *Bailarina de las Sombras*. Y rápido.

* * *

No le contó a Mal lo que el chico había dicho hasta que estuvieron de nuevo en el barco, sanos y salvos a bordo, y se instalaron en un par de sillas plegables para darle de comer a Gelifen un puñado de gambas.

—¡El Inmortal! —exclamó Mal. Lo dijo con despreocupación, pero el nerviosismo hizo que su voz sonara extrañamente aguda—. ¡Todo el mundo está obsesionado con el Inmortal! Que si el Inmortal esto, que si el Inmortal aquello. Créeme: si fuera el Inmortal, lo sabría.

—¡No! ¡Esa es la cuestión! ¡Que no lo sabrías! —replicó Christopher. La locura de aquella posibilidad estaba empezando a formar una bola de tensión en su pecho. Volvió a recordar lo que la nereida había dicho, pensó en el modo en que Gelifen aspiraba el aroma de Mal, en la casualidad de que la Senda entre Mundos se hubiera abierto justo cuando ella lo necesitaba. Y todas aquellas ideas desencadenaron una sensación de caos en su interior, una sensación similar al pánico, pero que acabó transformándose en esperanza—. Es lo que dijo la esfinge.

—Decir que soy yo es como decir que soy, no sé…, un centauro. Conocer los secretos de la humanidad no es precisamente algo que se me pueda pasar por alto.

—¡Pero ya te he dicho que, si de verdad fueras el Inmortal, no lo sabrías! Y esos chicos… —intentó continuar, pero Mal se levantó y lo miró con mala cara.

—Mira, Christopher, por favor, no me vengas con que te crees las tonterías de una adivina antes de lo que pueda decirte yo. Esa gente gana dinero contando mentirijillas estúpidas a los idiotas que se las creen. Por suerte, los grifos son inmunes a estas cosas. —Cogió a Gelifen. Su crecimiento era más evidente que nunca, y sus

cuartos traseros ya no cabían entre sus brazos—. Voy a darle un baño a Gelifen. Puedes ayudarme si quieres. Siempre intenta comerse el jabón, y cuando lo consigue, se pasa días enteros tirándose pedos con burbujas.

—Vale.

—Mejor no si piensas seguir hablando sobre… eso.

—Oh. Entonces, no.

Por un instante fugaz, Mal pareció sentirse tan herida que Christopher pensó que se iba a echar a llorar.

—¡No puedo! Mal, escúchame…

—No quiero, y punto.

Y se marchó y él se quedó, con la mirada perdida en el puerto. Pensar en todo lo que había sucedido le presionaba el pecho de tal manera que apenas si podía respirar.

* * *

Aquella noche, en el camarote y con el barco atracado en puerto, Christopher cayó dormido casi al instante. Pero, cerca de medianoche, se despertó de golpe, con la sensación de estar cayéndose.

Por un momento no supo explicar la razón por la que sentía un hormigueo en todo el cuerpo. Pero, entonces, la palabra que le había despertado del sueño regresó a su cabeza, una palabra que había estado revoloteando hasta aquel momento alrededor de su cerebro, fuera de su alcance. Fue como si el sonido de una sirena resonase por toda la estancia. Se quedó jadeando y sin aire, sintiendo una opresión mucho mayor que cuando el chico lo había atacado en la calle.

Salió corriendo a ver a Mal, que estaba durmiendo en su minúsculo camarote bajo la colcha con el grifo bordado. El techo estaba decorado con imágenes de dragones voladores.

—¡Mal! —La zarandeó—. ¡Despierta!

Se despertó enfadada, y con razón.

—¿Qué pasa? —Se sentó rápidamente—. ¿Se trata de Gelifen? —Pero enseguida vio que Gelifen dormía apaciblemente a su lado —. Vuelve a la cama, Christopher. ¡Es plena noche!

—¡Es importante! Y tienes que estar bien despierta antes de que te lo cuente.

Mal se restregó la cara.

—De acuerdo. Estoy despierta. Tengo los ojos abiertos. ¿Qué pasa?

—Tu nombre. El nombre que recibiste después de que tu piensanombres se pusiera en trance. «Malum». Es latín.

—¡Eso ya lo sé! Y te lo dije yo, además. Significa «traviesa». —Sonrió, una sonrisa adormilada. Tenía el flequillo pegado a la frente —. No hay ninguna novedad en eso, ¿no te parece?

—El caso es, Mal, que la palabra *malum* tiene dos significados.

—¿Y?

—Que su otro significado es… «manzana».

Se hizo el silencio, un silencio prolongado y rebosante de estupefacción. Christopher vio cómo Mal empezaba poco apoco a comprenderlo todo. La expresión de su cara cambió y se volvió pálida y rígida. Y, de pronto, el silencio se vio interrumpido por un zumbido.

—¿Qué es ese sonido? —preguntó Christopher.

Se acercó al abrigo de Mal. El zumbido venía del bolsillo. Mal se alejó de él.

—¡No toques eso!

Mal cogió el casapasarán y lo observó. Giraba en su mano a toda velocidad, cada vez más rápido; vibraba como si en cualquier momento fuera a romperse y zumbaba de forma estridente. Y justo en aquel momento, cuando Irian y Nighthand aparecieron alarmados en la puerta, hizo clic y se detuvo, señalando hacia el norte.

—Está señalando el primer Árbol —dijo Christopher—. Está señalando hacia el corazón del glimor. ¡Te lo dije! Señala en dirección a la primera casa del Inmortal.

MALUM, MANZANA

Mal estaba furiosa. Christopher se había imaginado un sinfín de reacciones, pero nunca aquella mirada de amargura, tan llena de rabia.

—¡No soy el Inmortal! ¡Estáis todos equivocados, esos chicos, tú y también el casapasarán!

Estaban sentados en cubierta, bajo la luz de una lámpara, en compañía de Irian, Nighthand y Ratwin, cuyos rostros destilaban asombro, perplejidad y algo más que Christopher no lograba identificar del todo. Algo parecido al miedo.

—¿Y si no estamos equivocados? —replicó Christopher—. ¿Y si es verdad? Esa poción… ¡Podrías tomarte el antídoto! ¡Podrías conocer todos los secretos del universo! ¡Podrías recordarlo todo, eternamente!

—¿Y si yo no quiero que sea verdad?

—¿Significa eso que piensas que lo es?

Mal guardó silencio.

—¡Mal! —La voz de Christopher sonó con respeto—. Piensa en lo que podrías…

—Si ese hombre, Marik, decidió que no quería conocerlos, debió de ser por alguna razón. Y yo quiero tener una vida normal, una

vida real. Una vida. La mía.

—Pero podrías salvar…

Mal se levantó.

—¡Escúchame bien! En estos momentos, cada vez que cierro los ojos, veo a mi tía abuela Leonor tumbada en el suelo, muerta. Un día, quizá, conseguiré olvidar un poco esa escena. Pero si me tomo ese antídoto, no solo recordaré esa muerte, sino todas las muertes que el Inmortal ha presenciado, y eternamente además. Una eternidad de muertes. ¡Y todas las cosas crueles, estúpidas y vergonzosas que haya cometido, y pensado e imaginado! ¡Tendré que recordar todo eso cada día, toda la eternidad! ¡El Inmortal no olvida!

Mientras Mal hablaba, Christopher empezó a comprender a qué se refería: era una carga demasiado grande, un peso capaz de aplastar el cuerpo y el alma a cualquiera. Era una verdad que daba miedo. Y Mal era muy menuda para cargar con todo aquel peso sobre sus hombros; era menuda, terca y frágil. Pero aun así, la inmensa y asombrosa posibilidad que se abría ante ellos le obsesionaba. Decidió insistir:

—Mal… Piensa en todas las otras cosas que sabrías, en todas las otras cosas que verías. No habría solo muerte, sino muchísimo más que eso…

—¡No quiero oírlo!

—Mal —dijo Irian, con dulzura—. Si esto es verdad… Si lo es, si el casapasarán, y la mujer que te leyó la mano, y tu piensanombres… Si todos ellos estuvieran en lo cierto…

De pronto se oyó un ruido, un golpe de pies en el suelo. Nighthand se había levantado de golpe.

—Están en lo cierto —proclamó—. El casapasarán está fabricado con un metal que contiene glimor. Es irrompible, jamás te dará el rumbo equivocado. Y lo sé, además. Lo noto. Lo he notado desde el principio, creo, aunque no había logrado identificarlo hasta ahora. Recordad que el deber del berserker es proteger al Inmortal.

Mal contuvo un grito de rabia.

—¡No quiero que lo hagas!

—Lo sé —dijo Nighthand—. Lo sé.

Se alejó del grupo.

—Pero la responsabilidad… —empezó a decir Irian.

—Sí, vale, ¡pero no quiero que sea mi responsabilidad! ¿Por qué tendría que recaer sobre mí? ¡Si ni siquiera tengo toda la dentadura de adulta!

Irian volvió a intentarlo:

—Podría ser, Mal, que solo quedes tú. Que solo quedes tú para salvar no solo el Archipiélago y nuestro glimor, sino todo el mundo vivo.

—¡El mundo es enorme! ¡Estoy segura de que por ahí tiene que haber alguien más capaz de solucionar todo esto! Si lo acepto, no descansaré jamás. Nunca, jamás, en toda la eternidad. Y, por lo tanto, no pienso aceptarlo.

—¡Pero podrías conocer todos los secretos del mundo! —exclamó Christopher.

—¡No quiero conocerlos! ¿Entendido? Pensad en lo que me estáis pidiendo.

—Mal —dijo Christopher—. La barca… el laberinto… si no haces…

—¡Mira, si tanto te entusiasma la idea, tómate tú esa maldita poción!

Ratwin levantó la mano, como si estuviera en clase:

—Lo mataría al instante.

—Mal —dijo Irian, con un tono de voz rebosante de ternura—. Si todo esto es verdad, entonces es tu deber, tu misión.

—No —insistió Mal—. ¡No, no, no!

Mal nunca había parecido tan menuda. Su piel parecía tan fina que era como si el aire pudiera traspasarla.

Nighthand reapareció tan de repente como había desaparecido. Se había afeitado —a tanta velocidad que se había hecho varios cortes en la cara— y sumergió la cabeza en un barril destinado a recoger agua de lluvia. Se dirigió al lateral del barco y arrojó por la borda su bota de vino.

Se arrodilló delante de Mal.

—Me pongo de rodillas delante del Inmortal, delante del alma humana eterna. Te ofrezco mi cuchillo y mi protección, hasta el día de mi muerte.

Mal estaba llorando.

—No la quiero. ¡No la quiero!

Dio media vuelta y bajó corriendo a su camarote para tumbarse

en la litera.

Christopher la vio desaparecer.

—No lo entiendo. ¡Podría saberlo todo! ¡Sería la persona más importante y poderosa del mundo!

Irian suspiró.

—No es tan fácil. Sería como si le robasen lo que le queda de infancia. Se sentiría incluso más sola de lo que se siente ahora. Es lo que le sucede a la gente que ve y sabe más que los demás. Hay conocimientos que equivalen a vivir en una especie de exilio.

—Pero seguiría siendo ella —dijo Christopher—. Seguiría siendo Mal.

—¿Tú crees? —replicó Irian—. ¿Cuánta parte de nosotros depende de lo que sabemos y de lo que hemos visto?

Christopher guardó silencio, a la espera. Al ver que Irian no continuaba, dijo:

—¿Cuánto?

—No hay respuesta, solo la pregunta.

NOS VAMOS

Mal estaba esperando a Christopher cuando este regresó a su camarote. Tenía el abrigo puesto y a Gelifen en brazos.

—Nos vamos —dijo.

—¿Adónde?

—A Atidina. No pienso quedarme aquí.

—Pero…

—Puedes dejar que me vaya sola o puedes venir conmigo. En cuanto todos los demás duerman.

—Pero, Mal…, la poción…

—Me da igual lo que piensen los otros. Pero si vuelves a mencionar esa poción, te arrancaré la oreja con mis propias manos, ¿entendido? Sabes que puedo hacerlo.

Christopher se quedó mirándola: Mal seguía temblando de sorpresa y de miedo. No podía permitir que se fuera sola. Por muy Inmortal que fuese, era físicamente pequeña y estaba asustada.

—Cruzaremos la ciudad para llegar hasta el muelle oeste —dijo Mal—. Y allí alquilaré una embarcación y volveré a casa. Y cuando llegue, cerraré la puerta con llave y no la volveré a abrir nunca más.

—Pero, Mal, ¡el glimor! ¡Todo depende de él! Todo el Archipiélago…

—Pues ya habrá otro que se ocupe del tema.

—¿Y si cuando estemos en alta mar nos encontramos con otras criaturas? Las esfinges dijeron que tienen miedo, que están rabiosas, que tienen hambre…

Estaba decidida; tan seria que la mandíbula firme y cerrada ocupaba el setenta por ciento de su cara.

—Pues nos enfrentaremos a ellas, ¿no te parece? Y ya veremos entonces quién está más rabioso.

* * *

Los relojes estaban dando las dos cuando abandonaron sigilosamente el barco. Gelifen se había instalado sobre el hombro de Mal y descansaba la cabeza contra su mejilla. Atravesaron plazas y cruzaron puentes sobre canales oscuros iluminados tan solo por la luz de la luna. Vieron una ratatoska saltando de una farola a otra. Una campana dio las dos y cuarto.

—Seguro que encontraremos a alguien dispuesto a llevarnos hasta Atidina a cambio de una buena cantidad de dinero —dijo Mal —. Tengo todavía bastante en el abrigo. Hay marineros capaces de llevarte a cualquier sitio a cambio de oro.

Llegaron a una gran plaza adoquinada flanqueada por establecimientos cerrados. En el centro, una fuente de piedra rematada con la escultura de una sirena proyectaba agua hacia una farola. Colgando de cadenitas, había varias tazas de plata para beber, decoradas con imágenes de unicornios.

—Por aquí, creo —murmuró Christopher—. El oeste está por aquí.

Y, de repente, la noche se volvió negra, negra como el carbón, una oscuridad espantosa.

Adam Kavil salió de pronto de detrás de la fuente.

Mal gritó, y Kavil corrió directo hacia ella. La levantó del suelo, le tapó la boca con una mano y utilizó la otra para sujetarle los brazos e impedir que lo golpeara.

Christopher no llevaba ningún tipo de arma encima. Miró ansioso a su alrededor. Cogió una de las tazas y tiró con fuerza; la cadena se soltó con un chirrido metálico.

Corrió más veloz de lo que había corrido en toda su vida. Saltó sobre Kavil por la espalda, le pasó la cadena por el cuello y tiró hacia atrás. Kavil emitió un grito ahogado, soltó enseguida a Mal y se revolvió contra Christopher. Un cuchillo centelleó en su mano.

De pronto, Gelifen levantó el vuelo, furioso y en busca de venganza, y sus dientes y sus garras intentaron interceptar los golpes rápidos y feroces del cuchillo.

Kavil se volvió, alzó el cuchillo y atacó al grifo, que lo esquivó después de soltar un chillido agudo y prolongado. Christopher cogió de nuevo la taza con la cadena y la proyectó con todas sus fuerzas contra la cara del hombre. Kavil gritó, un alarido que combinaba sorpresa y dolor, y Mal aprovechó para cogerle la mano e hincarle los dientes, pero entonces vio que el cuchillo empezaba a levantarse de nuevo. Dio un paso al lado para esquivarlo y solo le rozó la piel. Se giró entonces para escupirle en la cara…

Y, de repente, el terror se terminó… Nighthand estaba allí.

Cruzó la plaza como una estampida integrada por un único hombre, levantó a Kavil como un peso muerto y lo estampó contra la pared.

Nighthand se cernió sobre él. Su cara estaba contraída por la rabia.

—No tienes ni idea de lo estúpido y grotesco que llegas a ser. Pero pronto lo sabrás. Claro que lo sabrás.

Kavil rodó por el suelo y volvió a ponerse en pie. Su cuchillo y la daga glamry de Nighthand brillaron en la oscuridad. Un gruñido, una pincelada de sangre. Y, de repente, la mitad superior del cuchillo de Kavil voló por los aires. Christopher trató de esquivarlo, pero el metal terminó impactando contra su hombro, y él chilló de dolor al sentirlo. El hombre extrajo del cinturón un segundo cuchillo, más largo y fino, y reemprendió el combate. Sus facciones exudaban pánico y odio. Nighthand, sereno e impasible bajo la luz de la única farola que alumbraba la oscura plaza, bloqueó el ataque con la daga glamry como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

Y, entonces, Kavil se revolvió de nuevo contra Mal. Se abalanzó sobre ella con el cuchillo y Nighthand gritó:

—¡No, ya basta!

La daga glamry centelleó y el asesino se derrumbó en el suelo como una piedra.

El berserker se agachó y presionó con la mano la herida del pecho de Kavil. Mal y Christopher se acercaron corriendo.

Nighthand acercó la cara a la del hombre.

—¡Dime por qué has intentado matarla! ¡Dímelo! No es más que una niña.

—No lo es. Es el Inmortal.

—No lo soy —dijo Mal—. ¡No lo soy!

—Lo es. Un piensanombres, que era además vidente, me habló sobre una niña a la que había puesto como nombre Malum. En su momento supo, o esperó, o intuyó lo que en realidad era.

—Y si sabes eso, ¿por qué quieres matar al Inmortal? —preguntó Nighthand.

—Mi jefe… quiere que el Inmortal no crezca, que siga siendo siempre un niño.

Nighthand lo miró con asco.

—¿Por qué?

Kavil negó con la cabeza y su pelo se restregó contra el suelo de piedra.

—No puedo decirlo. Lo tengo prohibido.

—¿Quién es? —preguntó Christopher—. Tu jefe, ¿quién es?

El asesino habló con un hilo de voz.

—No —repitió—. Ordenará que me maten.

Nighthand separó la mano de la herida del asesino.

—Morirás desangrado en tres segundos a menos que vuelva a presionarte la herida con la mano. Así que, dímelo.

—¡Para! ¡Para! ¡No sé cómo se llama! Es la cosa que está en el corazón del laberinto.

—¿Y cómo entró allí? —preguntó Nighthand. Volvió a presionar con la mano—. ¡El laberinto es infranqueable!

—No para él. Él está allí, justo en el centro, en la sala central. —Kavil gimoteó y su voz se volvió más débil—. Me envió un mensaje… Me lo hizo llegar a través de una bocanada de neblina. Su poder va en aumento. —Jadeó—. Crece día a día. Y lo compartirá con los primeros que le muestren lealtad, y yo seré el primero de los primeros.

—Eres un iluso. No va a compartir nada.

—Sí lo hará. Cuando lo controle todo.

—¿Todo el qué? Dímelo, hombre, o retiraré la mano y dejaré

que te pudras aquí.

—El glimor. El glimor del mundo. Se está nutriendo de él.

—Eso no es posible.

—Lo es. Te equivocas. —La rabia fortaleció su voz—. Lo hizo. Llegó al corazón del laberinto porque descubrió el poder que lo aguardaba. —Kavil respiraba con dificultad, tenía sangre en la garganta—. Sabía que el poder estaba allí, a su disposición. Se arriesgó a morir en el laberinto. Y luego se puso en contacto conmigo y me explicó lo que tenía que hacer: matar a la chica. Me dijo que lo más inteligente es ponerse del lado del poder, del poder más puro que ha existido nunca. Intenté encontrar alguna alternativa. Porque yo no quería matar a una niña. Le dije que confiaba en que hubiera otra manera de conseguirlo. —Tosió, una tos húmeda y descamada—. Pero me dijo que no. Que tenía que hacerse así. Me dijo que la esperanza es inútil. —Su voz se volvió ronca y su rostro se convulsionó. Gritó de dolor—. Que la esperanza es un simple engaño que los débiles de espíritu utilizan para consolarse.

—¡Esto que dices es una locura! ¡No existe ningún ser humano capaz de controlar el glimor!

—¡No! Ningún humano lo ha controlado hasta la fecha. Pero él ha encontrado la manera. Y cuando lo haya consumido en su totalidad, tendrá en su interior poder suficiente no solo para conquistar el Archipiélago, sino también las Tierras Comunes.

Kavil tenía los ojos inyectados en sangre. Pero miró entonces a Christopher y consiguió esbozar una sonrisa de suficiencia.

—El mundo entero, digo. Sé de dónde vienes. Lo huelo. No te pienses que allí estáis seguros. Porque él lo conquistará todo. Cogerá el mundo entero y lo hará girar en la palma de su mano como una moneda. Lo hará suyo.

Christopher no podía respirar. Pensó en su padre, siempre tan temeroso, siempre ansioso por intentar tenerlo todo bajo control. En aquel momento le pareció acertado que su padre estuviese siempre tan preocupado y comprendió que el que estaba equivocado era él. Nada en el mundo estaba seguro y, por un instante, visualizó la Tierra, girando sobre sí misma en la oscuridad estelar, y le pareció tan vulnerable como un recién nacido. El pánico lo atacó de repente como una criatura salvaje.

Kavil volvió a hablar; su voz era apenas un susurro.

—Y me lo dará a mí. Nadie será más fuerte. Nadie se atreverá a acercarse a mí.

La voz del asesino era cada vez más débil y empezó a balbucear palabras a medias, cosas sin ningún sentido.

—¿Y qué es? —preguntó Nighthand—. ¿Es una criatura, un humano o qué? —Y entonces, al ver que la boca de Kevin formaba una línea tensa, insistió—. ¿Cómo sabías dónde encontrar a Mal? ¡Dímelo!

—Anja Trevasse —musitó—. Me lo dijo ella.

Nighthand soltó un silbido de sorpresa y horror, y Christopher se quedó mirándolo, perplejo.

—¿Anja?

Pero los labios del hombre temblaron y sus ojos se cerraron. Nighthand se balanceó hacia atrás, sujetándose la cabeza entre las manos. Mal corrió hacia él, pero Nighthand la rechazó.

—No te acerques, pequeña Inmortal.

Nighthand se inclinó, cogió el cuerpo del hombre como si fuese un muñeco, lo llevó hasta un callejón y lo depositó en el suelo con las manos cruzadas sobre su pecho. Christopher miró el cadáver y luego miró a Mal, que estaba agachada con la espalda apoyada en una farola, masajeando su cuerpo magullado.

De pronto, una idea lo golpeó con la fuerza de un puñetazo.

—Mal —dijo despacio—. Sé por qué iba a por ti. Esa cosa del laberinto… esa cosa quiere que tú, y todos los Inmortales, sean siempre jóvenes. Porque piensa que los niños son débiles de espíritu, que son frágiles. Quiere asegurarse de que el Inmortal no llegue a alcanzar nunca la edad adulta para que no suponga una amenaza para él. —El razonamiento tenía una lógica maligna y Christopher estaba seguro de lo que estaba diciendo—. Su plan consiste en localizar al Inmortal mientras sea un niño y matarlo, localizar al nuevo Inmortal y volver a matarlo, una y otra vez, sucesivamente, para toda la eternidad.

—Yo no soy débil de espíritu —replicó Mal, pero sonó como un murmullo, en el fondo de su garganta.

—Lo sé.

Le tendió la mano a Mal y ella la aceptó. Se incorporó. Y el uno al lado del otro vieron cómo Nighthand cogía el medio cuchillo del

hombre y se grababa una «X» en la palma de la mano. Ya tenía otras cuatro, se fijó Christopher; aquella era la quinta. Su rostro no transmitía satisfacción, solo asco. Los adoquines de la calle estaban manchados de rojo. La sangre corría por las piedras.

Y entonces, un grito débil rasgó el silencio y se volvieron, moviéndose como hermanos gemelos.

Lo que vieron fue lo peor de aquella noche espantosa.

Era Gelifen.

GELIFEN

Con la oscuridad no habían visto la sangre que manchaba sus plumas.

Mal corrió hacia donde Gelifen yacía tumbado de costado, sobre el amplio borde de piedra de la fuente.

—¡Gelifen! ¿Dónde te han herido? —Lo cogió entre sus brazos y gritó. De pronto, había sangre por todas partes, en las manos de Mal y en las alas del grifo. Se abalanzó por encima del borde de la fuente y se arrodilló para coger agua con las manos y lavar a Gelifen y poder localizar el origen de la hemorragia—. No tengas miedo. Todo irá bien. Te pondrás bien.

Pero cuando Christopher saltó también a la fuente, las alas de la criatura empezaron a temblar.

—¿Dónde está la herida?

Christopher separó con cuidado las alas. El cuchillo se había hundido en el torso del pequeño grifo. Y era una herida profunda.

—No te mueras, por favor —musitó Mal. La expresión de la chica, capaz de mostrarse tan imperiosa, tan similar a una reina en miniatura, se derrumbó—. No, por favor. Haré lo que sea. Pero no me dejes sola.

Christopher se arrodilló a su lado, se rasgó la camisa con los

dientes, como un animal salvaje, para preparar una venda. Obtuvo un pedazo de tela deshilachada.

—Ten —dijo—. Le ayudará. Seguro. Solo necesita…

Entre los dos envolvieron torpemente a Gelifen con la tela y Christopher tensó el improvisado vendaje. Pero no consiguieron detener la hemorragia y la respiración del grifo se volvió más lenta y dificultosa.

—No, por favor —murmuró Mal. Se inclinó sobre el grifo y su cabello cayó sobre el lomo de la criatura—. Respira, por favor.

Gelifen levantó la cabeza, la descansó sobre el codo de Mal y aspiró su olor. Christopher acercó su cara a la del grifo y le habló muy bajito. Gelifen levantó un ala y la agitó hacia él, pero no acompañó el movimiento con su habitual ronroneo. Cerró los ojos.

Christopher tenía el rostro empapado en lágrimas que resbalaban hasta su boca, hasta su barbilla, incluso hasta sus manos, mezclándose con la sangre. Gelifen debería haber crecido lo suficiente como para cobijarlos a los dos bajo sus alas cuando lloviera. Christopher y Mal lo habían comentado infinidad de veces.

Christopher notó el pulso en su garganta. Y una oleada de ira y desesperación se apoderó de él.

Gelifen, la criatura más mágica del mundo, el ave de la alegría, emitió un suspiro ronco. Christopher contuvo un grito y musitó, con la boca seca:

—No. Gelifen es el último.

Mal presionó a Gelifen contra su pecho. La cicatriz que le había dejado en su día en la mejilla brillaba roja bajo el resplandor de la farola. El mundo se contrajo a su alrededor.

Y en aquel estado los encontró Nighthand: Christopher arrodillado al lado de Mal y con el cuerpo de su amado compañero entre los dos. El agua de la fuente seguía corriendo, teñida de rojo, y bajo la luz de la luna parecía como si el mundo se estuviese desangrando por ellos.

El último grifo murió mientras los relojes marcaban la media, y fue como si todas las campanas de la ciudad dormida tocaran a muertos.

LA PEOR PREGUNTA

Pasaron el resto de la noche en la cubierta del barco, bajo el cielo oscuro. Nadie quiso retirarse a dormir a su camarote.

Fue imposible conciliar el sueño. Hasta aquel momento, Christopher no se había ni imaginado qué se sentía cuando te rompían el corazón. No sabía que podía ser una sensación tan física, que llegase a tener la impresión de que el espacio del cuerpo que ocupaban los pulmones estaba lleno de fragmentos de cristal. Le dolía respirar.

Mal habló en la oscuridad.

—Ojalá alguien me hubiera hablado sobre ello.

—¿Sobre qué?

—Sobre la peor pregunta.

—¿Qué pregunta?

—La pregunta: ¿qué habría pasado si hubiera hecho las cosas de otra manera?

La oscuridad se llenó de nuevo de silencio.

Mal dijo entonces:

—¿Crees que… si hubiese accedido enseguida a tomarme la poción…, si no hubiese huido…, si hubiese tenido más conocimientos…, no lo habría perdido?

Christopher habría debido responder: «No seas ridícula, no eres más que una niña, los dos somos unos niños. No ha sido culpa tuya; sino solamente de él, del asesino».

Eso era lo que debería haber respondido. Lo sabía, incluso en aquel momento.

Pero no lo dijo. Era como si, allí donde debería tener el corazón, tuviera clavada una punta de metal. Y se oyó decir:

—Nunca lo sabremos, ¿no crees?

* * *

En las afueras de la Ciudad de los Académicos había un bosque. Había sido en su día un cementerio de la realeza. Fue allí donde, seiscientos años atrás, fue enterrada junto a su rey la última reina guerrera. Ahora, sin reinas ni reyes, el espacio se había visto invadido por la vegetación y se había convertido en un bosque lleno de árboles gigantescos entremezclados con dientes de león, pedernales y arbustos de orquídeas.

Era la noche después de la muerte de Gelifen. Nighthand e Irian se habían quedado esperando en el barco, hablando en voz baja sobre Kavil, sobre Anja. La traición de Anja había dejado a Nighthand con mala cara y un color enfermizo.

—No lo entiendo —dijo. Y lo repitió una y otra vez, como si las palabras pudieran convertirse en un cuchillo capaz de cortar algo y sacar de allí una respuesta—. No lo entiendo. Anja nos dejó la embarcación.

—Sí, pero eso fue antes de que supiera quién era Mal.

Mal y Christopher dejaron a Nighthand murmurando palabras de venganza y recorrieron solos la ciudad, de camino al bosque.

Mal le había pedido a Christopher que la acompañara. Solo él. «Nada de adultos. Nadie tiene que decirnos lo que tenemos que hacer».

Guiados por una linterna, avanzaron en la oscuridad más absoluta entre los árboles. Las sombras se alzaban y descendían a su alrededor en el bosque, y tropezaron con ramas, y oyeron los sonidos de las criaturas nocturnas, pero no tenían miedo. Ya lo habían perdido.

Llegaron al descomunal roble a cuyos pies la lápida de la reina guerrera indicaba su lugar de sepultura. Una ratatoska esquelética estaba posada en las ramas del árbol. Era la última vez que Mal sostenía a Gelifen entre sus brazos, y lo estrechó contra su pecho.

Mal señaló el lugar. Cogieron las palas, se agacharon y empezaron a cavar. Cavaron hasta que tuvieron los brazos doloridos y las manos cubiertas de tierra. El bulto en el suelo estaba esperando.

Mal se volvió finalmente, dispuesta a colocar a Gelifen en su tumba, pero le temblaban las manos.

—Se me caerá —dijo—. No puedo hacerlo.

De modo que Christopher se agachó para cogerlo y depositó al grifo en el hoyo.

—¡Espera! No lo tapes aún. Necesita algo bueno, algo bonito que lo acompañe.

Christopher miró a su alrededor, hacia los gigantescos árboles negros, hacia las flores. Flores que sabía que la gente arrojaba a los pies de los bailarines, a los pies de aquellos que evocaban belleza. Se dirigió a un arbusto con flores blancas, plateadas a la luz de la linterna, y recogió unas cuantas, tirando de los tallos y cortándolas. Le llevó a Mal un puñado.

Mal hizo un gesto de asentimiento. Desplegó la tela de lino y depositó las flores sobre las alas de Gelifen, sobre su bello e inerte cuerpecillo.

Y, entretanto, le iba hablando en voz baja al grifo. Christopher solo alcanzó a captar fragmentos de lo que decía:

—Cuando Leonor murió…, tú fuiste el ser vivo más vivo… que me ayudó a vivir. —Y más cosas que no pudo oír. Y, al final, en apenas un susurro—: Te recordaré siempre.

Mal se incorporó. Christopher, con lágrimas en los ojos, llenó de tierra la tumba. Aquel primer día, en el *lochan*, había prometido proteger a Gelifen. Debería haberle sacado de la cabeza a Mal la idea de huir. Había fracasado terriblemente.

Y un milagro había tocado a su fin.

Mal sacó la lápida de Gelifen. Con la ayuda de una navaja, la había tallado en inestables letras mayúsculas. La tarea le había llevado todo el día, a lo largo del cual se había negado a comer y a levantar la vista de su trabajo; ni siquiera para hablar con Irian, que

se había acercado para convencerla de que bebiera una taza de tisana. Había seguido con la cara escondida detrás del pelo y los ojos *llenos* de lágrimas de dolor.

Christopher se apartó un poco. Y bajo las copas de los ancianos árboles, Mal carraspeó un poco antes de hablar. Y entonces leyó en voz alta lo que había cincelado en la piedra:

«Contigo se pierde mucho.
No te olvidaremos».

Y debajo:

«Aquí descansa Gelifen,
el último y el mejor de los grifos».

Las lágrimas rodaban por sus mejillas, hasta mojarle el pelo. Christopher se acercó hasta que sus brazos se rozaron y Mal se inclinó hacia él y rompió a llorar como si no fuera a parar nunca. Lloró como nunca había llorado, por tener el corazón desgarrado, por no haber podido proteger a Gelifen y por los imperdonables errores que había cometido.

Se sentaron los dos en el suelo. Cuando Mal se sintió capaz de hablar, emitió un suspiro tan antiguo como el bosque. Y dijo lo único que, en aquel momento, podía ayudarle a recuperar la esperanza.

—Gelifen, haré que tu muerte haya valido la pena. Sea lo que sea esa cosa que hay en el laberinto, iré a por ella.

Tenía las manos embarradas y cerradas con tanta fuerza que los nudillos se le habían quedado blancos.

—Y la mataré.

Y aunque Mal estaba cubierta de tierra, sudor y mocos, el corazón de Christopher rugió. Y el sorprendente pensamiento que le vino a la cabeza cuando se miraron fue que, en aquel momento, Mal parecía eterna.

* * *

Volvieron al barco, recorriendo calles alumbradas por las farolas. Eran las cinco de la mañana y el sol empezaba a asomar. A Christopher no le sorprendió en absoluto que, tan pronto como subieron a bordo, Mal pasara de largo de los adultos y fuera directa al timón. Señaló el mar abierto.

—Levad anclas —dijo—. Zarpamos de inmediato.

—Mal —dijo Irian—. Pero ¿qué haces?

—Nos vamos a Antiok, a la isla de los centauros, a buscar alguno capaz de preparar la poción.

—¿Qué? —dijo Nighthand.

—Voy a recordar.

—Pero si dijiste que…

—Ya sé lo que dije. Pero he cambiado de opinión.

Nighthand se acercó a Mal. Su cuerpo voluminoso recorrió con celeridad la cubierta y, sin querer, descolgó al pasar una lámpara de la pared. Se hizo añicos al caer al suelo, pero todo el mundo lo ignoró.

—¿Qué quieres decir? —dijo, esforzándose por disimular la esperanza que llenaba su voz.

—Quiero decir que tomaré la poción y recordaré el camino para entrar en el laberinto. Iré hasta su centro, hasta la oscuridad, encontraré a esa criatura maligna que ordenó a ese hombre que me matara… y la destruiré.

—¿Estás segura de lo que dices?

Mal asintió con un movimiento brusco de la barbilla que hizo que el viento le levantara el pelo y este hiciera también un gesto de asentimiento.

—Si no lo hago, no morirá solo Gelifen —respondió—. Sino que morirá todo. Y no puedo permitir que haya más pérdidas.

Hubo un silencio brevísimo, llenado tan solo por el sonido del mar y, entonces, Nighthand rugió:

—¡Pongamos rumbo hacia la batalla! ¡Hacia lo desconocido! ¡Pongamos rumbo juntos hacia lo que nadie sabe qué es!

Irian subió el mapa a cubierta y lo desplegó. Ratwin se inclinó sobre él y Nighthand, con la mano posada sobre la daga glamry, se colocó al lado de Mal —el lugar al cual hasta el último centímetro

de su sangre y sus huesos clamaban pertenecer—, y Christopher intentó sonreírle a Mal.

Mal le devolvió la sonrisa. Una sonrisa que llamaba a la guerra. El rostro de Mal, cuando se volvió hacia el horizonte, tenía una mirada digna de ir acompañada por una señal de advertencia: «Alejaos de mí: peligro».

UNA NOTICIA COMPLICADA Y DESAGRADABLE

Pero no fue tan sencillo. Al fin y al cabo, en la vida hay muy pocas cosas sencillas.

Durante medio día, el viaje fue viento en popa. El barco avanzaba veloz entre las olas, deslizándose como un canto rodado cuando lo lanzas sobre el agua de un riachuelo. El mar se volvió de color turquesa y hacía calor, de ese calor que hace que la piel de entre los dedos de las manos y los pies se vuelva resbaladiza por el sudor. Cuando llevaban siete horas de navegación, hicieron una parada para que Ratwin pudiera pescar, y Nighthand también se lanzó al agua por la borda del barco.

—¡¿Un bañito?! —gritó, y Christopher y Mal decidieron acompañarlo.

—Yo no nado —dijo Irian. Se pasó la mano por su pelo corto y miró hacia el otro lado.

Ratwin la observó desde el mar, con una expresión escéptica en su cara de ardilla.

—¿Una bióloga marina que no se baña?

—Alguien tiene que quedarse a bordo —repuso Irian.

El agua estaba llena de vida —los peces, azules y naranjas, se

movían veloces, y algo plano de color gris plateado se desplazaba por la arena del fondo del mar— y Ratwin pescó doce gambas enormes, escupiéndolas una a una en cubierta con un leve pff. Luego se sentó y se concentró en limpiarse el cuerno con las patas delanteras.

—Con la sal del mar se vuelve quebradizo —dijo—. Que a una ratatoska la llamen «cuerno sucio» es un insulto espantoso.

Asaron las gambas en cubierta y cuando Christopher y Mal estaban de fragmentos de cáscaras rosadas hasta los codos, apareció un puntito en el cielo.

—¡Mirad allá arriba! —gritó Ratwin—. ¡Objeto volador a la vista!

El punto tomó forma, y color, y claridad: eran las alas verdes y largas de un longma. Volaba en círculos, cada vez más bajo, cada vez más cerca, y el cuerpo de Christopher se quedó rígido.

Era Anja. Vestía un traje de equitación confeccionado en seda azul marino, llevaba joyas tachonadas de zafiros y lucía una expresión tan inescrutable como el mar.

Al instante, Nighthand cogió la daga glamry.

—¿Anja? ¿Cómo te atreves a aparecer por aquí?

La anciana gritó desde arriba:

—¡No me mates, Nighthand! Sería una forma de perder buena información.

Espoleó al longma y se acercó todavía más.

—¡Apártate de mi vista —gritó Nighthand— o te juro que te haré pedacitos y dejaré que te pudras en el mar!

Mal observaba la escena con la boca tensa y los ojos ardientes de rabia.

—Te aviso de que voy a acercarme —replicó Anja—. Desde tan lejos me resulta imposible hablar.

Irian murmuró:

—La entregaste a un asesino.

La anciana no pidió disculpas. Se limitó a parpadear una sola vez.

—No sabía que era un asesino. Me enteré, por la adivina y por una ratatoska, de que la chica era el Alma Eterna perdida. Me enteré de lo que pretendéis que haga la chica, que beba la poción y recuerde todo lo que el Inmortal sabía. Y quise impedirlo.

—¿Por qué? —preguntó Mal.

Anja espoleó al longma para apartarlo de Mal y de su expresión de odio. Los ojos de la mujer se contrajeron en un espasmo nervioso de repulsión, de miedo, de culpabilidad, o de una débil combinación de las tres cosas, era imposible saberlo.

—Soy la principal propietaria de la ciudad, encabezo el gremio de…

—Todo eso ya nos lo han dicho. Eres la dueña de la ciudad —dijo Mal, interrumpiéndola.

—¿Y os han dicho también que mi bisabuelo fue su gobernador? ¿Qué fue elegido por el generoso donativo que hizo para la ciudad?

Mal no respondió, de modo que Christopher tomó la palabra en su lugar.

—¿Adónde quieres llegar? —preguntó, sintiendo que no tenía ninguna necesidad de mostrarse educado.

El longma batió las alas y el tono de Anja se volvió más seco.

—Mi bisabuelo tenía un socio, un hombre con el que se conocían desde que eran niños, cuando trabajaban en una mina de roca selkie. Mi bisabuelo ordenó que lo asesinaran y se quedó con todos los beneficios de su trabajo. He dedicado años a localizar y quemar cualquier testimonio escrito de aquellos hechos. Y todo el mundo que pudiera saberlo murió hace ya muchos años. Pero el Inmortal lo sabe todo.

Los bigotes de Ratwin temblaban de ira.

—Dijiste que te gustaba codearte con la gente de sangre azul, la élite de los nacidos fuertes, los de alta cuna. Lo dijiste.

—Así es.

—Pero tú no eres nada de eso. Desciendes de un estafador.

—Decidí —dijo, y los orificios de la nariz de la mujer se dilataron— hacer una excepción conmigo misma. Pero no podía permitir que nadie lo supiera. No quería, ¡no podía! Sería el fin de absolutamente todo, no solo para mí, sino también para todos aquellos cuyo sustento depende de mí y…

—Oh, ¿de modo que fue un gesto caritativo, lo de querer matarme? —ironizó Mal, interrumpiéndola.

—¡Se trata de asuntos con muchos matices y que jamás podrías entender! Mi posición social, mi seguridad financiera… —Hizo una pausa—. Y por eso di los pasos necesarios.

Irian se levantó.

—Mejor será que se marche de aquí —manifestó—, antes de que la mate yo a usted personalmente.

El longma descendió un poco más y planeó sobre el mar, batiendo las alas lentamente.

—¡No entendí lo que quería hacer! —exclamó Anja, y su voz tembló hasta quebrarse—. ¡No comprendí bien su plan! Os juro, con todo mi corazón…

—Oh, por favor. Hace mucho tiempo que te merendaste tu propio corazón con tenedor y cuchillo —dijo Nighthand.

—Pensaba que simplemente se la quería llevar a cualquier otro lugar. Dijo que se la llevaría a alguna de las islas occidentales y que la dejaría allí. Dijo que no le haría ningún daño. Y lo creí. O… elegí creérmelo.

—Claro.

—Así que estoy en deuda contigo, chica. ¡Y yo siempre pago mis deudas!

—¿En serio? —cuestionó Nighthand—. ¿O pagas aquello que decides considerar que son tus deudas? ¿Quién es tu contable? ¿Tu propia conciencia, tal vez? Porque tu conciencia es como un borracho. Lo que has hecho no es una deuda que se pueda pagar.

—No quiero nada que puedas darme —dijo Mal, con una voz afilada como un cuchillo.

—Pues, entonces, escuchadme. ¡O no me escuchéis, si preferís! Sé lo que estáis buscando: la poción, creada por los centauros. Lo he oído en boca de una ratatoska.

Se quedaron a la espera; eran un coro de caras con expresión altiva y gélida. Nadie dijo nada.

—Esta misma mañana he volado hasta Antiok, para decirles que la prepararan. Pero los centauros me han dado una mala noticia. Solo existe un centauro poseedor de la sabiduría tradicional de la poción y de la habilidad para prepararla. Se llama Petroc. Pero ya no está en la isla. Dicen que ha desaparecido.

Nighthand se puso furioso.

—Pues iremos allí donde esté. Tenemos un barco.

—Mi barco.

Nighthand la ignoró con una indiferencia espléndida.

—Tenemos nuestros cuerpos, nuestros cuchillos y nuestro

ingenio.

—Está en la isla de los Asesinos.

Hubo una pausa.

—Eso sí que podría ser un problema —dijo Nighthand.

—He volado también hasta la isla de los Asesinos. No he podido aterrizar allí, claro está, ni acercarme, pero sí que he podido hablar con él. Dice que preparará la poción, pero que le falta un ingrediente.

—¿Cuál?

—Necesita oro.

—Yo tengo oro —dijo Nighthand, y acarició sus pendientes.

—Pero tiene que ser oro recogido del árbol del oro vivo. Un árbol que se encuentra en Areat, guardado por un dragón jáculo. —Anja los miró levantando la barbilla—. Una información valiosa, ¿no?

Y antes de que a nadie le diera tiempo a replicar, espoleó el longma y ascendió en círculos hacia el cielo.

* * *

Estaban sentados en el barco, en alta mar, meciéndose al ritmo de las olas. Ratwin estaba al timón, pero la embarcación navegaba sin rumbo. No sabían qué ruta seguir.

—Acceder a la isla del Oro Vivo es posible. Está custodiada por un dragón, lo que significa que puedes acabar quemado vivo, pero es posible —dijo Nighthand.

—Lo que de verdad es un problema importante es la isla de los Asesinos —le explicó Irian a Christopher—. Es imposible salir de allí. Como dijo Ratwin, cualquier barco puede atracar en ella, pero ninguno ha logrado salir jamás.

—¿Y ha intentado alguien llegar nadando? —preguntó Christopher.

—Sí, y todos los que lo han intentado han muerto —respondió Irian.

El rostro de Nighthand se iluminó.

—¡Muy buena idea, chico! ¡Podría llegar hasta allí nadando!

—Nighthand, acabo de decir que todos los que lo han intentado

han muerto.

—Pero con el descenso de glimor, las aguas están cambiando. Por lo que es posible que el poder de las aguas que rodean la isla también haya disminuido. Voy a correr ese riesgo, y punto.

—Y yo digo que no, y punto.

—¿Por qué no?

Irian respondió en un murmullo, pero sin miedo.

—No me parece el camino a seguir más racional, ni tampoco lo más razonable, Nighthand.

—¡Al diablo con lo racional!

—Decirlo es muy fácil, pero tu estrategia podría acabar con todos nosotros muertos en el fondo del mar. Encontraremos otra manera de llegar hasta allí. Deja que piense.

Irian frunció el ceño, tensó los labios y su cara adoptó el aspecto de una flecha apuntando hacia una pregunta.

Habló por fin. Sin exclamaciones, pero el brillo de sus ojos les dio a entender a todos que había encontrado la respuesta.

—Las esfinges —dijo— nos contaron que el Inmortal tenía una barca de madera de dríade. Dijeron que el último Inmortal la había guardado en el comedor, cuando abandonó su palacio, a merced del paso del tiempo.

—Pero, Irian…

—Y lo único capaz de salir con éxito de la isla de los Asesinos es una embarcación construida con madera de dríade.

—Irian, por mucho que digan las esfinges, esa barca no existe —dijo Nighthand—. Sigo votando por ir a nado.

—¿Y por qué no podría existir? —preguntó Christopher—. Hasta la semana pasada, yo mismo creía que nada de todo esto podía existir.

—Irian sabe por qué —respondió Nighthand—. Porque ninguna dríade permitiría que sacasen madera de su árbol. Sería como dejar que te arrancaran la piel.

—Pero pensad en lo que sabemos sobre el Inmortal —dijo Irian —. Pensad en el principio, cuando se encarnó en un pez, en un lobo, en un águila… ¿Por qué no podría haberse encamado también en una dríade?

La expresión de Nighthand fue cambiando lentamente del resentimiento a la luz.

—Irian…

—¿Y si construyó la barca con su propia madera? Eso explicaría su excepcionalidad, y su poder.

—¡Eres una mujer brillante!

Nighthand posó la mano sobre la de Irian, se percató al instante de la calidez y la suavidad de su piel, y se apresuró en retirarla.

—Y la madera de dríade no envejece. De modo que si somos capaces de encontrar esa barca…

—¡Ratwin! —gritó Nighthand—. ¡Pon rumbo a la isla del Inmortal!

En cuanto Nighthand le dio la espalda, Irian expresó su preocupación.

—No es tan sencillo como piensa —dijo—. Si la isla lleva cien años abandonada, podría estar invadida… y no solo por la vegetación. Sino también por criaturas. Criaturas capaces de matarte de un solo bocado.

—Y qué —dijo Mal—. Si fuese necesario, yo también lo haría.

LA ISLA DEL INMORTAL

Llegar a la isla les llevó dos días de violentas tormentas. De noche, los nubarrones no dejaban ver las estrellas, y había momentos en los que incluso Ratwin dudaba y no estaba segura de qué rumbo seguir.

En los peores momentos de la tempestad, Mal abandonó su camarote para instalarse en el de Christopher y dormir a su lado, aunque se despertaron varias veces cuando el vaivén violento los arrojaba contra las paredes de madera de la embarcación. En el costado del barco se abrió una grieta durante el frío amanecer, y cuando avistaron la isla, Irian estaba concentrada trabajando con martillo y clavos para cerrarla. Los cinco estaban hambrientos, cansados y empapados, pero el rostro de Nighthand brilló de emoción.

—Bienvenidos a la isla del Inmortal —dijo, y su voz sonó grave y vibrante.

Aunque luego echó a perder el efecto al saltar al agua para arrastrar la barca de remos hasta la arena, calcular mal la profundidad y desaparecer hasta la altura del cuello.

Nighthand, empapado pero impasible, arrastró finalmente la barca hasta la orilla, ayudó a Mal a bajar y le ofreció la mano a

Christopher.

Habían acordado que Irian se quedara a bordo del *Bailarina de las Sombras*.

—Si no reparo esto, no podremos navegar —había dicho.

Ratwin se había quedado a su lado, con la boca llena de clavos.

Avanzaron por una arena blanca y esponjosa, que más adelante dio paso a una superficie de piedrecitas blancas y, finalmente, a un bosque de árboles altos con corteza plateada.

—¿Te suena de algo? —le preguntó Christopher a Mal.

Mal negó con la cabeza.

—Esperaba que me sonara. Pero no, nada.

Se adentraron en los árboles del final de la playa. Christopher volvía constantemente la cabeza de un lado a otro, a derecha e izquierda. Era un bosque extraño; a pesar de que se oían docenas de cantos de distintas aves, a nivel de suelo no se movía nada. Resultaba inquietante. Los árboles empezaron a clarear abriendo camino a un prado, y el grupo emergió de la penumbra del bosque a la luz del sol. Mal se detuvo. Y su boca formó una «o» de asombro.

—Aquí tenemos tu casa, pequeña Inmortal —dijo Nighthand.

—¡Es un palacio!

Al fondo del prado, una escalinata de piedra blanca conducía hasta un patio inmenso con pavimento de piedra. En el centro, un palacio de piedra amarilla, almenado y profusamente decorado, se alzaba hacia el cielo. Tres torres, coronadas con cúpulas de color rosa oscuro, otorgaban al edificio un aspecto de sabiduría e inteligencia, mientras que las grandes ventanas con arco le aportaban solidez y firmeza. Era evidente que en el pasado había sido un lugar al que se le habían prodigado atenciones, rebosante de compromiso y esperanza.

Pero el paso del tiempo se había apoderado de él. Los rosales con rosas rojas que trepaban por sus muros los ocultaban casi por completo. Las flores, desatendidas durante cien años, se habían rebelado y estaban por todas partes: rosas blancas que envolvían los alféizares de las ventanas y trepaban hasta las cúpulas; rosas anaranjadas que formaban arbustos de tres metros de altura; rosas de color rosa que se derramaban en cascada sobre las enormes losas de piedra amarilla. Los centenares de pájaros que habían anidado en las cúpulas salieron volando en cuanto el trío se aproximó,

lanzando graznidos de alarma.

Mientras cruzaban el prado para llegar hasta el palacio, Christopher inspiró hondo. Olía a mar y a flores, pero a medida que fueron acercándose, percibió también otro matiz: un olor a podrido.

—¿Oléis eso? —preguntó.

Mal respondió con un gesto afirmativo. Siguieron acercándose, despacio, con todos los nervios en guardia.

—Algo no va bien —dijo Mal.

—¿El qué? —replicó Nighthand. Se plantó delante de ella y extendió un brazo para protegerla—. ¡Dime qué es! —Desenfundó la daga.

—La hierba debería estar más crecida —dijo Mal, muy tensa.

Nighthand se puso serio.

—Pequeña Inmortal, luchar contra la hierba es imposible.

—Tiene razón —dijo Christopher—. Si las rosas se han desmadrado de esta manera, ¿por qué la hierba está tan bien cortada?

—Porque alguien ha estado cortándola.

—O algo.

Habían llegado casi al palacio. Christopher podía distinguir con claridad las ventanas, cubiertas de polvo y excrementos de pájaro. Alguien se había entretenido en pintar imágenes en miniatura en los cristales: limoneros, flores, pequeñas sirenas, un grifo adulto, serio y encantador. Se le encogió el corazón.

Había ventanas con los cristales rotos, y en otras, las rosas habían atravesado el cristal y se habían colado hacia el interior.

—Al menos no tendremos que romper ningún cristal para entrar —dijo Christopher.

—Esperad aquí —dijo Nighthand.

Se encaramó al alféizar de una ventana, miró a derecha e izquierda e hizo entonces un gesto de asentimiento. Le tendió la mano a Mal y luego a Christopher.

La ventana daba al final de un largo pasillo con suelo de mármol y techo alto decorado con mosaicos de piedras preciosas. El pasillo estaba flanqueado a ambos lados por esculturas de mármol representando criaturas: ninfas y dríades, centauros armados, un unicornio. En algunos lugares, las estatuas estaban tan cubiertas de rosas que solo asomaban las cabezas o los pies. A muchas de las

caras les faltaba una nariz o una oreja, pero quienquiera que hubiera esculpido aquellas estatuas, lo había hecho pensando en hacer algo vivo y duradero. Era casi como si respiraran.

Sus pasos resonaron en el pasillo, que formaba una «T» al llegar al final. Podían ir a derecha o izquierda.

—¿Hacia dónde vamos para llegar al comedor? —preguntó Christopher.

—Ni idea —respondió Mal.

—¿No tienes ninguna intuición?

—¡No! ¡Ya os lo he dicho! —Miró hacia los dos lados y se mordió el labio—. Esto no me gusta nada. El olor es más fuerte. Tenemos que salir rápido de aquí. Christopher y yo iremos hacia la izquierda y Nighthand, tu ve hacia la derecha.

Nighthand abrió la boca, dispuesto a discutir la decisión, pero Mal se volvió y levantó el mentón.

—Es una orden —dijo. Echó a andar y dobló la esquina.

Christopher atrapó a Mal. Al abrir la puerta se encontraron en un salón de baile. Con el paso de los años, la vegetación del exterior había invadido la estancia y había un piano cubierto de hiedra, además de un violonchelo y varios instrumentos de madera que Christopher no había visto en su vida envueltos también en enredaderas.

—Aquí no es —dijo Mal—. ¡Cuidado! Esta madreselva puede provocarte un sarpullido.

Y entonces lo oyeron. Un repiqueteo de algo duro y veloz que avanzaba por el suelo de mármol.

—¡Viene de ahí delante! —gritó Mal.

—¡Rápido! ¡Por aquí! —exclamó Christopher.

Pero en cuanto salieron al pasillo, emitió un silbido y tiró de Mal para esconderse detrás de la estatua de un centauro.

—Mira —dijo Christopher en voz baja.

La cosa que acababa de doblar la esquina del pasillo tenía inteligencia en la mirada. Era, a primera vista, un caballo con cuerno, de mayor tamaño que un caballo de tiro, pero delgado y cadavérico. Se le veían todas las costillas y bajo la piel de su cabeza se vislumbraba el brillo de los huesos del cráneo. Tenía el pelaje de color morado oscuro y los cascos amarillentos, manchados, callosos y agrietados. La piel le colgaba del cuerpo, como la de un anciano.

Tenía un cuerno negro con la punta afilada, como un estoque. Apestaba a sangre, podredumbre y suciedad.

La criatura olisqueó el aire. Abrió la boca, dejó la lengua colgando y sus orificios nasales se dilataron. Tenía un aspecto insolente.

—No —musitó Mal—. Karkadannes. —Y a continuación, tanto por rabia como por miedo, añadió—: En mi palacio no.

Y se movió como si fuera a abalanzarse sobre la criatura.

—¡No seas idiota! —exclamó entre dientes Christopher, tirando de ella.

El lento tamborileo de unos cascos resonó por el pasillo y aparecieron dos karkadannes más al fondo del pasillo. Olisquearon el ambiente. Se acercaron un poco más. Desprendían un olor tan asqueroso, como de carne dejada al sol durante mucho tiempo, que a Christopher le entraron ganas de vomitar.

El primer karkadann estaba apenas a tres metros de ellos. Christopher notó que Mal temblaba a su lado. Le castañeteaban los dientes y cerró la boca con fuerza. El karkadann apuntó el cuerno en dirección a la estatua del centauro. Mal contuvo un grito…

Y entonces, de pronto, se oyó un rugido al otro extremo del pasillo.

—¡Caballitos! ¡Oh, pequeños caballitos!

La voz de Nighthand sonó con una alegría salvaje y, al escucharla, los tres karkadannes se levantaron sobre sus patas traseras, dieron media vuelta y corrieron al galope hacia él.

Una oleada de gratitud se apoderó de Christopher.

—¡Rápido! —dijo—. Tenemos que encontrar el comedor mientras Nighthand los distrae.

Abrieron la siguiente puerta, que daba acceso a un salón con las paredes pintadas en dorado, un agujero en el techo y cortinas que parecían haber sido masticadas por alguien. A continuación entraron en una sala llena de mapas y con una colección de globos terráqueos cubiertos de polvo.

—Tiene que estar cerca —articuló Christopher.

Doblaron una esquina y pasaron a otro pasillo. El suelo estaba cubierto de rosas y excrementos de pájaro, y vieron huellas de cascos que habían aplastado las flores hasta dejarlas reducidas a mantillo.

Mal avanzó por el pasillo, casi corriendo, pero Christopher se paró en seco. Entre las espinas de los rosales que cubrían la pared, acababa de ver el pomo oxidado de una puerta.

—¡Espera! ¡Aquí hay una puerta!

Christopher la abrió y una sensación de alivio le recorrió el cuerpo.

Era el comedor, una estancia enorme, con una lámpara de araña colgando del techo y soperas de plata cubiertas de musgo. Y en el centro, encima de una mesa capaz de dar cabida a cien comensales, había un velero con capacidad para ocho o nueve personas. En el lateral se leía su nombre: *Siempre Adelante*.

Sonó otro rugido en algún rincón del palacio. Y a continuación oyeron la voz de Nighthand:

—Acercaos, pequeños karkadannes. Pienso convertir vuestros cuernos en unas lámparas preciosas, con pantalla y todo.

—¿Vamos a ayudarlo? —preguntó Mal.

—Primero la barca —respondió Christopher—. De lo contrario, ¿qué sentido tiene todo esto?

En el interior de la embarcación había un mástil, dividido en cuatro partes, y un conjunto de velas perfectamente dobladas. Y a pesar de que la mesa estaba cubierta de rosas y musgo, y su madera llena de agujeros de carcoma, la barca parecía aún por estrenar, como si acabaran de barnizarla. Tenía un color marrón intenso y brillante.

—Pues es verdad eso de que la madera de dríade dura eternamente —dijo Mal, con admiración.

Tiraron de la barca para bajarla de la mesa, montando un gran estruendo. Era demasiado pesada para levantarla, pero podían arrastrarla por el suelo.

Se oyó de nuevo la voz de Nighthand, más cerca ahora.

—No sé si entendéis el lenguaje humano, pero si es así, permitidme que os diga que deberíais repensaros vuestra actitud con respecto a la higiene dental.

Y entonces lo oyeron gruñir otra vez, soltar un grito ahogado y, a continuación, un golpe sordo.

Arrastraron la barca por el pasillo, hacia la ventana doble que había al fondo y que era la más ancha.

—Más rápido —urgió Mal.

Oyeron un rugido humano, después un grito animal de agonía, y Nighthand apareció en el otro extremo del pasillo. Sujetaba en una mano una espada de mármol de una de las esculturas de centauros y en la otra, la daga glamry. Ambas estaban cubiertas de sangre.

—¡Los he matado a los tres! —vociferó. Estaba empapado en sudor, pero parecía ileso. Sus ojos se abrieron de par en par en cuanto vio la barca—. ¡La habéis encontrado!

—La ha encontrado Christopher.

El rostro de Nighthand se iluminó por un instante con una sonrisa sincera que le alteró las facciones.

—Estupendo. —Levantó la nave como si fuera una cesta de fruta y la empujó por la ventana sin cristal para que se deslizara hasta el suelo del exterior—. Vámonos.

Se volvió hacia los chicos… y vio que se habían quedado paralizados.

—Karkadannes —murmuró Mal.

De pronto, la escena se convirtió en una verdadera pesadilla. Los karkadannes acababan de cruzar la puerta del otro lado del pasillo. Y no eran solo un par: una manada integrada por unos treinta ejemplares avanzaba en tropel hacia ellos. Algunos tenían costras y zonas sin pelo. Babeaban.

Christopher se volvió hacia la ventana y vio más karkadannes en el patio. El aire apestaba y contó rápidamente un total de dieciocho.

Nighthand actuó a tanta velocidad que no tuvieron tiempo ni de gritar.

—Colocaos detrás de mí —dijo, y cogió a Mal por la barbilla—. No te muevas de aquí hasta que yo lo diga. Y si muero, no llores, ¿me has entendido? Nací justo para esto. —Empujó a Mal hacia el rincón, y luego a Christopher. Desenfundó de nuevo la daga glamry —. Esto es lo que me pide la sangre: proteger a quien merece la pena ser protegido.

Y entonces soltó un relincho, agudo y prolongado.

—¡Venga, caballitos!

Y cargaron contra él, un océano de cuerpos negros furiosos, y de cascos y dientes amarillos.

Nighthand se catapultó hacia ellos. Movió el brazo con el que sujetaba la daga a la izquierda, a la derecha, a la izquierda, atacando y girando a tanta velocidad que era imposible ver nada.

Blandía la espada de mármol con la mano izquierda. Y cuánto más rápido llegaban hasta él, más rápido caían los karkadannes. Nighthand cortó cuellos, cuernos, ojos, orejas, flancos, se agachó para atravesar a uno desde abajo, le rebanó la cola a otro.

Cayeron diez, quince, veinte y más; se estampaban contra las estatuas, se desplomaban sobre las rosas. Mal gritó y agarró a Christopher por el codo; ninguno de los dos podía apartar la vista de Nighthand.

El último karkadann corría a la carga, con el cuerno bajo. Nighthand lo despachó con una estocada de la espada de mármol que lo tumbó en el acto. Jadeante, Nighthand descansó las manos en las rodillas y empezó a toser.

—Vámonos —dijo—. Se acabó la fiesta.

—¡Nighthand! —chilló Mal—. ¡Cuidado!

Se oyó un retumbo de cascos al galope. Nighthand se volvió, pero ya era demasiado tarde. El cuerno de otro karkadann se clavó en su brazo, hundiéndose en la carne. Nighthand emitió un alarido de rabia y agonía, volteó en el aire y le arrancó el cuerno a la criatura. Y el cuerno se quedó allí, empalándole el brazo. Nighthand le atestó otro golpe y el karkadann se desplomó a sus pies.

Nighthand se tambaleó hasta quedarse apoyado en la pared. Tiró del cuerno para arrancárselo del brazo y empezó a sangrar en abundancia. Estaba aturdido.

Christopher se quitó el abrigo y se lo ofreció para intentar detener la hemorragia.

—Deja que te ayudemos.

Mal y Christopher le vendaron la herida como pudieron.

Con un esfuerzo colosal, Nighthand esbozó una sonrisa.

—Adelante —dijo. Ignoró las preguntas y las posteriores ofertas de ayuda con un gesto de impaciencia—. Parad. Ya sabéis que no me gusta nada este tipo de parloteo. Es la única forma de hablar que me resulta estresante.

Y, con el brazo bueno, cogió a Mal y la ayudó a saltar por la ventana. Cogió entonces la barca con una sola mano, la levantó y echó a andar hacia el mar.

Irian los estaba esperando. Su rostro se iluminó como un amanecer en cuanto los vio llegar. Amarraron la barca de madera de dríade al *Bailarina de las Sombras* e Irian levó anclas. Y la

embarcación puso rápidamente rumbo hacia la isla del Oro Vivo.

Christopher, Mal y Nighthand se tumbaron jadeantes en cubierta. Ratwin se posó en la cabeza de Nighthand y pegó la nariz a la del berserker.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Irian.

Buscó vendajes en el botiquín y se agachó para retirar el abrigo de Christopher. Nighthand no rechazó su ayuda.

—Caballos —dijo Nighthand—. Caballos muy enfadados.

—Sí —afirmó Christopher—. No recomendaría su presencia en ninguna competición ecuestre, la verdad.

Y oyó reír a Mal, con ganas, por primera vez en muchos días.

EL CALOR DEL ORO VIVO

Un día después, mientras navegaban bajo un cielo despejado y se acercaban a la isla del Oro Vivo, nadie reía.

Fue Irian la que se dio cuenta de que la herida de Nighthand iba a peor. Christopher, que estaba limpiando con un trapo las escotillas de la embarcación para retirarles la sal, vio que Irian se volvía de repente hacia el berserker.

—Nighthand…, ¡tu brazo!

—¿Qué le pasa a mi brazo?

—Que está hinchado. Y… huele.

Y así era. Cuando Nighthand se quitó la chaqueta, el hedor de alguna cosa animal, pudriéndose, se hizo evidente.

Nighthand bajó la vista hacia la herida. Su antebrazo era un amasijo de sangre, tela y algo peor…; algo pegajoso, un pus amarillento y pastoso que supuraba por los bordes de la herida. Se quitó el vendaje y, con la punta del dedo, retiró una tira entera de piel, con la misma calma con la que estaría hojeando una revista.

—Ah. Sí, parece que tengo el brazo un poco… cascado, sí.

—Estoy pensando —dijo Ratwin— que supuestamente los humanos no tenéis que oler como el fondo de un pantano, ¿verdad? —Su cara verde revelaba su ansiedad.

—¡Nighthand! Tienes que tomarte esto en serio —dijo Irian—. ¿Cómo te hiciste esto? ¿Fueron los dientes de un karkadann? ¿O el cuerno? Si fueron los dientes, se curará. Pero si fue un cuerno…

—Un cuerno. Sí.

—El cuerno del karkadann lleva un veneno que segrega una glándula situada en la punta. —Irian se quedó mirándolo, y al ver que su expresión se mantenía impasible, añadió—: Es mal asunto, Nighthand.

—Recuerdo haber oído que no es algo que los médicos recomienden fervientemente —replicó Nighthand. Parecía que estuvieran hablando de un error de impresión en los horarios del autobús—. ¿Existe algún tipo de cura?

—No lo sé. Pero hay que ponerte en tratamiento y rápido —dijo Irian—. ¡Ratwin! Hay que cambiar el rumbo…

—¡No vamos a cambiar nada! —exclamó el berserker, y se quedó mirándola. De pronto, bullía de rabia—. Vamos a ir a buscar el oro y luego iremos a buscar a los asesinos. Ya hemos perdido demasiado tiempo…, no podemos perder más.

—Nighthand. —Irian retrocedió un paso pero le sostuvo la mirada—. El veneno gana intensidad con el tiempo. ¿Para qué le servirás al Inmortal si estás muerto?

Nighthand la miró con mala cara; tenía el pelo más alborotado de lo habitual y el rostro tenso.

—No es más que un arañazo imperceptible, la huella de un caballito feo. Irian —y entonces levantó la mano, como si quisiera protegerse de la mirada de ella—, no desperdicies tu energía poniendo esa cara.

Y la cara del berserker, mucho más inquieta que cuando se enfrentó a la estampida de karkadannes, se volvió hacia el otro lado.

—Nighthand —insistió Irian, y subió la voz, enojada también—. Solo te estoy pidiendo que seas razonable. ¿Voy a necesitar pedírtelo de rodillas?

Pero Nighthand, revuelto como una tormenta, ya se estaba alejando. Y, entonces, gritó con brusquedad.

—¡Christopher! ¡Mal! ¿Dónde os habéis metido?

—Aquí —respondió Christopher, que hasta aquel momento había pasado desapercibido.

—¡Lávate en el mar! Debemos dar buena impresión al dragón. Los dragones dan gran importancia a las apariencias. Y vosotros, niños, lleváis encima dieciocho variedades de suciedad, como mínimo.

Mal, que estaba en el lado opuesto de cubierta, miró de reojo a Christopher, que comprendió que estaba pensando exactamente lo mismo que él: que Nighthand parecía estar compuesto en igual medida por sal de mar, sangre y vello facial. Parecía una escena del crimen con piernas. Pero Nighthand era impredecible, estaba enojado y medía casi dos metros, así que no se lo dijo en voz alta.

* * *

El barco exigía ahora toda su atención, para que las velas se mantuvieran tensas y para sortear los arrecifes y las rocas que emergían del fondo. Christopher localizó en el mapa el lugar: «Areat o Isla del Oro Vivo», ponía. Un punto que apenas superaba en tamaño la cabeza de un alfiler.

—Anja —dijo Mal, e hizo una mueca de asco al pronunciar el nombre— comentó que el dragón es un jáculo. —Estaba sentada en cubierta, con la espalda apoyada en el costado de la embarcación, las rodillas dobladas y la barbilla descansando sobre ellas. Había pasado mucho tiempo así: sentada, en silencio, mirando el mar—. ¿Qué tipo de dragón es ese?

Irian arrugó la frente, rebuscando en su almacén de conocimientos.

—Me temo que no soy muy buena en dragones. Conozco el de alas rojas, el plateado, el amarillo, el estrellado, el barbudo y el dragón hortícola. Pero mi especialidad es el mar, no el cielo.

—Bueno, ya lo identificaremos, seguro —opinó Mal—. Al fin y al cabo, se trata de un dragón. Es difícil pasarlos por alto. Esperaremos a que no esté por allí y entonces bajaremos a tierra.

Pararon para rellenar los tanques de agua dulce en una cala de la isla de Karkara. No estaba habitada por humanos, pero sí rebosante de vida salvaje. Por encima de sus cabezas vieron volar una bandada de gaganas, con sus picos de hierro brillando bajo la luz del sol, y cuando el barco atracó, salió huyendo una manada de

gatos salvajes con pelaje luminiscente.

—¡Carbúnculos! —exclamó Mal—. ¡Dicen que si los sigues puedes descubrir dónde tienen enterrado su tesoro!

—Hay que tener en cuenta, de todos modos —dijo Irian—, que su definición de «tesoro» es muy variada. Hay gente que ha estado persiguiendo carbúnculos durante meses y han acabado desenterrando una cola de ratón y tres cabezas de pescado.

Había también una importante población de salamandras de agua dulce. Los bosques y las colinas estaban repletos de estanques con aguas que desprendían columnas de vapor y estaban rodeados de hierba cubierta de neblina.

Mal y Christopher se bañaron en un estanque —el agua estaba caliente como la de una bañera, gracias al calor que desprendían los cuerpos de las salamandras— y se frotaron con unas esponjas de mar que habían encontrado en la playa. La cicatriz que Gelifen había dejado en la mejilla de Mal seguía estando roja, y se la tocó con cuidado con la punta de los dedos.

Hicieron un concurso para ver quién aguantaba más tiempo bajo el agua sin respirar (ganó Mal) y quién aguantaba más tiempo haciendo el pino bajo el agua (ganó Christopher; Mal se cayó al instante y salió escupiendo agua). Encontraron savia en un árbol grácil y esbelto. («Un haya, me parece —dijo Mal—. Aunque no tengo ni idea, la verdad, no sé nada de árboles». «Lo cual no es buena señal, teniendo en cuenta que la misión en la que estamos metidos tiene mucho que ver con árboles», replicó él, y ella se partió de la risa). Mal, cuyo humor iba mejor a cada segundo que pasaban en la isla, le enseñó cómo extraer la savia de la corteza formando largos hilillos pegajosos. («¡No, idiota! Mira cómo lo hago yo. No lo rompas. Es como si pelaras el árbol»). Sabía a miel quemada y era gomosa como el regaliz.

Una vez vestidos, Mal sacó del bolsillo su hilo dorado para trenzarse de nuevo el pelo. Y su mano, al hurgar en el bolsillo, encontró el casapasarán.

Frunció el ceño al ver que la aguja trazaba un círculo entero y se detenía.

—¡Algo va mal! Primero apuntaba hacia Arkhé y ahora se ha movido. ¿Qué significa esto?

Christopher le echó una ojeada.

—Indica el punto hacia el que nos dirigimos. Señala hacia la isla del Oro Vivo. —Y al ver que Mal parecía cada vez más preocupada, pensó a toda velocidad—. Quizá —añadió— ahora que eres el Inmortal…, quiero decir, ahora que has accedido a serlo… si tu casa es…

Pero Mal lo interrumpió antes de que le diera tiempo a terminar la frase.

—¡Oh! Ya entiendo qué quieres decir. Que quizá, si lo que señala es el camino de vuelta a casa, y si resulta que ya no tengo una casa en el Archipiélago, a lo mejor me está indicando la manera de conseguir una.

Un pensamiento golpeó de repente a Christopher como un bofetón y no pudo evitar decir:

—Pero, espera un momento…, ¿significa esto que podría guiarte a través del laberinto? ¿Sin necesidad de poción?

Por un instante, Mal esbozó una mueca de sorpresa, de esperanza, de algo extraño y más complicado que esas dos cosas, pero enseguida negó con la cabeza.

—Las esfinges dijeron que Da Vinci había puesto un montón de trampas en el laberinto. Aun en el caso de que pudiera hacer lo que dices, y no sé si podría, seguro que no sería suficiente. Tengo que ser yo.

Pero presionó el casapasarán con fuerza en el interior de su mano y, cuando pensó que Christopher ya no miraba, él vio que se lo acercaba a la mejilla.

* * *

El viento se levantó por fin y surcaron las aguas a toda velocidad hasta avistar la roca. Incluso de lejos, brillaba como un faro.

La isla era apenas más grande que una piscina, pero el árbol era gigantesco, grueso como un roble y tres veces más alto. Resplandecía en un color amarillo oro y brillaba bajo el sol, reflejando en su imponente tronco el movimiento del mar.

—No se ve ningún dragón —dijo Christopher—. ¡Deberíamos ir ahora mismo!

Nighthand se incorporó y se tambaleó un poco.

—¡Adelante! Vayamos a por ese oro.

Irian dudó al verlo.

—Nighthand… —empezó a decir.

Pero fue Mal la que tomó la palabra. Christopher y ella lo habían hablado previamente; habían visto que Nighthand, ahora que había jurado servir a Mal para toda la eternidad, era incapaz de rechazar sus órdenes.

—No. Tú te quedas aquí —dijo Mal—. Ratwin tiene que ocuparse de planificar la ruta; Irian, de reparar el barco. —Era mentira, el *Bailarina de las Sombras* no necesitaba ninguna reparación, pero alguien tenía que quedarse con Nighthand—. Y, Nighthand, tú tienes que montar guardia por si acaso aparece el dragón. Iremos Christopher y yo.

Hubo una discusión, por supuesto, pero últimamente se estaba haciendo complicado llevarle la contraria a Mal. Su expresión era determinada; desde la noche posterior a la muerte de Gelifen, se había apoderado de ella una seguridad feroz que la había transformado en alguien muy poderoso. Tenía la personalidad de un berserker.

Y así fue como Christopher y Mal saltaron de la barca para, con el agua hasta la rodilla, caminar hasta la orilla. Contemplaron el árbol. Era tan dorado que, de cerca, resultaba casi cegador. La superficie del tronco era tosca e irregular, como si realmente fuera una corteza.

—Treparé yo —dijo Christopher.

—¿Por qué tú? —replicó Mal, lista para la pelea.

—Porque si tú te caes y te lesionas, o si te mueres, nunca encontrarían al siguiente Inmortal, o tardarían años en hacerlo. Y si te pasa cualquier cosa, no habrá nadie que pueda entrar en el laberinto. Por eso me encargaré yo.

Las palabras de Christopher hicieron reflexionar a Mal, y el orgullo y el sentido común entablaron una clara batalla en su rostro.

—De acuerdo. ¡Adelante!

—¡Voy! Pero dame antes un segundo para echarle un vistazo.

Mal sonrió, a pesar de todo, y dio una vuelta alrededor del árbol con él. No parecía muy complicado, pensó Christopher. Sabía trepar bien; de pequeño, había trepado a todos los árboles de los

alrededores de su casa.

La corteza dorada tenía nudos, algunos de ellos lo bastante grandes como para apoyar el pie.

—Vamos allá —dijo, y se agarró a un nódulo dorado que sobresalía del tronco.

—¡Ay! —Maldijo para sus adentros—. Está ardiendo, por el sol, imagino.

—¿Te están saliendo ampollas? ¡Sumerge las manos en el agua del mar!

—No hay tiempo.

Apoyó de nuevo la mano e hizo una mueca de dolor al sentir el calor de la corteza.

El árbol era duro e implacable, sus uñas se doblaban y rascaban la superficie, pero podía treparse. Llegó a la primera rama y se deslizó por ella.

De allí saltó a otra rama, más pequeña, y de allí a un abanico de ramas más delgadas. Cogió una de ellas, fina como su dedo meñique y larga como su antebrazo, y tiró. Se soltó; era caliente, frágil y resplandeciente.

—¡Atención! ¡Cógela!

Y le lanzó la rama a Mal. La oyó exhalar un suspiro de placer.

—¿Cuántas ramas necesitamos? —preguntó Christopher.

—No lo sé. Mejor que sobren que no que falten.

Christopher siguió moviéndose por el árbol, arrancando ramitas doradas que Mal iba recogiendo. Algunas costaban más de arrancar que otras. Incluso, en un momento dado, se tambaleó, así que finalmente se tendió casi bocabajo y se sujetó con más firmeza con las piernas a la rama principal.

A lo largo de algunas ramas habían brotado capullos minúsculos y se estaban formando hojas doradas, duras como la corteza.

Cuando hubo arrancado todas las ramitas de una rama, trepó un poco más arriba. Allí las hojas eran más grandes, del doble del tamaño de su mano. Se dispuso a arrancar una.

—¡Detente!

El corazón le dio un vuelco. Estuvo a punto de caer. La voz había sonado potente, aguda, imperiosa. Y su acento no le sonaba en absoluto; de hecho, no era una voz humana.

—¡Soy el jáculo de la isla del Oro Vivo, y te ordeno que te

detengas!

Christopher miró a su alrededor, pero no vio nada. Se colgó con las manos y saltó los dos metros y medio que lo separaban del suelo, aterrizando en cuclillas, un salto capaz de partirle los tobillos a cualquiera.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—¡Aquí! ¡Oh, por el nombre del Inmortal, aquí abajo!

El dragón se alzó delante de él. Era de color plateado y tenía las alas de una tonalidad verde dorada. Tenía el tamaño de un colibrí y temblaba de rabia por la afrenta.

Mal soltó una carcajada. El dragón se volvió hacia ella.

—¿Qué es lo que parece tan gracioso? ¿Mi tamaño, quizá?

—No —dijo Mal—. ¡No! Jamás me atrevería a reírme de un dragón.

—Soy pequeño, muchachita, pero en absoluto inocuo.

El dragón ladeó la cabeza y expulsó una pequeña bola de fuego por la nariz. Christopher retrocedió de un salto.

—Soy un jáculo. El dragón-árbol. Y mi sacrosanto derecho y deber es comeros al instante. Ha sido una gentileza por vuestra parte que os hayáis presentado aseados.

Christopher miró de reojo hacia el barco. Estaba demasiado lejos para que los oyeran gritar.

El jáculo los miró de arriba abajo.

—Tú, chico, veo que no eres de las islas Encantadas. ¿Acaso las historias del poderoso dragón en miniatura no han llegado a las Tierras Comunes?

Christopher hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Los dragones de nuestras historias son siempre grandes, creo. Lo siento —respondió.

—Uno de los vuestros, Plinio, viajó hasta aquí, a través de la Senda entre Mundos. Dijo que le hablaría a toda su gente sobre mí en cuanto volviera a casa. ¡Deberías conocerme!

Indignado, el pequeño dragón escupió una chispa de fuego que llegó a menos de quince centímetros del codo de Christopher, que se ladeó para esquivarla.

—¿Tienes nombre? —preguntó Mal.

—Acabo de decírtelo. Soy un jáculo.

—Pero a lo que me refería es… Verás, yo me llamo Malum. Y él,

Christopher. Lo pregunto para diferenciarte de los demás jáculos.

—¿Y de dónde salen esos nombres?

—El mío me lo pusieron mis padres —dijo Christopher.

El jáculo volvió a mirarlos de arriba abajo.

—Yo salí solo, de un huevo —dijo el jáculo—. Ningún dragón me ha puesto nombre. He viajado, pero solo lo necesario para procurarme comida.

—No tienen por qué ser tus padres. También podría ponerte un nombre un humano.

—A casi todos los humanos que han llegado a mi isla los he quemado, como es mi deber, momento en el cual les habría sido imposible ponerme un nombre. Y luego me los he comido, muy despacio, con tiempo. El carbón impide que la carne se pudra.

—¿Y a nosotros por qué no nos has quemado?

El jáculo aspiró hondo.

—Por el chico. Tiene un aroma especial. Hay algo en su sangre que atrae hacia el mundo de los vivos; como si tuviera un efecto llamada. He sentido curiosidad. Y tú, chica: sé lo que eres. Huelo el glimor en ti. A ti no te devoraría ni un kraken. Comerse un Inmortal da mala suerte.

Se estaba levantando el viento. Las nubes ocultaron el sol y el árbol proyectó una sombra alargada en el agua. Christopher se estremeció. La isla era un lugar inhóspito, a pesar de su glorioso esplendor.

—¿Y así que llevas mil años custodiando este árbol? ¿Tú solo? —preguntó Christopher. Muy a pesar suyo, aquel dragón minúsculo y mandón le inspiraba cierta simpatía—. ¿No acabarás odiándolo, tarde o temprano?

Fue un error. El dragón alzó el vuelo, una minúscula turbina de rabia.

—¡Bellaco presuntuoso! ¡Te estás tomando demasiadas libertades! Al Inmortal no le haré ningún daño, pero a ti te comeré…

—¡Espera, espera un momento! Lo único que quería decir es si no te sientes muy solo aquí.

El jáculo emitió una especie de rugido grave, una advertencia.

—Los dragones no sentimos la soledad. Eso no es más que una emoción humana. Y quizá también de algunas de las dríades más

débiles. —Escupió fuego.

—Pero ¿por qué sigues aquí? —preguntó Mal—. Podrías ir volando a cualquier otro lado.

—El jáculo debe guardar el árbol del oro vivo.

—¿Y cómo lo sabes si nunca ha habido otros dragones que te digan lo que tienes que hacer?

El dragón respondió en tono quejumbroso.

—¿Cómo sabe un pájaro, cada año, cuál es la ruta para volar hacia el sur, desde Paraspara hasta Edem? Yo simplemente sé que tengo que hacerlo. Y he aprendido muchas cosas de los humanos que han pasado por aquí, antes de comérmelos, claro. He aprendido idiomas: árabe, sánscrito, francés antiguo. Hace cosa de doscientos años vino un explorador que me enseñó inglés. No me lo comí hasta aprender todos los verbos irregulares.

—Pero nunca aprendiste tu nombre.

El dragón dudó, hasta que su cabeza de dragón hizo un gesto de asentimiento.

—Pues no.

—Si te pusiéramos un nombre —dijo Christopher— y yo te jurara que en cuanto vuelva a mi mundo contaré muchas historias sobre la importancia del dragón jáculo, ¿nos dejarías marchar?

—¿Tú? ¿Escribirías sobre mí? ¿Eres un cronista?

—Sí. Sí. Exacto.

—Cierto es que los dragones necesitamos de alguien que cante sobre nosotros en las Tierras Comunes. Sin las canciones, nos vemos… empequeñecidos.

Christopher asintió y Mal, que estaba a su lado, movió también la cabeza arriba y abajo, en un apasionado gesto de asentimiento.

—Pues yo puedo hacerlo —dijo Christopher—. Te lo juro solemnemente.

El dragón dudó.

—Tendría que ser un buen nombre —dijo finalmente—. De lo contrario, me vería obligado a quemarte para darme luego un festín con tu cuerpo.

Christopher miró a Mal a los ojos. Por un momento, la chica cayó presa del pánico. Sus labios formaron, sin pronunciarla, la palabra «¿Norman?».

—¿Qué te parece… Jacques? —sugirió rápidamente Christopher.

El jáculo se quedó pensando.

—¿Jacques el jáculo? ¿No es… demasiado simple?

—Es un nombre pulcro, pero en absoluto simple —respondió Mal—. Es distinguido. Elegante.

—Se deletrea «J-a-c-q-u-e-s» —le explicó Christopher. En el colegio tenía un compañero que se llamaba Jacques—. Pero se pronuncia «Jac». Razón por la cual tendrías letras ocultas, que solo las conoces tú.

—Jacques —dijo el dragón.

Y, entonces, miró de nuevo a Christopher, miró el oro. Y sin pestañear, levantó el vuelo.

—Debo contárselo a alguien —reflexionó—. Debo presentarme. Jac. Jacques.

LA ISLA DE LOS ASESINOS

La isla de los Asesinos era grande, árida e inhóspita. El terreno ascendía hacia el oeste formando una montaña de pendiente moderada, mientras que hacia el este se extendía una cordillera de menor altura. De lejos, la ladera de la montaña tenía un color marrón grisáceo, pero, a medida que fueron aproximándose, Christopher distinguió que había más variedad: había campos de cultivo dispuestos en terrazas, con trigo y otro cereal de aspecto más robusto, algunos árboles y zonas de tierra rojiza y húmeda donde correteaban las cabras.

La mayoría de las casas, construidas con piedra gris de la isla, estaban apiñadas a los pies de la montaña más alta. Era un lugar austero y desolado. El cielo amenazaba tormenta, y cuando se acercaron a tierra, la lluvia empezó a motear la superficie del mar.

—Este lugar fue elegido, hace cientos de años, por el modo en que sus aguas mantienen a sus habitantes inmovilizados aquí —explicó Irian.

—¿Y todos los asesinos vienen a parar a esta isla? —preguntó Christopher.

—No —respondió Irian—. Solo aquellos que se considera que han causado un daño indescriptible.

—¿Y no se matan entre ellos, aquí en la isla? —quiso saber Mal —. ¿No tienen miedo los unos de los otros?

—Creo que a algunas personas, las que después de asesinar por primera vez descubren que no es una experiencia tan desagradable, les resulta cada vez más fácil hacerlo —dijo Irian—. Pero en la mayoría de los casos, el acto del asesinato nace a partir de un sentimiento de pánico espantoso, o de una ira cegadora, o de una enfermedad, o del terror. Pero no es una costumbre.

Nighthand le lanzó una mirada.

—No sé. Conozco a algunos que han acabado con sus huesos aquí y la verdad es que no me gustaría nada tener que volver a cruzarme con ellos. Es un lugar feo, Mal. No te despegues de mi lado, ¿me has entendido?

Christopher esperaba que el mar que rodeaba la isla estuviese agitado, quizá con olas de tres metros o exhibiendo cualquier otra feroz manera de retener a la gente en tierra, pero el mar era simplemente el mar: inquieto, gris, pero sin malicia. Cuando estuvieron más cerca vieron varios postes de madera sobresaliendo del agua, con una serie de carteles escritos en quince idiomas.

«Los que entren no podrán salir».

«Si podéis, dad media vuelta».

«Nada bueno os espera aquí».

—Aquí es donde se realiza el transbordo, donde los convictos suben a bordo de pequeños botes —explicó Irian—. A partir de este punto, viajan solos el resto del trayecto.

Nighthand subió a bordo de la *Siempre Adelante* un arco y unas flechas que había encontrado en el camarote de Anja, junto con varios cuchillos de cocina —el grupo entero se estremeció al oír el ruido de cubiertos—, y los cuatro subieron entonces a la barca de madera de dríade.

Irian tapó el nombre de la embarcación con un trozo de tela.

—Por si acaso —indicó.

Nighthand acarició la cabeza de Ratwin con su mano grande y nudosa. La piel de sus dedos estaba adquiriendo una tonalidad azulada, pero el berserker resistía.

—Vigílanos el barco —dijo—. Y muerde a cualquiera que pretenda subir.

Mal se volvió hacia Christopher. Forzó una sonrisa, pero fracasó

en el intento.

—Confiemos en que la barca funcione —expuso—. Porque si no, nunca podremos volver.

Christopher notó que el miedo crecía en su interior, pero asintió de todas maneras.

—Funcionará. Conseguiremos la poción y saldremos de aquí sin problemas. Sé que lo conseguiremos.

Mal se quedó mirándolo y él le sostuvo la mirada, sin pestañear. Sabía mentir bien. Mal sonrió y esta vez lo consiguió.

—Estupendo.

El puerto seguía las pautas del estilo antiguo: un recinto cuadrado construido con piedra pesada y voluminosa, con tres de sus lados flanqueados por edificios y el cuarto abierto al mar. Las embarcaciones amarradas eran muy similares entre sí, más pequeñas incluso que la de ellos, y estaban pintadas en verde menta o en negro. Por los muelles volaban papeles y en el agua flotaba basura.

Había también bastante gente, formando grupos de tres o cuatro personas que volvieron la cabeza al verlos aproximarse. La mayoría eran hombres, de todas las edades, razas y estatura, pero había asimismo entre ellos varias mujeres, con la cara muy arrugada.

Nighthand saltó a tierra y utilizó el brazo bueno para amarrar la barca a un aro metálico clavado en la piedra. La verdad es que la embarcación no destacaba en absoluto entre el resto de las barcas que se balanceaban en las grises aguas del puerto.

Uno de los hombres echó a andar hacia ellos. Vestía un traje limpio, con las mangas y las solapas raídas, y tenía una voz autoritaria.

—Recién llegados, ¿verdad?

—Sí —dijo Irian.

Cuando la gente se percató de la presencia de Mal y Christopher, retrocedió un poco. Una de las mujeres más jóvenes murmuró:

—¿Niños?

—Como bien podéis ver —dijo Nighthand, irguiéndose hasta alcanzar toda su altura. La manga del abrigo le ocultaba la herida del brazo. Su expresión se volvió oscura y agresiva. Todo en él parecía proyectarse hacia delante: mandíbula, codos, cejas—. Que nadie se les acerque. Que nadie les haga preguntas.

—Ya sabéis —dijo el hombre, a regañadientes— que a los prisioneros se les ha concedido el derecho a traer a sus familias. ¿Es eso lo que sois, pues? ¿Una familia? —Miró a Nighthand y a Mal, luego a Irian y a Christopher. No parecían parientes ni de lejos.

—Estamos… —habló Irian— juntos.

El hombre sorbió por la nariz.

—Me llamo Guillaume Broch —se presentó—. Soy uno de los cuatro alcaides de la isla, siempre y cuando pueda decirse que hay alcaides en una isla de la que nadie, ni siquiera yo mismo, puede salir jamás. Pero tenemos procesos para los recién llegados. Alojamiento, trabajo, comida… tenemos que hablar de esos temas. No podéis simplemente llegar y…

—Todo a su debido tiempo —dijo Nighthand, interrumpiéndolo —. Porque antes que nada tenemos una petición urgente: debemos hablar con Petroc, el centauro.

Un murmullo de desconfianza recorrió la multitud.

—¿Por qué? —preguntó Broch.

—Porque tenemos un mensaje para él —respondió Nighthand.

Uno de los hombres, bajito y viejo, con los dientes y los dedos amarillos por el tabaco, escupió en el agua.

—No sé qué puede haber de urgente aquí —murmuró.

Pero Broch fulminó al hombre con la mirada.

—No he preguntado tu parecer. —Se dirigió de nuevo a Nighthand—. Es fácil encontrar al centauro. Está en el bosque. —Señaló un camino que conducía hacia una calle con casas de piedra y alguna tienda y que continuaba hacia una zona boscosa—. Basta con que sigáis la dirección del sonido que emite la forja.

* * *

El bosque era muy distinto del que habían atravesado Mal y Christopher a lomos de los unicornios. Era más oscuro y muchos de los árboles tenían espinas. Las ramas quedaban a su altura y parecía que pretendieran impedir su avance y convencerlos de dar media vuelta. Había empezado a llover con más fuerza y los truenos retumbaban por encima de sus cabezas. En el pueblo, los perros aullaban.

—¡Escuchad! —ordenó Irian—. ¿Oís eso?

A lo lejos, muy débilmente, se oía un sonido de metal contra metal. Cuanto más caminaban, mejor se oía. Se encontraron de pronto en un claro del bosque, un espacio donde los árboles habían sido talados, no creado de forma natural. Y allí, justo en el centro e inclinado delante de un caldero que ardía sobre una hoguera, estaba el centauro.

Su cuerpo de caballo y su piel humana eran de un blanco cegador. Tenía el cabello negro, muy corto, y los ojos verdes. Su piel parecía áspera, quemada en ciertas partes por el contacto continuo con el fuego. La naturaleza le había regalado una cara asombrosamente atractiva, pero la crueldad de las finas arrugas que rodeaban sus ojos y su boca hacía imposible cualquier belleza.

—Oh —musitó Mal, y Christopher, al seguir la dirección de su mirada, vio que el centauro estaba encadenado.

La cadena estaba atada con dos esposas a las patas traseras del centauro y no le permitía desplazarse más allá de los márgenes del claro. Era de oro puro.

Tenía una voz ronca, pero los recibió con un gesto equiparable a la cortesía.

—Sentaos si queréis —dijo, y señaló un par de taburetes toscos que había a su lado.

Mal se dispuso a sentarse, pero el gesto de negación de Nighthand le hizo cambiar de idea. Permanecieron de pie, lejos del alcance de la cadena de oro.

—La vieja del longma me dijo que vendríais a verme. —Mientras hablaba, echó un puñado de hojas al caldero, que al instante desprendió un olor acre y amargo—. No la creí. ¿Quién iba a venir aquí a buscar una poción que no puede ser transportada fuera de la isla? —Su voz sonaba gutural, como si no estuviera acostumbrado a utilizarla—. ¿Tenéis manera de salir de aquí?

El rostro de Nighthand se mostró inexpresivo y cauto.

—Eso no es asunto tuyo, Petroc.

El centauro se quedó a la espera.

—La tenemos —dijo Mal—. Sí.

—¿Habéis traído el oro del árbol del oro vivo? Porque si no lo tenéis con vosotros, habéis hecho el viaje en balde.

—Lo tenemos —respondió Irian.

El centauro la miró de arriba abajo, con descaro.

—Mostrádmelo.

Christopher sacó del bolsillo el trozo de tela donde había envuelto las ramas doradas. Temblando bajo la lluvia, se acercó al centauro, depositó el bulto en sus manos y se alejó casi corriendo hasta quedar lejos del alcance de la cadena, aunque desde donde estaba podía oler todavía el hedor del aliento de la criatura. Petroc abrió el paquete y su expresión se alteró con feroz y salvaje satisfacción. Pero dijo tan solo:

—Bien.

—¿Lo harás, pues? —preguntó Nighthand—. ¿Prepararás la poción para devolver la memoria al Inmortal?

—Tal vez.

—¿Tal vez? —Nighthand desenvainó lentamente la daga glamry —. No hemos venido hasta aquí para escuchar un «tal vez».

El centauro se limitó a enarcar las cejas.

—Guarda tu navajita —indicó— o no hablamos más. No me gusta que los cuchillos se metan en la conversación, ¿entendido?

Nighthand dudó, pero acabó enfundando la daga. Christopher vio que respiraba con dificultad y las piernas no lo sostenían con firmeza.

—Aun en el caso de que pudiera preparar la poción —dijo Petroc—, no puedo administrarla. ¿Me explico? Para que sea efectiva, debe ser calentada por el fuego de las dríades y supongo que ya os habréis dado cuenta de que en esta isla perdida no hay dríades.

—Pero ¿puedes prepararla? —preguntó Irian.

—Puedo, sí. Pero no he dicho que vaya a hacerlo.

Mal habló entonces, como si hubiera estado refrenándose de formular la pregunta y ya no pudiera aguantar más.

—¿Qué has hecho para que te encadenen de esta manera? No he visto a nadie más encadenado.

El centauro la miró con dureza.

—¿Por qué lo preguntas si es evidente que no estás preparada para oír la respuesta?

Mal, ruborizada, fulminó con la mirada al centauro, y Christopher lo miró de igual manera, en solidaridad.

—¿Quién dice que no está preparada? ¿Acaso mataste a alguien?

Petroc levantó las cejas.

—Estoy seguro de que incluso un humano puede ver que se trata de una pregunta estúpida. Sí, por supuesto que maté a alguien. Y, como parte de mi castigo, mi gente decidió que debía estar encadenado. Encadenado con un material que es una aleación de oro vivo, que no puedo romper. Que un centauro asesine a otro es muy excepcional.

El centauro se volvió de nuevo hacia Mal. La lluvia se intensificó e hizo brillar su flanco de caballo.

—¿Así que eres tú? ¿El Inmortal perdido tan buscado por todo el mundo? Acércate para que pueda verte. Hay gente que pagaría un millón de monedas de oro por poder echarte la mano encima.

Mal se apartó. Corrió a refugiarse en un árbol, se sentó en el suelo y descansó el mentón sobre las rodillas. Hacía frío y notaba un vacío entre sus brazos, allí donde debería estar el calor abrasador de Gelifen. Inspiró el olor del jersey, el lugar donde el grifo solía recostar la cabeza contra su cuerpo.

—Mi gente habla constantemente del Inmortal —dijo el centauro—. Es una obsesión. Llevan esperándolo más de un siglo, desde la muerte de Marik, el Hombre que Dijo un Furioso y Desesperado «No». —Rascó el suelo con el casco—. Pero no sabía que sería una cría. Las estrellas no lo dijeron. Mi gente tiene mucha fe en el cielo, pero yo siempre he sido muy escéptico al respecto. El cielo es una cosa demasiado vaga, está demasiado lejos. —Les lanzó a todos una mirada amenazante y se secó el agua de lluvia de la cara—. Yo solo confío en las cosas que se pueden tocar… en la sangre, el oro, el fuego y la tierra.

Repasó con la mirada a Mal; bajó la voz.

—¿Está capacitada para el puesto? Es pequeña. Es como una hormiga, una mosca, una pizca de nada.

A Christopher no le gustó nada el modo en que el centauro estaba mirando a Mal. Acercó la mano al cuchillo de cocina de hoja larga que se había guardado en el cinturón antes de marchar.

—Pero es valiente —dijo.

—¿Es verdad eso que dices? ¿O es simplemente el resultado de vuestra desconcertante cortesía humana, que os lleva a decir cosas bonitas y amables sobre gente que en realidad odiáis?

—Es verdad. Lo he visto. —Quería obligar al centauro a verlo.

Los vapores que salían del caldero le estaban provocando náuseas y dolor de cabeza, pero intentó hacer caso omiso a su malestar—. Puede volar. Escapó de un asesino. Nunca se da por vencida. Eso sí que no sabe hacerlo.

Petroc seguía mirando a Mal.

—Dicen que si el glimor no se salva ahora, ya no se podrá salvar nunca. Es un concepto que a los humanos siempre os ha costado asimilar: que el tiempo puede agotarse. —El fuego a sus espaldas chisporroteaba, y el centauro olisqueó el ambiente—. Habrá un final, un final oscuro y frío. Y eso los centauros lo entendemos. Yo lo entiendo a la perfección. Veo el poder y la belleza de un final así.

Se oyó un sonido de asco.

—Basta. —Era Irian. Christopher nunca la había oído hablar tan fuerte. Se acercó a Petroc, sobrepasando el límite que imponía la cadena—. Lo que digas o lo que pienses me trae sin cuidado. —La presión, la extraña atracción oscura de la voz del centauro se quebró ante la mirada transparente y firme de Irian—. ¿Prepararás la poción? ¿Sí o no? Si la respuesta es sí, prepárala ya. Y si es no, dínoslo y te dejaremos tranquilo con tu cadena y tu humareda y tu miserable parcela enfangada. Pero nos llevaremos el oro.

Nighthand la estaba observando. Sus ojos, enrojecidos y con los párpados hinchados, ardían de admiración.

Petroc le enseñó los dientes.

—De acuerdo. Pero no pienso trabajar bajo vigilancia. Id al pueblo. Y volved al amanecer.

—Al amanecer es demasiado tarde. No tenemos tanto tiempo que perder —dijo Nighthand.

Esbozó una mueca de dolor, e Irian se aproximó a él, por si acaso.

—Pues tendréis que perderlo. En mis almacenes guardo huesos de quimera, sangre de ceto y savia de erizo rojo. Pero la sangre necesita seis horas de cocción. Y en el bosque hay un arbusto de hierba del rocío, aunque solo florece durante las dos horas previas al amanecer. De modo que no os queda otro remedio que esperar.

* * *

De nuevo en el pueblo, buscaron en vano un lugar donde pasar la noche. Había algunas cafeterías y bares, pero eran locales descuidados, sucios y tristes.

Hablaron con una mujer que regentaba un puesto en una esquina y que ocultaba su cabello bajo un trozo de tela.

—¿Para qué queremos hoteles si no recibimos visitas? —Se quedó mirándolos, recelosa—. Pero si queréis, puedo venderos comida.

Compraron tomates, unos panes de pita redondos y una especie de calamar deshidratado. La mujer les ofreció una botella de vino, tapada con un trapo.

—¿Vino de pantera? Lo elaboro yo misma. Te borrará los pensamientos de la cabeza durante un día y una noche. Así dejarás de pensar en esa herida —dijo la mujer, bajando la que se había visto obligado a cortar la manga de la camisa y la chaqueta, y fijándola luego en su cara, que tenía un color blanco grisáceo.

Nighthand negó con la cabeza y se volvió hacia Irian.

—¿A menos que a ti te apetezca?

—Por el momento, prefiero que nada me borre los pensamientos, gracias —respondió Irian.

Al final decidieron dormir en la barca y turnarse para montar guardia durante la noche. No era lugar para jugársela.

Pasaron los minutos bajo el gélido cielo negro. Las estrellas iluminaban las calles de la isla de los Asesinos. Mal y Christopher estaban tumbados el uno al lado del otro, balanceándose con las olas.

—Mal, ¿estás despierta?

—Claro.

—Mal…, ¿has pensado en cómo será todo? ¿Cuando tomes la poción, y después?

Mal lo miró; una mirada que apuntaba a ser de desprecio, pero que acabó siendo de miedo.

—No quiero hablar del tema.

—¿Por qué no?

—¿Has pensado tú en cómo será?

—Sí. —Christopher había pensado en ello. Se lo había imaginado, una y otra vez. De vez en cuando, en su pecho se encendía una chispa de celos—. Lo sabrás todo. Los reyes y los

dragones te pedirán opinión.

—Pero ¿te lo has imaginado de verdad? ¿Correctamente? ¿Totalmente en serio? —Su voz sonaba minúscula bajo la inmensidad del cielo—. ¿Todo lo que tendré que saber, y ver, y recordar, para toda la eternidad? —Soltó el aire, un resoplido tenso y ronco—. Estoy asustada. A veces me pongo a pensar en ello y no puedo ni respirar. Jamás en la vida había estado tan asustada. ¿Y si me tomo la poción y luego me paso toda la eternidad asustada?

Más tarde, Mal se agitó en sueños. Su cara, siempre tan viva cuando estaba despierta, estaba tensa. Por encima de la manta asomaba una de sus muñecas. Estaba cubierta de cicatrices, un recuerdo de los mordiscos y los arañazos de Gelifen.

Christopher permaneció despierto varias horas, observándola, montando guardia.

* * *

Christopher se despertó una hora antes del amanecer. El cielo era aún de color azul grisáceo y enseguida se percató de que algo iba mal.

Oyó un sonido de cascos en el muelle desierto. Y entonces vio a Petroc, caminando en la noche vacía, sin cadenas. En una mano sujetaba un pequeño frasco de cristal.

Se acercó al borde del muelle y gritó:

—¡Humanos! Me llevareis con vosotros en la barca y abandonaremos la isla.

Nighthand se despertó y se alzó con toda su altura.

—En eso te equivocas. No te acerques más o te arrepentirás.

—Sí, claro, sin duda podrías matarme. Pero, mira, aquí tengo la poción. Y necesita un ingrediente más. —Abrió la palma de la mano, donde había dos hojas—. Y ese ingrediente podría ser o bien el corazón de una flor de viram, o bien una hoja de feren. Tú no sabes cuál de los dos es el correcto, pero yo sí. De modo que lo que va a pasar ahora va a ser lo siguiente: me llevaréis lejos de esta isla, y cuando lleguemos a vuestro barco, que debe de estar anclado más allá de las barreras, subiremos a bordo e incorporaré a la poción su ingrediente final.

La voz siempre gentil de Irian sonó con un matiz de mordacidad.

—¿Cómo lo has hecho para liberarte de esa cadena?

El centauro esbozó una media sonrisa.

—El oro vivo no es un ingrediente de la poción. Me ha servido simplemente para forjar una llave para abrir el candado.

No les quedaba otra elección.

Mal y Christopher se apretujaron en el lateral de la barca para hacerle espacio y el centauro se instaló en la proa, mientras Irian y Nighthand remaban. Llegaron a los límites de las aguas de la isla y el centauro se puso tenso, pero la *Siempre Adelante* siguió navegando, sin que el hechizo que afectaba a la isla le pusiera ninguna traba.

Llegaron al *Bailarina de las Sombras*. Ratwin estaba sentada en la proa y en cuanto los avistó, soltó un grito de placer. Pero entonces vio al centauro y dijo:

—¿Nighthand? Pero ¿esto qué es? ¿Qué hace aquí este hombre caballo?

—Hazte a un lado, ardilla.

Petroc se impulsó para subir a bordo tensando los músculos de sus anchas espaldas. Irian se preparó para seguirlo, mientras Nighthand sujetaba la *Siempre Adelante* para que no se separase del *Bailarina de las Sombras*.

Petroc abrió el tapón del frasco. Incorporó el corazón de la flor de viram y lo cerró de nuevo con cuidado, empujando fuerte el tapón con sus dedos callosos. Y entonces, con lo que podría haber sido tanto una sonrisa como una mueca burlona, arrojó el frasco al agua.

Mal gritó. Nighthand hizo el ademán de lanzarse al agua, pero, al levantarse, se mareó y se derrumbó sobre Irian. Christopher se arrojó al oleaje.

El agua estaba helada, el sol del amanecer no había tenido tiempo aún de caldearla. El frasco de cristal se hundió en el agua y Christopher nadó desesperado tras él. Tenía una única oportunidad; en cuanto se sumergiera donde las aguas se volvían negras, gélidas y profundas, lo habría perdido. La posibilidad lo espoleó y, con los músculos protestando a gritos por el esfuerzo, nadó con más fuerza. Más rápido.

Salió disparado a la superficie, tosiendo, con la garganta

ardiendo por el agua de mar. Delante de él, el centauro había levado anclas y se había puesto al timón del *Bailarina de las Sombras*. Ratwin saltó sobre Petroc, pero Christopher vio horrorizado como el centauro se la sacaba de encima con una coz.

—¡Muérdele, Ratwin! —gritó Nighthand, incorporándose por fin.

Se lanzó al agua y nadó hacia el *Bailarina de las Sombras*, que dio media vuelta y se alejó de ellos a una velocidad endiablada, recortando las olas. Nighthand rugió, un alarido furioso que hizo retumbar el aire.

Pero Mal no miraba ni el barco ni al berserker.

—¡¿Lo tienes?! —preguntó a gritos.

Christopher levantó la mano por encima de las olas, y en su interior, a buen recaudo, estaba el frasco.

EL FÉTIDO ALIENTO DE LA MANTÍCORA

Con el corazón acelerado, Christopher subió a bordo de la *Siempre Adelante*. El sol estaba saliendo y proyectaba sobre el mar un centenar de matices de bermellón y rosa, pero él solo veía rabia.

—¡Le ha dado una coz a Ratwin! —exclamó.

—Nunca infravalores a una ratatoska —dijo Nighthand—. Lo sorprenderá de alguna manera en cuanto ese centauro se quede dormido.

El berserker tenía un puñado de algas enredadas en uno de sus pendientes de oro y respiraba con dificultad. Se quitó la camisa —Irian apartó la vista, después la levantó de nuevo y volvió a bajarla — y Christopher vio con consternación que el brazo había adquirido una terrible tonalidad morada grisácea. Nighthand notó que Christopher lo estaba mirando y movió la cabeza en un único y tenso «no».

—¡Nighthand! —exclamó Christopher—. Tu brazo no debería tener ese color.

—Tonterías. Mi brazo puede tener el color que le apetezca.

El berserker tosió y esbozó una mueca de dolor.

Mal hizo girar el frasco entre sus manos.

—¿Crees que le ha entrado agua? —preguntó Christopher.

—Parece que no. —No estaba abierto—. No ha entrado nada. Mira. —Lo puso al revés—. Como puedes apreciar, es hermético.

Sentados a bordo de la *Siempre Adelante*, volvieron la cabeza hacia la isla de los Asesinos.

—¿Y ahora qué? —dijo Mal.

Hubo un silencio.

—El centauro dijo que la poción necesitaba el fuego de las dríades —dijo Christopher—. Por lo tanto, voto por ir a ver a las dríades.

—En marcha, pues —dijo Nighthand.

Se levantó, adoptó una pose valiente y determinada, proyectando las caderas hacia fuera, y se derrumbó con un golpe sordo sobre el fondo de la barca.

* * *

Improvisaron una manta con la ropa de abrigo que llevaban encima e intentaron que Nighthand estuviera cómodo. Se tumbó, con la espalda apoyada en la barca, y contempló el horizonte. Insistió en que continuaran el viaje y, después de muchas discusiones, fue lo que acabaron haciendo.

Irian guio la *Siempre Adelante* sin dejar de controlar en ningún momento al berserker. Cada vez que Christopher se volvía hacia ella, la encontraba con la mirada desplazándose del mar a Nighthand y de este al mar.

Llevaban medio día navegando en la barca del Inmortal cuando Irian dejó por un momento a Nighthand, rodeó la vela y se acercó a los chicos.

—He estado estudiando el mapa. El lugar más cercano que conozco donde seguro que hay dríades es la isla de Tar. Allí vive una reina dríade, Erato, que gobierna el bosque. Pero para llegar hasta Tar hay que pasar por la isla de las Mantícoras.

Mal se quedó horrorizada. Irian vio que Christopher ponía cara de no entender nada.

—En la isla de los Centauros —empezó a decir Irian—, en Antiok, como se llama en realidad, no viven solamente centauros,

del mismo modo que en tu Inglaterra no viven solamente ingleses. Yo nací allí. Pero la isla de las Mantícoras es una excepción, en este sentido. En esa isla solo viven mantícoras.

—¿Por qué? —preguntó Christopher.

—Porque se comen todo lo que ven —respondió Mal.

—Oh —dijo Christopher—. Claro. Entiendo que sea por eso.

—Mira —dijo Irian, señalando el mapa—. Vuelan a las islas cercanas para conseguir alimento. No tienen mucha resistencia, razón por la cual no pueden ir muy lejos, pero son veloces. Para llegar a donde queremos ir, tenemos que pasar por allí. Pero aquí —señaló el mar— hay arrecifes coralinos de diez metros de altura que crecen bajo el agua. Ese coral es afilado como un cuchillo… Incluso han muerto nereidas enganchadas allí, y podría hacer trizas la barca, por mucho que esté construida con madera de dríade. Podríamos ir por la ruta más larga, rodeando el cabo de Litia, pero con el viento que tenemos en contra y los remolinos que forman los bancos de peces del norte, nos llevaría semanas.

Christopher pensó en Kavil y en el modo en que había hablado sobre la criatura del laberinto. Pensó en su padre y en su abuelo, que estaban esperando su regreso, quizá furiosos, quizá aterrados y presas del pánico. Pensó en Gelifen y dijo:

—No disponemos de semanas. ¿A qué distancia tenemos que pasar de la isla para evitar el coral?

—A unos treinta metros. A menos, si la profundidad disminuye hacia el este.

—¿Y desde esa distancia pueden olernos? —preguntó Christopher.

—Sí. Y además las mantícoras poseen la vista de los leones.

—¿Cómo podríamos impedirles emprender el vuelo, aterrizar en nuestra nave y matarnos? —preguntó Mal.

—Tenemos los cuchillos de cocina, y el arco y las flechas.

—¿Alguna cosa más?

—Nuestras manos y dientes —respondió Nighthand.

Intentó sonreír, pero había hablado en un susurro. Se estaba llenando de manchas y tenía la cara roja e inflamada. La piel alrededor de sus labios estaba totalmente blanca.

—Nadie morderá a ninguna mantícora —declaró Irian—. Y punto.

* * *

La isla apestaba. Lo olieron en el viento marino antes incluso de verlo. Olía a lo que era: presas que no habían sido devoradas por completo abandonadas por las mantícoras al calor abrasador del sol.

Nighthand dijo algo que sonó como «anas» e Irian se inclinó hacia él para escucharlo mejor.

—Dice que son unas marranas a la hora de comer —aclaró para el resto.

Nighthand intentó sentarse. Su voz era una sombra de lo que había sido.

—Si nos matan, no nos comerán del todo; dejarán partes de nuestros cuerpos esparcidas por ahí. Por lo que es posible que alguien acabe identificándonos en algún momento, no a Christopher, pero sí al menos a los que somos del Archipiélago. —Tosió, y cuando el ataque de tos se apaciguó, añadió—: Siempre y cuando antes no acabemos pudriéndonos.

—Gracias, Nighthand. Lo tendremos presente —dijo Irian.

Su tono sonó mucho más cariñoso que sus palabras. Sujetaba con una mano el timón y con la otra su arco. La isla apareció por fin, arenosa en la costa y boscosa al fondo. La barca navegaba veloz, el mar estaba movido y la *Siempre Adelante* se balanceaba al ritmo del oleaje. Se agacharon y observaron el horizonte, ocultos por la altura del lateral de la embarcación.

Pronto llegaron a la mitad de la isla sin que nadie, aparentemente, se hubiera percatado de su presencia. Siguieron navegando hasta el punto más al norte de la isla. Estaban a salvo.

El estómago de Christopher, que hasta aquel momento había estado duro como el hierro del miedo que sentía, se relajó por fin. Se volvió hacia Mal y le sonrió.

De repente, se levantó el viento y una gran ola levantó la barca. Y cuando esta cayó de nuevo al agua con un golpe sordo, Nighthand se vio proyectado hacia un lado y aterrizó con todo su peso sobre su brazo lesionado. Emitió un único grito, doloroso y febril, que silenció al instante. El grito reverberó en el aire salado. Irian gritó también y corrió hacia él, agachada.

—¿Te duele mucho? —le preguntó, sin alzar la voz.

—No.

Pero la voz de Nighthand era la mitad de lo que debería ser.

—¿Se te ha abierto la herida?

—No.

—¡Sí que se ha abierto! Lo estoy viendo, Nighthand.

—¿Estás llamándome mentiroso?

—¡Sí! Eso es justo lo que estoy haciendo. Tenemos que buscar ayuda.

Y, entonces, la voz de Nighthand se volvió repentinamente aguda:

—¡Mirad! ¡Allá arriba!

Algo se movía a toda velocidad entre los árboles de la isla, que había quedado ya a sus espaldas. Tres puntos se levantaron del suelo y volaron hacia ellos. Volaban en formación compacta, con las alas tocándose casi entre ellas, y su velocidad era vertiginosa.

Nighthand se levantó. Se tambaleó por cubierta y empujó a Mal detrás de él, sujetándola con el brazo bueno contra el lateral de la barca.

Mal se retorció sobre sí misma para soltarse.

—¡No! Quiero ver… Quiero luchar…

Pero Nighthand la retuvo a la fuerza.

—Es mi trabajo —dijo. Farfulló por el dolor, pero su voz no tenía ni el más mínimo matiz de miedo—. Antes de acabar contigo, tendrán que comerme a mí.

En el cielo retumbó el rugido de un león y algo similar a una jabalina pasó volando junto a Christopher para acabar clavándose en la madera del lateral de la barca.

Nighthand vociferó:

—Ya tenemos aquí a esos gatos asquerosos.

Y antes de que a Christopher le diera tiempo a ver poco más que una mancha de piel leonada y plumas amarillas, Irian, con la frente empapada de sudor, apuntó y disparó, una y otra vez. El aire se llenó de flechas; algunas salieron desviadas, pero cuatro dieron en carne o alas. Dos de las mantícoras cayeron al agua.

—¡Christopher! ¡A tu izquierda!

Christopher giró sobre sí mismo. Estaba encima de él, descendiendo en picado, con las alas extendidas y las garras expuestas, su melena de león sucia de sal marina y sangre.

Se agachó e Irian disparó otra flecha, que no dio en el blanco

por un pelo. La criatura cambió bruscamente de dirección y se lanzó vengativa a por Irian. Pero en aquel momento, con un potente rugido, Nighthand se puso en pie y lanzó un cuchillo de cocina directo al flanco de la mantícora, que cayó de inmediato al agua.

—Gracias —dijo Irian.

Mal seguía pegada al lateral de la barca. Tenía una mancha de sangre de mantícora en la mejilla.

—¿Hay alguien herido? —preguntó Irian.

—No —musitó Mal, que tenía las manos cerradas en puños y los ojos abiertos de par en par.

—¿Hay más? —dijo Irian.

—Yo no veo más —dijo Christopher.

—Mejor. Porque ya no nos quedan más flechas.

—¡Allí! —gritó entonces Mal.

Era la criatura más grande de todo el grupo y no venía de la isla, sino directamente del cielo. Volaba por encima del agua, recta y veloz como una piedra lanzada desde un tirachinas, directa hacia la embarcación.

Mal corrió hacia la proa de la barca, donde estaba Irian. Le habló en voz baja a la madera de dríade, tapándose la boca con las manos, animándola, pero la nave no podía navegar a más velocidad. No podían hacer nada, solo ver cómo la mantícora se acercaba cada vez más hacia ellos.

—¡Mal! —Nighthand corrió hacia ella.

Christopher se quedó solo, observando la escena desde la popa de la embarcación. La criatura era sobrecogedora. Su cuerpo era leonino, pero su cara, peluda y sucia, tenía ojos humanos y nariz y boca también humanas. Sus dientes, sin embargo, de humano no tenían nada. Eran enormes, grises y afilados.

La mantícora sobrevoló la barca, observándolos.

Nighthand desenfundó la daga glamry y la sujetó con la mano sana. Pero no se atrevió a lanzarla por temor a perderla; la daga glamry no era un arma arrojadiza.

—¡Humanos! —exclamó la mantícora. Tenía la voz oxidada, como si su lengua no estuviese acostumbrada a hablar—. Sabed que no sois bienvenidos aquí.

—Solo estábamos de paso —dijo Christopher, con voz temblorosa.

—¡Tú! Tu olor desprende el hedor del exterior. ¿De dónde vienes?

—De fuera del Archipiélago. De las Tierras Comunes.

—Así que nunca habías visto una mantícora —dijo la criatura, aleteando por encima de la cabeza de Christopher.

—No, hasta ahora, no.

—Pues la verdad es que es una lástima que no sigas vivo para poder volver a casa y contar lo que has visto.

La criatura hizo un repentino picado; Irian gritó, pero la mantícora se limitó a aterrizar en cubierta. Se volvió hacia Nighthand, Irian y Mal.

—Si os acercáis un solo paso, me zampo al chico. Quedaos donde estáis.

La mantícora movió los labios —pálidos, casi blancos— para enseñar los dientes. Colocó la cabeza a la altura de la de Christopher, que estaba con la espalda apoyada en el mástil.

—Una monada —dijo la mantícora—. No os mováis, que no se mueva nadie o pegaré un mordisco a los ojos del chico. Al hombre no nos lo comeremos. Podría ser venenoso, por lo que parece. Pero tú… tú serás una auténtica exquisitez culinaria.

El hedor del aliento caliente de la criatura era asqueroso.

—¿Te asusto? ¿Estás muerto de miedo?

—Sí —respondió Christopher. Y entonces, pensando que en nada iba a ser devorado y que no quería que aquello fuese lo último que dijese, añadió—: Dar miedo no es complicado. No es ningún talento. Cualquier idiota con un cuchillo podría dar miedo.

La mantícora se acercó un poco más; sus garras rascaron la cubierta de madera.

—Tendrías que tenerle algo más de respeto al miedo —dijo—. Es el motor de toda la historia de la humanidad. El miedo, casado con la avaricia, casado con el poder. —Se lamió entonces los labios blancos y su lengua, acabada en punta, señaló hacia arriba.

Christopher hundió la mano en el bolsillo para ver si tenía alguna cosa que pudiera utilizar a modo de arma. No encontró nada. Tensó los músculos; cuando llegara el momento, intentaría cegar a la criatura con las manos.

—Oh, sí. Os tenéis miedo los unos a los otros…, muchísimo miedo. Os dan miedo las humillaciones, os da miedo convertiros en

el hazmerreír de todo el mundo. Os da miedo la muerte, y por eso matáis a los demás antes de que los demás puedan mataros a vosotros.

Christopher oyó un sonido a sus espaldas, un conato de vómito, un jadeo. Era Mal, que intentaba llegar hasta su amigo. Pero Nighthand la agarró por el hombro y le impidió seguir moviéndose.

—Es una pequeña raza que tiembla constantemente de miedo, avariciosa y aterrada, la humanidad.

—Eso no es verdad —dijo Christopher—. No eres más que un gato sucio con dientes grandes. No sabes nada de nada.

—¿Y qué sabes tú? Eres demasiado joven; aún hueles a leche materna. Tienes la confianza presuntuosa y desgarbada de los recién nacidos. —La mantícora dio unos pasos y su aliento, con olor a carne putrefacta y caliente como un horno, dejó mareado a Christopher—. Ya lo verás. Lo verás muy pronto. Porque eso es lo que os destruirá a todos: el miedo de un hombre. Y, entonces, mi especie y yo nos daremos un festín.

—¿Qué hombre?

La mantícora ronroneó, un retumbo con flemas que resonó en su pecho.

—Lo conocí hace cien años. Le daba tanto miedo estar a merced de los caprichos de otros hombres, le daba tanto miedo el poder de los demás, le daba tanto miedo la idea de ser un hombre insignificante, que se propuso controlar a todos los seres vivientes. No solo aquí en el Archipiélago. Sino también en las Tierras Comunes. En todas partes.

Christopher estaba horrorizado, pero siguió sin moverse. Comprendió que podía defenderse de la mantícora. No se lo esperaba, pero de repente se dio cuenta de que era capaz de mantenerse en pie, de hablar, y de que el terror que le corría por su sangre, por intenso que fuera, no lo había dejado inmóvil.

La mantícora emitió un bufido que bien podría haber sido una risotada.

—El hombre que entró en el laberinto hace cien años, siete meses y seis días. Hablé con él, durante su viaje hasta allí. No se cansaba de hablar, de hablar y de burlarse de todo. Se había enterado de que allí había un poder que conquistar. Dijo que pensaba llegar al corazón del laberinto, que pensaba llegar al Árbol

del Glimor. —La mantícora resopló—. Lo olí, era como tú…, de fuera del Archipiélago. Un hombre de las Tierras Comunes.

—¿Qué te dijo cuando hablaste con él? ¿Te dijo cómo pensaba superar el laberinto?

La mantícora parpadeó, un parpadeo prolongado y de placer.

—Oh, sí, sabía cómo hacerlo. Tenía los planos. Los llevaba en la mano, tinta y pergamino. —La lengua volvió a asomar para limpiarse un trozo de carne muerta que se le había quedado adherido al labio superior—. Pero ya basta. No deberíamos hablar tanto rato: hará que seas menos gustoso. Si hablas, la adrenalina fluye por tu sangre y amarga el sabor.

Se aproximó más a Christopher, sus grandes patas de león pisaban con fuerza la cubierta. Christopher intentó retroceder, pero ya no quedaba espacio a su espalda.

—Espera…, ¡espera! —Lo único que se le ocurría era intentar que la criatura siguiera hablando—. ¿Has dicho planos? ¿Qué planos?

Y, de repente, se encontró envuelto en fuego.

Christopher lo percibió incluso antes de oírlo: un calor abrasador y cegador, y después un rugido, a escasos centímetros de su hombro izquierdo. Se echó al suelo, actuando por instinto antes de entender qué estaba pasando.

La mantícora emitió un aullido terrible, un chillido estridente de gato más que un rugido de león. De repente, su cuerpo quedó envuelto en llamas. Extendió sus alas encendidas, intentó volar y no lo consiguió.

Se produjo un nuevo estallido de fuego y, entonces, se oyó una vocecita rugiendo:

—¡Lárgate, carroñero! ¡Este chico es mi biógrafo!

La mantícora, carbonizada e inmóvil, se desplomó en la cubierta de la embarcación. Columnas de humo, acres y asfixiantes, se elevaron hacia el cielo. Christopher oyó que Mal estaba tosiendo, que respiraba con dificultad, pero le pareció oír también algo más: risas. El fuego no había quemado la madera de la barca, aunque sí humeaba. Y Christopher vio como una cuerda quedaba reducida a cenizas al instante.

Jacques, con sus minúsculas alas extendidas y con el humo saliendo todavía en espiral de sus orificios nasales, se volvió hacia

Christopher.

—Espero que no te sepa mal —dijo—. Te he seguido. Porque había unos cuantos puntos que quería dejar claros, para el relato que harás de mi vida.

FIDENS NIGHTHAND

A medida que fue avanzando el día, la herida de Nighthand fue a peor. El zarandeo de la barca le provocaba sacudidas y cada vez que se movía se ponía más blanco.

—Tenemos que ir a una isla —dijo Irian—. Tenemos que buscar ayuda.

Pero no había tierra en muchos kilómetros a la redonda y el viento había cesado por completo. Estaban rodeados por un bello mar azul en calma.

—¿Hay alguna manera de hacer llegar un mensaje a alguien? —preguntó Christopher—. ¿No tenéis algún tipo de Salvamento Aéreo y Marítimo?

Irian se volvió hacia él.

—Repite eso, por favor.

—¿El qué? ¿Lo de Salvamento Aéreo y Marítimo?

—Aire y mar. Aire y mar…

Irian fijó la vista en el tranquilo mar de media tarde. Las aguas estaban en calma y eran muy transparentes.

Irian se quitó el jersey, se quitó las botas. Se dirigió con decisión hacia la proa de la barca. Lanzó una única mirada hacia Nighthand, que se había quedado inconsciente, extendió los brazos hacia el horizonte y se lanzó al mar con una zambullida de cabeza perfecta.

Entró en contacto con el agua sin levantar ni espuma y descendió como un torpedo hacia las profundidades.

—¡Irian! ¡Irian! —gritó Mal. Presa del pánico, se volvió rápidamente hacia Christopher—. ¡Si dijo que no nadaba!

Pero Irian era distinta en el agua. Si Mal pertenecía al cielo, Irian pertenecía al mar. Christopher no había visto jamás a un ser humano que nadara a aquella velocidad. Sus brazos parecían rasgar el agua azul. Y no se sumergió en línea recta, sino que fue girando a derecha e izquierda, ondulándose y meciéndose al ritmo de la corriente. Era como si el agua tuviera mentalidad propia y solo ella supiera cómo interpretarla; era como si el océano la hubiera engendrado.

—Creía que había dicho que no sabía nadar —murmuró Christopher.

Irian no emergió a coger aire. Sino que siguió sumergiéndose, cada vez más, con los pies juntos, hasta que alcanzó tanta profundidad que quedó reducida a una simple forma oscura.

Y entonces se oyó su llamada en el fondo del mar, una llamada que no era en su idioma. Era la misma llamada que habían oído días antes en boca de las nereidas. Pasó tan solo un instante. Mal y Christopher, pegados el uno al otro en el borde de la barca, contuvieron la respiración. Y entonces, muy lejos, tan débil que podía haberse tratado incluso del mismo mar, una respuesta.

Irian emergió a la superficie, a unos diez metros de distancia de la embarcación. Nadó hacia ellos con largas y elegantes brazadas y subió de nuevo a bordo. Jacques exhaló un bufido de admiración hacia el agua y las olas burbujearon.

—¿Qué has hecho? —preguntó Mal.

—He pedido ayuda —respondió Irian.

Mal la estaba mirando con otros ojos, con sobrecogimiento.

—¿Cómo es que hablas nereido?

Irian bajó la vista y volvió a vestirse sin estar siquiera seca.

—Soy medio nereida, por parte de padre, fue hace varias generaciones. La sal del agua me hace esto: ¿lo veis? Dura solamente un minuto, pero se ve.

Extendió las manos con las palmas hacia arriba. Las puntas de los dedos tenían un resplandor plateado.

—¡Es increíble! —exclamó Christopher.

Irian sonrió aun sin quererlo.

—Para ti, quizá sí. No es un asunto del que me guste hacer publicidad. Estoy segura de que habría quien me trataría como si fuese una especie de oráculo y otros que tendrían miedo de lo que pudiera hacerles, y ese miedo podría acabar resultándome peligroso. Por eso guardo el secreto e intento mantenerme fuera del agua en presencia de la gente.

—¿Y ahora qué pasará? —preguntó Mal.

—Pasará que seguiremos viajando y esperaremos.

Transcurrieron varias horas antes de que oyeran un tamborileo en el aire y apareciera a continuación un longma sobrevolando la barca.

Anja Trevasse, que viajaba a lomos de la criatura, gritó desde arriba:

—¡Irian Guinne! ¿Qué sucede? Las nereidas me han hecho llegar un mensaje a través de las ratatoskas. Han dicho que era urgente y también que se trataba de Nighthand.

Tenía un aspecto muy distinto de la mujer que habían visto en otras ocasiones. No llevaba joyas adornándole los brazos. Llevaba el pelo recogido en una fina trenza gris y vestía con enaguas y un camisón. Al verla, Mal se estremeció.

El longma perdió altura, hasta rozar prácticamente el agua con los cascos, y permaneció allí, batiendo muy despacio las alas. Anja miró a Nighthand y su expresión se volvió fría e impasible. El berserker estaba tendido en el suelo de la barca, tapado con su chaqueta. Tenía los ojos cerrados y los párpados le temblaban por la fiebre. Anja se dirigió a Irian.

—¿Por qué habéis esperado a que estuviera en este estado? ¿Por qué no habéis buscado ayuda antes?

—Eres precisamente la persona menos indicada para darme un sermón —replicó Irian—. Dejemos las cosas claras de entrada, señora Trevasse: te he llamado porque no se me ha ocurrido nadie más con poder suficiente para poder ayudarnos. De no ser por eso, ahora mismo te echaría al mar.

—¿Y crees que decir eso te va a ayudar de alguna manera? ¿Qué lograrás engatusarme?

—No —respondió Irian—. Pero, por el bien de Nighthand, o me ayudas a sabiendas del odio que siento por ti, o no me ayudas. No

estoy dispuesta a fingir que te he perdonado. Los de tu calaña saben disculparse muy bien, con mucha facilidad: un poco de dinero, y todo solucionado. Pero yo no pienso jugar a ese juego. No es lo que querría Nighthand.

Los ojos de Mal reflejaron pánico. Y susurró:

—Oh, no.

Dilatando muy levemente sus orificios nasales, Anja miró a Irian, luego al berserker y luego otra vez a Irian.

—Cuéntame qué le ha pasado.

—Fue un karkadann. Le clavó el cuerno —explicó Irian—. Sabemos que conoces a todos los curanderos del Archipiélago, ¿podrías conseguirle ayuda?

—No lo sé. —Anja observó a Nighthand. La mirada de sus ojos, oscuros, fríos, ocultos casi bajo unos párpados arrugados, era imposible de decodificar—. En Antiok hay una centáuride, un centauro hembra…, pero no puedo llevarlo yo sola hasta allí. No soy lo bastante fuerte como para sujetarlo a lomos de mi longma. Tendrás que acompañarme.

Irian la miró fijamente.

—¡No puedo dejar a dos niños solos en una barca en medio del océano!

—En ese caso, corremos el riesgo de que Nighthand caiga al mar. ¿Qué prefieres?

Nighthand, casi delirando, murmuró alguna cosa. Christopher aguzó el oído: sonaba algo así como «rin». El berserker tenía los labios calientes, muy secos y con una tonalidad blanca muy poco natural.

Irian miró a Christopher, a Nighthand, a Mal. La agonía distorsionaba sus elegantes facciones.

—Decide —apremió Anja—. Cada minuto que pasa supone más riesgo para su vida.

—Son solo unos niños.

La anciana enderezó la espalda a lomos del longma.

—¡Por el Inmortal! Piensa de mí lo que te dé la gana, que soy sobornable, débil, egoísta, cruel… Me da completamente igual. Pero lo que no soy es estúpida, y espero que estés de acuerdo con ello. Los niños llevan cientos de años siendo infravalorados. ¿Por qué mantener tan tediosa tradición?

Nighthand habló de nuevo. Y esta vez, todos pudieron oír lo que decía. Estaba sumido en un delirio febril, pero la palabra sonó tan clara como un reloj cuando da la hora. Dijo:

—Irian.

Anja se estremeció, pero Irian no se dio cuenta. Porque Irian solo tenía ojos para Nighthand. De pronto, Christopher tuvo la sensación de que se estaba inmiscuyendo en algo profundamente privado.

Irian se agachó junto al berserker. Y por primera vez lo tocó, con mucho cuidado, con delicadeza, en la mano… y, después, en la cara. Nighthand abrió los ojos. Irian le acarició con dos dedos el pómulo, la frente, los labios. Y entonces inspiró hondo, como si todo el oxígeno del aire hubiera entrado a la vez en sus pulmones.

La expresión del rostro de Irian era de descubrimiento: similar a la felicidad de quien, en alta mar, levanta de pronto la vista y vislumbra por fin tierra. Era la expresión de alguien que de repente percibe, por vez primera, la forma y el peso exacto de su propio corazón que late con todas sus fuerzas.

—Fidens Nighthand —dijo.

DRÍADES

Christopher y Mal zarparon solos en busca de las dríades. Si alguno de los dos tenía miedo, no lo dijo. Mantener el rumbo y la vela en posición correcta exigía toda su concentración. No hablaron mucho. Y cuando tenían tiempo para descansar, se sentaban espalda contra espalda. Cuando dormían, Jacques se instalaba en proa y vigilaba.

Mal llevaba consigo la daga glamry de Nighthand, guardada en su funda en la cintura. Cuando entre los cuatro lo habían subido a lomos del longma, Nighthand la había depositado en sus manos, delirante pero insistente. Y había mirado a Mal fijamente. «Es tuya», le había dicho.

Estaban siguiendo el rumbo que marcaba el casapasarán. De vez en cuando, muy por debajo de las olas, muy por debajo de la sombra de la barca, Christopher avistaba criaturas en movimiento, demasiado rápidas y fugaces como para poder identificarlas. En una ocasión, con el mar más calmado y mientras navegaban a toda velocidad, había visto una sirena con una cola de unos cinco metros nadando en las profundidades, observándolos. Apenas le había dado tiempo de fijarse en su delicado y bellísimo rostro, pero la mirada rebosante de esperanza de la sirena se le había clavado como un cuchillo en el estómago. Era una exigencia, aquella mirada; una

llamada al valor. Había avisado a Mal para enseñársela, pero cuando la chica llegó, la sirena ya se había ido.

Christopher pescó un cangrejo y se lo comieron crudo después de cortar el caparazón con la daga glamry; la carne tenía el sabor dulzón y fresco del mar. Pero Mal, que siempre estaba hambrienta, apenas comió unos bocados.

—No me entra —dijo.

Anochecía cuando llegaron a la isla de Tar, la isla de las dríades. Amarraron la *Siempre Adelante* en un pequeño embarcadero de madera, a las afueras de un pueblecito de pescadores, y dejaron a Jacques montando guardia.

La gente se apiñó en las ventanas y las tiendas al verlos pasar, mirándolos con desconfianza. Tenían manos y caras de gente trabajadora e inteligente. Christopher no estaba seguro de si aquel recelo era porque, tan al norte, estaban poco acostumbrados a ver forasteros o por si había algo en Mal que les resultaba inquietante.

Pensó que, si la encontraban aterradora, tendrían un poco de razón. En esos momentos, Mal era como un campo de batalla ambulante. Una chica ejército.

Siguiendo la dirección que les marcaba el casapasarán, recorrieron las calles. Mal mantenía todavía los ojos clavados en el artilugio, mucho más de lo que sería necesario. Pero así se ahorraba tener que levantar la vista y mirar a su alrededor.

El pueblo cedió pronto paso a un grupo de edificios agrícolas, una especie de granero donde se almacenaba maquinaria, al campo abierto después y, más allá, a un bosque.

—Mal —dijo Christopher, cuando llevaban media hora caminando—. ¿Tienes hambre? ¿Sed? ¿Quieres parar? —Porque él tenía hambre, sed y quería parar. Pero no lo dijo, porque tenía la sensación de que ahora el control del tiempo le pertenecía a Mal.

Mal negó con la cabeza.

—Si paramos, sé que no volveré a ponerme en marcha. O que daré media vuelta y huiré corriendo de aquí. Razón por la cual deduzco que no podemos parar. Lo que tenemos que hacer, si acaso, es acelerar el paso.

—Puedes beber sin necesidad de parar.

Mal, después de un segundo de duda, hizo un gesto de asentimiento y bebió de su botella, derramando sin querer un poco

de agua.

Al principio, el bosque parecía oponerles resistencia con arbustos con espinos y zarzas, pero cuanto más avanzaban, más frondosa y verde se volvía la vegetación. Los árboles se alzaban a su alrededor, algunos altos como postes de electricidad, otros no más altos que Christopher. Muchos estaban floridos, con brotes blancos, amarillos o verdes.

—Esto es precioso —dijo Christopher, pero Mal seguía con la mirada fija en el casapasarán y se limitó a refunfuñar.

Y era precioso, bellísimo, de hecho. Los árboles tenían un millón de matices de marrón, verde jade y gris plateado. El olor —el mismo olor que Christopher había percibido a orillas del *lochan*— era más intenso, más selvático y más embriagador a cada paso que daban. Christopher se detuvo un momento para coger dos manzanas de un árbol, y a pesar de que Mal no se paró y él tuvo que correr para alcanzarla, accedió a comer una. La manzana era dulce y amarga al mismo tiempo, la mejor que había probado en su vida.

El casapasarán señaló un punto en el bosque donde los árboles parecían volverse más escasos y así pudieron vislumbrar la puesta de sol. Llegaron finalmente a un claro de forma circular, tan perfecto que parecía haber sido trazado con cálculos matemáticos.

—Debe de ser aquí —dijo Christopher.

Apenas habían entrado en el claro, cuando la aguja del casapasarán giró dos grados y señaló hacia el árbol más alto. Parecía un roble, y era tan anciano que su corteza tenía un aspecto casi metálico y una tonalidad marrón plateada bajo la luz del anochecer.

—¿Y ahora qué?

Mal no se permitió ni un instante de duda.

—¡Erato! —gritó—. ¡Erato! Venimos de muy lejos para verte. ¿Estás aquí?

No hubo más respuesta que los graznidos de los pájaros por encima de sus cabezas.

—¡Erato! —De pronto Mal parecía una niña pequeña, un hilillo de voz en un bosque gigantesco—. ¿Hola? ¡Tienes que salir!

Nada.

—Vuelve a intentarlo —dijo Christopher.

—¡Erato! —Y entonces, ruborizándose y dándole la espalda a

Christopher para disimular su vergüenza, alzó la voz y gritó—: ¡Erato, dríade de Tar, reina del bosque! ¡El Inmortal, nacido de la primera manzana del primer árbol, te convoca!

La dríade que salió del árbol era tan bella que Christopher, por un momento, se olvidó incluso de cómo respirar. Parecía muy vieja y muy joven al mismo tiempo. Tenía la piel y el cabello de color marrón, y los ojos con ese verde que solo se ve en los escaparates de las joyerías.

De los otros árboles empezaron a salir más dríades; algunas debían de medir dos metros y medio de altura y su piel tenía la tonalidad marrón cremoso de la secuoya, otras la tenían del color casi negro del aliso. Algunas salían de árboles jovencísimos y eran niñas más pequeñas que Mal, todo pies y manos y ojos grandes llenos de emoción. Todas tenían forma femenina y todas tenían un aspecto vívido, terrenal y en crecimiento constante, un aire extravagante, atrevido y salvaje.

Detrás de ellos, Christopher vio que del árbol que había cogido las manzanas emergía una dríade joven. La dríade le dirigió un leve atisbo de sonrisa y le guiñó el ojo.

Las dríades se acercaron hacia los chicos, agrupándose alrededor de Mal y Christopher, que por un momento se vieron engullidos por sus suaves murmullos y por su olor a savia. Y, entonces, las dríades empezaron a tocarlos: la cara, el pelo, las manos.

LA POCIÓN

Erato sostuvo el frasco con la poción en sus manos fuertes de largos dedos. Había comprendido al instante lo que necesitaban.

—Nuestras madres nos contaron la historia de Marik —les dijo —, el Hombre que Dijo No al Mundo. Nos contaron lo que hizo. Y algunas decían también que el Inmortal acudiría a las dríades. Pero nunca imaginé que el Inmortal fuera a acudir a mí.

Erato olió la poción, pero no la probó.

—¿Sabes que el efecto no tiene marcha atrás? ¿Eres consciente de ello?

Mal hizo un gesto afirmativo.

—Lo soy. Y hay que hacerlo ahora.

Erato gritó; un alarido que recordaba el crujido del bosque en plena tormenta. Hubo un murmullo de sorpresa —en parte de satisfacción, en parte de inquietud— y todas las dríades se dirigieron a sus árboles, arrancaron una rama larga de cada uno de ellos y volvieron a acercarse, portando la rama.

—Ahora, apártate un poco —le dijo Erato a Mal.

—Creía que la madera de dríade no ardía —dijo Christopher.

—Y no arde, a menos que el fuego lo encienda una dríade. Y cuando arde, lo hace con la intensidad del Somnulum. Aunque es

impredecible.

Una docena de dríades se situaron en los límites del claro y observaron a Erato inclinarse sobre la pila de leña. Erato frotó los dedos, cada vez más fuerte y a más velocidad, hasta que se produjo una chispa y salieron llamas. La hoguera cobró vida.

—Volved a vuestros árboles, hermanas, o, si preferís quedaros, manteneros alejadas. Y vosotros, niños, sentaos y guardad silencio. No puede haber distracciones —dijo Erato.

Pero Mal no podía sentarse. Empezó a dar vueltas alrededor del claro, con la boca cerrada en un mohín tan tenso que ni siquiera se veía un poco del rosa de sus labios.

Erato volcó la poción en un cazo, que colocó de costado sobre el fuego, de tal modo que el líquido fluyó por el lateral del recipiente, acercándose al borde pero sin derramarse. Algunas llamas parpadearon sobre el líquido y emitieron un siseo al entrar en contacto con la poción.

Al cabo de unos minutos, la poción pasó del negro azulado a un tono miel oscuro. Erato vertió el líquido en una taza de madera.

—¿Estás segura? —preguntó de pronto Christopher.

Le parecía demasiado: la eternidad. Deseaba desesperadamente protegerla, proteger a la chica que estaba asumiendo toda aquella responsabilidad.

—No me preguntes eso —replicó Mal—. No quiero oír esa pregunta.

Erato le pasó la taza.

—Ten. Te deseo suerte. Por el bien de todos, pero sobre todo por el tuyo, pequeña Inmortal. Bébela rápido, de un solo trago.

Mal aceptó la taza con la mirada decidida, introspectiva y valiente que se había apoderado de ella desde el día que enterraron a Gelifen.

Miró de reojo a Christopher y dijo:

—Supongo que esto es una especie de adiós.

—¡No lo es, Mal! Tú seguirás siendo tú y yo seguiré estando aquí. Tú misma lo dijiste, ¿no? Dijiste, refiriéndote a mí: «Es un guardián».

Hasta aquel momento, Christopher no había tenido claro lo que quería decir aquello, pero ahora sí. Ser un guardián significaba tener aquel sentimiento. Significaba sacrificarse para montar

guardia, para vigilar lo que necesitaba ser vigilado. Significaba sacrificarse para mantenerlo sano y salvo. Significaba un amor feroz y vigilante.

Dio la impresión de que Mal iba a decir algo, pero Erato se adelantó.

—Venga, niña, rápido, antes de que se enfríe.

A Mal le temblaba todo el cuerpo y apenas podía sujetar la taza. Intentó, por un breve y fugaz momento, sonreír a Christopher. Y, entonces, bebió la poción de un trago.

—¡Ay! ¡Quema!

Hubo un único momento, durante el cual Christopher no respiró…, y entonces Mal musitó «Estoy mareada» y se agachó en el suelo cubierto de musgo.

Se quedó con los ojos en blanco y Christopher la pilló al vuelo mientras empezaba a caer de lado. La dejó con cuidado bocarriba.

—No —dijo Erato—. Mejor así.

Erato la colocó de costado. Mal tenía la respiración trabajosa, los ojos cerrados. Christopher se quedó a la espera. Pero entonces empezó a temblar, y luego a vomitar. Tosió y vomitó, copiosamente, pero permaneció dormida.

—Ayúdame a limpiarle la cara, para que no se ahogue —dijo Erato.

Sacó de alguna parte un recipiente con agua de lluvia y un paño muy suave, hecho a partir de hojas de roble hiladas y tejidas.

La dríade hablaba con calma, un sentimiento que no se correspondía con su expresión, lo que llevó a Christopher a preguntarle:

—¿Se había hecho esto alguna vez?

La dríade respondió negando con la cabeza.

—¡Podría estar matándola! ¡Podría ser veneno!

—Es el Inmortal, Christopher.

Le lanzó una mirada fulminante a Erato, pero ella le había dado la espalda para ir a apagar la hoguera. De pronto, el bosque se quedó a oscuras.

—Vigílala —dijo la voz de Erato en la oscuridad—. Lávala si vuelve a vomitar.

Y Mal volvió a vomitar, dos veces, y, en cada ocasión, Christopher le lavó la cara como pudo y la trasladó a un espacio con

tierra seca.

Apareció la luna. Mal empezó a estremecerse, luego a temblar, los labios se le pusieron azules. Christopher le colocó el abrigo de tal modo que le hiciera las veces de manta y la cubrió hasta la barbilla.

Habría estado bien haber tenido una hermana, pensó. Habría estado bien si hubiera sido como Mal.

Al final, se tumbó a su lado, en el centro del claro circular, bajo la sombra de los árboles iluminados por la luna, de cara a ella.

Debió de quedarse dormido, por mucho que no fuera su intención, porque de lo siguiente que tuvo constancia fue de que Mal se estaba moviendo, haciéndose un ovillo y desovillándose luego. Seguía dormida, pero lloraba. Las lágrimas rodaban por sus mejillas. Christopher se quitó el jersey para formar una almohada con él y colocárselo debajo de la cabeza. Y esperó. Brevemente, mientras seguía dormida, las lágrimas se detuvieron y la cara de Mal se arrugó y soltó una carcajada, una risa de placer, apretando los ojos con fuerza. Pero entonces se volvió a quedar en silencio, inmóvil, flácida.

Y, de pronto, empezó a hablar en un montón de idiomas: en inglés y en latín, en árabe y en ruso, en cantonés, en afgano, en la lengua de los dragones, en la lengua de las esfinges. Habló con voces que no eran la suya, viejas y jóvenes, ricas y pobres, antiguas y modernas.

«Diles que hay leche fresca en la jarra, y que pueden beberla toda…
»¡Viṇi nāk!
»Se curará, ¿verdad?
»No sería capaz ni de tirarse un pedo, pero es un muchacho muy dulce…
»Non! Il a dit non!
»Me alegro mucho de verte la cara…
*»*爱
»Siento mucho comunicarle que lo mataron el último día…
»Kultaseni, rakkaani
»Amor, amor mío…».

Y entonces paró. Y se quedó en silencio, jadeando.

El sol salió mientras Christopher seguía esperando, inmóvil. Una dríade le trajo pan hecho con nueces y un cuenco con albaricoques triturados y cocidos con miel.

—Es fruta de las dríades. Te hará bien, mucho más que cualquier otra cosa.

Mal tosió, abrió los ojos y volvió a cerrarlos.

—Agua —dijo, con un hilo de voz.

Erato vertió un poco de agua en su boca y Christopher untó un poco de pan con la pasta de albaricoque y se lo acercó a los labios.

—¿Qué tal estás?

Mal consiguió sentarse y apoyó la cabeza contra un árbol. Sonrió, y Christopher vio que era el esfuerzo más formidable que le había visto hacer. Aquella sonrisa contenía el mundo entero.

—Ya te lo diré —respondió Mal—, pero hoy no.

Su voz era distinta. Más áspera, como si el líquido de la poción le hubiese quemado la garganta.

Volvió a tumbarse, pero mantuvo los ojos abiertos. Christopher intentó ofrecerle más agua, pero ella la rechazó.

—Izquierda —dijo—. Izquierda, izquierda…, derecha y recto, y otra vez izquierda. Derecha… e izquierda, y tres veces a la derecha. —Christopher solo alcanzaba a oír la mitad de lo que estaba diciendo—. Izquierda… izquierda, izquierda, y luego saltar el abismo y al llegar al suelo —derecha, izquierda, recto, derecha…

—¿Es el laberinto? —preguntó Christopher.

Mal asintió y se incorporó un poco.

—Debemos irnos —dijo.

Hizo el gesto de levantarse, pero se desplomó antes de que a Christopher le diera tiempo a sujetarla y cayó de lado, rascándose la mejilla izquierda y el mentón con el suelo.

Se puso colorada, pero palideció enseguida. Volvió a intentarlo; luego otra vez. Nada.

—Las piernas. No me obedecen —dijo, y cerró los ojos.

—Si no puede andar —dijo la dríade—, ¿cómo podrá adentrarse en el laberinto?

—Muy fácil —respondió Christopher—. De hecho, es la única pregunta con una respuesta sencilla. Yo iré con ella.

NINGÚN HUMANO MORTAL HA REGRESADO JAMÁS DE ALLÍ

La llevó de nuevo a la barca, atravesando primero el bosque y luego el pueblo. Mal estaba prácticamente inconsciente y, aunque no pesaba mucho, Christopher se vio obligado a dejarla de vez en cuando en el suelo para cambiar de posición y descansar los brazos.

Y, cada vez que paraba, comía un poco para darse ánimos. Las dríades le habían dado una bolsa de tela con manzanas, ciruelas, peras y albaricoques; fruta de dríade, que no podía encontrarse en ningún otro lugar de la tierra. Tenían sabor a ser vivo; eran frutas con opiniones, chistes y risas en su interior.

Al llegar a la embarcación, depositó a Mal en cubierta. La piel de alrededor de sus ojos tenía una tonalidad violácea, sus ojos brillaban más de lo que deberían y temblaba sin cesar.

Jacques estaba enfadado, si acaso los dragones son capaces de sentir alguna emoción.

—¿Qué le has hecho?

—Yo nada. Se lo ha hecho ella misma.

Agotado, izó la vela de la barca y le contó a Jacques su plan. Si Mal no podía entrar sola en el laberinto, él la acompañaría.

—El Inmortal es ella. No puedes acompañarla. Deberías esperar

a que volviera a estar en forma para poder entrar sola. Ningún humano mortal ha regresado jamás de allí.

—¿Y si nunca consigue volver a estar en forma? —escupió aquellas palabras al dragón y una gotita de saliva acabó aterrizando en sus alas—. El último Inmortal, el Hombre Que Dijo No…, Marik, se llamaba, tardó meses en volver a caminar. ¿Y si a Mal le pasa lo mismo? ¡No podemos esperar! El glimor se está perdiendo. No se trata solo del Archipiélago. Sino del mundo entero. Se trata de todo. Todo. ¿Es que no lo entiendes? Se trata también de mi mundo, mi casa, mi familia.

Pensó en su padre, en su abuelo, a los que no podía advertir de lo que sucedería. En que no estaría allí para consolarlos si la oscuridad acababa llegando, y la idea lo atravesó como un cuchillo. Las manos, mientras tiraba del cabo para tensarlo, empezaron a temblarle.

Jacques le dio la espalda.

—Procura no utilizar nunca más ese tono para dirigirte a un dragón. —Y esperó media hora antes de volver a hablar y decir—: ¿Sabes? La barca del Inmortal está hecha con madera de dríade.

—Soy plenamente consciente de ello, gracias.

—De modo que no necesitas ni remos ni vela. Basta con que le digas adonde quieres que vaya.

La mirada fulminante que le lanzó Christopher hizo estremecer al dragón, por muy acostumbrado que estuviera al fuego.

—Al laberinto —le dijo Christopher a la barca.

Tardaron veintiocho horas en llegar a la isla de Arkhé. Mal pasó la mayor parte del viaje durmiendo. Repetía las indicaciones para atravesar el laberinto, una y otra vez. Christopher le dio agua, y fruta, y repitió también las indicaciones. Jacques pescó un pez, lo quemó hasta dejarlo casi negro y Mal lo comió a trocitos.

Jacques observó a Christopher recitarle a Mal el recorrido del laberinto una y otra vez, hasta tenerlo grabado para siempre en su cabeza, como una canción.

—Ningún humano mortal ha regresado jamás —insistió Jacques.

—Eres una compañía maravillosa, ¿lo sabías? —replicó Christopher.

Pasaron la noche en duermevela, recitando el recorrido sin cesar. En un momento dado, Christopher se despertó sobresaltado

bajo las estrellas, alterado por su propia voz y recitando en voz alta: «Izquierda, izquierda, derecha…». Al final, se quedaron despiertos y contemplaron el cielo. Brillaba plateado, como si tuviera vida, como si fuera un ser vivo muy anciano.

Habían visto muchísimas cosas, pensó Christopher, pero ahora todo había desaparecido. Ahora quedaban solamente Mal, él y el futuro de todo. Los océanos, las mareas y la tierra estaban en sus manos. Era un pensamiento tan inmenso que amenazaba con aplastarlo, con detener la sangre en su corazón. Se colocó de tal modo que su hombro tocase el de Mal, y ella se movió al mismo tiempo y así se quedaron, el uno junto al otro, contemplando el esplendor de la noche infinitamente frágil que se extendía sobre sus cabezas.

A última hora de la mañana avistaron la isla. Christopher se estremeció cuando se aproximaron un poco más: el mar que rodeaba la isla estaba agitado y rabioso, y las olas furibundas escupían agua por todas partes. Miró de reojo a Mal, envuelta en su abrigo, y se arrodilló a su lado, como Nighthand había hecho en su día, para impedir que se cayera.

Pero luego, cuando estuvieron más cerca, el oleaje se calmó de repente. Tanto que Christopher podría haber guiado la barca sin ningún problema. Pero no lo hizo. Esperó a que la nave siguiese navegando sola y llegara a una playa. Solo entonces echó el ancla y bajó a tierra.

Era una playa arenosa, cálida, y tan luminosa que deslumbraba incluso. Por encima de ellos, el Somnulum, muy bajo en el cielo, ardía con tanta intensidad que era imposible mirarlo.

Ayudó a Mal a bajar de la barca y casi tuvo que cargar con ella para llevarla hasta la orilla. Por delante de ellos había una extensión de arena y, luego, un acantilado rocoso. Entre las rocas había lo que parecía la entrada a una cueva, tan ancha como una puerta grande. Era el acceso al laberinto, sin duda. Incluso antes de que Mal señalara hacia allí, él ya lo había intuido.

La entrada era fría, a pesar del calor de la isla.

Mal se sentó a la sombra de una roca y se masajeó las piernas con los dedos. Un árbol habría sido mejor, pero solo se veía uno, lleno de espinas, además, al que era imposible apoyarse.

Mal chasqueó la lengua.

—Deberíamos entrar —dijo.

Christopher se cargó a la espalda un rollo de cuerda del barco, sujeto con un nudo en un extremo. Mal se agarró fuerte a su brazo. Andar le resultaba doloroso, era evidente; Christopher oyó como apretaba los dientes.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Mal se volvió hacia él. Era una pregunta tan tonta que ambos rompieron a reír a carcajadas.

Juntos, Christopher y Mal se encaminaron hacia la entrada de la cueva. Juntos, deseando dar media vuelta pero conscientes de que debían seguir adelante, accedieron a ella.

EL LABERINTO

Las paredes eran de piedra, seca y áspera, y el suelo era liso. El ambiente olía a cien años de polvo sin remover. Rápidamente la oscuridad fue ganando terreno, aunque las paredes estaban iluminadas con fuego salamandrino.

Llegaron a un desvío.

—Izquierda —dijo Mal.

Aunque no era necesario que lo dijera. Christopher lo sabía de sobra. Y cuando llegaron al siguiente desvío, fue él quien habló.

—Otra vez a la izquierda —soltó, y Mal sonrió.

—Me resulta familiar —comentó Mal—. He estado aquí centenares de veces. Lo sé. —Intentó sonreír—. Siempre tuve un sentido de la orientación pésimo. Pero ahora no.

Siguieron adentrándose en la cueva; lo único que rompía el silencio de la piedra oscura eran sus pasos y el sonido de su respiración. Mal tenía la cara empapada en sudor frío por el esfuerzo que le suponía andar. Hicieron una pausa y se sentó unos minutos en el suelo. Se secó la cara con la camiseta.

—¿Qué puedo hacer? ¿Cómo podría ayudarte para que te resultara más fácil? —preguntó Christopher.

Mal extendió los brazos.

—Ayúdame a levantarme. Debemos continuar.

—Derecha y después izquierda —dijo Christopher.

—Y luego las flechas… si es que siguen ahí.

Christopher asintió. Las flechas estaban hechas con el cálamo de las plumas de la cola de las mantícoras, decoradas con plumas de hipogrifo y rematadas en la punta con veneno de karkadann. Si una de esas flechas te rozaba, era imposible sobrevivir. Llegaron a una curva.

—Ahora —dijo Mal—. Allá arriba.

Christopher cogió una piedra del suelo y la arrojó. De la pared salió disparada una flecha, que se estampó contra la pared opuesta del túnel y desapareció. Arrojó otra piedra. Esta vez la flecha salió desde el lado opuesto. Acompañada por cierto tufillo a veneno.

—Karkadann —dijo Christopher—. Un olor que no me importaría olvidar para siempre.

Se arrodillaron, y después se tumbaron bocabajo en el suelo.

—Mantén el cuerpo pegado al suelo —ordenó Mal—. No levantes la cabeza.

Avanzaron reptando. El movimiento de sus cuerpos sobre el polvo hizo detonar el muelle de la pared y se dispararon tres flechas más, afiladas como cuchillos, que pasaron a apenas tres centímetros de sus cabezas. Christopher se obligó a permanecer inmóvil.

—Ahora es cuando llega la lluvia de flechas —anunció la chica.

—Déjame ir a mí primero —dijo Christopher—. Por… por si acaso.

Avanzó unos centímetros y, de inmediato, el estruendo de una tormenta de flechas voló en ambos sentidos por encima de sus cabezas. Christopher notó que una de ellas le rozaba el pelo. Aplastó la cara contra el suelo, intentando no soltar la cuerda mientras trataba de seguir reptando. Oyó que Mal continuaba detrás de él.

Y entonces, por suerte, vio el cruce. A la derecha. Siguió ese camino y se puso en pie. Lo inundó una oleada de calor triunfal.

—Seguimos vivos. Adelante.

Caminaron, Mal, respirando trabajosamente por el esfuerzo, pasando un brazo por los hombros de Christopher y arrastrando el pie izquierdo. Pasaron los minutos y solo se oía el sonido apagado de sus pasos y de su respiración. La oscuridad se hizo más intensa;

las luces, más alejadas entre sí.

—¡Para! —gritó Mal—. ¡Christopher! ¡Hemos llegado al abismo!

Christopher se detuvo bajo la luz parpadeante.

—¡El abismo ha crecido! ¡Está justo ahí! ¡Para! ¡No des un paso más!

En la barca, Mal le había contado lo del abismo. Era un hoyo enorme, con un saliente rocoso en cada lado. «Lo excavaron muy hondo —le había explicado— para que el que se despeñara por allí pasara varios minutos cayendo antes de llegar al fondo. Si caes en el abismo, nadie recuperará jamás tus huesos, porque es tan profundo que ni siquiera se verían. Pero hay un saliente rocoso, de unos treinta centímetros de ancho, que rodea su perímetro y puedes recorrerlo para sortear el hueco, si no te da miedo, claro. Si caes, te matas».

Christopher miró la oscuridad.

—Pero… calculo que aún faltan veinte pasos para llegar. He estado contándolos: treinta pasos después del giro a la izquierda.

Avanzó un poco… y retrocedió rápidamente, mareado por la sorpresa.

Lo que pensaba que era una sombra era, de hecho, un agujero inmenso y espantoso.

—Ese hombre que habita en el corazón del laberinto debe de haberlo ampliado —dijo Mal—. ¡Y mira! ¡Mira! El saliente.

El ancho del saliente que recorría la pared apenas llegaba a los dos tercios de la longitud del pie de Christopher. El estómago le dio un vuelco.

La voz de Mal sonó débil y desesperada.

—¿Y ahora qué voy a hacer? Mis piernas apenas me sostienen. —Miró el saliente y su cuerpo empezó a temblar—. Me caeré.

Christopher volvió la cabeza hacia atrás. No podían dar media vuelta, ya no.

—Iré solo —dijo—. Tú quédate aquí sentada y espérame.

—¡No puedes ir solo! —El terror se apoderó de ella, un terror infantil—. ¡Morirías!

—No hay otra manera. Volveré, ¿entendido?

—¡Tú no eres el Inmortal, Christopher! ¡Ese hombre te matará!

Christopher bajó la vista hacia el abismo y luego miró a Mal.

—No soy el Inmortal. Pero conozco bien al Inmortal. Y sé lo que

harías si la situación fuera al revés.

Hubo un silencio.

—Volveré, Mal. Tú espérame aquí.

Cuando se aproximó al vacío, oyó los sollozos de Mal a sus espaldas. El abismo era una mancha negra que se extendía a sus pies. Christopher notó en la boca el sabor amargo de la bilis. Pegó la espalda a la pared y accedió al saliente rocoso, colocando los pies de lado. Despacio, muy despacio, empezó a recorrer el saliente, sirviéndose de las manos para aferrarse a la rugosa pared de piedra.

La pared del laberinto era ahora la piedra natural de la cueva. Tenía bultos y protuberancias, lo que hacía dolorosamente complicado poder avanzar con la espalda pegada a ella pero, por otro lado, le proporcionaba asideros.

Recordó entonces una cosa que le habían contado una vez: que el vértigo no es el miedo a caer. Sino el miedo a poder acabar saltando. Notaba que la oscuridad lo llamaba. Por un momento, la caída le pareció inevitable, irremediable que su cuerpo se sintiera atraído hacia la oscuridad.

Se detuvo, vio que estaba temblando. Pero se obligó a seguir desplazando los pies por aquel saliente de menos de quince centímetros de anchura.

Y entonces, de repente, un pie se quedó colgando en el vacío. El saliente había terminado.

Se tambaleó. Lanzó la mano hacia un lado, se sujetó a un bulto de la pared y consiguió recuperar el equilibrio.

—No vas a morir —musitó—. Esto no va a terminar así.

Por delante de él no había salida, no había ninguna manera de alcanzar suelo firme. Pero en la pared opuesta había protuberancias de mayor tamaño, estalactitas laterales que sobresalían de la roca; algunas pequeñas, algunas de más de un palmo de longitud, similares a puños. Pensó entonces en la cuerda. La cuerda tenía un nudo de soga al final. Temblando tanto que le castañeteaban los dientes, se sirvió de la mano que tenía libre para deslizar la cuerda y retirarla del hombro.

Volteó la cuerda y la lanzó con la intención de atrapar alguna protuberancia de la roca del otro lado. La primera vez falló y la cuerda cayó hacia la oscuridad. En el segundo intento volvió a fallar. Y en el tercero. Y, cada vez, su estómago sufría un vuelco,

como si algo quisiera tirar de él y arrastrarlo hacia abajo.

Inspiró hondo y obligó a su cuerpo a sosegarse. Pensó en Mal y en Gelifen cuando le mordisqueaba el pelo. Pensó en los unicornios. Pensó en su abuelo, caminando entre una bandada de gaviotas; pensó en su padre, sentado a su lado en la cama por las noches; pensó en las pocas cosas que recordaba de la cara de su madre. Pensó en el mundo azul y resplandeciente y en lo que el hombre del laberinto tenía intención de hacerle. Lanzó de nuevo la cuerda.

Y esta vez atrapó su objetivo. El nudo se sujetó en algo. Tiró un poco, primero con cuidado y luego con más fuerza. Lanzó una breve mirada al cielo, como una oración sin palabras, y se proyectó hacia el espacio vacío del abismo.

La cuerda crujió. Cristopher trazó una larga y febril parábola y cayó de cuatro patas en el otro lado del abismo.

—¡Lo he conseguido! —gritó—. ¡Estoy a salvo!

Pero no se oyó ninguna respuesta.

No hubo sensación de triunfo, como sí la había habido cuando habían superado la lluvia de flechas. Mal no estaba a su lado. Se incorporó, tiró de la cuerda y continuó.

Giró a la izquierda, a la izquierda, a la derecha. Giró dos veces más —una curva en ángulo recto a la derecha y luego otra vez a la derecha— y, de pronto, las luces se extinguieron. Mal no lo había advertido de eso. Debía de ser algo nuevo. De repente se encontró sumido en la oscuridad más absoluta.

Estaba tan oscuro que le resultaba imposible discernir si tenía los ojos cerrados o abiertos. Y había algo más, una neblina gélida, que no podía ver pero sí percibir, porque le estaba humedeciendo las manos y ascendía hacia su cara y su nariz.

Dudó un momento, pero rápidamente descansó una mano en la pared y siguió andando. Izquierda. Izquierda. Derecha. Otra vez a la izquierda. Cuanto más avanzaba, más frío hacía y más húmedo era el ambiente. Nunca había tenido el corazón tan encogido. La oscuridad lo envolvió por completo.

LA NEBLINA GRIS

Christopher siguió caminando. No sabía cuánto tiempo había pasado. No se atrevía a pensar y se limitaba a ir repitiendo las indicaciones. A la derecha. A la izquierda.

Solo había oscuridad. La neblina se volvió más fría; le impregnaba la ropa, una sensación amarga y supurante. Olía a piel muerta. Lo reconoció al aspirar. Era el horror.

Hurgó en su cerebro para asegurarse de que seguía recordando el camino. Sí, estaba allí, grabado en su memoria a base de miles de repeticiones, pero todo lo demás le resultaba confuso.

Siguió caminando, y caminando, y los minutos fueron pasando hasta que perdió la noción del tiempo y dejó de saber cuánto rato llevaba avanzando en la oscuridad, con un brazo extendido por delante de él y el otro palpando la pared.

Inhaló la neblina y una oleada de celos se apoderó de él; celos de aquellos que no estaban allí. Celos que envolvían sus órganos, su estómago, sus pulmones y su garganta. Los celos no se parecen a nada. Son como las langostas. Devoran todo lo que está a su alcance y no hay forma de aniquilarlas.

Intentó pensar en su padre, en su abuelo, en su madre, en cómo estarían animándolo, amándolo, pero le resultaba imposible invocar su imagen. Su imaginación había muerto en la oscuridad.

La neblina se levantó de repente y dio paso a un viento gris que se filtró bajo su piel. La oscuridad había poseído todo su cuerpo y, con ella, la infelicidad, un dolor mortecino, apagado, rabioso. Sintió que, en el transcurso de su corta vida, había causado ya mucho daño.

Tropezó. La tierra bajo sus pies había quedado interrumpida por alguna cosa: piedras… o huesos. Sin separar la mano izquierda de la pared, se agachó, cogió una de aquellas cosas, intentó palpar su contorno, pero su curiosidad había desaparecido y soltó el objeto.

Este cayó estrepitosamente al suelo y, de repente, se oyó un grito animal en algún lugar del laberinto.

Siguió caminando. Inspiró la neblina y comprendió que el concepto de la bondad era una gran estafa. Una forma de controlar a los débiles y a las masas. Comprendió que toda la belleza que había visto hasta entonces era una ilusión. Kavil tenía razón, la idea le atravesó como un cuchillo: «La esperanza es un simple engaño que los débiles de espíritu utilizan para consolarse».

Los pensamientos balbuceaban en su cabeza. «Somos podredumbre humana. Tenemos ratas en lugar de corazones».

Había querido que su vida fuera importante. Había querido que hubiera verdades enormes y eternas. Pero ahora, de repente, veía que todo aquello no era más que una gran mentira. Puñalada tras puñalada, aquel pequeño cuchillo insidioso siguió clavándose en su interior, destrozando todo aquello en lo que alguna vez había creído.

La oscuridad había penetrado por sus orificios nasales. Se había apoderado de sus ojos. Era el horror.

Su corazón era una punta de hierro.

No había más verdad que aquella: el polvo frío del suelo. Mueres, y no hay más misterio. Ciento veinticuatro. Derecha. Ciento veinticinco. Izquierda. Ciento veintiséis. Izquierda.

Pensó en detenerse, pero no tendría sentido.

Siguió caminando. Siguió contando: ciento treinta. Moriría aquí, estaba seguro.

Caminaría hasta no poder más, y entonces se sentaría, apoyaría la espalda contra la pared y moriría así. Y por un segundo se sintió tan insoportablemente triste que se le llenó la boca de bilis. Pero incluso eso dejó de importarle, el pensamiento se escurrió de entre

sus dedos como arena negra, sin que pudiera hacer nada para retenerlo, y en el mundo no hubo nada más que izquierda, derecha, derecha, derecha.

De pronto oyó un sonido de cascos en el laberinto, por delante de él.

Algo dobló la esquina y chocó contra él. No tuvo ni tiempo de prepararse para el impacto, ni de pensar, ni de gritar. Le dio en la cabeza primero, en el pecho un segundo después: algo con cuatro patas, peludo, con dientes. Christopher cayó de espaldas al suelo, sin aire en los pulmones, incapaz de poder gritar. Algo se le clavó en el brazo; una garra, pensó. ¿O sería un cuerno? No veía nada de nada, solo negrura, y entonces oyó un rugido. ¿Podría esa criatura ver en la oscuridad? Se incorporó de nuevo, tambaleándose. ¿Haría bien dando media vuelta y echando a correr? Aunque si lo hacía, se extraviaría, seguro.

Empuñó el cuchillo de cocina —y al hacerlo recordó, con una sacudida terrible, que se le había olvidado coger la daga glamry de Mal— y, a pesar de que casi se le cae al suelo, empezó a blandirlo frente a su atacante.

Supuso que él mismo estaba gritando, pero era imposible saberlo con certeza. La criatura sí que rugía. Entonces, un cuerno, o quizá una garra, se le acercó a la cabeza, le golpeó en la oreja y le provocó un corte. Christopher levantó el cuchillo y atacó con fuerza. Notó que algo cedía y oyó un alarido. Cayó de rodillas al suelo.

Y, entonces, nada más. La criatura rugió, pasó corriendo por su lado y el sonido de cascos se alejó por el pasillo.

Todo se quedó de nuevo en silencio. Lo único que podía oír Christopher era el latido de su corazón, retumbando en sus oídos. Se pasó la mano por la cara y escupió.

Con manos temblorosas y con mucho cuidado, se palpó todo el cuerpo. Le sangraba la oreja. Le dolía todo, el pecho y la nuca principalmente, pero las piernas le funcionaban. Conservaba todos los dientes. No podía verse las manos, pero notaba que se movían, aunque una de ellas le dolía terriblemente porque el golpe de la criatura le había doblado el pulgar hacia atrás. Se levantó, dio un paso, y de pronto le vino una idea espantosa a la cabeza. El corazón le dio un vuelco, como si otra criatura viniera directa a por él.

Durante la pelea, había cambiado de dirección.

¿O no? ¿Había girado sobre sí mismo o simplemente había caído al suelo y había quedado tumbado en la misma dirección?

Tenía la impresión de que simplemente había caído al suelo, sin giro alguno.

No le quedaba otro remedio que elegir.

Seguiría caminando hacia delante. La posibilidad de ir hacia atrás se le hacía insoportable. De modo que adelante. Aunque adelante fuera volver hacia atrás.

La adrenalina del encuentro corría por su sangre como una corriente eléctrica. Le había dado velocidad. No era esperanza, sino otra cosa: algo capaz de combatir la neblina. Una determinación feroz. Había recuperado la sensación de urgencia.

Echó a correr.

Paró en seco. Si corría, no oiría si aquella cosa lo acechaba de nuevo por detrás.

Caminó… Pero al poco rato decidió que le daba igual y echó otra vez a correr.

Corrió rápido, como nunca en la vida había corrido, sin despegar en ningún momento la mano izquierda de la pared, directo hacia la oscuridad. La piedra rugosa le estaba despellejando los dedos. Pero no paró de contar.

Había en total ciento cincuenta y dos cambios de sentido. Debían de faltarle diez. Seis, cinco, cuatro. Y de repente —tuvo que pestañear y después tocarse los ojos, para comprobar si los tenía abiertos— vio luz. Era luz de verdad.

Giró a la izquierda, a la derecha y a la izquierda, y llegó por fin al centro del laberinto.

EN EL CENTRO

El centro del laberinto era una inmensa sala de piedra, iluminada por lámparas, con un techo tan elevado que se perdía en la oscuridad. Christopher se sintió invadido por una oleada de algo caliente e impetuoso. ¡Estaba en el centro! Por mucho que lo que hubiera en aquella estancia acabara matándolo, había conseguido superar el laberinto. Sin nadie que lo viera, nadie que lo celebrara; si moría allí, no lo sabría nadie. Y aunque no hubiera testigos para relatar su hazaña, seguiría siendo verdad. Se adentró en la caverna, exultante.

Se notaba una fragancia compuesta por tres olores librando una batalla entre sí. Un hedor a restos humanos, sí, y la fetidez a humedad de aquella neblina, pero por debajo de ellos había también ese glorioso perfume a vida que había percibido en el bosque y en el aliento del unicornio. El olor a vida pura destilada. El olor del glimor.

En el centro de la sala, un árbol gigantesco crecía en el suelo de piedra. Era alto, delgado y noble, de color marrón intenso y con hojas de una tonalidad amarilla dorada.

Cuando los ojos de Christopher se habituaron a la luz, retrocedió de un salto y reprimió un chillido de horror.

El árbol tenía cara.

Se obligó a acercarse. Lo vio entonces con claridad: allí, envolviendo el árbol, entrelazando el árbol, fundido y fusionado con el árbol, había el cuerpo de un hombre; una cara, medio incrustada en el tronco, y un cuerpo, con la textura y el color de la madera del árbol.

La cara miró a Christopher, sin mostrar ningún miedo. Habló despacio, en voz baja y ronca por la falta de actividad. En aquella voz resonaban cien años de oscuridad.

—¿Quién acaba de llegar a mi arboreto?

—Soy Christopher Forrester —dijo Christopher, acercándose un paso más—. ¿Y tú quién eres?

—Soy el futuro del mundo —respondió la criatura con voz áspera mientras la neblina gris giraba en espiral alrededor de su boca.

—¿Qué has hecho?

—He hecho mío aquello que se me ofrecía.

—¿Qué es lo que has hecho tuyo?

—El Árbol del Glimor. —La cara se movió, cambió de posición en el árbol—. He acogido su poder en mi cuerpo. Y pronto lo tendré todo. El árbol morirá. Será un caparazón vacío. Yo seré la raíz y la fuente de todo el poder, regresaré al mundo y me apoderaré de todo lo que es mío.

Christopher intentó controlar el pánico, lo arrinconó e intentó pensar. El hombre era humano, por lo que veía, o lo había sido en su día. Los humanos tenían necesidad de hablar. El interior de aquella criatura debía de acumular cien años de palabras, ansiosas por salir a la luz. Si conseguía que hablase y hablase, si conseguía impedir que dirigiese la fuerza de su poder hacia él, tal vez se le acabaría ocurriendo el modo de sobrevivir.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —le preguntó—. Solo el Inmortal conoce el camino hasta el centro del laberinto.

—El Inmortal, sí. Y dos personas más.

—¿Quiénes?

La criatura exhaló; la neblina se arremolinó a su alrededor, asfixiante y acre.

—Los hombres que crearon el laberinto.

—Pero Leonardo da Vinci y su primo… Los dos tomaron la poción. Y olvidaron.

—Así es. Pero el primo de Leonardo, Enzo, era un hombre inteligente, y estaba muy enfadado. Tanto en el Archipiélago como en el resto del mundo, el que se llevó toda la fama fue Leonardo. Leonardo diseñaba los planos, Enzo trabajaba la piedra. Enzo sudaba, Leonardo se llevaba toda la gloria.

—Y entonces ¿qué? ¿Qué pasó?

La cara del árbol miró fijamente a Christopher. Estaba disfrutando contando su historia. Respiró, y la neblina se levantó y con ella, un viento que se arremolinó a los pies de Christopher.

—Enzo, al principio, estaba disgustado, pero cada vez se fue enfadando más y más. Hasta que urdió un plan. Antes de tomar la poción, hizo en secreto una copia de los planos del laberinto y los escondió. Luego volvió a casa, con la memoria completamente en blanco y sin comprender la importancia de aquellos planos. Los guardó entre sus libros… Las fantasías de un niño, debió de pensar al verlos.

Volvió a producirse una exhalación de neblina gris y, de nuevo, el ambiente se inundó de aquel terror que presionaba el pecho de Christopher.

—Cientos de años más tarde, uno de sus descendientes (yo, Francesco Sforza) encontró los planos. La historieta de la pelea de mis antepasados me traía sin cuidado. Pero cuando averigüé lo que había en el corazón del laberinto (el árbol y su inmenso poder), comprendí las posibilidades que se abrían ante mí. Encontré la manera de acceder al Archipiélago, durante el equinoccio. Seguí los planos y supe cómo llegar a la isla. Y cuando llegué a ella, descubrí que el Inmortal, el gran protector, había desaparecido. Imagínate, primero, mi asombro. E imagínate, después, mi felicidad.

Exhaló, un áspero susurro de alegría, y Christopher se apartó.

—Seguí los planos para entrar en el laberinto. Encontré el árbol. Crecía solo, invisible para el resto del mundo. Era como si me estuviera esperando, como si estuviera esperando que alguien activara su poder. Y empecé a devorarlo, a comerlo, a injertarme en él, a convertirme en árbol. Su poder es mío. Y ahora, en cuestión de semanas, de días, quizá, será mío en su totalidad.

—¿Por qué? —preguntó Christopher—. ¿Por qué estar aquí solo, en la oscuridad? ¿Para qué?

La cosa que en su día había sido Francesco Sforza fijó los ojos en

Christopher y fue como si aquella mirada le chamuscara la piel.

—Esto es libertad. La única libertad real se encuentra en el poder absoluto. Sin el poder absoluto, siempre estarás sujeto a otro hombre. La libertad es solo para aquellos que están dispuestos a tomarla a la fuerza.

Alzó entonces la voz, que se transformó en un siseo de asco.

—La mitad del mundo sabe que lo que estoy diciendo es verdad; la otra mitad simplemente finge que no lo sabe. Juegan a sus jueguecitos, juegan a «qué puedo hacer» y a «cómo puedo ayudar», y cuando están en su lecho de muerte, saben que han desperdiciado la vida. Que no han cambiado nada. Que no saben nada. Que no han sido nada. Que han sido esclavos del azar, de la suerte, de otros hombres.

»Y yo me negué a ser como ellos. He aprendido a acoger el glimor dentro de mí y a controlarlo. El árbol es la fuente del glimor: lo proyecta hacia el mundo, constantemente. Pero ahora he injertado su poder dentro de mí, y muy pronto la fuente seré yo. Al principio luché, titubeé, en la oscuridad, pero en estos últimos diez años, he entendido cómo hacerlo. A cada día que pasa soy más fuerte, y el árbol más débil. El glimor, que encierra la totalidad de la magia del mundo, ya es casi mío. Mi respiración tiene el poder de confundir y controlar. Mis labios tienen el poder de matar.

Christopher retrocedió un paso. El viento iba en aumento, soplaba en toda la cueva.

—Debes entenderlo —continuó, hablando con voz gutural y lenta—. Jamás había tenido un visitante humano; algunos lo han intentado, pero ninguna persona había conseguido llegar hasta el centro del laberinto. Y, por lo tanto, no había tenido aún la oportunidad de poner a prueba mi poder con la muerte.

Christopher empezaba a notarse confuso. Se sacudió, con fuerza, como un perro. Como un grifo. Como Gelifen.

Tenía que luchar. Aunque acabara muriendo, tenía que luchar. Sacó el cuchillo de cocina y se abalanzó.

La criatura extendió una rama como si fuese un brazo, golpeó a Christopher y lo dejó tumbado en el suelo. Se quedó sin aliento y con la cara aplastada contra la piedra. A pesar de que la cabeza le daba vueltas, rodó sobre su cuerpo y se levantó. Se abalanzó de nuevo sobre el árbol.

Esta vez el hombre-árbol no se movió. Sus ojos brillaron y emitió una bocanada de neblina. La neblina envolvió el cuerpo de Christopher, le ascendió por el pecho, por la cabeza, hasta que sintió un peso enorme presionándolo hacia abajo, como una mano; un peso muerto increíble y frío. Cayó de rodillas.

—Basta —dijo Sforza—. Basta.

Christopher se arrastró hacia un lado para alejarse de la neblina. Necesitó toda la fuerza que le quedaba en el cuerpo para ponerse de nuevo en pie. Tenía los labios secos y la boca le ardía. Se acercó tambaleándose al hombre-árbol.

—Es inútil, chiquillo. Esta obra de teatro que estás representando no tiene público, nadie sabrá jamás si luchaste o no. Nadie sabrá jamás, ni le importará, lo que hiciste antes de morir. Es irrelevante.

Christopher se obligó a hablar.

—No —dijo. Se estaba ahogando y tuvo que empujar sus palabras para que salieran a través de sus labios secos—. Yo sí que lo sabré.

Hizo acopio de todas sus fuerzas, que consiguió encontrar a pesar del agotamiento y el miedo. Esquivó como pudo el ataque del brazo que pretendía golpearlo y se abalanzó a por el árbol. Era rápido, y estaba rabioso. Nunca en su vida había sentido tanta rabia. Cayó sobre él una rama, pero Christopher se arrojó al suelo e intentó proyectar hacia arriba la punta del cuchillo. Se clavó en la madera, pero el cuchillo se soltó de su mano. Sforza maldijo entre dientes y arrojó el arma lejos. El cuchillo rebotó por el suelo de piedra. Y con un movimiento de ramas, el hombre-árbol asestó a Christopher un golpe en la cabeza.

Cayó hacia atrás y se rascó la piel contra el suelo. Se puso de rodillas de nuevo. Lucharía, pues, con las manos. Arañaría y mordería, si podía, y escupiría con fuerza, como hacía Mal, hasta que la oscuridad se cerniera definitivamente sobre él. Se preparó para saltar.

De repente, en la sala de piedra retumbó un grito.

—¡Christopher!

Reconoció la voz, pero pensó que era imposible. Debía de estar alucinando.

Pero su nombre se escuchó de nuevo y Sforza miró por encima

del hombro, en dirección a una abertura que había en el otro lado de la cueva.

Christopher se volvió, y la punta de hierro en que se había convertido su corazón se desplegó y se transformó en una bandera de victoria.

Una persona puede llegar a ver muchas cosas bellas a lo largo de toda una vida. Pero pocas verán algo tan bello como lo que Christopher vio en aquel momento: una chica volando bajo, con los brazos extendidos y los pies rozando el suelo, irrumpiendo en la luz. Y empuñando la daga glamry.

Fue como ver oro puro.

Mal le arrojó a Christopher la daga glamry, que cayó a sus pies. La cogió rápidamente. Saltó. Y su mano descendió en un corte limpio. El alarido de Sforza reverberó en la cueva mientras Christopher cortaba las partes del árbol donde el hombre se había injertado, cortó y podó hasta que árbol y hombre quedaron separados.

Francesco Sforza se tambaleó. Era menudo, arrugado y viejo, desgastado por el siglo que había pasado en la oscuridad. Inmediatamente, el brillo amaderado de su piel se desvaneció y adquirió una tonalidad blanca grisácea. Cayó inconsciente al suelo.

Lo ataron de pies y manos con la cuerda. Estaba pegajoso al tacto.

—Conozco el camino de vuelta —dijo Mal—. Lo conozco como si fuera mi casa. Ven. Sígueme.

Fue largo y fatigoso arrastrar el hombre a ratos, y cargarlo a otros, sumidos en la más completa oscuridad. Al llegar al abismo, se detuvieron.

—¿Lo tiramos al fondo? —sugirió Christopher.

Mal negó con la cabeza. Apretó los dientes y se cargó a Sforza a la espalda y, gracias al viento gélido que todavía soplaba, cruzó el abismo volando. Aprovechando las últimas bocanadas de viento gris, cruzó con Christopher, medio volando, medio saltando en la oscuridad. Y cuando emergieron al sol, empapados en sudor, los recibió el aire más dulce y más cálido que habían sentido en su vida.

EL INMORTAL

Arrastraron a Sforza —demacrado, delgado y con la palidez de una persona ahogada— hasta el sol y lo dejaron, atado y amordazado, a la sombra de un arbusto espinoso. Parecía inconsciente. Se alejaron un poco, lo suficiente para no sentir con tanta intensidad la maldad que irradiaba aquel hombre.

—¿Estás herida? —preguntó Christopher.

Mal negó con la cabeza.

—He visto tantas cosas, Christopher…

Sus ojos, en la cara de una niña, parecían los de una anciana. Su juventud se había esfumado. La cara de Mal era ahora la de una persona conocedora de las verdades más antiguas y más absolutas.

—¿Me las contarás?

—No todas. Solo una parte. Lo que pueda. O nos sentamos o nos caeremos redondos.

Se sentaron en la arena, juntos, hombro con hombro. Hacía calor, pero Mal estaba temblando. Se envolvió con el abrigo. Tenía el pelo lleno de enredos y la cara sucia de arena y sangre, pero allí sentada parecía irradiar algo infinito. Tenía la mirada de una reina; o mejor dicho, pensó Christopher, tenía la mirada de alguien ante la que una reina se arrodillaría.

—¿Nos queda algo de agua? —preguntó Mal.

—La he dejado en la entrada de la cueva —respondió Christopher.

Se levantó y fue a buscarla. Caminaba lento, se sentía mareado, pero le pasó la cantimplora a Mal. Bebió la mitad y luego un poco más e intentó sonreír a su amigo. Christopher apuró lo que quedaba.

—Cuéntame cosas —dijo—. Si puedes.

—He visto más de lo que jamás podría haber imaginado —contó Mal.

Su voz sonaba quemada, ronca. Hablaba en voz baja.

—He visto horror. He visto maldad inamovible. He visto brutalidad y mentiras. He visto celos y odio, he visto avaricia disfrazada de razón y sentido común. He visto millones de hombres y mujeres poniendo la ignorancia como excusa. He visto cadáveres apilarse durante las noches.

»Y entiendo por qué el último Inmortal del que teníamos noticias (ese hombre, Marik), entiendo por qué dijo:

»No puedo. No. No al mundo y no a la humanidad. La humanidad no vale el horror que nos infligimos a nosotros mismos. Por eso digo: no quiero saber nada de todo esto. Por eso digo: miraré hacia el otro lado. Por eso digo: no».

»He visto la oscuridad, oscuridad amontonada sobre más oscuridad. He visto mucho dolor sin sentido. He visto miedo y terror. He visto muerte. ¡Oh, Christopher, la muerte!

Su cuerpo entero se estremeció.

—He visto niños perdidos para siempre.

»Pero también he visto dragones rojos volando sobre las montañas durante la puesta de sol. Y he visto a gente ofrecer su vida para salvar a otra, como si fuese algo tan natural como respirar. He visto amantes que se descubren en tiempos de guerra y hambrunas. He visto hacer promesas que se han mantenido durante toda una vida, inquebrantables, como si fuera sencillo. He visto leones a medianoche. He visto una maravilla detrás de otra. He visto cómo resplandece el mundo.

»He visto a muchos esforzándose por aprender (pintura, jardinería, idiomas, cualquier cosa que pueda hacerse con las manos, o con los pies) y los he visto triunfar. He visto actos de

bondad tan grandes e impresionantes que son capaces de transformar a cualquiera. He oído los mejores chistes del mundo y música tan dulce que me hizo flaquear las piernas. He visto infinidad de gestos de amor, repetidos una y otra vez a lo largo del tiempo. He visto a gente morir por amor y vivir por amor. He visto nacer, y volver a nacer. He conocido mucha alegría. La alegría, Christopher.

Se quedó mirándola mientras Mal inspiraba el calor, el polvo de la isla, la belleza inquietante del mar.

Y se disponía a replicar algo, cuando de pronto se escuchó un grito.

Era un grito de terror y desesperación, tan potente y lleno de angustia que Christopher se quedó helado. Era el jáculo.

—¡Cuidado! —gritó Jacques—. ¡El hombre!

EL VUELO

Era lo más espantoso que Christopher había visto en su vida. A los pies del arbusto espinoso donde lo habían dejado, el hombre se había puesto de rodillas, sin desatarse. Su rostro tenía una expresión de oscura concentración y estaba envuelto en neblina, un vapor gris que levantaba un viento enfurecido. Era la neblina del laberinto: tenía el mismo olor, a poder y terror.

Christopher sentía el viento rugiendo en sus oídos. Soplaba en dirección al mar, alejándose de ellos y empujando la neblina hacia el agua, hacia el Archipiélago, hacia más allá.

—¡Detenedlo! —gritó Jacques.

El hombre, que ya no parecía humano, se volvió hacia ellos y los miró con ojos triunfantes.

—¡Alejaos! —gritó Jacques—. ¡Niños, poneos detrás de mí!

Christopher y Mal retrocedieron cuando vieron que el dragón cogía aire y escupía una gran bola de fuego.

Hasta aquel momento, Christopher no había comprendido del todo lo que era en realidad el fuego. Porque ante sus ojos apareció de pronto una esfera incandescente, una explosión de azul y rojo, con un calor tan intenso que le chamuscó las puntas del pelo y le abrasó los ojos, tan potente que tanto él como Mal se vieron

obligados a taparse la cara.

Cuando el humo se disipó, el arbusto había quedado reducido a un montón de cenizas. Había zonas donde la arena se había fundido y se había transformado en cristales.

Sforza, sin embargo, estaba ileso. Esbozaba una sonrisa de júbilo.

—He consumido demasiado glimor para que esto pueda afectarme. Vuestro cuchillito no me ha hecho ningún daño. El fuego de dragón no me quema. Estoy aquí, y el poder está aquí y es mío.

Sopló, exhalando un gran «¡Ja!» de triunfo, y con ese «¡Ja!», el viento cobró fuerza y con él, también la neblina gris.

Mal levantó la vista hacia el cielo, hacia el Somnulum. Movió los labios, y su cara, con su flequillo mal cortado, se convirtió en un reflejo de mil pensamientos no revelados. La cicatriz de su mejilla, el recuerdo de Gelifen, destacaba sobre el blanco de su piel.

La cara de Mal se contrajo. Reflejaba tantas cosas que Christopher era incapaz de interpretarla.

Pero, entonces, cuadró la mandíbula y cerró las manos en puños. Y ahí sí que la reconoció: conocía aquel gesto a la perfección.

—¡Christopher! Ven. Tienes que escucharme —dijo Mal, en voz baja y ronca, en tono urgente.

Christopher corrió hacia ella y se agachó para poder oírla bien.

—Escúchame bien. Quería contarte…, no sé yo, un millón de cosas. Creía que tendríamos tiempo. Creía que tendríamos años, nosotros dos. Creía… —Una pausa llena de dolor, cogió aire y continuó, hablando más rápido—. Es tan difícil, estar vivo. Es tan difícil, y es tan bello. —Lo miró a los ojos, tenía la cara encendida —. Escúchame. Necesito que cuentes lo siguiente a la gente; necesito que, en cuanto regreses, se lo cuentes todo. Explícales que la brutalidad es terrible. Y sí, que el caos es enorme. Pero diles también que más grande que el caos del mundo son sus milagros.

Sonrió; era una sonrisa completamente nueva. Se inclinó, y con la daga glamry cortó las puntadas del dobladillo del abrigo y la tela se desplegó. Depositó la daga y el casapasarán a los pies de Christopher. Lo atrajo hacia ella y le dio un beso en la mejilla, tan intenso, que casi pareció un mordisco.

Le susurró al oído una última frase.

Y entonces, enfundada en su viejo abrigo, extendió los brazos. El

viento la levantó a casi dos metros del suelo. Voló directa hacia el hombre menudo, blanco y esquelético, transportada por el viento que él mismo había creado.

Se lanzó en picado sobre él. El hombre se giró, revolviéndose hacia la izquierda, luego hacia la derecha, con la boca de repente abierta en una expresión de miedo, pero Mal tenía la agilidad de una niña y los nervios de toda la eternidad.

Agarró a la malévola criatura con una mano, sin dejar de extender el otro brazo. Cuando levantaron el vuelo, el hombre siguió revolviéndose, pero en un instante cogieron altura y pronto estuvieron a tres metros sobre el suelo, a cinco, a quince… y Mal emprendió el vuelo directa hacia el Somnulum.

Y mientras Mal ascendía, Christopher oyó el gran grito de la chica voladora. Un grito que resonó contra las rocas en el momento en que desaparecían en el fuego de la gran bola de luz.

Podría haber sido por miedo, pero a Christopher, que se había quedado inmóvil mirándola, le pareció un grito de triunfo, de alegría, de amor.

EL CORTEJO FÚNEBRE

Luego, Christopher se lo contó todo a las esfinges.

Se había producido un gran destello incandescente, tan potente que lo había dejado tumbado en el suelo, con los ojos y la boca llenos de arena, y después había habido un instante de pausa. A continuación, la tierra entera había temblado. El viento había aullado una última vez en sus oídos, para luego calmarse.

Todo se había quedado en silencio. Había perdido la noción del tiempo y no sabía cuánto rato había permanecido tumbado en la playa. Y entonces, desde el océano, desde sus profundidades, las nereidas o las sirenas, o tal vez el mismo mar, habían iniciado un cántico, una melodía aguda, nítida y alegre.

El perfume que había olido aquel día en el *lochan*, aquel olor selvático y puro de algo que crecía, vivía y germinaba, había emanado en una gran oleada por la boca de la cueva. Lo había embriagado con su dulzura.

Y entonces se había levantado, muy despacio. Tenía la visión borrosa y veía manchas de colores que no deberían estar allí.

Con paso vacilante y el cuerpo dolorido, había vuelto a la barca. Jacques había estado esperando junto a él. Estaba envuelto en una nube de vapor, producida por el encuentro de sus lágrimas con su

cuerpo caliente; parecía una tetera en miniatura en medio de la naturaleza salvaje.

Christopher había subido a bordo y le había dicho a la embarcación hacia dónde quería ir y, después, se había acostado bajo el cielo azul y se había quedado dormido. Cuando había caído la noche, Jacques, pequeño y furibundo, había montado guardia. Pero la oscuridad ya no atemorizaba a Christopher; la había visto por doquier y la había traspasado.

Seguía dormido cuando la nave llegó a los escollos de la península de las Esfinges. Naravirala se encargó de cogerlo con delicadeza entre sus mandíbulas para sacarlo de la barca y transportarlo como un cachorro por la pendiente pedregosa hasta una cueva excavada en la montaña.

Christopher estaba hecho un desastre, con las uñas y el pelo sucios de arena y sangre. Lo asearon lo mejor que pudieron, sumergiéndolo en un estanque, con dos jóvenes esfinges sujetándolo por los hombros con los dientes. Después lo dejaron en la cueva, acostado sobre un lecho de paja. Naravirala acudió entonces a visitarlo. Lamió sus heridas con su gran lengua áspera. Christopher, maravillado, vio cómo sus lesiones, sus moratones, sus cortes, los rasguños en la piel que le habían sangrado, donde se le había formado una costra para luego volver a abrirse y sangrar de nuevo, empezaban a curarse con la presión de la lengua de la esfinge. Durmió durante un día y una noche.

Cuando se despertó, pasó ratos interminables con la mirada fija en el suelo; intentó comer de vez en cuando; y de vez en cuando, también, lloraba y se secaba los ojos con los puños cerrados. Algunas esfinges se acercaron a verlo con la intención de formularle preguntas, pero Naravirala se lo impidió, enseñándoles los dientes.

—Este viaje se ha llevado una parte de él a la cual no le ha sido fácil renunciar —les decía la esfinge—. Dejadlo en paz.

Entretanto, la historia se difundió por todo el Archipiélago, de ratatoska a dríade, de dríade a centauro. La noticia corrió como la pólvora: quién era Mal, qué había hecho y todo lo que había salvado con su espléndido vuelo. Las criaturas hicieron los preparativos. Habría un cortejo fúnebre.

Comenzó al amanecer. Con Christopher como único representante humano. Ser invitado a participar en aquella

ceremonia sería el mayor honor que recibiría en su vida, aunque en aquel momento no fuera plenamente consciente de ello.

Naravirala lideró la marcha. Y transportó a Christopher montado a su espalda hasta la playa arenosa donde iba a tener lugar la ceremonia, un rincón donde la tierra y el mar se fundían con belleza y paz.

Los siguió todo el clan de las esfinges, en fila de a cuatro, avanzando con sus grandes zarpas de león por la arena. Desfilaban en silencio, como un ejército de luto, y todos los espectadores se apartaron un poco, por temor y respeto, al ver la seriedad de sus caras leoninas.

Detrás de las esfinges llegaron las nereidas, a pie, con sus cabelleras de plata arrastrándose por la arena como la cola de un vestido de novia. Las nereidas no caminan nunca por tierra firme, salvo en casos de extrema necesidad o, como entonces, para rendir honores a un ser querido. Desfilaron cantando en su propia lengua, una melodía tan aguda y tan dulce que emocionó hasta tal punto a Christopher que pensó que acabaría cayéndose de lomos de la esfinge. Y detrás de las nereidas emergieron del mar las sirenas, tres clanes enteros, tocando con sus instrumentos una antigua melodía en honor a los caídos.

Las dríades emergieron del bosque y llegaron hasta el confín de la playa, lideradas por Erato. Lágrimas de savia resbalaban por sus mejillas. Se sumaron a la canción, y sus voces, más graves y profundas, hicieron estremecer la tierra. La música penetró el pecho de Christopher, sus pulmones.

Las seguían los centauros, marchando en un grupo compacto, vestidos con corazas negras. Iban acompañados por todos sus trompetistas, machos y hembras, los mejores de las islas. Pero no estaban todavía tocando. Estaban a la espera de recibir la señal adecuada.

Detrás de ellos llegó un centenar de ratatoskas, avanzando con pasos silenciosos, sus vocecillas entonando una canción, y detrás de ellas una tropa de al-mirajes, en silencio, con sus cuernos dorados rozando el suelo. Los seguía un grupo de kankos, con lágrimas que brillaban como luciérnagas sobré sus mejillas peludas.

Y, finalmente, del bosque emergieron los unicornios. Serían cerca de un centenar, plateados, blancos y perlados. No se

acercaron a la playa, sino que se quedaron donde terminaban los árboles, agitando la crin y lanzando agudos relinchos.

La procesión se detuvo. Christopher llevaba la daga glamry de Mal en el cinturón y sujetaba en un puño el casapasarán, con tanta fuerza que le estaba formando ampollas en la piel. Naravirala se sentó en la arena, y Christopher desmontó. Entonces, acercó el hocico a la cara del muchacho.

—Coraje —le dijo—. Tienes que pasar por esto, no hay otra opción. Coraje, eres un chico valiente.

Naravirala se dirigió entonces a las criaturas congregadas en la playa.

—Malum Arvorian ha muerto y no ha muerto. Es Inmortal: su muerte significa un nacimiento inmediato. Y, por lo tanto, no lloramos por ella sino por nosotros, por la tristeza que nos inspira porque es hija de nuestro amor. Lloramos porque no volveremos a ver su cara. Cantamos en honor de la valentía de su glorioso corazón. Esta noche cenaremos dolor; pero mañana nos daremos un festín con la alegría de lo que ha hecho. —La esfinge se volvió hacia los centauros y levantó la cabeza—. ¡Que suenen las trompetas en honor de la chica voladora!

Las trompetas sonaron una vez, dos, tres veces. Las lágrimas rodaron por las mejillas de Christopher cuando las criaturas, dispuestas en filas y multitudes, respondieron con un potente grito, cada una en su idioma. Gritaban por la pérdida y por gratitud, por el dolor y por la gloria, y el sonido se alzó hacia el cielo e inundó el océano, y a muchos kilómetros de distancia, un berserker y una mujer con sangre de nereida oyeron aquel grito y lloraron, y se regocijaron, y volvieron a llorar.

LA BONDAD DE LAS ESFINGES

El día después del cortejo fúnebre, Naravirala visitó a Christopher en la cueva de las esfinges. Christopher, sentado con la espalda apoyada en la pared de piedra, le habló sobre el hombre del laberinto y sobre su malévola avaricia, sobre su furioso deseo de no verse expuesto a las humillaciones del mundo, al azar y a otros seres humanos.

Naravirala hizo un gesto de asentimiento.

—Esta es la razón por la cual el gran poder no debe residir nunca en una sola persona. Debe ser compartido. —Su voz ronca era más ronca que nunca—. Debe repartirse entre tantas mujeres y hombres buenos como sea posible; y no porque esa sea la actitud más buena, justa o correcta, sino también porque es la única manera de luchar contra el horror.

Más tarde, Naravirala volvió con un plato de carne asada de origen desconocido, que dejó a los pies de Christopher.

—¿Sabes por qué Mal hizo lo que hizo? —preguntó.

Christopher movió la cabeza en un gesto afirmativo.

—¿Podrías explicarme por qué?

Y, entonces, Christopher negó con la cabeza.

—Pero lo sé, de todos modos.

—También yo, creo. Fue un acto de insistencia: de insistencia en que el mundo es un lugar digno de ser amado. Las esfinges están componiendo ya cánticos en su honor. Y compondrán otros también para ti. Los grabarán en la roca de las montañas.

Christopher miró la cara arrugada y anciana de la esfinge. Al final resultaba que sí que era posible herir a una esfinge: se conseguía partiéndole el corazón.

* * *

El primer día que se despertó sin notar todo el cuerpo dolorido, lo hizo viendo una cara verde pegada prácticamente a la suya, bocabajo. Era Ratwin.

Christopher gritó y Ratwin bajó de su cabeza y pegó entonces la nariz a la mano de él, como muestra de vasallaje.

—Ten —dijo—. Para ti.

Y le escupió alguna cosa en la mano.

—Gracias —dijo Christopher. Se sentó—. Aunque la próxima vez sería más agradable no despertarse con tu culo a modo de antifaz.

Ratwin había depositado en la mano de Christopher un paquetito envuelto en papel marrón y atado con hilo verde. En su interior había un paño blanco que protegía un único pendiente de oro. El corazón le dio un vuelco. Notó que se quedaba blanco.

—¿Qué es esto? ¡Nighthand! ¿Ha…?

—¡No! No. Es un gesto de agradecimiento.

—¡Maldición! ¡Podría haber elegido otro gesto! Siempre andaba diciendo que esto le serviría para pagar su entierro, literalmente.

—Irian ya le dijo que te llevarías un susto de muerte y que te enfadarías, pero él insistió. —La vocecilla aguda de Ratwin empezó a hablar más despacio de lo habitual—. Está vivo. Lo llevaron a la centáuride, una curandera llamada Kentavir. Es especialista en veneno de karkadannes. Kentavir le preparó un ungüento. Lo extraía del suelo y lo preparó tres veces. La tercera fue momentos después de que la tierra temblara. Si tú y el Inmortal en miniatura no hubierais restaurado el glimor, Nighthand estaría muerto a estas alturas, creo.

—¿Qué tal sigue su brazo?

—Tiene todavía el color ese verdoso de la carne de los que padecen la escrófula, pero él asegura que le aporta cierta elegancia.

—¿Y a ti qué te pasó?

Los ojos de la ratatoska se iluminaron.

—¡Oh, a ese centauro asesino le hice la vida imposible! Eché todas las provisiones por la borda y rasgué las velas con los dientes. Le mordía mientras dormía. Intentó arrojarme al mar varias veces, pero nunca consiguió atraparme porque me encaramaba a lo alto del mástil, y allí él no podía subir. Cuando nos acercamos a tierra, salté al agua y nadé. No tengo ni idea de por dónde andará ahora su cara fea. Pero te aseguro que se mantendrá alejado de las ratatoskas.

—¿Y qué tal está Irian?

—Está bien. —Una pausa—. Está enamorada…, lo cual no es sencillo, pero creo que debe de sentirse muy bien.

—¿Enamorada de Nighthand?

Ratwin asintió.

—No es un novio fácil, pero lo que está claro es que no es ni soso ni aburrido.

Le trajo otras noticias: le explicó que estaban brotando arbolitos por doquier y que los krákenes habían vuelto a sus ricas y limosas profundidades. Y que una nereida llamada Galatia le mandaba recuerdos y un mensaje.

—Ha dicho que te diga: «Las aguas vuelven a ser ricas. Las aguas van llenas».

—Y… ¿es eso cierto? ¿Es verdad todo esto que cuentas?

La ratatoska levantó su cabecilla.

—Sí —respondió—. Es verdad.

Luego, Naravirala lo llevó a dar un paseo a lomos de su musculosa espalda, con Jacques aleteando junto a ellos. Fueron a la cumbre de la montaña, al nacimiento de un manantial.

—Es nuestra mejor agua. Bebe, y tendrá un efecto prolongado en ti.

Bebieron todos del manantial.

—¿Dónde está? —preguntó Christopher—. ¿Dónde está Mal? ¿Cuándo volverá…?

Naravirala sacudió su gigantesca cabeza.

—No podemos saberlo aún. Pero ya está aquí, en algún lugar;

estoy segura de eso. Y lo averiguaremos. Supongo que las ratatoskas me lo dirán. Sé que llegará un momento en el que el nuevo Inmortal irá en tu busca. Recuerda bien lo que voy a decirte, Christopher: todo lo que Mal sabía, todo lo que Mal vio y amó, lo sabrá, lo verá y lo amará el nuevo Inmortal. Y por eso te conocerá y te amará, Christopher. En realidad, Mal no se ha ido: Mal forma parte de un alma infinita. Un día, el Inmortal vendrá a por ti: correrá a tu encuentro y te llamará alegremente por tu nombre. Y ese será un gran día. Pero por el momento, para ti, ha llegado la hora de volver a casa.

—¿Hay algún portal abierto?

—Lo hay. Desde que llegaste a la montaña con tus amigos, tenemos vigías apostados. Se ha abierto un portal. Creemos que se abrió en el momento en que la criatura murió. Pero está en el extremo opuesto del Archipiélago, escondido detrás de corales y rocas, en un lugar que no es accesible en barco.

—Oh, vaya —dijo Christopher—. Pero, entonces, ¿cómo puedo llegar hasta allí? Yo no soy Mal, no puedo volar.

—Sí que puedes —dijo Jacques—. Volarás a lomos de un dragón.

Christopher miró dubitativo al jáculo; sería como intentar ser transportado en la espalda de un colibrí.

—Sin ánimo de ofender pero… lo que quiero decir es que es muy amable por tu parte, pero no creo que fuera a resultarte muy cómodo. O que sea científicamente posible.

Jacques resopló, ofendido, y prendió fuego involuntariamente a un arbusto cercano.

—¡No sería conmigo! Pero se lo he comentado a una prima lejana.

Cuando llegó la prima en cuestión, resultó ser del tamaño de un castillo pequeño. Y era, además, un tipo de dragón conocido. Tenía el color de un cuervo —negro, pero con un brillo irisado que adquiría tonalidades verdes, moradas y azul oscuro— y el reverso de las alas, rojo.

—¡Te conozco!

—Habla solo su propio idioma —le explicó Jacques—. Un idioma más antiguo que cualquiera que haya sido inventado por los humanos.

La esfinge hizo entonces algo tan inesperado que Christopher se apartó, asustado. Naravirala abrió la mandíbula, clavó los dientes alrededor de una roca y presionó con fuerza. Se oyó un crujido similar al disparo de una pistola y cayó al suelo un fragmento de diente, la punta, un trozo tan grande como el extremo del pulgar de Christopher.

—Coge esto —dijo—. Lávalo con el agua del manantial.

Christopher obedeció.

—¿Así va bien? —preguntó, mostrándole a Naravirala el fragmento.

—Ahora, póntelo en la boca.

—¿En la boca? Perdón, ¿qué…?

—El diente de una esfinge contiene todos los idiomas.

El jáculo estaba impresionado, aun sin quererlo.

—Si lo guardas en el interior de tu mejilla, te permitirá entender cualquier idioma. Ten en cuenta que por un diente de esfinge, más de un humano ha cometido asesinatos.

Con cuidado, Christopher se introdujo el diente de esfinge en la boca. Aliviado, descubrió que no sabía apenas a nada, y en absoluto a aliento de esfinge.

—¿Conoces un portal?

Dirigió su pregunta a la dragona roja. Era su propia voz, pero las palabras sonaban distintas. Más duras, más ásperas.

—Sí.

—¿Y está abierto?

—Por el momento.

—¿Cuándo se cerrará?

—No hay forma de saberlo. Pero huele como si estuviera ya cerca del final. De modo que despídete de las caras de león.

Christopher escupió el fragmento de diente en la mano y se volvió hacia Naravirala.

—Me dice que me despida.

—Lo sé.

La anciana esfinge le echó todo el aliento en la cara, con tanta fuerza que lo despeinó.

—Lo has hecho muy bien —dijo la esfinge—. Lo has hecho mejor de lo que crees, lo cual es excepcional.

—¿Puedo llevarme el trozo de diente a casa?

La esfinge respondió con un gesto afirmativo.

—Funciona en cualquier parte del mundo. —Se volvió hacia la dragona—. Monta.

El lomo de la dragona era ancho como una docena de pianos de cola, e igual de reluciente. Resbalaba, además, y resultaba complicado saber dónde debía poner los pies. Decidió finalmente sentarse con las piernas cruzadas y, entonces, las dos alas gigantescas se pusieron en movimiento.

—Sujétate a sus escamas —le aconsejó Naravirala—. No le harás ningún daño. Está hecha de material antiguo. Ya vivía en tiempos de Mesopotamia, hace cuatro mil años.

De modo que Christopher se agarró a las escamas y se tumbó sobre el lomo de la dragona y, con las ráfagas de viento provocadas por el movimiento de las alas soplándole en los oídos, emprendieron juntos el vuelo. A Mal le habría encantado, pensó, una idea que le llenó de satisfacción.

Volaron durante horas, tanto tiempo que Christopher pensó que habría hecho bien llevándose algo de comida para el viaje. Pero imaginó que solicitar una breve parada para comer algo no era lo más adecuado para un dragón.

La dragona aterrizó con esmero sobre una pequeña roca en una isla, que tenía un lago en el centro. Partículas verdes de luz bailaban sobre la superficie del agua. Entre la dragona y la orilla había muy poco espacio.

—¿Y ahora dónde voy?

—Al agua.

Escupió el diente en la mano, la cerró y enderezó la espalda.

Notó entonces que el aire se agitaba y de pronto Jacques aterrizó a su lado.

—Extiende la mano —dijo Jacques—. La otra, no la del diente, con la palma hacia abajo.

Christopher obedeció.

El jáculo aterrizó en su mano e inclinó su cabecita, como si fuera un saludo. Y entonces lo mordió, con fuerza, en el dedo pulgar, y luego le arañó con las garras el dorso de la mano.

—¡Ay! ¡Oye! Pero ¿qué ha sido eso?

—Ha sido para dejarte una cicatriz. Para que no tengas que preguntarte nunca si todo esto ha sido real.

—Ha sido tan real como tú, y tú eres muy real.

No necesitaba la cicatriz.

El amor que sentía por Mal había sacado a relucir lo mejor de él, eso ya lo sabía. Lo había convertido en un chico valiente. Los milagros hacían eso. Y, a pesar de que ella ya no estaba, el amor seguía ardiendo en su corazón.

—Y ahora vete, antes de que se cierre.

El pequeño dragón le dio un empujón, que no tuvo ningún efecto, y la dragona grande le dio un codazo, delicado pero, tan potente, que casi lo lanza de cabeza al agua. Aun así Christopher tuvo tiempo de mirar una vez más hacia el cielo.

«Ahora es el cielo de Mal», pensó.

El cielo pertenecía a la chica que había desaparecido en su fuego, para salvar el mundo que había decidido amar. Y Christopher supo en aquel momento —y el pensamiento ascendió y rugió en su pecho con una certidumbre y una alegría tan grandes que le provocaron un escalofrío— que volvería algún día a estar bajo aquel cielo, y que volverían a verse. Se aseguraría de que fuese así.

Se volvió, y dio un paso hacia su casa.

EL PRINCIPIO. OTRA VEZ

Era un día magnífico para nacer. En algún rincón del Archipiélago, momentos antes de que Mal emprendiera el vuelo, una mujer dio a luz. El bebé reía y lloraba constantemente, y casi nunca dormía. Su madre lo adoraba, aunque resultaba tremendamente agotador. Cuando dormía, el bebé cerraba con fuerza sus pequeños puños y proyectaba su diminuto mentón hacia delante.

El bebé no controlaba todavía el lenguaje, pero, incluso así, ya hablaba; exclamaba, maravillado, con asombro, con miedo y con alegría: y decía exactamente las mismas palabras que Mal había dicho cuando voló.

EL VIAJE DE CHRISTOPHER

Los detalles sobre cómo regresó Christopher a su mundo —sobre cómo encontró el camino hasta la superficie del *techan* cuando ya estaba oscureciendo, sobre cómo bajó corriendo colina abajo, totalmente empapado, y encontró a su abuelo en la cocina— no constituyen, después de un viaje a lomos de una dragona, una historia que merezca la pena contar.

Pero el grito de alegría de su abuelo cuando lo vio —un grito enorme para salir de la boca de un anciano—, allí de pie en la puerta, empapado, lleno de cicatrices y con una sonrisa de oreja a oreja, sí que fue digno de oírse. Hasta los árboles del exterior se echaron a temblar.

Y el rugido de alegría y orgullo que soltó su padre cuando cruzó la puerta y oyó a Christopher decir «Está a salvo. El Archipiélago está a salvo. Lo hemos curado» fue tan potente que seguramente hizo temblar el mundo entero.

* * *

Celebraron un banquete, un banquete tan abundante y exquisito

que casi ni cabía en la casa. Frank Aureate había llamado a su yerno al ver que Christopher no volvía a casa. Habían discutido, y el padre de Christopher había roto un montón de cosas en su ataque de rabia; pero luego, cuando hubieron barrido y recogido todo el destrozo y una vez recuperada la calma, los dos hombres comprendieron que no podían hacer otra cosa que esperar.

Cada día lo preparaban todo para el chico que no volvía. Cada día, esperanzados, compraban y cocinaban un montón de comida, y cada noche, en silencio y muertos de miedo, los dos hombres acababan cenando solos.

De modo que el banquete de aquel día fue descomunal. La mesa desapareció prácticamente debajo de la comida; debajo de cuencos, platos y fuentes dispuestos por las manos ansiosas del abuelo de Christopher. Comieron ocho tipos distintos de pasta, pasteles, fruta, queso, además de siete variedades de helado. El padre de Christopher temblaba de alegría mientras lo apilaba todo en la mesa.

Christopher les contó todo lo que había vivido. Su padre sabía escuchar: no interrumpía y creía todo lo que estaba oyendo. En una ocasión, emitió un pequeño sollozo; y en otra, no pudo evitar romper a llorar de satisfacción; pero durante la mayor parte del tiempo, escuchó. Y cuando Christopher se levantó para echar más leña a la chimenea, inspiró hondo…, pero no le dijo a su hijo que fuera con cuidado con el fuego.

Frank Aureate permaneció sentado en su sillón, observándolos. Escuchó con ojos brillantes las historias que contaba su nieto sobre las maravillas que él también había visto en su día, muchísimo tiempo atrás, y que jamás volvería a ver.

Aquella noche hubo solo una cosa que Christopher no les explicó. No les explicó lo que Mal le había dicho al oído justo antes de emprender el vuelo. Eso era suyo, única y exclusivamente suyo.

Había tirado de él para dejarlo a su altura y le había estampado entonces un beso en la mejilla, tan fuerte, que había sido como un mordisco. Y le había dejado una marca.

LO QUE MAL DIJO

Sí. Sí, digo sí, digo sí.

AGRADECIMIENTOS

En 2016 se me ocurrió la idea de escribir un libro sobre una chica que, enfundada en un abrigo enorme, volaba por encima de las copas de los árboles. Y en los años transcurridos desde entonces, he contraído una inmensa y duradera deuda de gratitud. Las personas que voy a nombrar a continuación no son más que una pequeña parte de todas aquellas a las que tengo mucho que agradecer.

En primer lugar, Ellen Holgate, mi increíblemente creativa y brillante editora, sin la cual estaría todavía atrapada en un agujero negro de la trama y en mitad de la novela.

A todo el equipo de Bloomsbury, que es realmente excepcional: Alesha Bonser y Sophie Rosewell del Departamento de *Marketing*; Beatrice Cross, la mejor directora de publicidad de toda Gran Bretaña; y Fliss Stevens, por su inmensa pericia y su incluso más inmensa paciencia para pelearse con el texto. Gracias a Nick de Somogyi, mi corrector de estilo, y a Anna Swan, la correctora tipográfica; a Ben Schlanker, del Departamento Editorial; Laura Bird y Danielle Rippengill, del Departamento de Diseño; y Mike Young, de Producción: sois todos unos héroes. Gracias a Rebecca McNally, por defender este libro de un modo tan maravilloso, y a Nigel Newton, por su apoyo constante y su generosidad desde que llegué a Bloomsbury.

Gracias a Claire Wilson, mi magnífica agente, y a Peter Straus y Safae El-Ouahabi y a todo el personal de RCW.

A Nancy Siscoe, mi editora en Knopf, por creer en este libro y en todos los que vendrán.

A Inclusive Minds, por presentarme a Gift Ajimokun y Iara Correa-Bezzel a través de su red de Inclusión Ambassadors.

A Tomislav Tomié, cuyo bestiario ilustrado de criaturas imposibles me ha dado tantas alegrías; a Daniel Egnéus, por la preciosa cubierta y a Virginia Allyn, por el maravilloso mapa de las islas encantadas.

Gracias al personal de las bibliotecas que me han ayudado a encontrar libros y manuscritos durante los años que he pasado cazando criaturas míticas, sobre todo al personal de la Bodleian, la Taylorian y la Biblioteca Británica.

A mis amigos, que no enumeraré aquí pero que saben perfectamente quiénes son: gracias. Me considero increíblemente afortunada por conoceros. (Gracias también por no moriros de la risa cuando os conté que estaba escribiendo un libro infantil inspirado en el poema épico inacabado de John Donne).

Quiero expresar mi agradecimiento a la comunidad del libro infantil. He pasado años escribiendo una biografía de John Donne, un trabajo que fue tanto una alegría como un esfuerzo muy duro. Sin embargo, he descubierto que no existe mayor reto que escribir ficción para niños. Me siento muy orgullosa de pertenecer a la comunidad de los escritores contemporáneos, cuyos libros admiro profundamente: en el mejor de los casos, pienso que los libros infantiles son el lugar donde la humanidad se revela con toda su rareza, donde exponemos nuestros deseos y donde contamos los chistes que más profundamente sentimos. Estoy muy agradecida a mis amigos y mis colegas del mundo del libro infantil, una comunidad que no tiene parangón.

Gracias a mi familia: a Mike Rundell, en cuya bella mesa de cocina de Cornualles tomó forma el grifo; a mi hermano, Gerard, y a su esposa, Karen, y a mi sobrino y mi sobrina, Theodore y Phoebe Rundell: criaturas imposiblemente brillantes. Y a mis padres, Barbara y Peter Rundell, a quienes siempre les deberé absolutamente todo.

A Charles Collier, que leyó muchísimas versiones de este libro y realizó siempre comentarios brillantes, ingeniosos y sabios. Es, además, tremendamente atractivo.

Este libro está dedicado a la memoria de mi tía abuela, Claire Hawkins. Cuando llegamos a la edad adulta, es fácil olvidar la enorme influencia que puedes ejercer en la vida de un niño siendo simplemente divertido, cariñoso y atento. Claire me ofreció un modelo de lo que la gente podía

KATHERINE RUNDELL: Creció en Londres, Zimbabwe y Bélgica. Estudió Literatura Inglesa en la Universidad de Oxford y en 2008 se convirtió en miembro del All Souls College, donde trabaja como investigadora en literatura renacentista. Entre sus libros para niños se encuentran *Rooftoppers* (2013), *The Wolf Wilder* (2015) y *The Explorer* (2017), ganador del premio Costa. También ha publicado libros de no ficción: *The Golden Mole*, un catálogo de extraordinarios animales en peligro de extinción, y *Super-Infinite: The Transformations of John Donne*, que ganó el premio Baillie Gifford de no ficción. De forma muy ocasional, se pasea por los tejados de Oxford, a altas horas de la noche.